
M. J. FERNÁNDEZ
LAS GARRAS DEL GATO
SECRETOS INCONFESABLES
DESAPARECIÓ SIN DEJAR RASTRO... PERO ALGUIEN SE NEGÓ A DEJARLA EN EL OLVIDO

Las garras del gato.
Secretos inconfesables.

(Salazar 13)

M.J. Fernández

Capítulo 1

Las palabras del mensaje acudieron a la mente de Arancha. Un escalofrío recorrió su espalda, mientras conducía concentrada en la vía, decidida a correr los riesgos que la desafiaban. Ya casi era la hora de la cita. La nieve caía sin descanso, moviéndose en todas direcciones, y la luz de los faros iluminaba los copos frente al coche, creando una niebla densa, que le dificultaba ver la carretera.

Conforme ascendía por la montaña, las condiciones climáticas iban empeorando, reduciendo la visibilidad y haciendo el trayecto cada vez más peligroso. Por si fuera poco, la joven comenzó a notar que cada vez le resultaba más difícil mantener el vehículo en movimiento, como si el artefacto mecánico se negara a continuar ascendiendo hacia el punto de encuentro.

Tal vez no hubo aviso, o quizá ella no había captado la luz de advertencia en el tablero. En cualquier caso, la tomó por sorpresa que, de repente, el coche se apagara y comenzara a derrapar. Arancha trató de controlarlo con desesperación, pero tanto el freno como la dirección se habían endurecido tanto, que no fue capaz de impedir que el turismo se saliera de la carretera.

El coche se deslizó sobre la nieve sin control, a pesar de los esfuerzos de su conductora por detenerlo. Solo el choque contra un árbol fue capaz de frenarlo. Arancha sintió el impacto como una sacudida, pero por fortuna iba a poca velocidad, así que después de una breve comprobación, pudo llegar a la conclusión de que había salido ilesa. Una vez superado el susto, Arancha comenzó a preguntarse qué había ocurrido. El tablero resolvió el misterio. Se había quedado sin gasolina. ¿Cómo era posible? Había llenado el

tanque a la salida de Haro y, antes de que comenzara la tormenta, todavía tenía suficiente para llegar a Ezcaray y regresar.

La joven se tomó un momento para pensar acerca de su situación. Lo primero que hizo fue comprobar si tenía cobertura. Por suerte, la tenía, así que no resultaría difícil pedir ayuda. Antes que nada, necesitaba comprender cuál era su situación, por lo que sacó el chaleco reflectante de la guantera y se bajó del coche. Sus botas se hundieron en la nieve por encima de los tobillos y la golpeó el viento helado de la tormenta, que no había cedido ni un ápice. El intenso olor a gasolina le confirmó la causa del accidente. Arancha analizó la situación: su Ibiza se había desplazado varios metros desde la carretera y solo se detuvo cuando el coche se empotró en un roble, dejando una enorme abolladura en el capó. Arancha suspiró. Aquello le saldría por un pico. Una ráfaga de aire helado le recordó que, en ese momento, la reparación del coche era el menor de sus problemas.

Todavía nerviosa por la experiencia, Arancha cogió el móvil para hacer una llamada. Antes de que pudiera marcar el primer número, el teléfono comenzó a vibrar en su mano. La instrucción que recibió fue muy concisa, pero no dejó espacio para las dudas. Nadie debía saber que estaba allí. Tenía que esperar. Pronto recibiría instrucciones.

Cuando la llamada terminó, un escalofrío recorrió la espalda de la chica. No supo si fue a causa del viento helado que la azotaba, o de la frialdad de la voz que le dio una orden, que no tenía otra alternativa que cumplir. Además, ¿cómo supo su interlocutor dónde estaba? Arancha se puso el abrigo que reposaba en el asiento trasero del coche y se sentó detrás del volante para esperar, mientras sujetaba el móvil en su mano temblorosa.

Algunos minutos después, las luces de un camión aparecieron en la distancia, incrementándose en tamaño e intensidad, conforme se acercaban. El camión se detuvo en la carretera, en el mismo lugar en el que Arancha había derrapado.

El conductor, un hombre robusto que se balanceaba al andar, se bajó y se acercó al Ibiza con expresión preocupada.

—¿Está usted bien? ¿Necesita ayuda? ¿Quiere que llame a una ambulancia, una grúa o alguien que pueda auxiliarla?

—Estoy bien, gracias. No es necesario. Ya he pedido ayuda y la estoy esperando.

—¿Llamó al 112?

—Eh… No, a mi hermano. Estoy segura de que él sabrá qué hacer.

—Disculpe, señorita, pero creo que en esta situación y en medio de la tormenta, su hermano poco podrá hacer. Si se queda aquí, corre el riesgo de sufrir una hipotermia. Hace más de veinte años que recorro las carreteras de toda Europa y le puedo asegurar que en una situación como esta, lo más prudente es solicitar ayuda a los servicios de emergencia.

Arancha frunció el ceño, contrariada por la insistencia del chófer y consciente de que no podía desobedecer las instrucciones que había recibido por el teléfono.

—Ya le dije que estoy bien. Sé lo que hago —la joven le mostró el móvil y señaló la cobertura— Estoy en capacidad de pedir toda la ayuda que necesite. Gracias por detenerse, pero siga su camino.

El chófer del camión enderezó la espalda y parpadeó. Después de pensarlo por un instante, se encogió de hombros.

—De acuerdo. Usted decide. Espero que su hermano llegue pronto.

El buen samaritano regresó a su camión, encendió el motor y se alejó en dirección a Ezcaray. En la medida en que Arancha veía que las luces antiniebla se empequeñecían en la distancia, una presión fue apoderándose de su pecho. ¿Acababa de rechazar su última oportunidad?

Tomás se sintió aliviado cuando por fin llegó a Ezcaray. Aquella era una de las tormentas de nieve más traicioneras que había tenido que atravesar, en su larga trayectoria como chófer. No se le quitaba de la cabeza la joven del coche accidentado y su extraña actitud. Era probable que no fuera consciente del riesgo que corría, varada en medio del bosque en esas condiciones. Una punzada de culpa le atravesó el pecho. ¿Quizá tendría que haber insistido, haberle hecho comprender que su conducta era imprudente y peligrosa? Ella

parecía tan determinada a rechazar su ayuda… Después de considerar todas las opciones, Tomás comprendió que no podría dormir esa noche si no actuaba. Además, si algo le pasaba a la chica…

El chófer pasó de largo su destino en Ezcaray, para encaminarse al cuartel de la Guardia Civil. El guardia de la recepción tomó nota de la denuncia del accidente, las coordenadas donde había ocurrido, la actitud de la chica y los datos de Tomás, para localizarlo si era necesario. Cuando el conductor abandonó el cuartel, sus hombros experimentaron una extraña ligereza.

Minutos después, una pareja de la Guardia Civil llegó al lugar del accidente. El Ibiza continuaba allí, empotrado contra el roble. A pesar de encontrarse al aire libre, el olor a gasolina era penetrante. La puerta del chófer estaba entreabierta, pero no había señales de la conductora. Los guardias se acercaron y pudieron comprobar que su bolso reposaba en el asiento trasero. No había huellas en los alrededores. Era probable que la misma tormenta las hubiera borrado. En cualquier caso, no tenían forma de saber si la joven había abandonado el vehículo, o qué dirección había seguido.

—Tal vez su hermano la recogió y la llevó a un lugar seguro —sugirió el guardia más joven.

El sargento Rámiz frunció el ceño.

—Eso espero, Saúl. Si la chica cometió la imprudencia de alejarse del coche con este tiempo…

—¿Crees que eso fue lo que pasó?

—No lo sé, pero sospecho que lo sabremos pronto. Es urgente que contactemos al hermano, así que vamos a anotar la matrícula y averiguar el nombre de esa chica. Mientras tanto, levantemos un perímetro alrededor del vehículo. Pide refuerzos para vigilar que nadie se acerque al vehículo, mientras averiguamos qué ocurrió aquí.

Saúl asintió y se encaminó al coche patrulla, para cumplir las órdenes.

Después de asegurar la escena del accidente, de regreso en el cuartel, los peores temores del sargento se confirmaron. Federico, el hermano de Arancha, les respondió que no había recibido ninguna

llamada de auxilio de su hermana. Tampoco sabía nada de aquel viaje. No la había visto desde el fin de semana anterior y nunca le mencionó que tuviera intenciones de ir a Ezcaray. Mucho menos en un día de trabajo.

La respuesta del hermano disparó las alarmas y comenzaron a surgir nuevas hipótesis. El teniente Soler organizó una batida en el bosque para encontrar a la chica.

El equipo de Criminalística de la Guardia Civil no encontró signos de lucha, ni rastros de sangre, ni indicios de que alguien más hubiera estado presente en la escena. Lo que sí encontraron fue el móvil de Arancha hundido en la nieve, junto al coche, pero en una primera inspección no arrojó ninguna pista sobre lo que había ocurrido.

Se llevó a cabo una búsqueda exhaustiva con perros rastreadores y helicópteros, que no dio ningún resultado. Era como si la joven se hubiera desvanecido en el aire.

Aquello no tenía ningún sentido, a menos que alguien la hubiera recogido en el lugar del accidente. Basados en la conversación que sostuvo con el chófer del camión, era posible que se tratara de alguien a quien ella esperaba. La desaparición de Arancha fue noticia durante algunos días, pero el interés mediático se fue desvaneciendo con el paso del tiempo. Después de las indagaciones, la Guardia Civil concluyó que la joven se había marchado por voluntad propia con esa persona desconocida.

A pesar de la insistencia de la familia en que algo extraño había sucedido, las autoridades no tenían ninguna evidencia que los convenciera de que debían continuar la búsqueda. La conclusión de los investigadores y el paso del tiempo hicieron que la desaparición de Arancha ocupara cada vez menos espacio en las noticias, hasta casi desaparecer.

Capítulo 2

Tres semanas después, en San Miguel, Salazar entró en la sala común. Lo alcanzaron el olor a café recién hecho y el murmullo de las conversaciones de sus compañeros. Reconoció para sí mismo que había echado de menos el ambiente tenso y al mismo tiempo familiar de la comisaría. Sus últimos quince días habían transcurrido entre pañales, biberones y noches de insomnio. Ahora, que había pasado el testigo a las maternales y hábiles manos de Rebeca, Néstor se sentía aliviado y se alegraba de su regreso al mundo adulto, aun cuando ya había recibido un adelanto de lo que le esperaba. Aunque había disfrutado cada minuto que compartió con Gabi durante los días de permiso paternal, reconocía que cuidar a un bebé era un trabajo extenuante. Volver a la rutina sería un alivio. En cuanto su gabán se asomó en la sala común, en los rostros de sus colegas se dibujaron sonrisas sardónicas que presagiaron el cachondeo al que sería sometido. Remigio abrió la ronda.

—¿A quién tenemos aquí? Acaba de llegar el orgulloso padre.

—Orgulloso y ojeroso —señaló Miguel.

—A ver, ¿de quién fue la idea? —preguntó Néstor, simulando un tono severo.

Miguel y Remigio cruzaron miradas de falsa inocencia.

—No sabemos a qué te refieres —respondió Miguel, traicionado por la expresión de su rostro.

Telmo y Ángela se mordieron los labios y desviaron la mirada a sus correspondientes pantallas.

—Me refiero a la cuna portátil con un muñeco y un biberón que ocupa el escritorio de mi despacho, donde debería estar el ordenador.

Remigio se encogió de hombros.

—Pensamos que echarías de menos tus nuevas ocupaciones.

—¿Y la cartelera? —preguntó Salazar con tono indignado, al mismo tiempo que sacaba su móvil y buscaba la fotografía que acababa de tomar—. ¿Era necesario ser tan cruel?

En el móvil, Néstor contempló la imagen de la cartelera de su despacho, en la que se veía su propia fotografía. Debajo de ella se leía una nota con claridad:

«Sueño perdido, desaparecido desde hace 15 días. Visto por última vez en la comisaría, descansado y despreocupado. Sospechoso: Bebé con fuerte influencia sobre la víctima. Hipótesis**:** Se teme que nunca será recuperado».

Remigio se acercó a él con una sonrisa burlona, y le dio un par de palmadas en el hombro.

—Bienvenido al mundo de la paternidad, compañero. Ahora son los llantos del bebé, luego serán los dolores de tripa y los resfriados, y un poco más adelante, esperar hasta que la chavala regrese de marcha. Lo siento, amigo, pero las noches de sueño tranquilo han terminado para ti. Cuanto antes lo asumas, mejor.

Un carraspeo conocido desvió la atención en dirección a la puerta de la sala. Santiago, cuya sonrisa burlona no encajaba en su enorme corpachón, los observaba desde el umbral. Néstor entornó los ojos con desconfianza.

—¿Tú también participaste en este cachondeo inmisericorde?

Su hermano se encogió de hombros.

—Alguien tenía que advertirte acerca de las consecuencias de la paternidad.

—Se supone que eres el comisario y debes poner orden —protestó Néstor.

—También debo ser justo. Y tienes que reconocer que solo estás recibiendo una pequeña dosis de tu propia medicina.

—Visto así… —reconoció Salazar.

Santiago volvió a carraspear, enderezó la espalda y enserió la expresión del rostro. ¡Cómo imponía el tío!

—Muy bien, señores. Se acabó el cachondeo. ¡A trabajar! Miguel, Ángela, comenzad vosotros.

Miguel tomó la palabra.

—Sí, señor. Confirmamos que la venta de mercancía falsificada no se limita a una o dos tiendas. Hemos encontrado denuncias no solo por parte de los comerciantes de Haro, sino también en Logroño y otros pueblos cercanos. Llegamos a la conclusión de que la distribución se extiende por toda La Rioja.

—No se trata de casos aislados —intervino Ángela—. Las evidencias apuntan al trabajo de una organización estructurada.

—¿Habéis seguido el rastro a través de los distribuidores? —preguntó Néstor.

—No está resultando fácil —reconoció Miguel—. Hasta ahora solo hemos encontrado empresas fantasma, que desaparecen cuando reciben el primer reclamo.

—De acuerdo. Continuad trabajando en el rastreo del origen de la mercancía. Mantenedme informado acerca de los avances —les ordenó el comisario, al mismo tiempo que abría la carpeta que llevaba en la mano y centraba su atención en Salazar—. Pasemos a otro asunto: Esta mañana hemos recibido la asignación de esta investigación y quiero que tú te ocupes, Néstor.

—¿De qué se trata?

—Arancha González —anunció Santiago—. Veintitrés años. Residenciada en Haro. Trabajaba como dependienta en una tienda por departamentos.

—¿Trabajaba?

El comisario les informó acerca de las circunstancias en las que Arancha había desaparecido sin dejar rastro. Con la carpeta en la mano, Néstor ojeó los documentos, mientras Santiago exponía el caso. El ceño de Salazar se fue frunciendo conforme escuchaba. Esperó a que el comisario concluyera sus explicaciones para intervenir.

—Según estos informes, la Guardia Civil cerró el caso porque concluyó que la chica se había marchado por voluntad propia. ¿Cuál fue el motivo por el que se reabrió la investigación y por qué nosotros?

Santiago suspiró.

—La familia niega la posibilidad de que Arancha haya desaparecido por su voluntad, así que sus padres interpusieron un escrito ante el Juzgado de Instrucción, solicitando la reapertura del caso y el cambio de jurisdicción. El juez Aristigueta consideró que había elementos suficientes y lo asignó a esta comisaría. Ahora es nuestro problema.

—Encontrar una pista después de tres semanas no será fácil —se quejó Telmo.

El comisario recibió el comentario con un fruncimiento de ceño.

—Lo sabemos, pero nuestro deber es intentarlo y hacer nuestro mejor esfuerzo.

—Sí, señor.

Salazar estaba concentrado en el contenido de la carpeta, leyendo al vuelo.

—¿En qué se basa la familia para afirmar que la desaparición fue forzada? Sus argumentos debieron ser convincentes para conseguir que el juez reabriera la investigación.

—Así es —confirmó Santiago—. Existen algunos indicios que apuntan en este sentido. Arancha dejó sus tarjetas bancarias en casa. Salió sin equipaje. Sus maletas y toda su ropa continúan en su habitación.

Néstor sacudió la cabeza.

—No es suficiente. Quizá no quería que su círculo cercano sospechara lo que iba a hacer.

—Las declaraciones de su compañera de piso fueron determinantes en la decisión del juez: Arancha parecía preocupada los últimos días y lo justificó con una emergencia familiar que no existía. Por otro lado, nunca le mencionó a su compañera la intención de salir de viaje o abandonar Haro. Además, pagó su parte de la renta el día anterior a su desaparición. Un dinero que le habría resultado muy útil si tenía la intención de marcharse.

—Es suficiente para mí.

—En esa carpeta tenéis los informes de la Guardia Civil y los resultados del registro de la escena donde desapareció la joven, incluyendo el peritaje del coche. También lo que encontraron en el registro de su habitación.

—¿Se sabe por qué derrapó el coche? —preguntó Remigio.

—Muy buena pregunta —admitió Santiago—. Tuvo una falla mecánica. Se rompió la manguera del combustible. Eso hizo que el motor se detuviera, con lo cual…

—Arancha debió verse en dificultades para mover la dirección o accionar los frenos —concluyó Néstor—. En medio de la nieve, esto fue suficiente para que derrapara.

—Es la conclusión a la que llegó la Guardia Civil. Por otro lado, su negativa a recibir ayuda por parte del camionero que se detuvo, fue lo que les hizo concluir que se había marchado por su propia voluntad.

—Es razonable —intervino Miguel—. Si estaba en problemas, ese habría sido un buen momento para pedir ayuda.

—Eso depende del tipo de problema —opinó Néstor.

—En cualquier caso —continuó el comisario—, la escena del accidente estaba tan limpia de huellas, que la Guardia Civil concluyó que Arancha se marchó con alguien a quien ella misma avisó.

—Tal vez se internó en el bosque y se perdió —sugirió Ángela.

Santiago negó con la cabeza.

—Es poco probable. Aunque siempre existe la posibilidad de que la tormenta borrara las huellas, la Guardia Civil rastreó el bosque con perros y no encontraron ningún indicio de la chica.

Salazar abrió la boca para dar su opinión, pero se vio interrumpido por Lali, que se asomó en ese momento. La mirada de la secretaria se centró en Santiago como si fuera la única persona presente en la sala, al mismo tiempo que se frotaba las manos en un gesto inconsciente.

—Usted perdone, comisario. No quiero interrumpir, pero acabamos de recibir una llamada urgente.

—Te escuchamos, Lali.

—Nos avisaron de un cadáver encontrado en el 210 de la calle Almendora. García envió un coche patrulla para investigar, y los agentes reportaron que las evidencias sugieren que se trata de un homicidio. Hay signos de violencia en la escena. La víctima era Adolfo Carvajal…

—¿El periodista? —preguntó Salazar.

—Sí, inspector jefe. Ya los agentes levantaron el perímetro y García acaba de avisar al juez y al departamento de Científica.

—¡Mierda! —murmuró Santiago, en voz tan baja, que solo Néstor consiguió escucharlo.

Salazar levantó una ceja. Ese tipo de expresión no era habitual en su hermano, quien por lo general era muy circunspecto.

—Carvajal es lo bastante conocido y querido en Haro, para que ese caso se convierta en una pesadilla —comentó el inspector Toro.

—Tienes razón, Remigio —dijo Santiago—. Y me temo que, en esta ocasión, el marrón será para ti.

—Eso me pasa por no mantener la boca cerrada.

—No dejes de avisarme si necesitas respaldo. Soy consciente de que en este momento no cuentas con la ayuda de tu compañera.

—Gracias, señor. Lo tendré en cuenta.

—Muy bien, todos a trabajar.

El comisario dio por terminada la reunión y salió, seguido por Remigio, cuya expresión no dejaba dudas, acerca de su resignación. Miguel se acercó al escritorio de Ángela, para ayudarla en la elaboración de la lista de los comercios afectados por las falsificaciones. Decidieron comenzar por la zapatería «Confort». Al mismo tiempo, Salazar palmeó el hombro de su compañero.

—Ven conmigo al despacho, chaval. Tenemos mucho que hacer.

Capítulo 3

Cuando Salazar entró en su despacho, ya la cuna portátil había desaparecido y el ordenador se encontraba en su lugar. El inspector jefe adivinó la mano eficiente de Lali como la responsable del regreso a la normalidad. Mientras se acomodaba detrás del escritorio, Telmo ocupó la silla frente a él.

—Muy bien. Revisemos estos expedientes y veamos a qué nos estamos enfrentando.

—Eh… sí, señor —respondió el subinspector con aire distraído.

Néstor entornó los ojos.

—¿Me has llamado señor? ¿Ocurre algo, Telmo? Te noto un poco distraído.

—Perdone, jefe. Mi madre está ingresada por una neumonía y le confieso que estoy un poco preocupado.

—Lo lamento mucho, chaval. Espero que se recupere pronto. Si necesitas algunas horas libres, yo me puedo ocupar de las primeras indagaciones.

Telmo dibujó una leve sonrisa y negó con la cabeza.

—Se lo agradezco mucho, jefe. Su apoyo significa mucho para mí en este momento, pero ya la acompaña una de sus hermanas y está bien atendida. Yo me quedaré con ella esta noche, cuando salga de aquí. Creo que lo mejor será que me concentre en el trabajo.

—De acuerdo, Telmo, pero si necesitas algo, no dudes en decírmelo.

El joven subinspector asintió y ambos se centraron en los documentos del caso que tenían entre manos.

◆◆◆

Mientras Salazar y su compañero se empapaban de la información que les había proporcionado la Guardia Civil, Miguel y Ángela llegaron a la zapatería que encabezaba la lista de tiendas perjudicadas por las falsificaciones de mercancía. Los recibió Lucía Rincón, una mujer de mediana edad que se presentó como la propietaria. Cuando los policías se identificaron, ella no disimuló su preocupación.

—Esto puede ser la ruina de mi negocio. Desde que todo comenzó, he cambiado tres veces de distribuidor, pero todos padecen del mismo mal. La mercancía que está llegando es de muy baja calidad y las devoluciones son cada vez más frecuentes.

—El mercado está inundado de falsificaciones —concluyó Ángela.

—Eso parece. He conversado con otros comerciantes y todos tenemos problemas similares.

—Usted puso la denuncia hace dos meses y fue la primera en hacerlo—señaló Miguel—. ¿Cuándo comenzó a sospechar lo que estaba ocurriendo?

—Un par de meses antes de poner la denuncia. En ese momento, la mayor parte de la mercancía todavía era legítima. Sin embargo, conforme pasaron las semanas, la situación se hizo cada vez más preocupante.

Miguel asintió.

—Necesitaremos su colaboración.

—Por supuesto.

—Tomaremos nota de los nombres de sus distribuidores y le agradeceremos que prepare una carpeta con todas las facturas y albaranes de los últimos seis meses. Un mensajero del departamento de Científica pasará a recogerla.

—Lo que sea necesario para que todo regrese a la normalidad.

Después de tomar nota de la información que les había proporcionado Lucía, Miguel y Ángela se encaminaron al siguiente negocio de la lista. Con un poco de suerte y mucho trabajo, debían

ser capaces de trazar un patrón de distribución que les arrojara alguna pista, que los condujera al responsable de las falsificaciones.

◆◆◆

Mientras ambos policías recorrían las tiendas de Haro y sus alrededores como sabuesos que seguían un rastro, Remigio llegó al 210 de la calle Almendora. Aparcó detrás de un par de coches que ya le resultaban familiares. Ya los agentes habían levantado el perímetro y el chalé se encontraba rodeado por cinta de balizamiento. Remigio bajó de su coche y avanzó sin prisa, al mismo tiempo que uno de los agentes se acercaba a él.

—¿Qué tenemos, Pérez?

—María Jiménez, la asistenta, encontró el cuerpo esta mañana cuando llegó a trabajar, inspector. Sus gritos alertaron a los vecinos y uno de ellos fue quien llamó.

—¿Dónde está ahora?

—En aquella casa —respondió Pérez, señalando uno de los chalés —. Esa vecina es enfermera y se ha ocupado de calmarla. Ya le advertimos que no debe marcharse, hasta que usted hable con ella.

—Bien. Continúa.

—Ya llegaron el forense y el juez, señor. Estamos esperando a Científica.

—¿Interrogasteis a los vecinos?

—Sí, señor.

—Excelente. Espero vuestro informe lo antes posible.

—Sí, señor.

Maldiciendo su mala suerte por lo bajines, Remigio entró en el chalé. El murmullo de voces entre el juez y el forense lo condujo hasta la escena del crimen. En cuanto llegó al estudio, el inspector captó la situación de un vistazo.

Mientras el juez, de pie, con la espalda recta y en silencio, iba tomando notas en su tableta, el forense estaba inclinado sobre el cuerpo de la víctima. Adolfo Carvajal yacía en el suelo, rodeado de

libros y papeles esparcidos. El desorden que reinaba sugería que la habitación había sido el escenario de una pelea.

Los libros habían sido apartados con violencia en una de las estanterías, dejando a la vista una caja fuerte, que ahora se encontraba abierta y vacía. ¿Estaban frente a un robo con violencia?

El doctor Molina levantó la mirada.

—Vaya, inspector Toro, esperaba a Salazar, pero veo que, en esta ocasión, el marrón le ha caído a usted.

—Doctor Molina. ¿Ha encontrado algo?

El forense levantó la mirada y suspiró.

—Siempre con prisa. En eso, todos los polis son iguales.

Remigio estrechó la mano del juez Bermúdez.

—No se haga de rogar, doctor —insistió el inspector.

—Solo son preliminares —anunció Molina como advertencia—. Para los resultados definitivos, tendrá que esperar a que termine la autopsia.

—Entendido y anotado.

—Los hallazgos externos apuntan a una lesión contusa craneal como causa de la muerte.

—¿En cristiano?

—Lo mataron de un golpe en la cabeza.

—Vale.

—La víctima tiene golpes en antebrazos y manos, así como rasguños y hematomas en el cuello y el tórax.

—Eso significa que estuvo involucrado en una pelea. ¿No es así?

—Yo diría que luchó por su vida.

—Me pregunto qué se habrán llevado de la caja fuerte y si ese fue el motivo del crimen.

—Es lo que parece —opinó el juez.

—Quizá —reconoció Remigio—. A menos que todo esto sea una puesta en escena.

—Eso le corresponderá a usted descubrirlo, inspector —dijo Molina—. De lo que puede estar seguro es de que hubo una pelea, antes del homicidio. Sin ninguna duda, estos hallazgos son *premortem*.

—¿Sabe a qué hora murió, doctor?

—Yo diría que entre las veintidós horas de ayer y las dos horas de hoy. Sin embargo, tendrá que esperar a la autopsia para que pueda confirmárselo.

—Comprendo. ¿Hay algo más que pueda decirme?

—Por ahora, es todo. Podré proporcionarle más datos después de la autopsia. Es posible que las marcas en la piel nos ayuden a identificar el arma homicida, así como la dirección del golpe. Por el ángulo del impacto, también podría determinar si el atacante era más alto o bajo que la víctima.

—Eso puede resultar muy útil —reconoció el policía.

—También llevaremos a cabo análisis de sangre, para comprobar si la víctima estaba bajo el efecto de drogas o alcohol.

—De acuerdo, doctor. Esperaré su informe.

El sonido apagado de pasos que acompañaron a un murmullo sordo anunció la llegada del equipo de Científica. El jefe del equipo se acercó al grupo que rodeaba al cuerpo de la víctima. En pocas palabras, el juez les informó acerca de la situación.

—Haremos un registro minucioso del estudio, así como del resto de la casa y sus alrededores.

Remigio asintió.

—Perfecto. Esperaré los resultados.

El inspector salió del chalé, dejando trabajar a los expertos. Una vez afuera, respiró profundo, como si necesitara una bocanada de aire fresco, antes de afrontar los siguientes pasos. Tenía que reconocer que echaba de menos a su compañera. La aguda percepción y la experiencia de Rebeca le habrían venido bien en esa situación, pero tendría que apañárselas.

Remigio se encaminó hacia la casa que había dado albergue a María Jiménez, la desafortunada asistenta que encontró el cadáver. Apenas llamó a la puerta, le abrió una mujer mayor que se presentó como Anabel Rodríguez. Después de que Remigio se identificó, la vecina le permitió pasar.

—Antes de hablar con la señora Jiménez, me gustaría saber si usted vio o escuchó algo entre las veintidós y las dos horas de la pasada noche.

—Me temo que no, inspector. Tomo una pastilla para dormir y mi habitación da al otro lado de la casa.

—Comprendo. ¿Conocía usted al señor Carvajal?

—Solo de saludo. Era un vecino tranquilo, amable, pero muy reservado. Nunca sostuvimos una conversación de más de diez palabras.

—En los últimos días, ¿ha visto algo que le llamara la atención respecto de su vecino?

—Pues, ahora que lo dice… en los últimos días recibió la visita de un caballero en más de una ocasión, lo cual no era habitual.

Las alarmas del policía se dispararon.

—¿Tiene idea de quién era?

—No. Me temo que no. Nunca lo había visto por aquí. Por sus ropas y su coche, se notaba que era una persona de posibles.

—¿Podría reconocerlo si lo volviera a ver?

—Me temo que no. Tengo muy mala vista.

—¿Y el coche? ¿Sabe de qué marca era o anotó la matrícula?

—Lamento ser de tan poca ayuda, inspector, pero no sé nada acerca de coches y no se me ocurrió anotar la matrícula. No tenía ningún motivo para hacerlo.

Remigio dejó escapar un suspiro de resignación.

—Muy bien, señora Rodríguez. Le agradecería que le avisara a la señora Jiménez que deseo hablar con ella.

Anabel suspiró.

—Aguarde un momento, por favor, inspector. La pobre mujer acaba de pasar por un trance muy difícil, así que le preparé una infusión, mientras lo esperábamos en la cocina. Iré a buscarla.

Antes de que Remigio pudiera responder, la señora Rodríguez había desaparecido por una de las puertas, la misma por la que, pocos segundos después, entró al salón una mujer de mediana edad. Su rostro desencajado todavía conservaba las señales del llanto. El curtido policía no pudo menos que apiadarse de ella. Después de presentarse y tratar de tranquilizarla con voz suave, la invitó a sentarse en uno de los sillones, como si aquella fuera su casa y él su anfitrión.

—Señora Jiménez. Trataré de no molestarla demasiado, pero necesito que me cuente qué fue lo que ocurrió esta mañana.

María intentó hablar, pero solo pudo emitir un hipido. Remigio aguardó con paciencia, mientras ella respiraba profundo y lo intentaba de nuevo. Sus palabras salieron en un murmullo y el policía tuvo que aguzar el oído, para poder comprenderla.

—Llegué temprano, como siempre. Hoy es martes y, por lo general, los martes el señor no está… estaba en casa por la mañana. Era el día de su programa de radio.

—Así que no esperaba encontrarlo.

—No, señor. Yo… tengo las llaves y entré.

—¿Le ha prestado usted las llaves a alguien?

—¡Por supuesto que no, señor!

—¿Alguien se las ha pedido? —María negó con la cabeza—. ¿Las perdió por un rato en algún momento?

—No, señor. Aunque vivo sola, guardo todas las llaves en un cofre cerrado —Al mismo tiempo que respondía, María sacó una cadena que colgaba de su cuello, cuyo colgante era una pequeña llave.

—De acuerdo. Continúe, por favor.

—Cuando llegué, me sorprendió encontrar la puerta principal entreabierta. El señor Carvajal era muy cuidadoso con la seguridad. Pensé que quizá había olvidado algún documento o algo y regresó a buscarlo con prisas, así que comencé a llamarlo, pero nadie respondió. Fui a su estudio, porque era el lugar donde sabía que sería más probable encontrarlo, si estaba en casa. Entonces, entré, lo vi allí y… —El llanto interrumpió el relato de María, hasta que consiguió calmarse. Remigio esperó con paciencia— Lo lamento. No recuerdo nada más. La señora Rodríguez dice que alerté a los vecinos con mis gritos, pero yo no puedo recordarlo.

—Muchas gracias, señora Jiménez. En cuanto se sienta mejor, por favor acuda a la comisaría para declarar.

—¿Encontrará al monstruo que hizo esto? El señor Carvajal era tan buena persona…

—No se preocupe. Le prometo que lo encontraré y pagará por su crimen.

Capítulo 4

En cuanto Salazar y Telmo terminaron de empaparse de la información acerca de la desaparición de la joven, así como de elaborar un organigrama en la pizarra del despacho de Néstor, el inspector jefe decidió cuáles serían sus siguientes pasos.

—El móvil de Arancha, Telmo. Por lo que he leído en los informes, no se le dio la suficiente importancia.

El subinspector rechinó los dientes.

—Apareció sepultado en la nieve, junto al coche. ¿Cómo cree que llegó ahí, jefe?

—Solo encuentro dos explicaciones posibles. La primera sería la justificación que aparece en los informes de la Guardia Civil…

—Que la propia Arancha lo dejó caer en la nieve, para dejarlo atrás y que no pudieran seguirla a través de él —dijo el subinspector, pensativo—. ¿Usted lo cree?

Néstor negó con la cabeza, despacio.

—En realidad, no. La segunda explicación, la que mejor encaja, es que se le cayó de las manos cuando se la llevaron.

—¿Y la falta de indicios de lucha en la escena?

Salazar frunció el ceño.

—Estamos hablando de nieve, Telmo, en medio de una tormenta. Lo sorpresivo hubiera sido que se encontrara alguna huella o señal.

—Es cierto, jefe. Lo siento. Hoy estoy un poco espeso.

—No pasa nada, Telmo. Volviendo al móvil. Quiero saber qué secretos nos puede revelar. Ocúpate de que los informáticos de la Guardia Civil se lo entreguen a Toni lo antes posible. Mientras tanto, yo solicitaré una orden judicial para que podamos acceder a toda la información que contiene.

—De acuerdo, jefe. ¿Eso es todo?

Salazar negó con la cabeza, al mismo tiempo que leía el expediente.

—Antonio González y Carolina Valdez son los padres de la joven. Viven en la calle Linares Rivas. En cuanto resolvamos el asunto del móvil, iremos a hacerles una visita.

—De acuerdo, jefe.

Una hora después, Salazar y Telmo salieron de la comisaría y se encaminaron a la dirección de los González Valdez. Un tenaz sirimiri los acompañó durante todo el camino. Cuando llegaron a su destino, todas las superficies visibles estaban cubiertas por una capa de humedad. En el corto trayecto desde el coche hasta el portal, el frío les penetró hasta los huesos.

Salazar y Telmo subieron al segundo piso y llamaron a la puerta de los padres de Arancha. Les abrió un hombre que rondaba los sesenta años, con el cabello entrecano y la mirada cansada.

—¿Qué desean?

Néstor se identificó y presentó a su compañero, antes de explicar el motivo de su visita.

—El juez reabrió el caso de Arancha, señor González. Mi compañero y yo nos ocuparemos de la investigación. Necesitaremos su colaboración.

El padre de Arancha pareció despertar de un largo letargo y en sus ojos destelló una nueva chispa de esperanza.

—Por supuesto. Pasen.

Cuando los policías entraron a la sala del pequeño piso, encontraron a una mujer en la cincuentena, con los ojos hundidos por la tristeza y horas de llanto. Sostenía un pañuelo en la mano.

—¿Qué ocurre, Antonio?

Su marido le informó acerca de las novedades. Ella se cubrió la boca con el pañuelo y cerró los ojos, como si agradeciera la respuesta a una plegaria. Se sentaron en la sala y Telmo sacó su móvil para tomar notas. Antonio y su mujer, sentados uno junto al otro, entrelazaron sus manos. Salazar tomó la palabra.

—Según los informes, Arancha nunca les mencionó que tuviera intención de marcharse.

—Es lo que siempre le dijimos a la Guardia Civil —confirmó Antonio.

—Nuestra hija nunca habría hecho algo así —intervino Carolina—. Ella no nos habría sometido a un sufrimiento como este. Estoy segura de que algo malo le pasó.

Salazar asintió.

—Comprendo. De acuerdo con la información que tenemos, Arancha viajó en dirección a Ezcaray en un día de trabajo, después de conseguir un permiso de su jefe. Para convencerlo, ella le mintió acerca de una emergencia familiar que nunca ocurrió. ¿Tienen alguna idea de por qué hizo esto?

Antonio y Carolina aumentaron la presión entre sus manos. Fue el padre quien respondió, después de dejar escapar un suspiro.

—No lo comprendemos. Ella no era así. Debió tener un buen motivo para comportarse de ese modo, pero no sabemos cuál fue.

—Ella… —intervino la madre—. La última vez que nos vimos parecía inquieta. Le pregunté qué le ocurría, pero no quiso decírmelo. Me respondió que no me preocupara, que eran cosas suyas y que ya lo estaba resolviendo.

—«Cosas suyas» —repitió Néstor—. ¿Alguna idea de a qué se refería?

Carolina apretó los labios y negó con la cabeza, al mismo tiempo que se enjugaba una lágrima con el pañuelo. Néstor le dedicó una mirada de conmiseración.

—No se preocupen, lo averiguaremos. Su colaboración es importante.

Antonio asintió.

—Haremos lo que usted nos diga, inspector.

—Necesitaremos una lista con todos los familiares, compañeros de trabajo y amigos que puedan aportar información.

Durante los siguientes minutos, los padres de Arancha elaboraron la lista solicitada por los policías, incluyendo las direcciones y teléfonos que pudieron encontrar o recordar. La tarea los sacó del letargo en el que se habían sumido. Al menos, estaban haciendo algo para encontrar a su hija.

Al salir del piso, Salazar llamó a Lali, le envió la fotografía de la lista y le pidió que citara a todas aquellas personas a la comisaría, esa misma tarde.

—Y ahora, ¿qué?, jefe.

—Este caso ya tiene tres semanas de retraso y ya sabes lo que decía Locard al respecto…

—«Tiempo que pasa, verdad que huye».

—Mientras esperamos que Lali reúna a los potenciales testigos, tú y yo haremos una visita al cuartel de la Guardia Civil en Ezcaray. Quizá puedan decirnos algo que no está escrito en los informes.

◆◆◆

Mientras Salazar y Telmo emprendían el recorrido hacia Ezcaray, Miguel y Ángela habían regresado a la comisaría, después de haber entrevistado a todos los tenderos afectados por las falsificaciones. La información que acababan de recopilar no era diferente de la proporcionada por Lucía: habían recibido mercancía, casi siempre zapatos y ropa de marca, con defectos y material de mala calidad, lo cual generaba un aumento en las devoluciones, que amenazaba la estabilidad de sus pequeños negocios.

Después de analizar los albaranes y facturas, los policías descubrieron que todos los productos falsificados tenían su origen en el mismo distribuidor.

—Nos estamos acercando —anunció Miguel con entusiasmo—. Averigüemos más sobre esta empresa.

—Dame unos minutos.

Bajo la mirada impaciente de Miguel, Ángela llevó a cabo un rastreo a través de Internet.

—¡Aquí está! —anunció ella con voz triunfal.

—Distribuidora Caltexca S.L. —leyó Miguel en la pantalla de su compañera—. ¿Dónde está ubicada?

—No lo sé —respondió la subinspectora, mientras se paseaba por la página Web.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No tiene una dirección física. Solo un número telefónico. Dame un minuto para comprobarlo.

Ángela marcó el número y permaneció un largo rato esperando respuesta. Después de colgar, se comunicó con la empresa telefónica correspondiente al serial del número. Cuando terminó la llamada, se recostó en el asiento. Todo su triunfalismo se había ido al garete.

—Por lo visto, no será tan simple. El número telefónico fue dado de baja hace más de dos años. Solo estuvo activo durante tres meses.

Miguel masculló una maldición.

—Así que es una empresa fantasma. ¿Por qué no me sorprende?

—Es evidente que saben lo que hacen. Alquilan por separado los camiones que emplean en las entregas. Luego, estos vehículos de carga recogen la mercancía en diferentes almacenes. No será fácil rastrearlos.

—Tenemos que encontrar esos almacenes. Aunque los cambien, no es posible que no hayan dejado ningún rastro.

Mientras Miguel y Ángela trataban de encontrar un hilo del cual tirar, Salazar y Telmo llegaron al cuartel de la Guardia Civil en Ezcaray.

En cuanto entraron, los policías se encontraron en medio de un homenaje. El sargento Eliodoro Rámiz se jubilaba, después de cuarenta años de servicio. Néstor se acercó a Ismael, quien aplaudía con entusiasmo el elogioso discurso del teniente Soler, acerca de la brillante trayectoria del sargento.

El nombre del homenajeado resonó familiar en los oídos de Salazar, hasta que recordó que se trataba de uno de los guardias que se había ocupado de investigar la desaparición de Arancha.

—Parece que llegamos en mal momento —murmuró Néstor.

Ismael dibujó una leve sonrisa y respondió en voz muy baja.

—No se preocupe, inspector. Esto terminará en algunos minutos y estaremos a su disposición.

Eliodoro Rámiz se despidió con emotivas palabras de agradecimiento. Cuando terminó su discurso, Valentina se le acercó y le entregó una pequeña caja en nombre de todos sus compañeros. Emocionado, Rámiz la abrió y sacó un reloj grabado con el escudo de la Guardia Civil. Cuando el teniente Soler dio por terminado el acto, todos los guardias presentes hicieron una formación en honor de su compañero jubilado. Rámiz salió del cuartel con los ojos humedecidos y una sonrisa en los labios, al mismo tiempo que prometía volver muy pronto para visitarlos.

Cuando la ceremonia terminó, Salazar y Telmo se reunieron con Ismael y Valentina, para solicitarles su ayuda en el caso.

—Nosotros no participamos en esa investigación —reconoció Valentina—. Solo sabemos lo que se discutió durante las reuniones de coordinación.

Salazar asintió.

—Lo suponía. La firma que aparece en los informes es la del sargento Rámiz.

—Él y Saúl Gordillo, su compañero, atendieron la denuncia del accidente y fueron los primeros en acudir a la escena.

—¿Podríamos hablar con Gordillo? —preguntó Néstor.

—Por supuesto —dijo Ismael—. Creo que salió detrás del sargento para despedirlo. Es probable que todavía esté en el aparcamiento.

Ismael salió del cuartel y regresó un par de minutos después con otro guardia, tan alto y delgado, que parecía un chorro de agua. Conteniéndose para no bromear acerca de la contradicción entre su apariencia y su apellido, Salazar le preguntó acerca del caso.

Por desgracia, la información que pudo proporcionarles Gordillo no aportó nada nuevo a lo que aparecía en los informes.

—¿Por qué llegaron a la conclusión de que Arancha había desaparecido por voluntad propia? —preguntó Telmo.

—En realidad, fue el teniente quien decidió cerrar el caso —aclaró Saúl—. El sargento y yo teníamos dudas, pero el teniente respaldó su decisión basándose en la conducta de la joven. Ella mintió en su trabajo para emprender el viaje a Ezcaray, y luego se negó a recibir ayuda cuando su coche se salió de la carretera. Como

tampoco existía ninguna evidencia concreta de violencia en la escena del accidente, el teniente argumentó que todo apuntaba a que la señorita González había acordado reunirse con alguien en secreto. Por eso llegó a la conclusión de que era una persona adulta que se había marchado por voluntad propia.

—Es una opción —reconoció Salazar—, pero no me termina de convencer. Algunos detalles no concuerdan con esa teoría. Si pensaba marcharse y no volver, ¿por qué molestarse en contarle una mentira a su jefe que justificara su ausencia? ¿Por qué dejar atrás todas sus pertenencias? Hay algo muy extraño en todo esto y vamos a averiguar de qué se trata.

Capítulo 5

Al mismo tiempo que Salazar y Telmo trataban de encontrar una pista en Ezcaray, y mientras Miguel y Ángela rastreaban los almacenes involucrados en la red de falsificación, Remigio decidió visitar Urbión FM, la estación de radio de Logroño, desde donde el periodista había labrado su fama, con un exitoso programa de noticias.

Al llegar a la calle San Antón, el policía aparcó en batería y encaminó sus pasos en dirección al local que daba albergue a la estación. La puerta de cristal estaba identificada por un letrero de diseño algo anticuado, que daba fe de los años que Urbión FM llevaba participando en la cotidianidad de los riojanos.

El inspector Toro entró con paso decidido y se encontró en un vestíbulo pequeño con un par de sillones gastados, un mostrador de recepción y una máquina de café.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó la joven recepcionista, detrás del mostrador.

Remigio se identificó y solicitó hablar con la persona encargada.

—Es un asunto oficial.

—El despacho del señor Silva, el director general, está al final del pasillo.

El inspector encaminó sus pasos en la dirección señalada por la recepcionista. La cabina de transmisión se encontraba a un lado del pasillo, detrás de un cristal ahumado. En su interior, un locutor hablaba con voz pausada y profunda, centrado en su propio discurso, mientras las luces rojas parpadeantes de su consola le indicaban que estaba al aire.

Remigio experimentó una leve sensación de claustrofobia a medida que avanzaba por el estrecho pasillo, cubierto por paneles insonorizados, a los que complementaba la gruesa alfombra que amortiguaba sus pasos. Las paredes estaban adornadas por fotografías de periodistas y locutores sonrientes. Adolfo Carvajal era uno de ellos. El policía se cruzó con un empleado, que pasó junto a él, sin siquiera notar su presencia.

Por fin llegó a una vieja puerta de madera que necesitaba un buen lijado y una capa de barniz. Junto a ella, en una placa dorada grabada, que ya había perdido su brillo, el inspector pudo leer el nombre que buscaba: Óscar Silva, director general. Remigio llamó a la puerta y recibió la autorización para entrar.

En cuanto el inspector cruzó el umbral, tuvo la impresión de encontrarse en una zona de desastre, con papeles y cuadernos esparcidos sobre cualquier superficie posible. Detrás del escritorio, un hombre de cabello gris mantenía la mirada fija en los documentos de una carpeta.

—Deja el programa sobre el escritorio, Rosana. Enseguida lo revisaré.

—Mi nombre no es Rosana —sentenció Remigio, con el tono más grave que pudo imprimirle a su voz.

Silva levantó la mirada como si un resorte hubiera accionado su cuello y la clavó en el visitante con el ceño fruncido.

—¿Quién es usted y cómo llegó hasta aquí? Estoy muy ocupado. Solicítele una cita a la recepcionista y lo atenderé en cuanto sea posible.

Con movimientos pausados, Remigio sacó su identificación del bolsillo y se la mostró al director.

—Me temo que tendrá que ser ahora, señor Silva. Estoy aquí por un asunto oficial.

En la medida en que Remigio exponía el motivo de su visita, el rostro de Silva iba perdiendo color. Cuando el policía terminó de explicarse, el director se frotó la cara con ambas manos.

—¡Maldita sea la estampa del asesino! Ya le había advertido a Adolfo que anduviera con cuidado.

El inspector tensó los músculos de la espalda.

—¿Por qué? ¿Había recibido alguna amenaza?

Silva soltó un bufido que rebosaba sarcasmo.

—¿Alguna amenaza, dice? En su correo electrónico había más amenazas que *spam*. A Adolfo le gustaba pisar callos. Y cuanto más elegantes eran los zapatos que los calzaban, mejor. ¿Comprende?

—A la perfección. ¿Y qué callos estaba pisando en los últimos días?

—No llegó a decírmelo, pero mencionó un escándalo que involucraba terrenos en litigio.

—¿Dónde guardaba el señor Carvajal la información que recopilaba en sus investigaciones?

—En su casa —respondió el director sin dudarlo—. Su centro de operaciones era su propio estudio.

—La caja fuerte saqueada —murmuró Remigio con desaliento.

—¿Vaciaron su caja fuerte?

—¿Sabe qué era lo que el señor Carvajal guardaba en ella?

Silva frunció el ceño.

—En esa caja fuerte no había dinero ni joyas, inspector. Ese no era el tipo de bienes que Carvajal valoraba. En esa caja, Adolfo protegía los documentos relacionados con sus investigaciones. Su contenido no habría tenido ningún interés para un ladrón corriente. ¿Dice que la vaciaron por completo?

Remigio asintió con pesar. Silva se mordió los labios y entonces levantó el índice de la mano derecha.

—Aguarde un momento, inspector. No todo está perdido.

El director se levantó y apartó varias cajas llenas de carpetas, las cuales tapiaban un armario, que se encontraba en uno de los rincones. Silva sacó una llave que colgaba de su cuello y la usó para abrir las puertas del escaparate. Para sorpresa del policía, el interior del armario estaba en un orden milimétrico. Por alguna razón insospechada, a Remigio aquella contradicción le recordó a Salazar. El director cogió un cofre de una de las estanterías más altas. Como si Óscar Silva fuera un prestidigitador, una llave apareció en su mano y la usó para abrir el cofre. En su interior había un sobre, que le entregó al policía.

—Adolfo era muy previsor y sabía que jugaba un juego muy peligroso. Esto será suficiente para abrir una caja de seguridad en el Banco Ebro.

Cuando Remigio revisó el sobre, encontró una llave y un papel oficial del banco, con una clave de seguridad.

—¿Qué contiene esa caja?

—A Adolfo le gustaba tener todo atado. Allí guardaba la información preliminar y las conclusiones de cada investigación que emprendía. Si quiere saber en qué estaba trabajando, encontrará la respuesta en esa caja.

Después de darle las gracias a Silva por su colaboración, Remigio salió de Urbión FM, para volver a Haro.

◆◆◆

Mientras Remigio desde Logroño y Salazar y Telmo desde Ezcaray, emprendían el camino de regreso a Haro, en la comisaría, Miguel se lamentó del poco éxito que habían tenido, tratando de rastrear los puntos de distribución de la mercancía falsa.

—Esto es una maraña de subcontrataciones que trasladan las falsificaciones de un punto a otro. Estos desgraciados han conseguido que seguirles el rastro sea una pesadilla.

—No desesperes. Aquí hay algo…

De inmediato, Miguel se apartó de su ordenador y se acercó al escritorio de Ángela, prestando atención al mapa satelital desplegado en la pantalla de su compañera.

—¿De qué se trata? ¿Qué encontraste?

—Lo conseguí gracias a la información que le solicité a la DGT. Son las imágenes satelitales de tráfico de la zona. Estos que ves aquí son camiones de carga. Después de revisar los movimientos en torno a Haro y Logroño, detecté un patrón en aquellos que terminaron su recorrido en los comercios que recibieron la mercancía falsa. Como ya comprobamos, estos vehículos no siguen una ruta directa entre ciudades, sino que hacen paradas breves. Una de estas

paradas se repetía con frecuencia hasta hace un par de meses. Sin embargo, en las últimas semanas, ningún camión se ha acercado a ese lugar. Se trata de una ubicación específica en las afueras de Logroño.

—Interesante. ¿De qué estamos hablando? ¿Un almacén?

Ángela negó con la cabeza, al mismo tiempo que abría otra pestaña, cambiando la imagen de la pantalla.

—Crucé los datos satelitales con mapas y registros catastrales. El lugar es una casa rural abandonada.

El rostro de Miguel se iluminó.

—¡Eres genial, Ángela! Esa casa abandonada puede convertirse en el talón de Aquiles de la trama. No hay tiempo que perder. Solicitemos una orden de registro al juez y comunícate con Científica. Vamos a ver qué secretos nos revela ese lugar.

Ángela sonrió ante el cumplido.

—De acuerdo. Me pongo a ello.

Capítulo 6

Cuando Salazar y Telmo llegaron a la comisaría, encontraron al resto de sus compañeros centrados en sus correspondientes ordenadores. Miguel y Ángela apenas levantaron la mirada cuando notaron su presencia. Remigio levantó la mano en un ligero saludo y volvió a lo suyo.

—¿Habéis conseguido algo? —le preguntó Salazar a Pedrera.

—Esto va a paso de tortuga reumática —se quejó Miguel—. Es una maraña, pero te aseguro que llegaremos hasta el final.

—De eso estoy seguro —Néstor se volvió hacia Remigio—. ¿Cómo va tu caso?

—Avanza. Estoy solicitando una orden judicial para abrir la caja de seguridad de la víctima. Veremos qué revela.

—Que haya suerte.

Lali se asomó en ese momento, para avisarle a Salazar que los amigos y familiares de Arancha González habían llegado y estaban esperando.

—Gracias, Lali. Los interrogaremos en mi despacho.

Una vez instalados, Salazar le ordenó a Telmo que hiciera pasar primero a los amigos. Aparte de la preocupación y las lamentaciones, los policías no sacaron nada en claro de las primeras entrevistas. Todos confirmaron que Arancha nunca había mencionado que quisiera marcharse de Haro. También estuvieron de acuerdo en que ella no le habría causado semejante dolor a su familia, desapareciendo de ese modo por voluntad propia.

—¿Quién sigue? —preguntó el inspector al cabo de un par de horas, con un suspiro de cansancio.

—Juan José Torres, el novio de Arancha.

Salazar negó con la cabeza despacio.

—Según el informe de la Guardia Civil, tiene coartada. En el momento de la desaparición de la chica, él estaba en su trabajo, en una empresa de distribución de material informático en Logroño. Comprobaron la coartada con su jefe y las cámaras de vigilancia también lo registraron.

—Es su novio. Quizá Arancha le dijo algo que nos arroje una pista.

—Ahora lo sabremos. Hazlo pasar.

Cuando el joven entró en el despacho, la tensión de sus músculos era evidente en la rigidez de sus movimientos. Se sentó frente al inspector, obedeciendo al gesto de Néstor. Su mirada se desviaba con frecuencia hacia Telmo, quien permanecía de pie en un rincón con los brazos cruzados y cara de pocos amigos, como si el escepticismo fuera la esencia de su naturaleza.

Salazar guardó silencio por algunos segundos, mientras simulaba leer el documento que reposaba sobre su mesa, y que ya se sabía de memoria. El testigo comenzó a mover la pierna derecha sobre la punta, en un movimiento inconsciente y repetitivo. El inspector soltó un suspiro.

—¿Qué pasó el día en que Arancha desapareció?

—Yo… no lo sé. El día anterior estuvimos juntos y no mencionó que tuviera intenciones de salir de Haro.

—Eres su novio —intervino Telmo con voz cortante—. ¿Pretendes hacernos creer que nunca te contó sus planes?

Juan José se humedeció los labios.

—Les repetiré lo que les dije a los guardias civiles: Arancha nunca habló de ningún viaje. Parecía nerviosa, pero no quiso decirme por qué.

Salazar lo observó en silencio por un momento, hasta que el joven se removió en su asiento.

—Dime, Juanjo. ¿Por qué estás nervioso tú, ahora?

—Yo… no estoy acostumbrado a que me interroguen en una comisaría.

Néstor entornó los ojos y negó con la cabeza.

—Esto no es un interrogatorio formal, chaval. Solo te estamos haciendo algunas preguntas como testigo. Si llega a ser necesario interrogarte, te aseguro que notarás la diferencia.

Juan José tragó saliva.

—Ya les dije que no sé nada y que no tengo ninguna relación con la desaparición de Arancha.

—Tampoco pareces muy preocupado por ella —comentó Telmo—. Yo diría que te preocupa más tu propio pellejo.

—Yo… ¡Claro que estoy preocupado por Arancha!

Salazar terminó con la diatriba.

—De acuerdo. Puedes marcharte. Te contactaremos si necesitamos preguntarte algo. Mantente localizable.

—Sí, señor.

Juan José abandonó el despacho, antes de que los policías pudieran arrepentirse.

—¿Quién es el siguiente?

—Federico González. El hermano de Arancha.

—De acuerdo.

Federico entró con el ceño fruncido y se sentó frente a Salazar, antes de recibir ninguna indicación.

—Antes que nada, quiero agradecerles que se estén ocupando de investigar la desaparición de Arancha. No me cabe en la cabeza que ella se pudiera marchar así por voluntad propia. Esto está destrozando a nuestros padres.

La entrevista con Federico duró muy poco tiempo. Aunque él se mostró colaborador, no tenía respuesta para ninguno de los interrogantes de los policías. Cuando el hermano de la joven salió del despacho, el inspector sacudió la cabeza.

—Me temo que las entrevistas están resultando una pérdida de tiempo, Telmo. Arancha mantuvo en secreto su motivo para viajar a Ezcaray y me pregunto por qué.

—Estaba pensando lo mismo, jefe. Si el motivo hubiera sido inocente, alguien de su círculo cercano sabría algo.

—Lo cual hace más importante que averigüemos qué la llevó hasta esa carretera y qué le pasó después del accidente. ¿Cuántos testigos quedan pendientes en tu lista?

—Solo uno, señor: Saúl Rebolledo, el jefe de Arancha.

—Hazlo pasar. Veamos si nos proporciona alguna información útil.

—Sí, jefe.

Rebolledo entró con paso firme, echó una ojeada al despacho como si lo evaluara y centró su mirada en Salazar, que permanecía detrás de su escritorio sin perder detalle de los gestos del testigo. Después de invitarlo a sentarse, el inspector comenzó la entrevista.

—El día que Arancha sufrió el accidente en la carretera de Ezcaray y desapareció, había pedido un permiso de trabajo —Saúl asintió—. ¿Cuál fue el motivo que argumentó para solicitarlo?

—Me dijo que tenía una emergencia familiar. No fue muy explícita.

Telmo intervino desde su esquina.

—¿Usted se lo dio sin más explicaciones?

—Arancha es una de mis mejores empleadas —argumentó Rebolledo—. Cumple a cabalidad con el horario y nunca solicita exenciones. Si me pedía el día libre, era porque tenía una buena razón para hacerlo. No quise ser imprudente preguntándole de qué se trataba la emergencia. Los asuntos familiares suelen ser privados.

—Muy considerado y prudente de su parte —admitió Salazar—, aunque en esta ocasión habría sido mejor que usted hubiera sido un jefe más inquisitivo.

—En ese momento no podía saberlo, inspector.

—Tiene razón. ¿Hubo algo que le llamó la atención en la conducta de la señorita González cuando le pidió el día libre?

Rebolledo se quedó pensativo por un momento.

—Estaba nerviosa, pero eso no me sorprendió. Era lógico si enfrentaba una emergencia familiar. Por ese motivo, tampoco me sorprendió que me pidiera el adelanto de un mes de sueldo. Supuse que lo necesitaba para la misma emergencia.

Los policías intercambiaron una mirada entre sí, pero fue Salazar quien repreguntó.

—¿Un adelanto de sueldo? No se menciona en los informes. ¿No se lo dijo a la Guardia Civil?

Rebolledo se inclinó hacia adelante.

—Durante la entrevista con la Guardia Civil, yo todavía me encontraba bajo el efecto de la sorpresa, por la desaparición de Arancha. Aprecio a esa chica como a una hija y me sentía culpable. Me preguntaba qué habría ocurrido si no le hubiera dado el día libre o si hubiera indagado un poco más acerca de lo que le ocurría… Olvidé por completo el adelanto. Lo recordé hace apenas un par de días.

Néstor entrelazó los dedos y asintió.

—Comprendo. ¿Cuánto dinero le adelantó, señor Rebolledo?

—Mil euros.

—¿En efectivo?

—Sí. Arancha pareció muy aliviada cuando se los entregué.

Después de comprobar que Saúl no disponía de más información, Salazar le dijo que podía marcharse.

—No dude en comunicarse con nosotros si recuerda algo más. No importa la hora del día o de la noche.

—No tenga duda de ello, inspector. Espero que encuentren pronto a Arancha.

Cuando el último testigo salió del despacho, Néstor se acercó a la pizarra y apuntó el dato del adelanto de sueldo.

—¿Para qué querría Arancha ese dinero? —preguntó Telmo a su espalda.

—Tenemos que averiguarlo. Creo que nos conducirá al motivo de su desaparición. Es el hilo que buscábamos —Salazar se giró hacia su compañero—. Sospecho que los mil euros del adelanto solo fueron parte del dinero que Arancha necesitaba. Tengo una tarea para ti, Telmo: Quiero que investigues en todas las casas de empeño de Haro. Mientras tanto, yo visitaré el banco donde ella tenía su cuenta.

Capítulo 7

Salazar visitó los juzgados para conseguir una orden urgente del juez, que le permitiera revisar las cuentas de Arancha. En cuanto Aristigueta se la entregó, el inspector se encaminó al Banco Caja de Haro, en la avenida Ventilla. La oficina principal ocupaba los bajos de un elegante edificio que hacía esquina. Salazar bajó del Clío y se acercó al banco, decidido a conseguir respuestas. El sistema de seguridad lo obligó a esperar un par de segundos entre la primera y la segunda puerta, antes de permitirle acceder al interior.

En cuanto el policía entró, lo recibió una calefacción que le pareció demasiado alta y que contrastaba con el frío de la calle. El aire estaba impregnado con el olor del papel, mezclado con tinta de impresora y un leve rastro de desinfectante. Un guardia de seguridad se mantenía atento a la puerta. El ambiente solemne era roto por las voces bajas de empleados y clientes, que se sumaban al sonido ocasional de las impresoras. Néstor cruzó la recepción hasta un mostrador largo de madera oscura, que separaba a los empleados de los visitantes. De las cuatro ventanillas de atención, solo dos estaban ocupadas, lo que obligaba a los clientes a esperar en una fila delimitada por cintas retráctiles.

El inspector pasó de largo junto a la fila, lo que levantó un murmullo sordo de protestas, que iba aumentando de volumen conforme se acercaba a la ventanilla. El guardia de seguridad comenzó a aproximarse a él con el ceño fruncido. Antes de que la agresividad de las quejas se incrementara o de que el guardia de seguridad tuviera oportunidad de increparlo, Salazar levantó su identificación y anunció con voz firme.

—¡Policía! Estoy trabajando en una investigación oficial.

Las voces se apagaron y el guardia se detuvo de inmediato. Después de cruzar miradas de sorpresa entre sí, los clientes centraron toda su atención en el extravagante policía. Algunos de los rostros cambiaron el aburrimiento por un repentino interés. Consciente de que tenía toda la atención del banco sobre sí, Néstor se dirigió a la empleada en un susurro.

—Necesito hablar con el gerente.

—La señora Gil. Sígame, por favor.

La empleada abrió la pequeña portezuela del mostrador para dar paso al inspector, y lo condujo hasta una puerta al fondo, en la que un letrero advertía que el acceso estaba restringido. La juventud de la señora Gil sorprendió al policía, hasta que comprobó su eficiencia. Después de explicarle lo que quería y entregarle la orden, la gerente se puso a trabajar en su ordenador. No tardó en responder los interrogantes de Salazar.

—Su información es correcta, inspector. La señorita Arancha González solicitó un crédito rápido hace veinticinco días.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Tres mil euros. Los retiró en efectivo.

—¿Explicó el motivo por el cual solicitaba el crédito?

—Emergencia familiar. Me temo que es todo.

—¿Era habitual que la señorita González solicitara préstamos de este tipo o se endeudara con facilidad?

—En realidad, no. Por sus movimientos bancarios puedo afirmar que era bastante ordenada con sus finanzas. De hecho, este es el primer crédito que ha solicitado en los cinco años que lleva siendo nuestra cliente.

Después de darle las gracias a la señora Gil por su valiosa colaboración, Salazar salió del despacho. Al cruzar la recepción del banco, ignoró las miradas de curiosidad de los clientes que lo siguieron de un lado al otro del salón. El guardia de seguridad le abrió la puerta con una sonrisa. Su mirada era la más curiosa de todas, así que Néstor apuró el paso, antes de que le hiciera alguna pregunta acerca del motivo de su visita al banco.

El inspector salió de la entidad bancaria con la sensación de que estaban sobre la pista correcta. Aquel descubrimiento no se había

mencionado en los informes de la Guardia Civil, ni había surgido durante las entrevistas con los allegados a la joven. Aunque tenía que reconocer que, de momento, la necesidad repentina de dinero por parte de Arancha desencadenaba más preguntas que respuestas.

Salazar llegó hasta el Clío, mientras cavilaba acerca de posibles explicaciones. En cuanto se sentó detrás del volante, su móvil comenzó a sonar con insistencia.

—¡Telmo! ¿Qué has averiguado?

—Algo interesante, jefe. Contacté con varias casas de empeño en la ciudad. El encargado de la que está ubicada en la calle de la Vega encontró a Arancha González en sus registros. Tres días antes de su desaparición, ella empeñó algunas joyas y consiguió reunir mil euros.

—¿Cómo se los pagaron?

—En efectivo.

—¿Era cliente habitual de la casa de empeños?

—No. Nunca había usado los servicios de este negocio. Esta fue su primera vez. Tampoco existen registros de transacciones a su nombre en ninguna de las otras casas de empeño que consulté.

Salazar informó a Telmo acerca del resultado de su indagación en el banco.

—Todo esto da mucho en qué pensar, jefe.

—Ya lo creo, Telmo. Esta joven, que por lo visto tenía una vida ordenada, de repente hizo un gran esfuerzo para reunir una determinada cantidad de dinero en efectivo, que si sumamos lo que hemos descubierto hasta ahora, se redondearía en cinco mil euros. La gran pregunta es por qué. Además, no debemos olvidar que pocos días después, mintió a su jefe para emprender un viaje, durante el cual desapareció en circunstancias extrañas.

—Jefe, ¿y si la Guardia Civil está en lo cierto? ¿Y si reunió el dinero para marcharse?

Néstor meditó acerca de la pregunta de Telmo. Suspiró antes de responder.

—No lo creo, Telmo. No encajaría por varias razones. Si mintió a su jefe fue porque quería conservar el trabajo. De lo contrario, le

habría bastado con ausentarse sin más explicaciones. Además, pedir prestado el dinero, para luego desaparecer, significaría que nunca tuvo intenciones de devolverlo, lo cual, además de deshonesto, sería un delito.

—No en el caso de la casa de empeño.

—Eso lo hace menos lógico. Si empeñó las joyas fue porque tenía esperanza de recuperarlas. De lo contrario, las habría vendido, lo cual le habría proporcionado una suma mayor de dinero. No, mientras más lo pienso, más me convenzo de que Arancha emprendió el viaje a Ezcaray con la intención de regresar muy pronto. Si no lo hizo, fue porque algo o alguien se lo impidió. Continúa preguntando en las casas de empeño, incluyendo las de los alrededores de Haro. Debemos comprobar si en alguna ocasión utilizó los servicios de alguna de ellas.

—De acuerdo, jefe.

Néstor terminó la llamada y se quedó pensativo por un momento. Entonces, buscó a los padres de Arancha entre sus contactos más recientes. Después de plantear la situación y exponer sus preguntas, del otro lado de la línea se estableció un silencio, que al final rompió una voz cargada de angustia.

—Arancha nunca nos comentó que tuviera problemas económicos —respondió Antonio—. No nos sobra el dinero, inspector, pero de haberlo sabido, hubiésemos hecho lo imposible por ayudarla. ¿Por qué no confió en nosotros?

Salazar se puso en los zapatos del atribulado padre. Si algo así le pasara a Gabriela… Apartó la imagen de su cabeza como si le hubiera dado un manotazo.

—No se atormente, señor González. Le prometo que llegaremos al fondo de todo esto y averiguaremos qué fue lo que le pasó a Arancha.

Después de terminar la llamada, Néstor conectó el móvil al sistema de manos libres y emprendió el regreso a la comisaría, con la mente ocupada en elaborar una estrategia que le permitiera cumplir la promesa que acababa de hacer, en un arrebato de empatía paterna.

Cuando se encontraba a mitad del recorrido, su móvil insistió en captar su atención. En la pantalla del dispositivo de manos libres apareció el nombre de Toni. Salazar respondió la llamada.

—Hola, Toni. ¿Qué tienes para mí?

—Al grano, ¿eh? Si no tienes cuidado, la paternidad te va a convertir en un aburrido jefe de familia.

—Eso nunca. Lo siento, colega. Es este caso, que no le encuentro pies ni cabeza.

—De eso quería hablarte. Los informáticos de la Guardia Civil me enviaron el móvil de la víctima, junto con un informe. Como el caso fue declarado desaparición voluntaria y no se solicitaron permisos judiciales, ellos no pudieron profundizar en las entrañas del dispositivo. Algo que yo sí he podido hacer.

—¿Y encontraste algo?

—Por supuesto, colega. Espero que la perlita de información que voy a regalarte te anime el día.

—Soy todo orejas, chaval.

—En general, los chats no tienen mucho interés. Quiero decir, son bastante normales, con una sola excepción…

Al mismo tiempo que salía de la vía para aparcar el coche y prestar más atención a la conversación, Néstor masculló una protesta para sus adentros. No estaba de humor para los juegos de misterio de Toni. ¿Se estaría volviendo un tío de mediana edad, aburrido y predecible? Esperaba que no.

—¿Qué encontraste, compañero?

—Se trata de un mensaje escrito por la propia Arancha a Verónica, una amiga con la que tenía mucha confianza. Lo borró pocos segundos después de enviarlo, como si se hubiera arrepentido.

—Déjame adivinar. Lo borró, pero tú conseguiste recuperarlo.

—Por supuesto. La duda ofende. En el mensaje, Arancha le contaba a su amiga que necesitaba conseguir 5.000 euros lo antes posible. Los quería para pagar una deuda de juego de su hermano y evitar que lo lastimaran.

—Interesante. En especial, porque su hermano no ha mencionado nada al respecto.

—Siendo así, ya tienes un hilo interesante que puedes seguir.

—Gracias, Toni. Eres el mejor.

—No lo dudes ni por un momento, colega. Y ahora te dejo, que en la medida en que la tecnología se populariza, el trabajo se me acumula. Dale saludos a Rebeca y un abrazo a Gabi de parte del tito Toni.

—Vale.

Aquella información abría una nueva perspectiva, en relación con la desaparición de Arancha. ¿Se había visto mezclada en un asunto demasiado turbio para una joven como ella, por culpa de las andanzas de su hermano? Después de pensarlo por un momento, Salazar llamó a Verónica y le preguntó acerca de la última preocupación conocida de Arancha. Siempre existía la posibilidad de que hubiera borrado el mensaje, para sincerarse por otros medios.

—Lo lamento, inspector. Arancha no me mencionó nada. Ni por teléfono ni en persona. La última vez que hablé con ella fue pocos días antes de su desaparición. Sí, la noté nerviosa, pero ella insistió en que no le pasaba nada. Dijo que solo estaba cansada.

Néstor terminó la llamada y se comunicó con Telmo, para ponerlo al día acerca del hallazgo de Toni y ordenarle que le solicitara una orden al juez, que les permitiera revisar las finanzas del hermano de Arancha. Cada vez estaba más convencido de que la desaparición de la joven había sido forzada, y temía cuál podría haber sido su destino.

Capítulo 8

Con la orden del juez en la mano, Remigio llegó al Banco Ebro, en Haro. Después de identificarse, solicitó hablar con el gerente y lo condujeron hasta su despacho. Allí encontró a un hombre de mediana edad con traje gris y gafas metálicas, que se presentó como Eduardo Núñez.

Remigio le informó acerca de la muerte de Carvajal y sus circunstancias, así como de la necesidad que tenían de comprobar el contenido de la caja de seguridad de la víctima. Desconcertado, Núñez revisó la orden del juez e hizo una consulta al departamento jurídico del banco. Una vez que comprobó que todo estaba en orden, el gerente escoltó al policía hasta una puerta metálica al fondo del pasillo. Una cerradura de seguridad restringía el acceso con un panel digital. Núñez tecleó un código y un pitido discreto confirmó la autenticación. La puerta se abrió con un suave chasquido magnético y dio acceso a un corto tramo de escaleras, que conducía a un pasillo de techo bajo.

Las luces frías y el aire pesado por el encierro contribuyeron a causar una leve sensación de claustrofobia en el policía. Avanzaron por el pasillo, hasta que una puerta de seguridad blindada se interpuso en su camino. Con la naturalidad que proporciona la rutina, Núñez sacó un llavero del bolsillo y abrió la cerradura, antes de presionar un botón en el panel de la pared. El mecanismo de la cerradura resonó con un clic seco y la puerta cedió.

En el interior de la bóveda, el olor a humedad era tan penetrante, que resultaba desagradable. Una mesa ocupaba el centro y las paredes estaban cubiertas por pequeños compartimentos numerados. Gracias a la clave que le había

entregado Remigio, Núñez localizó la caja de Carvajal sin ningún problema. Después de introducir la llave maestra, el gerente invitó al policía a usar la que le había proporcionado Óscar Silva, el jefe de la víctima. La cerradura cedió con facilidad para revelar su contenido.

En la caja no había dinero ni objetos de valor. Solo un sobre grueso de manila, con el papel ajado en los bordes. Remigio lo cogió con cuidado, lo depositó sobre la mesa de consulta y sacó el documento que contenía. Con los músculos de la mandíbula tensos y el corazón golpeándole el pecho, el inspector Toro dio una primera ojeada a los secretos que Carvajal guardaba con tanto celo. Se trataba de un informe que apuntaba a la compraventa de determinados terrenos en Haro, que se había llevado a cabo hacía décadas. Los terrenos estuvieron en litigio. Los documentos arrojaban sospechas sobre la legalidad de las operaciones y los derechos de propiedad. Aunque aquellas tierras fueron vendidas como privadas, en realidad habían pertenecido al Ayuntamiento. El informe incluía los números de los registros de propiedad originales.

Remigio usó su móvil para escanear cada una de aquellas páginas, bajo la mirada impaciente de Núñez. Cuando terminó de recopilar la información, el inspector volvió a guardar los papeles en el sobre y en la caja, antes de cerrarla.

—¿No se los va a llevar? —preguntó el gerente con un parpadeo.

El policía negó con la cabeza.

—Tenemos que mantener la cadena de custodia. Vendrá a buscarlos un mensajero del departamento de Científica, debidamente autorizado, con una orden judicial y la llave. Deberá entregárselos a él. De momento, a mí me basta con la información.

Cuando Remigio salió del banco, el móvil le pesaba en el bolsillo como si los datos que había cargado en el dispositivo tuvieran presencia física. Impaciente, cruzó la calle, entró en un bar y después de ocupar una mesa, pidió un café con leche. Agradeció el calor de la bebida y el chute de cafeína, mientras se empapaba del contenido de los documentos, que Carvajal había recopilado durante su investigación y que tal vez, le costaron la vida.

Los terrenos pertenecían a los Bonilla, una prestigiosa familia de Haro que se dedicaba al negocio vinícola. A simple vista, los

registros estaban en orden. Sin embargo, Carvajal había rastreado el origen de las transacciones en el tiempo. Gracias a ello, descubrió que los terrenos estuvieron involucrados en un litigio que databa de hacía muchos años, y que nunca llegó a resolverse. En su origen, los terrenos habían sido municipales y su paso a manos privadas no estaba claro. Esos terrenos habían sido la base de la fortuna de los Bonilla. El cabeza de familia era Valentín Bonilla, un empresario, cuyo prestigio en La Rioja era indiscutible.

Después del segundo café y de haber comprobado que todos los documentos se relacionaban con el mismo caso, Remigio decidió hacerle una visita al empresario en su bodega.

Desde la carretera, Remigio contempló las amplias extensiones cubiertas por hileras de parras, hasta que divisó la bodega, una construcción robusta de muros gruesos, cuya entrada estaba bordeada por un pasillo de cipreses. El olor del vino y la tierra húmeda se intensificaban, en la medida en que el inspector se iba acercando.

Remigio se bajó del coche, cruzó la puerta entreabierta y entró en el edificio. Lo golpeó el inconfundible olor a roble y fermentación, y escuchó el rumor apagado de las voces de los trabajadores, al que acompañaba el eco distante de las maquinarias en marcha. El policía se encogió dentro de su abrigo, al sentir el notable descenso de la temperatura con respecto al exterior.

Al fondo, un hombre con el cabello entrecano y aire autoritario revisaba un documento detrás de una mesa de cata, mientras uno de sus empleados esperaba su veredicto. Remigio reconoció a Valentín Bonilla, quien con frecuencia participaba en eventos sociales reseñados por la prensa.

—Todo está correcto, Pepe. Puedes proceder al envío.

—Sí, señor Bonilla.

Cuando el empleado se retiró, la atención del empresario se centró en el recién llegado.

—Lo siento, caballero, la bodega está cerrada al público en este momento.

Remigio le mostró su identificación y sostuvo su mirada por un instante.

—No he venido a probar el vino, señor Bonilla. Estoy aquí a causa de una investigación.

Sin perder detalle de sus reacciones, Remigio le informó al empresario acerca de los motivos de su visita. Al escuchar el nombre del periodista, la sonrisa de Valentín se congeló por una fracción de segundo. Sus ojos evaluaron al inspector con un destello inquisitivo. Entonces, se encogió de hombros.

—Lamento lo que le ocurrió a ese periodista. Lo recuerdo. Me entrevistó hace algunos meses para un reportaje sobre el futuro del vino en La Rioja. Un chico con ideas firmes, pero… algo impertinente.

—¿Impertinente?

Los dedos de Bonilla tamborilearon sobre la mesa con impaciencia.

—Tenía esa desagradable manía de querer saber más de la cuenta. Supongo que se trataba de una deformación profesional.

—El señor Carvajal estaba investigando terrenos en esta zona —continuó el inspector, sin quitarle la vista de encima—. Grandes extensiones cultivables, en áreas que antes no tenían interés vinícola.

Valentín dejó de tamborilear y cogió la copa que reposaba frente a él. Con estudiada despreocupación, la llevó a la altura de sus ojos, para examinar el líquido que contenía.

—El vino se trata de evolución, inspector. La tradición es importante, pero también lo es el crecimiento. Compramos tierras para expandirnos, como cualquier bodega respetable.

—¿También tierras de dudosa procedencia?

Bonilla apretó la copa con más fuerza de la necesaria y su mandíbula se tensó por un momento, al mismo tiempo que clavaba la mirada en el rostro del policía.

—Espero que no se trate de una insinuación, inspector. En mi familia valoramos mucho nuestra reputación y estoy dispuesto a hacer lo que fuera necesario para defenderla.

Remigio se inclinó hacia adelante, lo suficiente para acortar la distancia con su testigo en algunos centímetros.

—Y yo espero que lo que estoy escuchando no sea una amenaza

Valentín apoyó la copa sobre la mesa con un golpe seco. Su voz bajó una octava, volviéndose más firme.

—Está pisando terreno resbaladizo, inspector. Si ha venido hasta aquí por habladurías de un periodista muerto, está perdiendo el tiempo.

Remigio mantuvo la compostura, pero sin llegar a relajarse.

—No me gusta perder el tiempo, señor Bonilla —dijo con calma —. Y suelo cabrearme mucho cuando recibo amenazas.

Bonilla sostuvo la mirada del policía por un segundo más. Entonces relajó los músculos y dibujó una leve sonrisa.

—No me malinterprete, inspector. Es solo que me incomoda cuando alguien arroja sospechas sobre mi honorabilidad. Reconozco que soy demasiado orgulloso. No tengo nada que ver con lo que le ocurrió a ese periodista.

—Eso espero, señor Bonilla.

Un silencio incómodo siguió a las palabras del policía.

—Creo que ya no tengo más que decirle, inspector —dijo Valentín, al mismo tiempo que alzaba la copa y se la llevaba a los labios—. Ya sabe dónde está la puerta.

Con un asentimiento, el policía se apartó de la mesa, convencido de que iba a regresar muy pronto. Antes de salir, casi tropezó de frente con un hombre joven, vestido con un elegante traje, que caminaba hacia Bonilla, maletín en mano.

—¡Ricardo! Me alegra que hayas llegado. Supongo que ya cumpliste el encargo que te hice.

—Sí, tío. ¿Ocurre algo?

—Nada que deba preocuparnos. El inspector ya se marcha.

Capítulo 9

Remigio ya casi había recorrido la distancia que lo separaba de la comisaría, sin dejar de mascullar su frustración por los escasos resultados de la entrevista con Bonilla, cuando Salazar llegó a San Miguel y se encaminó directo a su despacho.

Una vez allí, Néstor anotó los nuevos indicios de que, antes de su desaparición, Arancha se había esforzado en reunir dinero con urgencia. Salazar no albergaba ninguna duda de que la afición por el juego del hermano de Arancha era clave en lo que le había ocurrido a la joven, pero debía reconocer que el cuadro todavía era demasiado borroso para llegar a ninguna conclusión. Si Federico era un ludópata que se había endeudado con quien no debía, ¿por qué sus acreedores involucraron a su hermana, mientras él permanecía indemne? No era una conducta habitual entre los prestamistas. Algo no encajaba. ¿Acaso era él mismo el responsable de la desaparición de Arancha? Pero ¿por qué? Ella había reunido el dinero que se suponía que él necesitaba y estaba dispuesta a dárselo para salvarlo. ¿O quizá la deuda era mayor de lo que creían? Por otro lado, nadie se había atribuido un secuestro ni pedido rescate. El inspector no encontraba ninguna explicación lógica que permitiera encajar las escasas piezas de las que disponían.

El sonido de un par de golpes en la puerta rompió la concentración de Salazar. Después de que el inspector lo autorizara, Telmo entró en el despacho.

—Ya recibí la información del banco y revisé las finanzas de Federico González, jefe.

—¡Excelente, Telmo! Buen trabajo.

—Me temo que no encontré nada extraño. Si bien es cierto que González hace frecuentes pagos a plataformas de juegos de azar en línea, por lo general no llega a apostar más de cien euros al mes.

Salazar se quedó pensativo por un momento.

—No es habitual que alguien aficionado al juego sea capaz de controlarse, sin llegar a caer en la ludopatía. Aunque tampoco es imposible. ¿Encontraste algún retiro importante sin explicación razonable?

—No, jefe. De acuerdo con los saldos de su cuenta bancaria, nunca ha llegado a extremos.

Néstor recibió la información con el ceño fruncido.

—Esto es extraño. A menos que…

—¿En qué está pensando, jefe?

—En una trampa. La urgencia y preocupación que Arancha manifestó en el mensaje borrado contrastan con la realidad de Federico. Eso me hace pensar que alguien interesado en hacer desaparecer a la joven utilizó la afición al juego de su hermano como carnada. De ese modo, habrían podido conducirla a un lugar apartado, donde sería una presa fácil.

—La engañaron.

Néstor asintió.

—Si confirmamos que esa deuda nunca existió, esa sería la única explicación posible.

—Tiene razón, jefe, pero si usted está en lo cierto, significaría que el perpetrador conocía la afición del hermano.

—Lo cual implica que pertenece al círculo cercano de la familia González.

—Este caso es una pesadilla, jefe —se quejó Telmo con desaliento—. Ni siquiera sabemos si estamos frente a un secuestro, un homicidio o una desaparición voluntaria. No tenemos idea de quién pudo estar involucrado o por qué. En estas condiciones es muy difícil llegar a una conclusión.

—No te quito razón, compañero, pero estoy seguro de que llegaremos al fondo de esto. Se lo prometí a la familia y estoy decidido a cumplir.

—Sí, jefe —respondió Telmo, enderezando la espalda.

Salazar palmeó el hombro del subinspector en un gesto de camaradería.

—De momento, creo que un descanso y un café facilitarán el trabajo de nuestras neuronas. Subamos a la sala común.

El inspector jefe salió del despacho, seguido por Telmo, y ambos se encaminaron al segundo piso. En cuanto entraron en la sala común, los alcanzó el olor a papel viejo y desinfectante. Los rodearon los tenues sonidos del tecleo de Remigio en su ordenador y los murmullos de Miguel y Ángela, que conversaban con la mirada centrada en la pantalla de la subinspectora. Su llegada rompió la concentración de sus colegas. Miguel enderezó la espalda y dibujó una media sonrisa burlona.

—Vaya, acaba de llegar el orgulloso padre. Dime algo, Salazar, ¿no se asusta la chiquilla cuando te ve con ese horrible gabán?

—El gabán, al menos, me lo puedo quitar. Lo que tú no puedes hacer con tu fea cara.

Miguel soltó una carcajada y una sonrisa se dibujó en los rostros de Remigio y Ángela, mientras Néstor se acercaba a la máquina de café y le iba pasando los pequeños vasos a Telmo, para que los distribuyera.

—Te perdono el insulto por el café —dijo Miguel, dando un sorbo de su vaso.

—¿Cómo van vuestros casos?

En pocas palabras, Miguel explicó lo que habían averiguado hasta ese momento, acerca de la trama de falsificación de marcas.

—… los muy cabrones han montado una intrincada red que lleva la mercancía de un lugar a otro para despistar. Identificamos una casa abandonada cerca de Logroño, que sospechamos que ha sido usada como almacén. Ya solicitamos el registro a Científica y estamos esperando los resultados. Mientras tanto, estamos siguiendo el rastro a los almacenes que utilizan para la distribución, pero debo reconocer que es una tarea hercúlea.

—No desmayéis. Si los falsificadores dejaron cualquier rastro, Científica lo encontrará. Además, no se puede crear una operación como esa sin dejar huellas, y estoy seguro de que daréis con alguna pista que os conducirá a los cabecillas. ¿Qué me dices tú, Remigio?

Toro se inclinó hacia atrás en su asiento y suspiró. Entonces, expuso sus descubrimientos acerca de los terrenos en litigio, así como sus sospechas sobre Valentín Bonilla.

—Ve con cuidado —le advirtió Salazar—. Ese sujeto tiene mucho poder e influencia. Sustenta bien cada paso que avances hacia él en la investigación. Avísame si necesitas apoyo de cualquier tipo.

Remigio levantó el pulgar, al mismo tiempo que asentía.

—¿Y vosotros? ¿Ya sabéis qué le ocurrió a la chica? —preguntó Miguel.

Salazar compartió la información del caso con sus compañeros.

—… Desde que descubrimos el mensaje borrado de Arancha, estamos convencidos de que la afición al juego de Federico está relacionada con su desaparición.

—No creo que el hermano sea inocente —intervino Miguel—. Os apuesto que está implicado o al menos sabía acerca del engaño.

—¿Por qué tendría que estar involucrado? —protestó Ángela—. No existe ningún indicio claro contra él. Sus cuentas bancarias están en orden. Algo que no sería posible si en realidad fuera un ludópata.

—Eso no lo descarta —argumentó Remigio—. Quizá no canalice esas deudas o pagos a través de su cuenta bancaria, para evitar que esas operaciones queden registradas.

—Tenéis razón —reconoció Néstor—. Telmo, contacta con los dueños de casas de apuestas legales. Averigüemos si Federico González es uno de sus clientes habituales. Yo me ocuparé de investigarlo en las ilegales.

—De acuerdo, jefe.

Salazar dio un sorbo a su café y se quedó pensativo por un instante.

—Por otro lado, si el hermano está relacionado con la desaparición, es posible que siga en comunicación con los perpetradores. Telmo, solicítale una orden al juez para intervenir las comunicaciones digitales de González.

—Sí, jefe.

Remigio se acomodó en la silla, antes de dar su opinión.

—No perdáis de vista que alguien del círculo cercano de Arancha pudo utilizar la ludopatía del hermano, para engañar a la chica con

una deuda ficticia y asustarla lo suficiente, para tenderle una trampa.

—Es una opción muy probable —reconoció Néstor—. Telmo y yo habíamos llegado a la misma conclusión.

La melodía de una copla con cierto tinte electrónico interrumpió la discusión. Miguel enarcó las cejas y sonrió, al mismo tiempo que Remigio respondía a la llamada de Óscar Silva. En la medida que escuchaba, las cejas de Toro se iban juntando y su mandíbula se tensó tanto, que sus dientes rechinaron. Después de agradecerle la información a su interlocutor, Remigio terminó la llamada.

—Debo irme. Acaban de avisarme que se desencadenó un incendio en los Archivos Municipales.

—¿Se relaciona con tu caso? —preguntó Miguel.

—No lo sé, pero me parece demasiada coincidencia. Allí se guardan los registros originales de los terrenos en disputa, que sospecho que fueron el motivo del asesinato de Carvajal.

Remigio cogió su abrigo del perchero y salió de la sala común a toda prisa.

—Esperemos que el incendio no haya borrado todas las evidencias —murmuró Salazar—. Bien, nosotros a lo nuestro.

—¿Cree que alguien presionó a Arancha antes de su desaparición, jefe?

Néstor pensó por un momento, antes de responder.

—Es una posibilidad, Telmo —el inspector sacó su móvil y buscó el contacto del informático de Científica—. Toni, colega, tengo trabajo para ti. Quiero determinar si en los días previos a su desaparición, Arancha tuvo llamadas o mensajes con personas distintas a su núcleo habitual. No, no es tan urgente. Puedo esperar hasta mañana. Gracias, amigo.

Salazar se sorprendió cuando vio la hora en el móvil.

—Ya estamos haciendo horas extra, compañeros, así que podéis iros a casa. ¿A quién le corresponde la guardia de hoy?

—A Remigio —respondió Miguel.

—Bien. Telmo, márchate. Mañana puedes ocuparte de las tareas que te encomendé. Ahora, ve al hospital para que acompañes a tu madre. Envíale mis saludos.

—De acuerdo, jefe. Gracias.

Los policías comenzaron a apagar sus ordenadores y coger sus abrigos, dando por finalizado un día que ya había sido demasiado largo.

Capítulo 10

Después de despedirse de sus compañeros, Salazar salió de la sala común. Cuando pasó por el primer piso, le pidió a Lali que citara al hermano de Arancha para una entrevista al día siguiente. Al llegar a la recepción, pasó junto a García y le dijo adiós con un murmullo y un gesto de la mano.

—¡Espere, inspector! Tengo algo para usted.

Salazar se acercó al mostrador del agente.

—¿De qué se trata, García? ¿Algún mensaje importante?

—Sí, señor. Es el protocolo especial para los nuevos padres.

—¿El qué…? —preguntó Néstor con el ceño fruncido, previendo una mala pasada.

Antes de que pudiera reaccionar, García le metió un chupete en el bolsillo del gabán y le entregó un biberón lleno de café.

—Aquí tiene, inspector, su kit de padre abrumado.

Salazar escuchó a su espalda las carcajadas mal contenidas de Echevarría y Mendoza. No sabía si reírse o estrangular a García. Decidió mantener su dignidad lo mejor posible y continuó su camino hacia la puerta. Antes de salir, levantó un dedo sin volverse.

—Planearé mi venganza con calma.

Una vez en la calle, Néstor tiró el chupete y el biberón en la primera papelera que encontró en el camino. Solo le faltaba que Gyula supiera acerca de la broma. El cachondeo podía durar hasta que Gabi entrara en la universidad.

Néstor llegó al bar La Callecita, que a esa hora estaba casi vacío, aunque tanto Gyula como Chicho, el camarero, parecían bastante atareados preparando las mesas. En cuanto el tabernero lo vio entrar, dio instrucciones a Chicho y se acercó a la barra.

—¿Qué tal el primer día de regreso a la normalidad adulta?

—Atareado, pero no tanto como atender a un bebé.

—Eso, seguro. ¿Te sirvo un café? —Salazar asintió, al mismo tiempo que ocupaba un lugar en la barra—. Sospecho que no es lo único que te ha traído hasta aquí.

—Sospechas bien. Necesito tu ayuda… — Néstor le explicó de qué se trataba el caso que debía resolver, sin entrar en detalles —. Quizá tus contactos hayan escuchado algo sobre la desaparición de la chica y las actividades de su hermano. Me interesa saber si está involucrado en apuestas ilegales o si tiene alguna deuda pendiente.

—Comprendido. Veré que puedo averiguar… Por cierto, encontrarás a Quino en la buhardilla. Esta tarde le pidió a Dika que lo llevara a ver a su prima y luego no quiso marcharse. Rebeca le dijo a Dika que lo dejara jugando con Gabi un rato más. Así que Dika regresó aquí, y Quino se quedó con Rebeca. Espero que no haya hecho demasiadas trastadas.

Néstor sonrió.

—No seas exagerado, Gyula. Tiene dos años y medio. ¿Qué tanto podría hacer? ¿Incendiar la casa?

—Tú no tientes la suerte, que no conoces lo suficiente al personaje.

Salazar dio un último sorbo a su café y se despidió dando una palmada sobre la barra.

—Nos vemos luego, colega.

Con paso cansado, el inspector subió las escaleras y llegó hasta la buhardilla. El silencio que lo recibió no era normal. Antes de que pudiera anunciar su presencia, vio a Rebeca, quien salía de la habitación principal con el móvil en la mano. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Néstor.

—Hola, cariño. ¿Cómo se ha portado Gabi hoy?

Rebeca, con el ceño fruncido, ni siquiera escuchó su saludo. Toda su atención estaba en el corral vacío que ocupaba el centro de la sala.

—¿Dónde están los bebés? —preguntó ella con voz ansiosa.

Un escalofrío recorrió la espalda de Salazar.

—¿No están en la habitación?

La joven madre señaló el corral, solo ocupado por juguetes.

—Los dejé aquí, dormidos, mientras hablaba con la pediatra de Gabi. ¡Solo fueron cinco minutos! ¿Se los llevaron?

Néstor tensó los músculos de la mandíbula.

—La puerta estaba cerrada con llave —respondió, al mismo tiempo que su mirada se centraba en la ventana entreabierta. Una gota de sudor frío le recorrió la espalda. La ventana estaba a cierta altura, pero… ¿la suficiente?

De repente, desde detrás del mesón de la cocina, un leve crujido rompió el silencio. Lo siguieron un coro de risitas y un maullido autoritario. Salazar y Rebeca se miraron entre sí y corrieron hacia el origen de los ruidos.

Cuando se asomaron detrás del mesón, los responsables quedaron al descubierto: Quino, cubierto por migas de galleta, masticaba a dos carrillos, con la satisfacción de un emperador en su festín, al mismo tiempo que esparcía el contenido del paquete en el suelo, con benévola generosidad. A su lado, Gabriela golpeaba el suelo con una galleta y lanzaba gritos de placer, sin por ello dejar de darle un mordisco de vez en cuando, con sus únicos cuatro dientes. Desde un rincón, Paca, también cubierta de migas, contemplaba la escena con aire triunfal.

—¿Cómo salieron del corral? —preguntó Rebeca, a quien todavía no se le había pasado el susto.

—Sospecho que Quino es un experto escapista y Gabi lo siguió.

Rebeca observó el desastre con una mezcla de alivio y exasperación.

—Pero ¿cómo alcanzaron las galletas? Estaban en uno de los estantes más altos.

Salazar señaló a Paca con un gesto de la cabeza, al mismo tiempo que alzaba una ceja.

—Ahí tienes a la cabecilla. Esa gata tiene más cerebro que algunos criminales a los que solemos enfrentarnos.

—Maaaaauuuuuu —protestó Paca indignada, y comenzó a lamer su pata con indiferencia, proclamando su indiscutible inocencia. ¡Faltaría más!

Rebeca cogió en brazos a Gabriela y de la mano a Quino para asearlos, mientras Salazar se armaba con la escoba y se ocupaba de limpiar la «escena del crimen», bajo la mirada indiferente y altanera de Paca.

—¿Te parece bien la que has liado, Paca?

—Meeeuuuuu.

—¡No te hagas la inocente! Nos has dado un susto de muerte.

—Mrew —protestó Paca con actitud de reina.

—¿Crees que puedes engañarme? Llevo años interrogando a criminales y sé reconocerlos. ¡Destilas culpabilidad en cada pelo del bigote!

—Mieu. Mauuu.

—No me vengas con trolas. Tú eres la mente maestra que solo necesitaba cómplices con manos para el trabajo sucio. Y los has encontrado en ese par de trastos con chupete. ¡La madre que me parió! Y la que me toca criar a mí solo tiene nueve meses… ¡Joder, lo que me espera!

—Mieeeuuuuu —respondió Paca, con tono de gata ofendida en su honor.

La discusión fue interrumpida por el timbre que anunciaba una visita.

—¿Quién será ahora? Tú no te muevas de ahí —le advirtió a la gata, señalándola con el índice—. Todavía no he terminado contigo.

—Meu.

Salazar dejó la escoba a un lado y abrió la puerta. En el umbral encontró a Dika, quien saludó a su amigo con una cálida sonrisa.

— ¡Hola, Néstor! He venido a por el chiquillo. ¿Se ha portado bien o ha dado guerra? No veas lo que le gusta estar con su primita. Se cree el más grande cuando juega con ella. Ya tú sabes, se le hincha el pecho de puro contento.

En ese momento, Rebeca estaba saliendo del baño con Gabriela en brazos y Quino de la mano, ambos libres de migas y con las caritas lavadas, como si no hubieran visto una galleta en su corta vida. Néstor y Rebeca cruzaron miradas y estallaron en una carcajada de alivio y complicidad. Dika entrecerró los ojos.

—Me da a mí que el chiquillo ha hecho de las suyas otra vez.

Néstor sonrió y le señaló el sofá, mientras Rebeca dejaba a los niños en el corral. En pocas palabras y entre risas, ambos padres primerizos pusieron al día a Dika, acerca de la última aventura de su retoño.

—Ya os advertí que le iba a enseñar malas mañas a la chiquilla.

—Me temo que ella también apunta maneras —reconoció el orgulloso padre.

—Mejor me llevo ya al bebé bandolero y ladrón de galletas —anunció Dika entre risas.

Una vez que se quedaron solos y después de darle la merienda a Gabi, Salazar y Rebeca cenaron y conversaron acerca de cómo había sido su correspondiente día. Mientras Rebeca se ocupaba de lavar los platos, Néstor se acercó al corral. En cuanto lo vio, Gabi alzó los brazos y emitió ligeros gemidos de desamparo, acompañados por pucheros. Su padre la cogió en brazos y comenzó a acunarla de inmediato. El inminente llanto se convirtió en risas de satisfacción. Desde la cocina, Rebeca se mordió los labios para contener la risa.

—¿Sabes que te manipula descaradamente?

—Por supuesto —confirmó Néstor—. Y está en todo su derecho. ¿Verdad, cariño?

—Hoy balbució una nueva palabra —le informó Rebe con orgullo —. Agua. Aunque sonó algo así como Aga, pero al menos lo intentó.

Salazar la meció con cariño.

—¡Esa es mi chica lista! Dile algo a papá.

—Di mamá, cariño —intervino Rebeca—. Ma… má.

—Mamm… má —repitió Gabriela—. Aga.

—¡Así se hace! —la elogió Néstor, besándole la cabecita—. Ahora di papá. Paa… pá.

—Paaa… ca.

—Miau —respondió Paca con orgullo felino desde el sofá. Salazar miró a su gata frunciendo el ceño.

—Inténtalo de nuevo, cariño. Paa… pá.

—Paa… ca —respondió Gabriela estallando en una carcajada y señalando a la gata, que estaba ocupada en acicalarse con aires de superioridad.

—No te preocupes, amor —dijo Rebeca, al ver la decepción en el rostro de Néstor—. Ya aprenderá a decirlo. Y también a sacarle provecho.

Después de algunos intentos más, Salazar desistió en sus esfuerzos y se dedicó a jugar con la pequeña. Cuando Gabriela bostezó, Néstor le dio su biberón y la acunó en sus brazos hasta que se durmió. Entonces, la llevó a su habitación y la depositó en su cuna, bajo la mirada vigilante de Paca.

Algunas horas más tarde, el reloj marcaba las tres de la madrugada cuando Gabriela se despertó llorando.

—Seguro son los dientes —dijo Rebeca, intentando levantarse. Salazar la detuvo.

—Espera. Yo me ocupo.

Arrastrando los pies, Néstor entró en la habitación de Gabi, cogió al bebé en brazos y le ofreció un mordedor, pero ella no se tranquilizó. Salazar se sentó en el sofá y comenzó a arrullarla, sin conseguir calmarla.

En ese momento, Paca saltó al regazo de su humano, se acomodó junto a Gabriela y comenzó a ronronear. Poco a poco, la pequeña dejó de llorar y se quedó dormida. Salazar acarició la cabecita de la gata.

—Gracias por la ayuda, Paca. No podría encontrar una mejor niñera.

—Mieuuu.

Con cuidado para no despertarla, Néstor depositó a su hijita en su cuna. Paca los siguió y se acurrucó junto a Gabi en actitud protectora. Con una sonrisa, Salazar volvió a acariciar a la gata y regresó a la cama.

No había ninguna duda de que Paca era la verdadera dueña de esa casa.

Capítulo 11

El sol todavía no se había asomado cuando Néstor sintió el rasposo paso de una lija por su oreja. No necesitó abrir los ojos para saber que se trataba de la lengua de Paca.

—Miaauuu.

El inspector consultó su reloj.

—¡Las seis treinta! Joder, Paca, eres una tirana. ¡Déjame dormir un poco más!

—Mrew —insistió la gata y continuó con el acicalamiento de la oreja.

—Así no se puede —se quejó él, al mismo tiempo que apartaba las mantas y se incorporaba—. ¡Uno de estos días, me voy a rebelar!

—Mieu.

Néstor miró con envidia a Rebeca, que estaba sumida en un profundo sueño. Después de arroparla con cariño, se levantó de la cama y pasó por la habitación de Gabriela, para comprobar que dormía con placidez. Entonces, cumplió con el deber más trascendental para un humano: alimentar a su gata.

En cuanto llenó su tazón con leche sin lactosa para gatos, Paca sumergió los bigotes y se concentró en la tarea de vaciarlo. Salazar dejó escapar un suspiro y se encaminó hacia la ducha. No tenía sentido regresar a la cama. Ya no sería capaz de volver a dormir.

Media hora después, Néstor se servía un café de la máquina de cápsulas, antes de aventurarse en la fría mañana. El tazón de Paca estaba vacío y no vio a la gata por ningún lado. Con el gabán puesto y las llaves en la mano, ya listo para salir, Salazar volvió a entrar en la habitación de Gabriela, para darle un beso de despedida a su hija.

Allí estaba Paca, durmiendo, acurrucada junto a la niña. ¡Vaya equipo que formaban esas dos! Se supo perdido.

El inspector salió de la buhardilla y cruzó la plaza en dirección a la comisaría. La única iluminación de las calles era la tenue luz de las farolas, que arrojaban un resplandor mortecino sobre los edificios de piedra. El frío de febrero se había aferrado a la ciudad. Una resbaladiza pátina de hielo crujía bajo las botas de Salazar cuando avanzaba, y podía ver su propio aliento cada vez que respiraba. Haro dormía envuelta en una neblina que se había apoderado de todo a su alrededor, y el penetrante silencio solo era roto por el eco de sus pasos.

El ojo atento del policía captó un movimiento junto a un contenedor cubierto de escarcha. Se tranquilizó cuando comprobó que solo se trataba de un gato que se movía entre las sombras. Cuando por fin llegó a la comisaría, Salazar encontró a Echevarría en la recepción.

—¿Qué tal la noche, Ander?

—Ha sido tranquila, inspector. Por cierto, hoy se le adelantaron. El inspector Pedrera y la subinspectora López ya están arriba.

Néstor enarcó las cejas.

—¿En serio?

—Sí, señor. Llegaron hace quince minutos.

Salazar subió al tercer piso, donde encontró a Miguel y Ángela bebiendo un café.

—¿Os habéis caído de la cama?

—Mira quién habla —respondió Miguel, con una sonrisa burlona.

—Estamos ansiosos por los resultados del registro de la casa rural —explicó Ángela—, así que como no podíamos dormir, decidimos venir más temprano.

La voz de Telmo saludando a su espalda, sorprendió a Salazar.

—¿Qué haces aquí tan temprano, Telmo?

—Acompañé a mi madre en el hospital durante la noche y… bien, no pude dormir mucho.

—¿Cómo sigue tu madre? —se interesó Néstor.

—Mejor. Ya se ha recuperado de la neumonía casi por completo, pero… en fin, ella tiende a ver el lado negativo de las cosas… y en

su situación, eso no ayuda.

Mientras Telmo dejaba su abrigo en el perchero y se preparaba para comenzar las tareas que tenía asignadas, Salazar se preguntó si el pesimismo crónico del chico, durante sus primeros días en la comisaría, tendría su origen en esa misma tendencia de su madre. Antes de que el inspector jefe pudiera llegar a una conclusión, el vozarrón del comisario dando los buenos días, lo sacó de sus pensamientos. Cuando vio a todo el personal en la sala común a esa hora, Santiago frunció el ceño y le hizo un gesto a Salazar para que se le acercara.

—¿Qué ha ocurrido hoy para que todos hayáis llegado tan temprano? —le preguntó a Néstor en voz baja— ¿Hay algo que yo deba saber?

—Al parecer, hemos coincidido por diversos motivos —explicó Salazar—. ¿Cuál es el tuyo? ¿Todo bien por casa?

—Todo en orden —respondió Santiago, tranquilizándolo—. Hoy debo recoger a Carmela en el aeropuerto. Regresa de visitar a sus padres en Tenerife. Por eso decidí comenzar el día más temprano.

—¿Y los gemelos?

—¿Recuerdas a Amarilis López, la canguro?

—Por supuesto.

—Ella llevará a los chicos a la escuela. Una preocupación menos. ¿Cómo están Rebeca y mi sobrina favorita?

Néstor dibujó una sonrisa al recordar la forma en que el gigantón de su hermano se derretía frente a su hija.

—Creciendo como la mala hierba y cada día más encantadora.

—¡Genial! —Santiago levantó la voz para dirigirse al resto del equipo—. Muy bien, ¿estamos todos?

—Falta Remigio, comisario —le hizo notar Miguel.

—¡Aquí estoy! —anunció el susodicho desde el umbral—. ¿Por qué no me avisasteis que la reunión iba a comenzar más temprano? Si no llega a ser porque me pasé la noche en vela por el cabreo…

—No lo planificamos, Remigio —se excusó Néstor—. Coincidimos.

El comisario intervino con un encogimiento de hombros.

—No hubiéramos comenzado sin ti, Toro. Te habríamos esperado. Aunque debo reconocer que esta coincidencia me viene bien.

—Pues ya estoy aquí.

—¿A qué se debió el cabreo, Remigio? —quiso saber Salazar—. ¿El incendio destruyó evidencias?

—¿Qué incendio? —preguntó Santiago, que no había estado presente la tarde anterior, cuando Remigio recibió la llamada que le obligó a marcharse con prisas.

Toro lo puso al día con su investigación. También le comentó su sospecha de que la muerte de Carvajal se relacionaba con los terrenos de dudosa procedencia, que ahora pertenecían a la familia Bonilla.

—Cuando llegué al edificio de los archivos municipales, ya los bomberos habían apagado el fuego, pero todavía estaban evaluando los daños. No me permitieron entrar en el edificio. Estoy convencido de que el incendio se relaciona con el homicidio del periodista, así que ayer mismo hablé con el juez para que un equipo de Científica revise la escena, en cuanto lo permitan los bomberos. Tendremos que esperar para saber si los documentos de los registros, relacionados con el caso, sufrieron algún daño.

—Muy bien. Mantenme informado —le ordenó el comisario.

—Sí, señor.

—Es tu turno, Néstor. ¿Qué habéis averiguado sobre la desaparición de la chica?

Salazar hizo un resumen de los avances de su caso. Le confirmó a Santiago que Telmo y él estaban seguros de que Arancha no había desaparecido por voluntad propia.

—…así que seguiremos el hilo del hermano y su supuesta afición al juego.

—Estoy de acuerdo —lo respaldó Santiago—. ¡Miguel!

Pedrera dio un respingo. El comisario tenía ese efecto en él… y en la mayoría de las personas.

—Eh, sí, señor.

Después de hacer un resumen de los avances de su investigación, Miguel le informó que estaban detrás de la pista de los almacenes de distribución. En ese momento, el móvil de Pedrera interrumpió la reunión. Santiago lo miró con el ceño fruncido, pero Miguel se apresuró a informar que se trataba de una llamada de

Científica. El comisario asintió, para señalar su conformidad. Después de una corta conversación, Miguel terminó la llamada y negó con la cabeza.

—El jefe Barros acaba de informarme que ya han concluido el registro de la casa rural abandonada. Aunque reconoce que todavía tienen que analizar todas las muestras que recogieron, de momento, solo han encontrado polvo.

—¿Cómo es posible? —se quejó Ángela.

—Si en alguna ocasión la casa fue usada como almacén, el tiempo ya se ocupó de cubrir los rastros —sentenció Miguel con desaliento— Me temo que tendremos que volver a empezar.

—Bien, al parecer, todos tenéis mucho trabajo por delante. Mantenedme informado de cualquier novedad.

En cuanto Santiago dio por finalizada la reunión, Remigio anunció que haría una visita a los archivos municipales y se despidió.

Salazar palmeó el hombro de Miguel.

—No os preocupéis. Estoy seguro de que más temprano que tarde encontraréis un rastro que os conduzca al cabecilla de la operación —Entonces, se volvió hacia su compañero—. Nos vemos luego, Telmo. Continúa con las indagaciones en las casas de apuestas, y no olvides solicitar la orden del juez para intervenir las comunicaciones de Federico.

—Sí, jefe.

Después de desear buena suerte a todo el equipo, Salazar también se marchó.

Capítulo 12

En cuanto Néstor salió de la sala, Telmo se centró en su ordenador para cumplir la orden de su jefe. Al mismo tiempo, Ángela miró a Miguel con desaliento.

—Y ahora, ¿qué?

Su compañero dejó escapar un suspiro.

—Me temo que tendremos que seguir buscando una conexión que nos lleve hasta los falsificadores. Salazar tiene razón: No es posible que una red criminal de esa envergadura no deje ningún rastro. Sigue revisando los documentos. Quizá puedas encontrar un patrón que nos conduzca a otra pista.

—Eso espero, aunque me temo que estos sujetos saben ocultar su rastro y son muy cuidadosos. ¿Qué harás tú?

Miguel ya comenzaba a teclear un mensaje en su móvil.

—Es posible que en la calle se sepa algo. Veamos qué puede decirme El Relojero. Nunca me ha fallado.

El informante respondió al mensaje de inmediato. Se verían en el lugar de costumbre.

Veinte minutos después, Miguel llegó a la Plaza San Martín y avanzó hacia la calle Costanilla. Aquella mañana, los rayos del sol tenían poco éxito en atravesar la espesa capa de nubes que cubría la ciudad, y un pertinaz viento frío atacaba sin piedad a los pocos transeúntes que se aventuraban a salir. Los viejos edificios de piedra convertían la calle en un túnel estrecho, donde la helada nocturna todavía se mantenía aferrada a las fachadas y la escarcha crujía bajo los pies. Miguel se encogió dentro de su abrigo y sintió que el frío le adormecía los dedos.

Por fin, Pedrera llegó al bar favorito de su informante: un pequeño local que no había visto una escoba en semanas y que solo contaba con una barra y dos mesas, para consumir de pie. El olor a humedad y vino rancio alcanzaron al policía en cuanto entró. Aun así, Miguel agradeció el resguardo del viento que aliviaba un poco el frío de la calle. Alberto Santos, alias El Relojero, lo esperaba detrás de una de las mesas, con una taza de café con leche y un bocadillo frente a él. Su delgadez y sus rasgos afilados le conferían apariencia de desnutrido.

—La consumición va por su cuenta, inspector.

—De acuerdo, Relojero, pero tendrás que ganártela. Estoy detrás de una red de falsificación de mercancía que opera en toda La Rioja.

—¿Qué tipo de mercancía?

—Ropa, accesorios y zapatos. Sobre todo, zapatos. Hay varios comercios a punto de quebrar por culpa de estos sujetos y estamos decididos a detenerlos.

Santos se mordió los labios y se quedó pensativo por un momento.

—Sí, reconozco que he escuchado algo —dijo por fin el informante, antes de dar un sorbo a su café.

—¿Qué puedes decirme?

El Relojero inclinó la cabeza hacia un lado, un gesto que a Miguel le recordó a una garza.

—Ya sabe que la memoria es frágil, inspector.

El policía deslizó un billete de veinte euros sobre la mesa. Santos negó con la cabeza.

—No es suficiente. Es una organización, lo cual la hace más peligrosa que un individuo. A mayor riesgo…

Miguel retiró el billete de veinte euros y lo cambió por uno de cincuenta.

—Está mejor, pero…

—No abuses de tu suerte, Relojero —le advirtió el policía.

—Vale, usted gana. Los sujetos que están detrás del negocio son muy astutos. Me han contado que usan diferentes puntos de almacenaje y mueven la mercancía de un lugar a otro, para dificultar cualquier rastreo.

—Eso ya lo sé, Relojero. Dame algo que me sirva.

—Nadie admite saber quién está detrás del negocio, pero…

Miguel frunció el ceño.

—Tú has escuchado algo —afirmó el policía, con más esperanza que certeza.

—Un nombre ha surgido en algunas conversaciones. Y usted sabe que tengo un oído muy agudo.

—Menos rodeos, Relojero.

—Rosendo Lares.

—¿Es el jefe?

—Me temo que mis contactos no llegan tan alto. Lares es un tío que tiene una empresa de transportes. Se le conoce en la calle por no tener muchos escrúpulos en el tipo de mercancía que cargan sus camiones.

Miguel sonrió.

—Eso sí vale los cincuenta euros, Relojero. Mantén los oídos atentos y avísame si averiguas algo más.

—No tenga duda de ello, inspector.

Después de acercarse a la barra y pagar el desayuno de Santos, Pedrera salió del bar con el ánimo renovado. El chute de adrenalina que experimentó con la nueva información permitió que recorriera el camino hasta su coche, sin percatarse del frío.

◆◆◆

Al mismo tiempo que Miguel acudía al encuentro de El Relojero, Remigio llegaba al edificio de los archivos municipales. Aparcó junto a la furgoneta de Científica. El inspector Toro contempló la sólida construcción de piedra que se erguía como un orgulloso sobreviviente. El humo del incendio ya no era visible, pero su rastro se mezclaba con la humedad helada de la fría mañana de invierno.

Conforme se acercaba, el leve crujido bajo los zapatos de Remigio le demostró que todavía quedaban fragmentos de ceniza, ahora mezclados con la escarcha que cubría la calle. Lo recibió el

olor agrio y pegajoso del papel quemado, que impregnó su ropa y su piel. Los guardias que había dejado vigilando el edificio lo saludaron, y después de confirmarle que no había novedades, le facilitaron el paso por debajo de las cintas de balizaje. Las superficies de los restos de los muebles estaban cubiertas por residuos de la espuma, que los bomberos habían usado para extinguir el fuego.

El aire era denso, cargado de hollín y humedad, lo que hacía que fuera difícil respirarlo. El policía avanzó despacio entre las estanterías ennegrecidas, midiendo cada paso que daba. La imagen era desoladora. El suelo estaba cubierto por una alfombra de documentos empapados y quemados. Al fondo de la sala, una mujer de unos cincuenta años sostenía una carpeta en la mano con la mirada perdida, como si aquel manojo de papeles fuera lo único que hubiera podido salvar del desastre. Todo lo que quedaba de su ordenado mundo.

Remigio se acercó a ella y carraspeó para anunciar su presencia. La mujer se volvió hacia él de inmediato.

—¿Cómo entró aquí?

—Iba a hacerle la misma pregunta —respondió el policía, mostrándole su identificación.

—Lo siento, inspector. No quería ser impertinente. Es solo que… —La mujer dejó caer las manos con un gesto de derrota—. Soy Lourdes Ruiz, la archivera. Sus compañeros ya terminaron de revisar esta sala y les pedí permiso para comprobar si había documentos rescatables. Como puede ver por usted mismo, no queda mucho por salvar.

—Si usted es la encargada de este archivo, es justo la persona con la que quiero hablar. Necesito encontrar los registros relacionados con ciertos terrenos en disputa —Remigio le entregó los datos que había encontrado en la caja de seguridad de Carvajal.

Lourdes leyó la información y una chispa animó su mirada.

—Revisaré. Quizá tenga suerte y se encuentren entre los documentos recuperables.

La archivera se internó entre los restos de la estantería con la soltura que le proporcionaban años de recorrer aquellos pasillos,

ahora destruidos por el fuego. Remigio la siguió, manteniéndose a un par de pasos.

Lourdes se detuvo frente a una de las estanterías que se había quemado por completo.

—Lo lamento, inspector. Los registros desaparecieron. La estantería donde se guardaban quedó reducida a cenizas. Como si…

—Como si el fuego hubiera comenzado aquí —sentenció el policía. Lourdes asintió—. Es, cuando menos, sospechoso. ¿No existen copias de esos documentos?

La archivera miró en dirección a los estantes destruidos con desolación.

—Estamos digitalizando los registros documentados en papel, pero me temo que el proceso es largo y lento, debido a la escasez de presupuesto. Por interés de la comunidad, comenzamos por los más recientes y avanzamos hacia atrás en antigüedad. Me temo que los registros que le interesan a usted son bastante antiguos, por lo que…

—¿Lo que me está tratando de decir es que no existía un respaldo digitalizado de esos documentos todavía? ¿Qué los únicos registros oficiales de esos terrenos quedaron convertidos en cenizas?

—Oh, no. Las partes interesadas deben tener una copia.

Remigio rechinó los dientes con frustración.

—Una copia que podría contener datos falsos, que ya no podrán ser cotejados con los originales.

—Ah, está aquí, inspector Toro —dijo una voz a su espalda—. Sus agentes nos avisaron que había llegado. Lo estaba buscando.

Remigio se giró y vio a uno de los hombres de Científica, embutido en un EPI forense.

—Garrido, me alegra que le hayan asignado este registro. ¿Descubrieron alguna pista?

—Puedo garantizarle que el incendio fue provocado. Continuamos trabajando, pero le adelanto que hemos encontrado una huella parcial en el marco de una ventana. Sospechamos que el incendiario entró por ahí. No es suficiente para una identificación, pero si encuentra al sujeto, podría ser una evidencia en su contra.

Después de agradecer a Garrido por la información y a Lourdes por su colaboración, Remigio salió del edificio. Una vez en la calle, llenó sus pulmones con aire limpio, mientras meditaba acerca de la situación. Estaba convencido de que la destrucción de los documentos que buscaba no había sido una coincidencia ni un simple acto de vandalismo. Alguien se estaba ocupando de borrar evidencias y era capaz de llegar a extremos para alcanzar su objetivo.

Después de meditar acerca de su siguiente paso, el inspector sacó su móvil y contactó a su mejor informante, quien respondió de inmediato.

—Suricato, estoy investigando el incendio en los Archivos Municipales y tengo una tarea para ti.

Capítulo 13

Cuando Miguel llegó a la comisaría, encontró a Ángela esperándolo con la información que le había solicitado por teléfono, después de su entrevista con el Relojero.

—Ya tengo los datos más importantes acerca de ese transportista.

—¿Encontraste algo interesante?

Ángela se acomodó las gafas y leyó la pantalla del ordenador, antes de responder.

—Rosendo Lares, 45 años, nacido en Cenicero. Residenciado en Haro. Divorciado. No tiene antecedentes criminales.

—Un tío común y corriente.

—Eso parece. Su negocio de transporte opera bajo el registro de una Sociedad Limitada llamada Transrioja SL.

—¿Este negocio tiene una ubicación conocida?

Ángela asintió.

—Sí, pero espera, que esto te va a interesar… En apariencia, todo está en orden, pero hay un detalle que me llama la atención. La empresa no tiene ni un solo camión propio.

—Entonces, ¿cómo presta sus servicios?

—Subcontrata a otras empresas, que son las que llevan a cabo la distribución.

Miguel frunció el ceño.

—Suena bastante extraño. ¿Por qué alguien contrataría una empresa de transporte sin vehículos, solo para que se ocupe de contratar a su vez a otras empresas? Eso debe subir mucho los costos. ¿Qué sentido tiene?

Ángela se apoyó en el respaldo de su asiento y sonrió.

—A menos que…

—A menos que se trate de una estrategia para movilizar mercancía ilícita sin dejar huella —concluyó Miguel—. Vamos, tengo un interés repentino por hablar con el señor Rosendo Lares.

Sin perder un minuto, ambos salieron de la comisaría y subieron al coche. Miguel puso rumbo al sur, en dirección al polígono industrial que daba sede a «Transrioja». Veinte minutos después, aparcaban en la calle Hayas. El frío los golpeó en cuanto salieron del coche. La nave que ocupaba «Transrioja» era pequeña. Su fachada de ladrillos descoloridos, que delataba su antigüedad y falta de mantenimiento, contrastaba con la imponente elegancia de la empresa que ocupaba la acera de enfrente. «Transrioja» estaba identificada con un rótulo manchado por el óxido y con letras descoloridas, que apenas se sostenía sobre la puerta.

A primera vista, el lugar no tenía lo suficiente para parecer una empresa de transporte. La construcción estaba rodeada por un patio de cemento agrietado, ocupado por un par de muelles de carga con las compuertas cerradas, y un pequeño aparcamiento con un Seat viejo y una furgoneta blanca sin distintivos. Todo el complejo estaba rodeado por una reja de hierro, mal pintada de negro. Era sin duda una empresa de transporte… sin ningún tipo de actividad. A pesar de que el horario era laboral, no había un solo camión, ni un operario a la vista. El silencio era tan absoluto, que Miguel podía escuchar el sonido de sus propios pasos y los de su compañera.

Ángela observó con cuidado a su alrededor. Tuvo que entornar los ojos para protegerlos de la luz blanquecina que se filtraba entre las nubes. Su voz rompió el silencio cuando habló.

—¿Te has dado cuenta, Miguel? El pavimento está húmedo, pero no hay ni una sola huella de neumáticos.

—Esto parece un escenario de atrezo. Creo que por fin estamos en el camino correcto.

Ángela asintió. Todo en el edificio parecía estar construido para aparentar, como si existiera solo para llenar casillas en un registro mercantil.

Se acercaron a la entrada de la descuidada nave. La pequeña ventana de vidrio esmerilado, junto a la puerta, les permitió ver el

resplandor de las luces fluorescentes del interior. Una sombra se movió detrás del cristal. Miguel y Ángela intercambiaron una mirada de entendimiento. Así que después de todo, la construcción no estaba abandonada.

Miguel se acercó y empujó la puerta, que cedió con un clic. El interior olía a polvo y café rancio. La recepción era un remedo de sala de espera, con un mostrador viejo y sillas de plástico baratas. Antes de que pudieran intercambiar impresiones, se abrió una puerta detrás del mostrador y por ella salió un hombre. Los recibió con una sonrisa poco convincente, que no alcanzó sus ojos.

—¿Puedo hacer algo por ustedes?

Miguel y Ángela guardaron silencio por algunos instantes, conscientes de que la incertidumbre jugaba a su favor.

—¿Señor Rosendo Lares? —preguntó Miguel.

—Sí, soy yo. ¿Quiénes son ustedes y por qué preguntan por mí?

Ambos policías ya tenían sus correspondientes identificaciones en la mano y las levantaron al unísono.

—Policía. Siéntese, señor Lares. Queremos hacerle algunas preguntas.

Mientras ocupaba la silla detrás del mostrador, el rostro de Rosendo perdió todo su color. Simulando no haberlo notado, Miguel se plantó frente al transportista, cruzó los brazos y separó los pies. La mirada de Rosendo se centró en el inspector, como si este fuera un animal peligroso al que convenía mantener vigilado.

—¿Policía? Esto debe ser una equivocación. ¿Qué interés puede tener la Policía en mí? Solo soy un pequeño empresario que trata de mantenerse a flote como puede.

Miguel y Ángela intercambiaron una mirada y guardaron silencio. Un silencio que se fue haciendo más pesado conforme avanzaban los segundos.

Lares se removió en el asiento. Su frente brillaba con el sudor que la cubría, a pesar del frío invernal que se filtraba a través de la ventana mal sellada. El silencio de los policías aumentó la tensión, hasta el punto de hacerla insoportable. Incapaz de tolerar la presión, Rosendo comenzó a tamborilear los dedos sobre la mesa, al mismo

tiempo que sacudía su pierna derecha, en un movimiento involuntario.

Miguel tomó nota de cada gesto del sospechoso. Ángela se sentó en una de las sillas de plástico y cruzó las piernas. Su postura parecía neutral, pero Miguel sabía que era el contrapeso necesario para equilibrarlo. Si él presionaba demasiado, ella aflojaba; si él atacaba, ella mantenía la diplomacia justa, para que el interrogatorio no se desmoronara.

Rosendo tragó saliva.

—¿Necesito un abogado?

—Solo mantendremos una conversación cordial, señor Lares… —respondió Miguel, con un encogimiento de hombros.

—Sin embargo, si desea que lo acompañe un abogado, está en su derecho —intervino Ángela, con una sonrisa que pretendía inocencia.

—Claro que eso nos haría preguntarnos por qué lo considera necesario.

Rosendo pasó la mirada de un policía al otro y se mordió los labios.

—Pregunte, inspector.

Ángela deslizó una libreta sobre la mesa con calma estudiada. No la miró, pero el simple sonido del papel hizo que Rosendo tensara los músculos de la mandíbula. Al mismo tiempo, Miguel frunció el ceño y entornó los ojos, antes de hablar:

—Veamos, señor Lares… tenemos entendido que su empresa gestiona el transporte de mercancía en toda La Rioja.

No se trataba de una pregunta.

—Sí. Quiero decir… Nosotros somos intermediarios. Coordinamos rutas, facilitamos el contacto entre distribuidores y transportistas independientes…

Ángela inclinó la cabeza un poco. Miró a Rosendo con la expresión paciente de quien está dispuesta a escuchar y creer a pies juntillas lo que le digan.

—Ese es el motivo por el cual usted no es propietario de ningún camión. ¿No es cierto? —su tono era suave, como el que se emplearía al interesarse en el negocio de un amigo.

—Exacto —Lares gesticuló con las manos, como si el movimiento le ayudara a reforzar la idea—. Subcontratamos a transportistas autónomos. Así somos más eficientes y reducimos costos.

—Tiene lógica —admitió la subinspectora.

—A menos que seas quien contrata la distribución —apuntó Miguel, con toda su mala leche—. ¿Qué sentido tiene pagar a un intermediario cuando se pueden solicitar los servicios directos de una transportista al uso?

—Eh… —la respuesta quedó congelada en la boca de Rosendo, como si no pudiera encontrar las palabras apropiadas para una explicación lógica.

—Tal vez querían ahorrarse el trabajo de la logística —justificó Ángela.

—¡Eso! Eso es.

Miguel sacudió la cabeza.

—Sigue sin tener sentido. Cualquier transportista con sus propios vehículos se ocupa también de la logística. Pero, en fin, cada uno puede despilfarrar su dinero como quiera. ¿Verdad, señor Lares?

Rosendo cambió de postura, pero no fue capaz de decir una palabra. Miguel volvió a la carga.

—¿Qué puede decirme sobre las cajas?

Lares parpadeó y la comisura de su labio tembló por un instante, antes de que pudiera controlarlo.

—¿Las cajas?

Miguel se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en la mesa para aproximarse al sospechoso. Lares siguió el movimiento echándose hacia atrás. Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro del policía.

—Sí, las cajas —repitió Miguel, muy despacio—. Esas, que sus subcontratados mueven por toda La Rioja, sin hacer preguntas.

La voz de Lares reverberó con un ligero temblor.

—Inspector, nosotros no revisamos el contenido. Solo gestionamos el transporte. No sé qué contienen las cajas.

Ángela exhaló por la nariz con suavidad. Miguel percibió su tensión y supo que estaba dejando que él empujara un poco más, antes de frenarlo.

—Veamos, si lo he entendido bien —dijo Miguel, con el tono de un maestro que explica algo a un alumno torpe—. Un cliente le pide a su empresa que envíe cajas de contenido desconocido a distintos puntos de La Rioja, y usted solo responde: «Sí, claro, sin problema, siempre que pague». ¿Y a usted le parece que está bien?

Lares se removió en la silla. La piel de su frente estaba cubierta con una pátina de sudor.

—Inspector… así es como funciona el negocio del transporte. Nadie pregunta qué hay dentro de cada paquete. Es… es como un servicio de mensajería, ¿comprende?

Miguel sacudió la cabeza.

—No. No es como un servicio de mensajería. Los contenidos de esos envíos siempre son declarados por el remitente. Además, los mensajeros no trabajan con distribuidores que han sido denunciados por fraude.

Lares entreabrió la boca, pero las palabras se quedaron congeladas en su garganta. Sacudió la pierna con más ímpetu. Miguel olió el miedo como un sabueso huele a su presa.

—Tiene que creerme, inspector, yo… yo no sé nada de fraudes. Solo transporto mercancía. Es un negocio legal. Transparente.

Ángela intervino, antes de que Miguel pudiera responder. El tono de su voz era suave y relajado.

—Nosotros tampoco queremos creer que está involucrado, señor Lares. Sin embargo, debe comprender que tenemos que hacer preguntas…

Lares la miró, como si esa voz amigable fuera un ancla en medio del naufragio.

—¿Preguntas, sobre qué? —soltó, y al instante supo que había cometido un error.

Miguel entrecerró los ojos.

—Usted ya sabe sobre qué.

El reloj en la pared marcó las 12:15.

Miguel esperó sin quitarle la mirada de encima. Lares se removió en la silla como un animal atrapado en un cepo.

—Sabemos que está ocultando algo, señor Lares —intervino Ángela, con una voz calmada que contradecía la situación—. No lo

estamos acusando de nada… todavía. Sin embargo, le conviene ser claro en sus respuestas.

Lares guardó silencio por un momento, como si calibrara la situación. Después de una respiración profunda, recuperó un poco de su maltrecha compostura.

—Les repito que yo no sé nada. Si lo desean, puedo darles los registros de todos los envíos. No tengo nada que ocultar.

Miguel tuvo el impulso de presionar más, de romper esa fachada tambaleante… pero la mano de Ángela en su brazo fue suficiente para que se contuviera. Ambos sabían que no tenían suficientes pruebas.

—Vamos a necesitar esa lista de inmediato —dijo Miguel.

Los policías salieron de la empresa de transporte con los registros que les había proporcionado Lares. En el camino de regreso a la comisaría, cambiaron impresiones acerca de la entrevista.

—Está metido hasta las cejas —afirmó Miguel.

—Es muy probable, pero no tenemos ninguna evidencia concreta. Además, necesitamos encontrar a quien está por encima de él.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Sería interesante tener acceso a sus mensajes y correos.

—Excelente idea —reconoció Miguel—. Solicitemos una orden para intervenir el móvil de Lares y veamos a dónde nos conducen sus contactos.

Capítulo 14

Después de una parada estratégica, Salazar llegó a la Jefatura Superior. Bolsa de papel en mano, encaminó sus pasos al laboratorio de Científica.

—¡Ya llegó el que faltaba para tocarme las narices! —gritó el jefe Barros, en cuanto vio que el gabán se asomaba—. ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Es que no tienes a nadie más a quién molestar?

—Hola, Casi. Yo también me alegro de verte. Te traje tu desayuno.

—¡Trae acá! —El jefe Barros le quitó la bolsa y se asomó en ella —. ¿A esta birria llamas tu desayuno? ¿Dos magdalenas raquíticas y un café?

—Todo sin azúcar —anunció el inspector con orgullo—. Por tu salud.

—¡Y encima se recochinea el tío! No te echo a patadas, porque se me arruga el traje.

—Me alegra encontrarte de buen humor, Casi.

—Así soy yo. Todo corazón. Por cierto, ¿cómo está la chavalita? Debo reconocer que ahí te luciste. Menos mal que se parece a la madre, porque si llega a sacar tu fea cara, no ganas para cirujanos plásticos.

Una sonrisa iluminó el rostro de Salazar.

—Gabriela está bien. Crece sana y fuerte.

Barros ya se había comido una de las magdalenas e iba a por la segunda.

—Pues me alegro, que la pobre ya tiene bastante con el padre que le ha tocado en suerte. ¿Qué es lo que quieres? Porque estoy seguro de que este tentempié de desayuno no me va a salir gratis.

Salazar apoyó la mano en el pecho con gesto teatral.

—¿Crees que he recorrido casi cincuenta kilómetros para traerte el desayuno, solo por interés? ¡Eso dolió, Casi!

—Entre tú y yo solo hay un merluzo y no soy yo —respondió Casimiro, sin inmutarse.

—Vale, he venido a pedirte un favorcito de nada.

—Ya lo suponía. Eres más interesado que un gato cuando oye abrir una lata. ¿De qué se trata?

Salazar puso al día a Casimiro acerca de su investigación.

—… lo que quiero es que además de llevar a cabo el registro del apartamento de Arancha, revises los estudios forenses que la Guardia Civil realizó en la escena de la desaparición de la joven.

—Serás… Mira, mejor me callo. ¡Que ya tengo más curro que un pulpo guardando libros en orden alfabético! Y el señorito quiere que revise un procedimiento que ya está hecho. ¿Qué problema tiene el informe del laboratorio de la Guardia Civil? Hasta donde yo sé, su trabajo es excelente.

—Si eso no lo niego, Casi. Yo también confío en sus resultados, pero es que ellos no son tú —Néstor ladeó la cabeza en un gesto exagerado de admiración—. Nada puede igualar tu experiencia, tu olfato de sabueso, tu profesionalismo, tu…

—¡Ya para! Deja de hacerme la pelota. Revisaré los informes. Todo, con tal de que desaparezcas de mi vista.

Satisfecho, Néstor se despidió de Casimiro y emprendió el camino de regreso a Haro, directo a la comisaría. Cuando llegó, Lali le informó que ya el señor Federico González se encontraba esperando. El inspector le pidió que lo condujera a su despacho. Algunos minutos después, el hermano de Arancha entraba en la oficina de Salazar, con una expresión que rondaba entre la sorpresa y la preocupación.

—Inspector. Ya hemos hablado y le he respondido todo lo que sé. ¿Por qué me citó de nuevo? ¿Se sabe algo de Arancha?

Haciendo una pausa estudiada, Salazar señaló la silla frente a él y se recostó en el respaldo de la suya.

—Me temo que todavía no sabemos qué fue lo que le ocurrió a su hermana, señor González. Sin embargo, hemos descubierto algo

muy interesante acerca de usted.

La luz blanca del techo se reflejaba en el rostro de Federico y acentuaba su palidez. El hermano de Arancha se mordió los labios. Sus ojos hundidos delataban noches de insomnio. El inspector se inclinó hacia adelante sobre su escritorio, sin quitarle la vista de encima a su «testigo» y guardando un silencio tenso, que volvió pesado el ambiente de la habitación.

Federico, con los dedos entrelazados, aguardaba la siguiente pregunta del policía. La tensión de sus hombros delataba su incomodidad y un agotamiento palpable. Salazar dejó escapar el aire en un leve suspiro, al mismo tiempo que cruzaba los brazos sobre su escritorio.

—Su hermana estaba tratando de reunir dinero para pagar una deuda suya, señor González. ¿Qué tiene que decir a eso?

La frase quedó suspendida en el aire. Federico frunció el ceño, manteniendo la mirada. Después de un leve parpadeo de sorpresa, entornó los ojos. Salazar tomó nota de que no había sudor en su frente y sus manos mantenían un pulso firme.

—Eso no tiene sentido —respondió el hermano de Arancha—. Ni tenía ni tengo ninguna deuda.

El inspector ladeó la cabeza sin perder detalle de la postura y los movimientos del hombre sentado frente a él. Aquella no era la reacción que esperaba de su testigo. Lo percibía demasiado seguro. ¿Sería posible que estuviera diciendo la verdad? Decidió contraatacar.

—¿Cómo explica entonces los esfuerzos de Arancha para reunir cinco mil euros? ¿O el mensaje que le envió a su amiga para decirle que su hermano estaba en problemas, a causa de una deuda de juego?

Federico recibió la información con un parpadeo y abrió la boca para hablar, pero se contuvo. Entonces, sacudió la cabeza.

—Se lo repito, inspector. Yo nunca he apostado tanto dinero. No sé de dónde ha sacado esa información, pero es falsa.

Salazar tamborileó los dedos sobre la mesa, sin apartar la mirada de su testigo. Esperó. Cinco segundos. Un parpadeo lento. Ocho

segundos. Los hombros del interrogado apenas se tensaron. Doce segundos. Ningún tic. Ninguna mirada esquiva… Nada.

Salazar cambió de estrategia. Se inclinó hacia adelante y bajó el tono de su voz, en una actitud conspiradora.

—¿Y si ella creyó que la deuda existía?

Federico frunció el ceño todavía más.

—Si Arancha creyó eso… entonces, alguien le mintió.

Néstor rechinó los dientes y observó a su testigo con detalle. Su postura firme y la seguridad en su voz desconcertaron al policía. ¿Era un experimentado mentiroso o estaba diciendo la verdad? Había algo que no encajaba.

El inspector terminó el interrogatorio sin haber llegado a una conclusión firme. Después de que Federico se marchó, Salazar llamó a Telmo a su despacho y lo puso al día con respecto al interrogatorio del hermano.

—Coincide con mis indagaciones, jefe.

—¿No encontraste nada?

Telmo se encogió de hombros.

—Aunque González es cliente conocido, en ninguna casa de apuestas legales de Haro ni de Logroño tienen constancia de una deuda. Además, lo que me dijeron respalda su afirmación de que nunca ha apostado más de 100 euros.

Néstor se quedó pensativo, tratando de encajar la información. Parecían estar frente a otro callejón sin salida. El tono de un mensaje lo sacó de sus meditaciones. Salazar consultó el móvil.

—Es de Toni. Me avisa que el juez ya emitió la orden para revisar la mensajería digital de Federico, así que el departamento de Informática debe estar recibiendo el móvil esta misma tarde. Pronto saldremos de dudas con respecto al hermano de Arancha.

—No creo que debamos descartarlo tan pronto, jefe. Tenemos evidencias suficientes de los esfuerzos de Arancha para conseguir el dinero y todavía no hemos indagado en los centros de apuesta ilegales. Es posible que González prefiera apostar en ese tipo de locales.

—Tienes razón. Además, un garito encajaría mejor con la situación que estamos investigando. No hay ninguna duda de que

Arancha estaba lo bastante preocupada por la seguridad de su hermano como para involucrarse en el mundo peligroso de las apuestas —El inspector consultó su reloj—. En todo caso, ya es la hora de la comida y nos vendrá bien un descanso.

Telmo dibujó una sonrisa sarcástica.

—Es curioso, jefe, nunca se había detenido a tomarse una pausa para comer.

—La vida te cambia cuando eres padre, chaval —reconoció Néstor, palmeando el hombro de su compañero—. No quiero desperdiciar un minuto que pueda pasar con mi hija. Vete a comer a casa o a visitar a tu madre en el hospital. Nos veremos en un par de horas.

Capítulo 15

Salazar salió de la comisaría y decidió hacer una parada estratégica, antes de ir a casa para compartir la hora de la comida con Rebeca y Gabi. Gracias a ellas, la buhardilla había dejado de ser solo el lugar donde vivía, para convertirse en su hogar. Atesoraba cada momento que compartía con su mujer y su hija. En cuanto salió a la calle, lo recibió el aire de febrero. Se trataba de ese frío, afilado y seco como un cuchillo, que se colaba bajo la ropa y se aferraba a los huesos, sin necesidad de que soplara el viento.

Aun cuando ansiaba llegar a casa, Néstor decidió hacer una parada estratégica. Al llegar a la plaza, se desvió en dirección a la iglesia, y cuando subió sus escalones sintió el crujido de la piedra gastada bajo sus suelas. El olor a piedra húmeda y ceniza impregnaba el aire. Encontró a Cartucho, encogido sobre sí mismo en uno de los peldaños más altos. Se protegía del frío con el mismo abrigo raído de siempre, y se cubría la cabeza con un gorro de lana, deformado por el uso.

Salazar se acercó a él, despacio.

—Veo que el obispado todavía no te ha echado de aquí.

Cartucho sonrió de lado y respondió con la voz ronca de un fumador empedernido.

—No molesto a nadie, inspector. Y algunos turistas me consideran parte del paisaje.

Néstor respiró profundo y miró a su alrededor, antes de hablar.

—¿Has escuchado algo acerca de Arancha González?

Cartucho se quedó pensativo durante algunos segundos, como si buscara en su memoria.

—¿Esa es la chica que desapareció, después de tener un accidente de coche camino a Ezcaray? —Néstor asintió—. No, inspector. Me temo que lo único que sé es lo que dijeron en los noticieros. ¿No se fue por su propia voluntad?

Salazar se mordió el labio, antes de responder.

—No, pero todavía no sabemos con exactitud qué fue lo que le pasó.

—Comprendo. Haré un par de preguntas. Si hay algo que merezca la pena, se lo haré saber.

—Te lo agradecería, amigo.

Cartucho sonrió.

—Pocos son capaces de llamarme «amigo» con tanta naturalidad. Haré lo que pueda por usted, inspector**.**

Salazar depositó un billete de diez euros entre las limosnas, se despidió, y reemprendió su camino a casa. Antes de subir a la buhardilla, Néstor se detuvo en el bar de Gyula. A esa hora, La Callecita estaba repleta de clientes y los murmullos de las conversaciones flotaban en el aire, mezclándose con el tintineo de platos y cubiertos. Chicho iba de un lugar a otro, anotando pedidos y llevando bandejas y cuentas, mientras Gyula preparaba las bebidas y Dika salía de vez en cuando de la cocina, para entregarle los platos que Nemesio y ella preparaban. El olor a sofrito de ajo y pimiento en aceite de oliva dominaba el ambiente, y desencadenó la salivación y un rugido en el estómago del policía. Néstor se acercó a la barra y esperó a que Gyula terminara de colocar los vasos en la bandeja de Chicho. Después de saludar a Salazar, el camarero continuó su trabajo. Entonces, Gyula se acercó a su amigo y apoyó los antebrazos en la barra, inclinándose un poco hacia adelante.

—Me alegra verte por aquí, Néstor. ¿Te sirvo algo?

—No, gracias, Gyula. Voy a comer en casa. Solo pasé a saludar.

El tabernero sonrió con sarcasmo.

—La chiquilla te tiene dominado, ¿verdad?

—Por completo.

Gyula soltó una carcajada.

—Así quería verte. Creo que ahora pagarás todas las que has hecho.

—Oye, creí que eras mi amigo.

—Por eso. Por eso —dijo el tabernero riéndose—. Aunque sospecho que la intención de saludarme no es el único motivo de tu visita.

Salazar apoyó la mano en su pecho en un gesto teatral.

—¿Crees que me ha movido algún interés? Eso duele.

—Néstor, que nos conocemos desde críos.

—Vale, tienes razón. ¿Pudiste averiguar algo sobre el asunto del que te hablé?

—Tu nuevo caso. Vaya marrón que te endilgaron en esta ocasión —Gyula suspiró—. Me temo que en la calle no hay ningún rumor sobre la desaparición de esa chica. La idea general es que la joven se marchó por su propia voluntad.

—Tenemos buenas razones para pensar que no fue así.

—Mal asunto. Si estáis en lo cierto y no hay rumores en la calle, significa que alguien ha sido capaz de borrar cualquier rastro. Eso solo puede hacerlo alguien muy astuto o…

—Con mucho poder —sugirió Salazar—. ¿Qué puedes decirme del hermano?

El tabernero se encogió de hombros.

—Lo conocen en un par de garitos ilegales, pero nadie admitió que existiera ninguna deuda.

—¿Tus fuentes son creíbles?

Gyula asintió.

—Estoy seguro de que no me mintieron. De acuerdo con la información que me proporcionaron, el tío suele gastar todo lo que lleva en los bolsillos, pero no está tan pillado por el juego como para endeudarse. Es lo bastante prudente para retirarse en cuanto se queda sin blanca.

—¿Nunca se ha endeudado?

—Nunca.

Salazar se mordió los labios.

—Es lo que él afirma y también las casas legales donde apuesta —murmuró Néstor, más para sí mismo que para su interlocutor.

—Pues blanco y en botella.

El inspector sacudió la cabeza.

—Algo no encaja en todo este asunto —Salazar palmeó la barra a modo de despedida— En fin, tendremos que averiguar qué está ocurriendo aquí. Saluda a Dika de mi parte y dale un beso a mi ahijado, el ladrón de galletas.

Gyula se echó a reír.

—Vale. Nos vemos luego, Néstor.

Salazar subió a la buhardilla y en cuanto abrió la puerta lo recibió un gemido corto que simulaba ser un llanto. Provenía de Gabi, quien sentada en su corral, extendió los brazos abiertos en dirección a él, haciendo pucheros. Paca no le quitaba la mirada de encima con expresión de niñera profesional, mientras Rebeca contemplaba la escena desde el mesón de la cocina, esforzándose por contener la risa.

Néstor corrió a rescatar a su hija del cruel corral, la cargó y comenzó a acunarla. Los pucheros se convirtieron en carcajadas de satisfacción. Rebeca también se echó a reír sin pudor.

—Hasta que abriste la puerta, estaba tranquila y contenta, entretenida con sus juguetes.

—¿Estás insinuando que mi hija me engaña?

—Esa pequeña y balbuceante criatura te tiene dominado por completo y hace contigo lo que quiere. Es una manipuladora nata.

Paca, desde la altura de su estante, maulló su desaprobación.

—No intervengas, Paca. Nadie ha pedido tu opinión felina —protestó Néstor.

—Mieeeeuuuuu.

—Pa…

Emocionado, Néstor centró toda su atención en Gabi.

—Eso es, cariño. Di papá. Pa… pá.

—Pa… ca.

—Mieu.

Salazar dejó escapar el aire como si se desinflara. Rebeca se acercó a él y trató de levantarle el ánimo con un ligero beso en los labios.

—Vamos, cariño, no te preocupes. En cualquier momento, Gabi te sorprende y te llama papá.

—No, si eso ya lo sé. Lo peor es que mientras tanto, tendré que soportar el recochineo de mi propia gata.

—Miaaauuuu.

Rebeca se echó a reír y se fue a la cocina para preparar la comida. Mientras ella marinaba un par de filetes de merluza y preparaba el aderezo de la ensalada, Néstor sentó a Gabriela en la trona y le dio su papilla. Tarea ardua, teniendo en cuenta que la niña estaba más interesada en moverse, balbucear, jugar y prestar atención a Paca, que en tragar el contenido de la cuchara que su padre le metía en la boca, cuando tenía oportunidad. A pesar de la poca colaboración de Gabi, Salazar continuó su tarea con más paciencia que un monje budista a punto de alcanzar la iluminación.

De vez en cuando, Paca, que no perdía de vista la escena, lanzaba un maullido que al inspector le sonaba a crítica destructiva. Cuando por fin llegó al fondo del plato de papilla, Néstor dio por concluida su tarea. Aunque no le quedó muy claro cuánto de la papilla había terminado dentro de su hija, habida cuenta del estado en el que quedaron su carita, su babero y la trona. Rebeca anunció que la comida estaría lista en un par de minutos, cuando ya Néstor había terminado de limpiar a la pequeña y la zona de desastre en la que habían quedado convertidas la trona y sus alrededores.

Salazar dejó a Gabi en el corral para que jugara, gateara y se cansara, antes de intentar llevarla a dormir la siesta. Paca se instaló en el sofá, sin perder de vista a la niña, como si cuidarla fuera parte de su responsabilidad felina. Néstor ayudó a Rebeca a terminar de servir la mesa y se sentaron a comer. Mientras él le contaba cómo había transcurrido su mañana, Rebeca le advirtió que Gabi acababa de escaparse del corral y había gateado hasta la habitación principal.

—¿Hay algo con lo que se pueda lastimar?

—Nada, desde que Quino la enseñó a fugarse, estoy pendiente de que no haya nada peligroso que pueda alcanzar.

—Bien. Entonces no hay de qué preocuparse.

—Paca la está siguiendo.

—Eso lo cambia todo —anunció Néstor, al mismo tiempo que se levantaba de la silla—. No me fío de esas dos. Juntas son más peligrosas que una piñata de vidrio.

Rebeca se echó a reír, mientras Salazar corría a la habitación detrás de su hija. Regresó casi de inmediato y dejó a la niña en el corral. Paca le seguía los pasos, maullando su descontento por la intromisión.

Capítulo 16

Después de la fuga frustrada de Gabi, Salazar y Rebeca regresaron a la mesa para terminar su comida. Ella le comentó las últimas andanzas de su inquieta hija, mientras él la escuchaba con avidez.

—Esta niña nos va a sacar canas —comentó Néstor, con una mezcla de preocupación y orgullo.

—Sospecho que nos esperan unos años muy agitados. Eso sí, no nos vamos a aburrir. Aunque no debería sorprendernos. ¡Cómo se parecen los cascos al jarro!

El sonido del móvil de Salazar impidió que se defendiera. Cuando vio el nombre de Toni en la pantalla, respondió sin dudarlo.

—¡Toni! ¿Tienes algo para mí?

—Afirmativo, colega. Sé que este asunto es prioritario, así que decidí llamarte de inmediato. Escucha, el móvil del hermano está limpio, pero sí descubrí otro par de detalles interesantes en el teléfono de Arancha.

—Te escucho.

—En primer lugar, alrededor de la hora en que ocurrió el accidente, Arancha recibió una llamada proveniente de un número oculto. Solo duró 20 segundos.

—Interesante —murmuró Néstor para sí.

—Por otro lado, en la copia de seguridad de la nube del móvil de Arancha, encontré algo que me llamó mucho la atención.

Néstor frunció el ceño y enderezó la espalda.

—¿De qué se trata?

—Entre sus contactos hay un tal David Reverol que estaba muy interesado en el hermano de la víctima y era muy insistente con mensajes en los que le pedía que lo pusiera en contacto con

Federico, porque él lo había bloqueado. Un par de meses antes de desaparecer, Arancha también lo bloqueó y borró el chat.

—Interesante. ¿Menciona el motivo de esa insistencia?

—No en el chat. ¿Sabes de quién se trata?

—El nombre no me resulta desconocido —admitió Néstor—. Fue uno de los muchos amigos de Arancha que entrevistamos. Sin embargo, en aquel momento no hubo nada que lo hiciera destacar del resto. Envíame una copia del chat, Toni. Se me ha despertado un repentino interés por ese sujeto.

—Marchando, colega. Yo continuaré trabajando. Si encuentro algo más, te llamaré de inmediato.

Néstor terminó la llamada y compartió la información con Rebeca. Ella lo escuchó con atención, antes de darle su opinión.

—Esa llamada alrededor de la hora del accidente es muy sospechosa.

—Ya lo creo —confirmó Salazar—. Si Arancha creía que iba a entregar el dinero que salvaría a su hermano, es probable que en ese momento haya recibido instrucciones de quien se convertiría en su secuestrador. Tendremos que averiguar quién hizo esa llamada. Quizá nos conduzca por buen camino.

—El chat del amigo también es un asunto para tener en cuenta. Me hace pensar en acoso y podría estar relacionado con la presunta deuda del hermano. Supongo que volverás a interrogarlo.

—Por supuesto —respondió Salazar, al mismo tiempo que se ponía el gabán y hurgaba en el bolsillo—. ¿Dónde están mis llaves?

—Las usaste para entrar. ¿Dónde las dejaste?

—Aquí, en el bolsillo del gabán, pero desaparecieron.

Ambos buscaron en el sofá donde había reposado el gabán y también en el suelo, por los alrededores. Nada. De repente, Rebeca frunció el ceño.

—Espera, recuerda la «fuga» de Gabi y Paca a nuestro dormitorio.

Néstor soltó un resoplido y ambos se encaminaron a la habitación principal. Gabriela volvió a escaparse del corral para seguirlos. Mientras él y Rebeca buscaban en cada rincón, la chiquilla, sentada en el umbral, reía y lanzaba gritos de celebración, quizá

convencida de que sus padres estaban participando en algún tipo de juego. Paca, con su altivez felina, contemplaba a los humanos desde la altura de la cómoda, con aires de indiferencia. Por fin, Salazar encontró las llaves dentro de una de sus botas.

—Debí imaginar que tú estabas detrás del robo de mis llaves, Paca —acusó inmisericorde con el ceño fruncido, mirando a la gata —. Apuesto a que tú fuiste el cerebro detrás de la operación. ¡Esto me pasa por dar albergue a una gata ladrona!

—Maaaauuuuu —protestó Paca, maullando su indignación.

—Ba, ba, ba, eh, eh —la defendió Gabriela desde el umbral.

—¿Tú también, hija mía?

Rebeca soltó una carcajada.

—Vamos, «César», admite que esta batalla la tienes perdida.

Néstor se encogió de hombros y también se echó a reír.

—Supongo que tienes razón.

Con sus llaves a buen resguardo, Salazar salió de la buhardilla y se encaminó a la comisaría, donde le informó a Telmo acerca de las novedades.

—Tenemos que rastrear a quién hizo esa llamada y también averiguar más acerca del sujeto del chat, antes de abordarlo de nuevo. Tú ocúpate de David Reverol, mientras yo hago las indagaciones necesarias sobre la llamada.

—De acuerdo, jefe.

Mientras su compañero se centraba en su ordenador, Salazar bajó al primer piso y se encerró en su despacho. Después de precisar la hora exacta de la llamada en el informe de Toni, le solicitó al juez un mandamiento para datos históricos. Una vez conseguida la autorización, solicitó la identificación del número oculto al operador de la línea telefónica. No pasó mucho tiempo antes de que recibiera la respuesta.

Salazar tomó nota del número sospechoso y subió a la sala común. Telmo apartó la mirada de la pantalla de su ordenador y le informó los resultados de sus indagaciones.

—El sujeto no está fichado, jefe. Su historial tampoco revela mucho: David Reverol, 25 años. Trabaja en el archivo del

Ayuntamiento organizando documentación. Es amigo de Federico González desde sus años de instituto. Aunque su conexión es a través del hermano, durante la entrevista reconoció que también mantiene ciertos nexos de amistad con Arancha. También afirmó que no sabía nada acerca de la desaparición de la joven, y manifestó estar convencido de que ella se había marchado por su propia voluntad. Tiene coartada. Estuvo trabajando en el Ayuntamiento el día de la desaparición. Su jefe lo confirmó.

Salazar se quedó pensativo por un momento.

—Aun así, me interesa volver a hablar con ese sujeto. Veremos qué tiene que decir acerca de esos mensajes que encontró Toni.

—¿Vamos ahora, jefe?

Néstor sacudió la cabeza y le entregó la nota que llevaba en la mano.

—Yo me ocuparé, pero tengo otra tarea para ti, Telmo. Este es el número de teléfono que llamó a Arancha, justo antes de su desaparición. Quiero que lo rastrees. A ver adónde nos conduce.

—Considérelo hecho, jefe.

Mientras Telmo volvía a su ordenador, Salazar salió de la comisaría y se encaminó al Ayuntamiento. La imponente fachada de piedra del edificio se alzó frente a él, cubierta por un cielo invernal de color gris. Cuando bajó del Clío, el viento frío que lo recibió tenía ese filo cortante, propio del mes de febrero.

Entró en el edificio y lo golpeó el impacto del brusco cambio de temperatura, consecuencia de una calefacción mal regulada. El olor del papel se mezclaba con el de la cera del piso y la humedad, creando un ambiente único y característico. Después de identificarse en la recepción ante el guardia de seguridad, siguió sus indicaciones para llegar a la oficina que buscaba.

El silencio absoluto del edificio quedó roto por el sonido de sus pasos. Recorrió los pasillos hasta que llegó a la Oficina de Archivos. El policía llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Un mostrador separaba a los visitantes de una sala llena de escritorios ocupados por empleados, que estaban centrados en sus correspondientes ordenadores. En un lateral había una puerta

identificada como «Archivos». «Acceso restringido» Allí debían guardarse los documentos en papel.

El inspector localizó a David con la mirada y centró su atención en él. Se encontraba sentado detrás de uno de los escritorios. Reverol reconoció al policía de inmediato, se levantó despacio, se acercó a Salazar, y después de permitirle cruzar la barrera, lo invitó a sentarse frente a su mesa de trabajo.

—Inspector. ¿En qué puedo ayudarlo?

Néstor hizo una pausa, al mismo tiempo que escaneaba todo a su alrededor. El escritorio de Reverol mantenía un orden meticuloso que contrastaba con los de sus compañeros, repletos de carpetas esparcidas y pósits sobre cualquier superficie posible. Algunos de los empleados apartaron la mirada de su pantalla por un momento, levantando o frunciendo las cejas, para manifestar su incomodidad por la interrupción a la tranquilidad de su rutina.

—Gracias por concederme algunos minutos de su valioso tiempo, señor Reverol —dijo Salazar con un tono neutro.

David trató de sonreír, pero el intento quedó en una extraña mueca.

—¿Por qué está aquí, inspector?

Néstor se acomodó en la silla, como si tuviera la intención de ocuparla por un largo rato, y suspiró.

—Verá… hemos hecho algunos hallazgos en el móvil de Arancha. O más bien, en la copia de seguridad de lo que alguna vez tuvo en su móvil.

Un ligero tic sacudió uno de los ojos de Reverol por algunos instantes. Después de encajar las palabras del policía, David sacudió la cabeza.

—No estoy seguro de saber a qué se refiere, inspector.

El policía se inclinó hacia adelante y frunció el ceño.

—Hemos descubierto que Arancha lo bloqueó de su teléfono y borró su chat, poco antes de desaparecer —anunció Salazar, con la voz cargada de intención—. También que el motivo pudo ser la insistencia de usted para que le facilitara la comunicación con Federico González. Queremos que nos aclare el motivo de esta insistencia.

David tensó la mandíbula y frunció el entrecejo. Néstor tuvo la impresión de que sus palabras habían causado más enfado que preocupación. Reverol respondió con un tono desenfadado, como si el hecho que planteaba el policía no tuviera ninguna importancia real en aquel contexto.

—No sabe cuánto lamento que Arancha me haya bloqueado y borrado mi chat, inspector. Todo fue un desafortunado malentendido**.** Federico me debe dinero. Yo solo quería recuperarlo y pensé que Arancha podía interceder con su hermano, para que respondiera a su obligación.

Salazar frunció el ceño, antes de volver a centrar su atención en David.

—¿Cuánto le debe Federico González? —preguntó con voz cortante.

—Doscientos euros.

—¿Doscientos euros?

David asintió. El policía guardó silencio por algunos segundos, incrementando la tensión en el ambiente. Resopló, antes de volver a hablar:

—¿Y doscientos euros ameritaban insistir, hasta que ella decidió bloquearlo?

David parpadeó.

—Por supuesto. Era mi dinero, y no me gusta que la gente se aproveche de mí.

—Su hermano le debía dinero —argumentó Salazar, casi enfadado—. ¿Por qué no lo resolvió con él? No tenía derecho de involucrar a Arancha, y mucho menos de acosarla.

David miró al policía como si no comprendiera su postura.

—Ella tiene un enorme ascendente sobre Federico. ¿Es un delito querer que me devuelvan lo que me pertenece por derecho?

Salazar entornó los ojos.

—No le gusta perder el control, ¿verdad, señor Reverol?

David pretendió no haberlo escuchado. Cambió de postura y desvió la mirada hacia su ordenador, como si quisiera refugiarse en él.

—¿Conoce Ezcaray? —preguntó Salazar, con fingida indiferencia.

David entrecerró los ojos.

—Por supuesto. Como cualquiera que viva en Haro.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo allí?

—No lo recuerdo con exactitud. Han pasado meses.

—¿Cuántos?

—Si lo que me está preguntando es si estuve en Ezcaray cerca de la fecha en que desapareció Arancha, la respuesta es no, inspector. Ya sabe que ese día yo estuve aquí, trabajando. Sé que ustedes lo comprobaron con mi jefe.

Néstor dejó escapar un leve suspiro y se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Está preocupado por Arancha, señor Reverol?

David parpadeó y fijó la mirada en Salazar**.**

—Por supuesto, inspector. Todos estamos muy preocupados por ella. Aunque debo reconocer que cada vez estoy más convencido de que decidió marcharse por su propia voluntad… Al menos, es lo que espero.

Salazar asintió y dibujó una leve sonrisa.

—Esperemos que tenga razón, señor Reverol. En cualquier caso, no descansaremos hasta descubrir qué fue lo que le pasó.

Antes de que David pudiera responder, Néstor se levantó de la silla.

—Eso es todo por el momento —anunció el policía con desenfado.

David asintió. El inspector abandonó la oficina y salió del Ayuntamiento, dejando atrás el aire cálido de la calefacción y el olor de los documentos viejos. En cuanto pisó la calle, lo envolvió el frío áspero de febrero, que se colaba bajo el gabán y arañaba la piel expuesta, invitando a buscar refugio. El reloj del consistorio marcaba las 18 horas, pero ya la tarde se estaba desvaneciendo y la luz mortecina anunciaba que la noche estaba cerca.

Cuando llegó al coche, Néstor se comunicó con Telmo, para informarle acerca de la entrevista y preguntarle por sus indagaciones.

—Me temo que me encontré con un callejón sin salida, jefe. El número corresponde a un móvil prepagado que fue comprado con

un DNI falso. El teléfono solo se usó para hacer esa llamada. Se conectó por poco tiempo a una antena cercana al lugar del «accidente» y nunca volvieron a encenderlo. Es probable que fuera destruido, porque no ha sido posible localizarlo.

—Lástima. Parecía una buena pista.

—Por lo visto, el interrogatorio a Reverol tampoco arrojó muchos resultados —se quejó el subinspector.

Salazar meditó su respuesta por algunos instantes.

—Tienes razón, Telmo. Sin embargo, te confieso que hay algo en este sujeto que no termina de gustarme. Investígalo más a fondo. Quizá encontremos algún dato revelador.

Capítulo 17

Mientras Salazar regresaba a San Miguel, después del interrogatorio a Reverol, Remigio llegó a la comisaría. No tenía duda de que el incendio en el cual se habían perdido los registros de los terrenos que investigaba Carvajal, fue provocado para borrar pruebas. Por desgracia, los responsables consiguieron su objetivo. Ahora, las esperanzas del policía estaban en los hallazgos de Científica en la escena del crimen, en los resultados de la autopsia del periodista y en los rumores que Suricato pudiera captar en las calles. Aunque encontró a Telmo, Miguel y Ángela trabajando en la sala común, el silencio dominaba la habitación, salvo por el tecleo pausado de Ángela y algún que otro clic del ratón de Telmo. Miguel, inclinado sobre su compañera, observaba la pantalla de ella, atento a cualquier detalle. Cuatro ojos ven mejor que dos. De vez en cuando, la pareja hablaba en murmullos, intercambiando opiniones sobre lo que leían.

Cuando Remigio entró en la sala, Telmo lo saludó con la mano y volvió a abstraerse en su ordenador. El inspector Toro sonrió al pasar junto a Miguel y Ángela.

—Os veo muy concentrados, pareja. ¿Cómo vais?

Pedrera enderezó la espalda y Ángela dejó de teclear por un momento.

—Remigio, tienes el cuello de la camisa manchado. Parece ceniza —observó Miguel—. ¿Estás bien?

—Yo sí, pero las evidencias claves de mi caso se fueron a la mierda.

Aprovechando la oportunidad para desahogar su frustración, Remigio los puso al día acerca de lo que había ocurrido en los

archivos municipales.

—Pues lo siento, colega, pero estoy seguro de que sabrás encontrar otra pista que te conduzca a esos cabrones.

—Puedes tener la certeza de que al menos lo intentaré. Acabo de recibir la notificación de que ya Científica me envió el informe sobre la escena del crimen, y el forense terminó la autopsia de Carvajal. Es posible que en esos resultados encuentre la pista que necesito.

—Pues, buena suerte.

—¿Y vosotros? ¿Habéis avanzado?

Miguel le explicó lo que habían descubierto hasta ese momento.

—…después de solicitar una orden, conseguimos acceso al móvil de Rosendo Lares, el transportista. Toni lo está revisando, pero ya nos ha enviado una lista de mensajes, correos y archivos adjuntos. Es lo que estamos comprobando ahora.

—Buscamos cualquier indicio o patrón que nos conduzca a sus cómplices —explicó Ángela.

—También os deseo buena suerte, compañeros. Seguid en lo vuestro.

Remigio ocupó su escritorio y esperó con paciencia que el ordenador terminara de encenderse. Miguel y Ángela volvieron a centrar toda su atención en la pantalla de la subinspectora.

—Aquí está otra vez —murmuró Ángela, señalando el texto con el cursor.

Miguel se inclinó un poco más, para poder leer mejor.

—«El material llegará a tiempo, siempre que respetes las condiciones del Benefactor». ¿El Benefactor?

Ángela entornó los ojos y asintió.

—Apostaría a que es el cabecilla.

Miguel se mordió los labios.

—¿Quién demonios puede estar detrás de ese alias?

Ángela guardó silencio por un momento. Sus ojos seguían escaneando la pantalla.

—Espera —susurró de repente—. Aquí hay coordenadas y fechas de entrega. Coinciden con varias de las denuncias que hemos recibido de los comerciantes.

—Eso significa que estamos sobre la pista correcta, y que Lares está metido en este asunto hasta las cejas.

—Desde luego, no es el honrado transportista que pretendió hacernos creer cuando lo visitamos. Estos mensajes lo comprometen. ¿Crees que debemos detenerlo e interrogarlo?

Miguel se quedó pensativo por un momento, antes de responder.

—Nada me complacerá más que ponerle los grilletes, pero este es un mandado. Esperemos un poco. No conviene alertar al Benefactor. Ese es el verdadero objetivo.

Ángela enarcó las cejas.

—Estoy de acuerdo. Me sorprendes, Miguel. No sueles ser tan prudente en tus reacciones.

—Quizá seas una buena influencia —reconoció él, al mismo tiempo que se inclinaba un poco, para tocar los labios de ella con los suyos.

◆◆◆

Remigio vio a sus colegas de reojo y dibujó una media sonrisa, antes de volver a centrarse en los informes que tenía delante. Comenzó por la revisión de la escena del crimen. Científica no había encontrado marcas de forzamiento en ninguna puerta ni ventana de la casa de la víctima. Eso significaba que el asesino tenía llave o que el propio Carvajal lo dejó entrar. Por otro lado, tampoco había marcas de suelas o huellas dactilares. Así que el asesino usó guantes o limpió su rastro después de cometer el crimen. El informe de Científica tenía un archivo adjunto con fotografías de la escena del crimen, que el policía estudió con detenimiento. Sin embargo, no encontró nada que no hubiera visto durante su visita a la casa de la víctima.

Con respecto a la autopsia, el periodista había recibido un golpe mortal en la cabeza. De acuerdo con el patrón de la herida, el forense había llegado a la conclusión de que el arma homicida era un objeto recto con una esquina roma. Remigio frunció el ceño,

tratando de deducir de qué se trataba. Lo que fuera, el asesino se lo había llevado consigo, pues Científica no había encontrado rastros de sangre, piel o cabello en ninguno de los objetos contundentes que había en la habitación. Por el ángulo del impacto, el forense consideraba que el homicida era de estatura más baja que la víctima, quien medía un metro ochenta y uno. ¿Qué altura tenía Valentín Bonilla? Remigio no fue capaz de deducirlo. Era más alto que él mismo, que medía un metro setenta y dos, pero ¿por cuánto? ¿Alcanzaba o sobrepasaba el metro ochenta y uno? No lo creía, pero necesitaba mucho más que una deducción.

La autopsia había revelado más datos interesantes: El asesino estaba frente a Carvajal cuando lo golpeó, y en el cuerpo había heridas *premortem* tanto ofensivas como defensivas. Para más detalle, el cadáver tenía laceraciones recientes en los antebrazos y manos, así como inflamación en los nudillos. De manera que hubo una pelea y el periodista dio tanto como recibió, hasta que su adversario tomó ventaja con un objeto contundente. Habría que esperar los resultados toxicológicos para saber si la víctima estaba bajo los efectos de alcohol o drogas.

El inspector escrutó en su memoria, tratando de recordar las manos de Bonilla. No, no tenía ninguna herida visible. Además, Carvajal también había golpeado a su agresor, y el rostro de Bonilla estaba libre de hematomas. Aunque eso no lo descartaba por completo. Quizá escondió las marcas con maquillaje, o tal vez había cometido el crimen a través de un sicario.

La incógnita sobre el arma homicida seguía rondando la cabeza del policía. Entonces, tuvo una idea. Llamó a Óscar Silva, el jefe y mentor de Carvajal, y le preguntó si tenía alguna fotografía tomada en el estudio de la víctima, antes de la noche del crimen. El periodista disponía de varias, y se las envió de inmediato.

Remigio pasó los siguientes minutos comparando las imágenes del estudio de la víctima antes y después del crimen, hasta que lo vio: en las fotografías que le envió Silva, sobre el escritorio de Carvajal había una pequeña estatuilla, un busto de bronce sobre una base cuyas esquinas eran romas. Había desaparecido de la escena del crimen. El inspector comprendió que aquella estatuilla se había

convertido en el arma homicida. El asesino debió llevársela. Remigio se quedó pensativo. Si el arma estaba en la escena y se usó durante la pelea, significaba que el sujeto que atacó a Carvajal no iba armado. No hubo premeditación, sino que el crimen resultó del fragor de la lucha.

A partir de aquel conjunto de evidencias, Remigio comenzó a trazar una estrategia acerca de cuál sería su siguiente paso, pero el sonido de su móvil lo interrumpió.

—Suricato, espero que esta llamada signifique que tienes algo para mí.

—Me conoce, inspector. Sabe que no me gusta perder el tiempo ni hacérselo perder a los demás. Se trata de la tarea que me encomendó. Encontré un testigo que vive en la calle y suele merodear por ese barrio. Su nombre es Mario Chirinos. Anoche vio a un hombre sospechoso que rondaba el edificio de los archivos en horas de la madrugada. Dice que se comportaba de manera inusual, como si quisiera asegurarse de que no había nadie cerca.

—Me interesa hablar con tu amigo.

—Lo sé, inspector. Por eso lo convencí de que acudiera a la comisaría.

—¡Perfecto, Suricato! Aquí lo espero.

Mientras esperaba al testigo, Remigio se levantó de su silla para estirar las piernas, se sirvió un café y trató de relajarse. En ese momento, el tono del móvil de Miguel rompió el silencio. Después de comprobar el nombre en la pantalla, Pedrera anunció que se trataba de Toni, al mismo tiempo que activaba los altavoces, para que Ángela pudiera escuchar.

—Inspector, encontré un patrón interesante en los mensajes que recibía Lares, pero no puedo asegurarle que le resulten de utilidad.

—Haremos lo posible para sacarle el mayor provecho posible, Toni. ¿De qué se trata?

—Muy bien. Casi todos los mensajes que provienen de El Benefactor tienen una característica común. El tío siempre se conecta desde lugares públicos, casi todos cercanos a la Plaza de la Paz.

—¿Casi todos? ¿Quiere decir que algunos de ellos provienen de I.P. privados? —preguntó Ángela, esperanzada.

—Me temo que no será tan fácil, subinspectora. En efecto, algunos de ellos vienen de cuentas privadas, pero ninguno repite la misma dirección, lo cual quiere decir…

—Que el Benefactor hackea a los vecinos para usar su wifi cuando envía los mensajes —concluyó ella.

—Es correcto. Eso, cuando no se limita a usar una VPN. En fin, que el sujeto sabe lo suficiente del tema, para conseguir que no sea posible rastrearlo.

—Nunca creí llegar a oírte decir algo así, Toni —comentó Miguel, que no había entendido la mitad de la conversación entre el informático y su mujer.

—Soy consciente de mis limitaciones, inspector. Y en este caso, reconozco que me he tropezado con un hueso duro de roer.

Ángela entornó los ojos y permaneció con actitud pensativa por algunos instantes, antes de intervenir.

—Aun así, saber que siempre se conecta cerca de la Plaza de la Paz quiere decir que vive o trabaja por esa zona. Esa ubicación geográfica podría resultar útil.

—Por eso los llamé. Seguiré indagando en las entrañas del móvil y si encuentro algo más, se los haré saber.

Miguel le dio las gracias a Toni por la información y terminó la llamada. Después de considerar sus opciones por un momento, se dirigió a Ángela.

—Compara las horas de los mensajes de El Benefactor a Lares con los registros de actividad de los almacenes que sabemos que están involucrados.

—¿Qué estás buscando?

—Quiero saber si Lares era el único transportista o si El Benefactor dispone de una red más amplia.

—Muy bien. ¿Qué harás tú?

—Indagaré en las calles. Si tenemos suerte, es posible que alguien haya escuchado rumores sobre El Benefactor.

Miguel cogió su abrigo del perchero y salió de la sala común, mientras Ángela volvía a concentrarse en su ordenador. Telmo siguió

centrado en su tarea y Remigio apenas murmuró una respuesta a la despedida de su colega. Estaba centrado en sus informes cuando una llamada de García lo sacó de su concentración.

—Inspector, aquí hay una persona que pregunta por usted. El señor Mario Chirinos. Dice que viene de parte del señor Sixto Rondón y que usted lo está esperando.

—Así es, García. Por favor, permítele pasar. Lo espero aquí.

Un par de minutos después, el inspector vio aparecer a un hombre de mediana edad con ropas raídas y un abrigo que había conocido mejores tiempos. Sujetaba una boina en las manos, protegidas con mitones, y miraba a su alrededor como si de cualquier esquina pudiera saltar un agente, dispuesto a detenerlo a traición.

—Nunca había visitado una comisaría por voluntad propia —admitió con voz temblorosa.

—No tiene nada que temer —lo tranquilizó el inspector— ¿Su nombre es Mario Chirinos?

—Sí, señor. Aunque todos me conocen como Zarpa.

Remigio lo invitó a sentarse frente a su escritorio, le sirvió un café y le pidió que le contara lo que había visto. Su relato coincidía con la información que le había adelantado Suricato por teléfono.

—¿Usted había visto a este sujeto en el barrio con anterioridad?

—No, no es de por ahí.

Remigio asintió.

—¿Podría reconocerlo si vuelve a verlo?

—Creo que sí.

—Excelente.

Toro entró en el archivo de antecedentes criminales y desplegó una docena de fotografías en la pantalla. Entonces, la giró para que el testigo pudiera verlas, le entregó el ratón y le mostró cómo pasar al siguiente grupo.

—Necesito que me diga si ese hombre es alguno de los que aparece en estas fotografías.

Zarpa se removió en su asiento, antes de comenzar su escrutinio de los rostros, mientras Remigio volvía a concentrarse en los

informes. Algunos minutos después, la voz de Chirinos lo sacó de su concentración.

—¡Este es el sujeto!

—¿Está seguro? —preguntó el inspector, mirando el nombre debajo de la fotografía señalada.

—Sí, señor.

Zarpa había identificado a Camilo Vidal, un matón de poca monta.

Capítulo 18

Salazar llegó a San Miguel y se encaminó directo a su despacho, desde donde llamó a Telmo. Un par de minutos después, el subinspector se reunía con su superior, tableta en mano.

—Me temo que no encontré nada de utilidad, jefe. Reverol vive solo y está empadronado en un piso de la calle Santo Tomás. No tiene multas pendientes ni ha sido investigado en otros casos. Es propietario de un Renault Mégane, cuyos documentos están en regla.

El inspector jefe recibió la información con una mueca de decepción.

—Así que es un ciudadano ejemplar.

—Es lo que se deduce de los registros. No parece haberle causado buena impresión, jefe.

Salazar se tomó un momento y sacudió la cabeza, antes de responder.

—Reconozco que… hay algo en este sujeto que no termina de convencerme.

—¿Quiere que continúe investigándolo?

Antes de que Salazar pudiera responder, la melodía de su móvil los interrumpió. Activó los altavoces y respondió de inmediato, al comprobar de quién se trataba.

—Hola, Casi, ¿qué tienes para mí?

—Que ¿qué tengo para ti? Un zasca como un campo de fútbol. ¿Quieres venir a buscarlo?

—Te noto un poquillo agresivo. ¿Qué ocurre?

—¡Qué va a ocurrir! Que me tienes hasta los mismísimos… ¡Déjame callarme, que me haces perder el glamur! He pasado toda

la tarde revisando lo que ya estaba revisado. Vamos, haciendo el tonto. Mis chicos volvieron a registrar la habitación de la joven desaparecida y no encontraron nada nuevo. Con respecto a la escena del crimen, releí los informes del departamento de Criminalística de la Guardia Civil y son impecables. Me he pasado toda la tarde acordándome de ti. ¿No te han pitado los oídos?

Néstor dibujó una leve sonrisa.

—Lamento haberte dado tanto trabajo, Casi. Te prometo que te compensaré.

—Más te vale. Y ahora, deja de molestar, que algunos tenemos cosas importantes que hacer.

El jefe Barros terminó la comunicación y Salazar se quedó pensativo con el móvil en la mano. Telmo lo observó con los ojos entornados.

—¿Qué hacemos ahora, jefe?

Néstor miró en dirección a la cartelera, como si quisiera encontrar la respuesta a todas sus dudas en ella. Al cabo de algunos segundos, consultó su reloj y suspiró.

—Ve al hospital a acompañar a tu madre, Telmo. Yo me quedaré un rato más. Necesito estudiar la situación, antes de decidir cuál será nuestro siguiente movimiento.

Después de agradecerle el gesto, Telmo salió del despacho, mientras Néstor abría la carpeta del caso, para releer cada informe y revisar de nuevo cada indicio de la investigación.

Al mismo tiempo, en el segundo piso, en la sala común, Remigio le agradeció su colaboración a Chirinos y después de darle un billete para una cena decente, le dijo que podía marcharse. De inmediato, el inspector Toro se puso en contacto con Científica y esperó con impaciencia. Al cabo de pocos minutos recibió la respuesta que esperaba:

—El resultado es positivo, inspector. La huella parcial que encontramos en la escena del incendio coincide con la que está registrada en los archivos criminales como perteneciente a Camilo Vidal.

—Es todo lo que necesitaba. Gracias.

En cuanto terminó la llamada, Remigio elaboró un informe para solicitar al juez una orden de busca y captura contra el incendiario. Mientras la esperaba, organizó el operativo para llevar a cabo el arresto.

Por su lado, Miguel llegó a la Plaza de la Paz. Ignorando el frío, el policía se sentó en uno de los bancos de la plaza y comenzó a recorrerla con la mirada, como si pudiera desvelar los secretos que se ocultaban detrás de las fachadas de los edificios, empleando tan solo la fuerza de su voluntad. Visitar a sus contactos había resultado una experiencia frustrante. Preguntarles por Lares o por El Benefactor no representó ningún avance. Ni siquiera El Relojero pudo proporcionarle ninguna información. Miguel se preguntó cómo era posible que se hubiera montado una trama de distribución de mercancía falsificada de ese tamaño, y que no se hubiera levantado ni el más leve rumor en las calles. O El Benefactor era un genio o se les estaba escapando algo importante.

Volvió a echar un vistazo a su alrededor. Su némesis estaba muy cerca. Alguna de las viviendas, comercios o empresas que tenía a la vista era el centro de operaciones del cabecilla de la trama. Y, sin embargo, podría haber estado en las antípodas. A menos que descubrieran nuevos datos, sería imposible localizarlo. Miguel tensó los músculos de la mandíbula, masticando su frustración. Sentado allí no descubriría nada. Estaba perdiendo el tiempo, así que se levantó del banco y se encaminó a su coche para regresar a la comisaría.

En San Miguel, Ángela lo recibió con una sonrisa de satisfacción.

—¡Encontraste algo! —afirmó él, en cuanto vio la expresión en el rostro de su compañera.

—Tú primero —respondió ella, alargando el momento de tensión.

—Nada, la calle ignora la existencia de estos individuos o no están dispuestos a hablar. ¿Qué descubriste?

—Tenías razón. Existe una relación directa entre los mensajes enviados por El Benefactor a Lares y la llegada de mercancías falsas a los comercios.

—Eso significa que estamos sobre la pista correcta, pero no nos servirá de nada si no podemos rastrear el móvil que envía esos

mensajes.

—No desesperes. Estoy segura de que encontraremos la pista que nos conducirá hasta ese sujeto. Nadie puede estar involucrado en una trama como esta, sin dejar ningún rastro.

Miguel se quedó pensativo por un momento.

—Tienes razón. Centrémonos en las finanzas. Conociendo al transportista y la red de comercios estafados, nuestra mejor opción es seguirle el rastro al dinero.

Ambos comenzaron a trabajar en cotejar facturas, albaranes y libros de contabilidad. Media hora después, Ángela llamó la atención de su compañero.

—Aquí hay un patrón sospechoso.

—¿De qué se trata?

—Existen pagos regulares desde los distribuidores que recibieron los mensajes de Lares, hacia las pequeñas empresas sin actividad aparente. También a personas con escasos antecedentes financieros, pero que aparecen en forma recurrente en las transacciones.

—Suena prometedor. Déjame ayudarte con eso.

Durante los siguientes minutos, ambos crearon un mapa de flujo de dinero que rastreaba los pagos desde los distribuidores, hasta los negocios sospechosos de ser empresas pantalla o testaferros. Ángela utilizó un software de análisis financiero avanzado para detectar conexiones entre cuentas bancarias, transferencias, y patrones de flujo monetario.

—Mira esto —le dijo a Miguel, señalando los resultados en la pantalla—. Muchas de estas empresas fachada tienen contratos con negocios legítimos que están vinculados a una misma empresa. Aunque estos contratos parecen legales, los montos que se transfirieron no coinciden con los servicios que tratan de justificar.

—Es una estructura de blanqueo de capitales —sentenció el inspector. Ángela asintió—. ¿Cuál es el nombre de la empresa que controla la red?

La subinspectora señaló una línea con el cursor.

—El nombre de la empresa es Grupo Distribexia, SL.

—¿Grupo Distribexia? ¿Por qué demonios me resulta familiar? — Al repetirlo en voz alta, Miguel parpadeó como si una luz se hubiera

abierto camino en su cerebro—. ¡Claro! Es una de las empresas ubicadas cerca de la Plaza de la Paz, en la zona desde donde se conecta el móvil de El Benefactor.

—Tenemos que averiguar más acerca de esta empresa.

Miguel se apoyó en el escritorio de Ángela y se inclinó sobre ella, dispuesto a poner manos a la obra, cuando una voz conocida lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué hacéis aquí, chicos? Ya deberíais estar en casa —les dijo Salazar con expresión risueña.

—Acabamos de encontrar el hilo que llevamos buscando todo el día —argumentó Miguel.

—Genial, pero ¿es urgente? ¿No puede esperar a mañana? Recordad que Juan debe estar esperándoos en casa.

Miguel y Ángela intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros.

—Supongo que tienes razón —reconoció Pedrera—. ¿Desde cuándo te preocupa tanto la hora a la que nos vamos a casa?

—Desde que yo también soy padre. La jornada terminó hace más de una hora. Es tiempo de regresar con la familia.

Ángela apagó el ordenador y se levantó de la silla.

—El inspector jefe tiene razón, Miguel. También tenemos una responsabilidad como padres y el trabajo seguirá aquí mañana.

Miguel y Ángela recogieron sus abrigos y salieron de la sala común. Néstor bajó las escaleras con ellos y después de pasar por su despacho para recoger su gabán, se encaminó hacia la salida.

Cuando pasó por la recepción se cruzó con Remigio, quien llegaba acompañado por dos agentes que trasladaban a un detenido. Salazar hizo un gesto con la cabeza en dirección al sujeto.

—Veo que avanzas. ¿Quién es?

—¿Este? Es un pájaro que pasará la noche en la jaula — Entonces, se dirigió a los agentes—. Fichadlo. Ya conversaré con él, mañana temprano.

Capítulo 19

Algunos minutos después, Salazar llegó a casa y entró en la buhardilla con el peso de la larga jornada sobre los hombros. A pesar del tiempo que había pasado revisando de nuevo los informes del caso, no había conseguido llegar a ninguna conclusión.

Néstor encontró a Rebeca en la cocina, ocupada en preparar la cena, pero sin perder de vista a Gabriela. La chiquilla, rodeada de pañuelos y calcetines, jugaba con ellos, sentada en su corral en el centro de la sala. Paca estaba junto a la niña, luciendo un colorido pañuelo de Rebeca alrededor del cuello. Salazar enarcó las cejas ante la escena.

—¿Qué es todo esto?

Rebeca le respondió risueña.

—Sabes que Gabi no se puede quedar quieta. Volvió a escaparse del corral y gateó hasta la habitación. La vi desde la cocina y la seguí. La encontré vaciando los cajones más bajos del armario con la colaboración de Paca, que se sumó a la diversión con entusiasmo…

—Estoy comenzando a pensar que este corral es más inútil que un submarino descapotable.

Rebeca soltó una carcajada.

—Tienes razón.

—¿Y cómo terminó Paca con un pañuelo en el cuello?

—Yo le puse el pañuelo. Se me ocurrió que, ya que le habían llamado la atención, los pañuelos podían servir para mantener a Gabi entretenida, mientras yo preparaba la cena. Así que la regresé al corral, le traje los pañuelos y anudé el más colorido alrededor del cuello de la gata. Para mi sorpresa, Paca lo aceptó con dignidad.

—¡Esa es mi chica!

—Maauuu —respondió Paca, comenzando a acicalarse con indiferencia.

Con una sonrisa, Rebeca continuó su explicación.

—Cuando Gabriela vio a la gata con el pañuelo, se entusiasmó y trató de ponerle más, aunque, por supuesto, todos terminaron a su alrededor.

Gabriela interrumpió la conversación de sus padres, aplaudiendo y lanzando gritos de emoción cuando Paca dejó de acicalarse, para comenzar a caminar con aires de princesa frente a ella. Al ver a Gabi riéndose a carcajadas y a Paca desfilando con actitud altiva, Salazar experimentó una mezcla de alivio y ternura, que consiguió hacerle olvidar sus preocupaciones por un momento.

Entonces, Paca saltó al sofá con su pañuelo al cuello y adoptó la actitud de una reina concediendo audiencia, al mismo tiempo que desafiaba a su humano con la mirada. Gabriela, sin dejar de reír, gateó con la intención de unirse a su cómplice. Como no pudo subirse, se sentó y señaló a Paca, con un grito de emoción. Salazar la cogió en brazos y la balanceó, consiguiendo que la niña riera a carcajadas. Una risa que era capaz de levantar el ánimo de cualquiera.

—¿Crees que conseguiremos que duerma esta noche? —le advirtió Rebeca.

Con una sonrisa, Néstor abrazó a su hija y la acunó con suavidad, para tranquilizarla, después de tanta emoción. La niña se fue calmando poco a poco, hasta que apoyó la cabecita en el hombro de su padre y puso el pulgar en su boca.

Cuando lograron apaciguar a la inquieta chiquilla, Salazar le dio su biberón y la acunó en sus brazos hasta que se durmió, mientras Rebeca terminaba de preparar la cena. Un largo rato después, ambos consiguieron sentarse a la mesa. Rebeca apoyó su mano en el antebrazo de Néstor.

—Te noté preocupado cuando llegaste. ¿Qué te ocurre?

Salazar dejó escapar un suspiro de desaliento.

—Es este caso. No tiene pies ni cabeza y cada pista nos conduce a un callejón sin salida…

El inspector ahondó en los detalles y las novedades.

—Desde luego, es más complejo de lo que parecía en un principio —comentó Rebeca.

—Estoy seguro de que la chica no desapareció por su propia voluntad, pero no hemos encontrado ningún indicio que nos permita descubrir qué fue lo que le pasó. Y eso me preocupa.

—Te comprendo. Me ha pasado en ocasiones y reconozco que es una situación frustrante.

—Además, tengo la sensación de que la desaparición de Arancha es solo la punta del iceberg de algo mucho más grande.

Rebeca se quedó pensativa por un instante, antes de responder.

—¿Sabes? Todo esto me recuerda una investigación que se llevó a cabo en Madrid, hace algunos años. La víctima también era una chica, que apareció muerta en una zanja dos meses después. Que yo supiera, el caso nunca fue resuelto, pero involucraba a una organización criminal.

Salazar entornó los ojos.

—¿Qué tipo de organización?

—Se dedicaban a la trata de personas y actuaban en varios países. Recuerdo que los investigadores se quejaban de la poca colaboración de las autoridades de algunos de ellos.

—¿Y dices que nunca se resolvió?

Rebeca sacudió la cabeza.

—Descubrieron que la chica había sido víctima de esta banda y que la asesinaron cuando intentó escapar. Detuvieron al sicario responsable de ejecutar ese crimen en particular, pero la organización que lo ordenó era un monstruo demasiado grande. Lo último que supe cuándo pedí el traslado fue que continuaban las indagaciones y los contactos internacionales.

—Si estamos hablando de una red internacional de tráfico de personas, significaría que hay potenciales víctimas en peligro… Eso imprime urgencia a la investigación.

—Lo siento. No era mi intención poner más presión sobre tus hombros.

Néstor sacudió la cabeza.

—No, está bien. Me abre una nueva perspectiva que no había contemplado. Y eso podría ser la diferencia para resolver lo que

parece que no tiene sentido.

Salazar comenzó a juguetear con el salero sin ser consciente de ello.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Rebeca, que ya lo conocía bien.

—Vamos a suponer que, en efecto, Arancha fue víctima de una organización criminal dedicada al tráfico de personas. Eso explicaría las dificultades para encontrar pistas en su entorno. El secuestrador podría ser cualquiera.

—Pero… por lo que me has contado, quien ejecutó el secuestro tenía información privilegiada acerca de Arancha y su familia.

—La afición del hermano por el juego —confirmó Néstor—. Sí, es información que podría considerarse restringida, si no viviéramos en este mundo de redes sociales, foros en internet y hackers…

Rebeca entornó los ojos.

—Continúa.

—Desde esta perspectiva, el responsable de la desaparición de Arancha podría ser alguien ajeno a su entorno: un acosador desconocido que la escogió por motivos que todavía no han salido a la luz, o un grupo criminal que selecciona a sus víctimas de forma aleatoria, siguiendo un perfil. Me estoy refiriendo a alguien que se enteró de la afición al juego del hermano y decidió explotar la natural preocupación de Arancha por Federico.

—Es una teoría interesante y muy viable.

Néstor se levantó de la mesa y dio un beso a su mujer.

—Gracias, acabas de proporcionarme una nueva vía de investigación, en la que comenzaré a trabajar mañana mismo.

Capítulo 20

Al día siguiente, Néstor despertó con el habitual lijado de oreja, cortesía de Paca. Algunas cosas nunca cambiaban. Y el apetito voraz de su gata era una de ellas. Consultó su reloj: las seis.

—¿Es que no tienes otra forma de despertarme que lamiendo mi oreja con esa lengua áspera? —refunfuñó en voz baja.

—Maaauuuu.

—Pero ¡qué estoy diciendo! Si no deberías despertarme a esta hora de ninguna manera.

—Mrew —replicó Paca ofendida. ¡Qué su desayuno era sagrado!

—Algún día encontraré ese reloj que escondes en alguna parte. ¡Nunca creí que una gata pudiera ser tan puntual! En fin…

Murmurando por lo bajines contra su tiránica felina, Salazar se levantó, comprobó que Gabriela dormía con placidez y después de llenar el tazón de Paca con leche sin lactosa para gatos, fue a ducharse.

Minutos después, ya estaba listo para salir. Antes de marcharse, recorrió la buhardilla para comprobar que todo estaba en orden. Tanto Gabi como Rebeca dormían a pierna suelta y Paca se relamía las últimas gotas de leche del bigote. Con un suspiro de víctima vapuleada por la vida, Néstor salió de la buhardilla para enfrentar el día.

Lo recibieron el frío, la oscuridad y el silencio de una ciudad que aún no se había despertado. La persiana metálica del bar de Gyula todavía estaba a medio abrir, y una luz mortecina se filtraba desde dentro. Allí estarían Dika y su amigo, preparándolo todo para recibir a sus clientes más madrugadores. Néstor siguió adelante. La luz amarillenta de las farolas se difuminaba a los pocos metros de

penetrar la neblina y apenas era suficiente para iluminar el camino. A pesar del abrigo que le proporcionaba el gabán, el aire lo cortó en cada esquina, como si se tratara de un cuchillo afilado. Podía escuchar sus propios pasos sobre el empedrado húmedo. Refunfuñó para sus adentros. ¡Cazurro! ¡Con lo bien que se estaba calentito debajo de las mantas! ¿Adónde iba él a esa hora, en que todavía no habían puesto ni las calles? Se respondió a sí mismo. ¿Para qué engañarse? A partir de la conversación con Rebeca, una nueva teoría estaba tejiéndose en su cabeza y ardía en deseos de trazar una estrategia para comprobarla. Salazar cruzó la plaza San Miguel, que a esa hora solo estaba habitada por las sombras. Cuando llegó a la comisaría, lo recibió un García somnoliento.

—¡Inspector! Cada vez llega más temprano. Si sigue así, un día se va a encontrar con usted mismo.

—Muy gracioso, García. ¿Alguna novedad?

El agente sacudió la cabeza.

—La noche estuvo bastante tranquila.

Salazar palmeó el mostrador a modo de saludo y subió las escaleras hasta su despacho. Una vez allí, se plantó frente a la pizarra de las evidencias con una nueva perspectiva: una organización criminal dedicada a la trata de personas… Aquello lo cambiaría todo. Arancha solo habría tenido que encajar en un perfil y ser susceptible al secuestro. Estaba claro que el secuestrador estaba al tanto de la afición al juego del hermano y lo usó para atraer a la chica a un lugar apartado, donde fuera una víctima fácil. Aquello tenía sentido.

Néstor había leído tantas veces los informes sobre el caso que ya casi se los sabía de memoria. Sin embargo, volvió a repasar el peritaje del coche de Arancha. El vehículo derrapó porque se rompió la manguera del combustible. Si la joven no se dio cuenta de que se estaba quedando sin gasolina, el coche se habría apagado en marcha, bloqueando la dirección y los frenos, y haciendo que derrapara sobre la nieve. Aunque el peritaje no era concluyente, el inspector estaba seguro de que alguien había cortado esa manguera. Una organización criminal dedicada a la trata de personas

actuando en La Rioja. Un escalofrío le recorrió la espalda. La sola posibilidad le imprimía urgencia a la investigación.

Salazar pasó las siguientes dos horas analizando, comprobando informes y peritajes, haciendo anotaciones en el tablero. No encontró una respuesta. Necesitaba más pistas. Faltaba información. Se sorprendió cuando la alarma que había programado en su móvil le avisó que había llegado la hora de la reunión. Bien.

El inspector jefe subió las escaleras hasta la sala común. Ya el resto de la plantilla estaba allí. Después de intercambiar algunas bromas con sus compañeros, Néstor se sirvió un café y trató de poner en orden sus ideas. La voz potente de Santiago anunció su llegada y el comienzo de la reunión.

El comisario se ajustó las gafas y consultó la tableta que tenía en la mano.

—Muy bien, este invierno, además de muy frío, está resultando bastante atareado. Vamos a comenzar por la desaparición de la chica…

—Arancha González —le recordó Néstor.

—¿Algún avance?

—Estamos convencidos de que no desapareció por su propia voluntad —sentenció Salazar.

Después de exponer los resultados de las entrevistas, peritajes y registros, el inspector jefe explicó la teoría que había desarrollado en las últimas horas.

—¿Una organización criminal como esa, actuando en Haro? —preguntó Miguel—. Cuesta creerlo.

—¿Por qué? Es muy probable que no se limiten a Haro, sino que abarquen toda La Rioja, o quizá todo el país —argumentó el inspector—. Irían a por la víctima que encajara en el perfil, sin importar dónde se encuentre.

—Para ser honesto, me parece una hipótesis traída por los cabellos. Vamos, de película *hollywoodense* —insistió Pedrera—. En el caso de que la chica haya sido secuestrada, de lo cual no tenemos certeza todavía, es más probable que el responsable se encuentre entre sus familiares y conocidos.

Remigio se apoyó en el respaldo de su silla y sacudió el bolígrafo que tenía en la mano, para llamar la atención de sus compañeros.

—Lo que afirmas es cierto, Miguel, pero lo que plantea Néstor tampoco es descabellado. Hay que tener en cuenta que no encontró a nadie en su entorno, que hubiera contado con los motivos y la oportunidad, para llevarse a la chica.

—Tampoco sabemos qué le hicieron —intervino Ángela, atrayendo la atención del resto del equipo—. Quiero decir… han pasado semanas, pero, aun así, no ha aparecido un cuerpo, ni tampoco ningún indicio de que esté viva. Nadie ha pedido un rescate ni ha hecho ninguna demanda para liberarla. ¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado? Todo esto es muy extraño.

—Es un buen punto, Ángela —reconoció Salazar—. Y una buena razón para pensar que puede haber una organización criminal detrás de su desaparición.

El silencio se apoderó de la sala. Casi se podía escuchar el engranaje de los cerebros de los policías trabajando. Santiago fue quien habló primero.

—Confío en tu criterio, Néstor. Te respaldaré en cualquier línea de investigación que decidas seguir.

Salazar respondió con el pulgar hacia arriba.

—Comenzaremos por comprobar si existe alguna similitud con otras desapariciones en todo el país.

—Adelante —Santiago se volvió hacia Remigio—. Supe que ayer hiciste un arresto. ¿Descubriste al asesino del periodista?

Toro negó con la cabeza.

—Todavía no, comisario.

Remigio se inclinó hacia adelante y todos los ojos se centraron en él. Después de hacer un resumen de los avances del caso, aclaró la identidad del detenido.

—… Conseguí identificar al «pirómano». Su nombre es Camilo Vidal, un tío que se dedica a pequeños trabajos sucios, a cambio de una paga. Fue tan imbécil que dejó una huella dactilar en la ventana por la que entró al edificio de los archivos. Lo interrogaré después de la reunión. Con un poco de suerte, me conducirá al asesino,

quien no me sorprendería que esté relacionado con los terrenos en litigio y con Bonilla.

—Ve con cuidado, Remigio —le advirtió Néstor—. Valentín Bonilla es un hombre con mucho poder en Haro y estoy seguro de que no escatimará esfuerzos para protegerse.

Remigio asintió.

—Estoy en cuenta.

Santiago bufó y todos dieron un respingo.

—Déjame comprender la situación. ¿Estás diciendo que el sujeto que arrestaste ayer destruyó los documentos originales de los terrenos en disputa y que no existe ningún respaldo digital?

—Eso me temo, comisario.

—Lo cual beneficia a la familia propietaria de esos terrenos —apuntó Miguel con malicia—. Será muy difícil que cualquier litigio prospere en esas condiciones.

Salazar entornó los ojos.

—Por lo visto, Vidal es tu única opción, Remigio. Su declaración puede ser la clave para resolver el caso.

—Estoy seguro de que conseguiré que hable. No parece muy listo.

El comisario aprobó las palabras de Toro con un asentimiento.

—De acuerdo. Miguel, Ángela, ¿qué habéis averiguado con respecto a las falsificaciones? Esto está afectando la economía de Haro. No sabéis las presiones que estoy recibiendo del alcalde y de la cámara de comercio.

Con la espalda recta como un palo de escoba, Miguel informó acerca de los avances que Ángela y él habían alcanzado.

—… Así que, aunque el transportista es un segundón, puede ser el hilo por el que se desarme el tejido. Estamos rastreando los mensajes de su móvil y analizando sus finanzas. Es probable que encontremos alguna pista. Estamos seguros de que llegaremos a los cabecillas de la trama.

—De acuerdo, mantenedme informado. Muy bien, ¡a trabajar!

Capítulo 21

El comisario dio por terminada la reunión y salió de la sala. Salazar se volvió hacia su compañero.

—Trabajemos en el nuevo enfoque, Telmo. De momento, nos centraremos en La Rioja. Quiero que te comuniques con la Guardia Civil, con la Jefatura Superior y con otras comisarías de los alrededores, para que compruebes cualquier denuncia que involucre una desaparición y que se encuentre bajo investigación.

—De acuerdo, jefe.

—Mientras tanto, yo me ocuparé de revisar los archivos de los últimos tres años, para identificar los casos cerrados que puedan relacionarse, incluyendo aquellos que se consideraron desapariciones voluntarias. Buscamos patrones y coincidencias con el caso de Arancha. Si existen paralelismos en el *modus operandi*, se reforzaría la hipótesis de que nos encontramos frente a un grupo organizado.

—Entendido, jefe.

Mientras Salazar y Telmo se enfocaban en su estrategia, Miguel y Ángela se repartieron el trabajo, para encontrar el rastro del escurridizo Benefactor.

—Encárgate de cruzar los datos financieros del Grupo Distribexia con los registros de transporte —le dijo Miguel a su compañera—. Yo me ocuparé de investigar la empresa a fondo. No creo que sea una coincidencia que sus oficinas se encuentren en la zona desde donde opera El Benefactor.

—De acuerdo.

Desde su escritorio, Remigio observó los movimientos de sus compañeros y se quedó pensativo por un momento, como si tratara de reunir ánimos para comenzar el día. Después de dejar escapar un

suspiro, encendió su ordenador y se preparó para el interrogatorio de Vidal. En cuanto reunió toda la información necesaria y elaboró una estrategia, se comunicó con García, comprobó que el defensor había llegado y le ordenó que trasladaran al detenido a la sala de interrogatorios.

Mientras Remigio subía las escaleras en dirección al tercer piso con la carpeta de la investigación en la mano, echó de menos a su compañera. La aguda perspicacia de Rebeca habría sido de mucha utilidad en aquel momento. Aunque le complacía que ella disfrutara compartir el tiempo con su bebé, no veía la hora en que el permiso de maternidad por fin llegara a su fin. Se preguntó si sería un egoísta por sentirse así.

En cualquier caso, tendría que mantener los ojos abiertos. El guardia que vigilaba la puerta de la sala lo saludó y le confirmó que el detenido y su abogado lo esperaban adentro. Remigio cruzó el umbral y captó el olor a miedo que caracterizaba esa habitación. Vidal se removió en la silla cuando lo vio aparecer. Su chaqueta estaba arrugada, evidencia de que había dormido con ella. Con la mirada baja, el detenido mantenía las manos entrelazadas sobre la mesa y frotaba sus dedos entre sí, en un movimiento inconsciente. A su lado, el abogado de oficio observó a Remigio y tensó la mandíbula, como si hubiera advertido la presencia de un animal peligroso.

El inspector cerró la puerta a su espalda con un golpe seco, avanzó con calma hasta la mesa y ocupó la silla frente a Vidal con movimientos lentos y estudiados. Después de poner la carpeta sobre la mesa, clavó la mirada en el detenido como si pudiera leer sus pensamientos. Camilo se echó hacia atrás, poniendo la mayor distancia posible entre el policía y él. Remigio no se inmutó. Se limitó a abrir la carpeta y pasar las hojas que contenía como si fuera lo único que le importaba en aquella habitación. El ambiente se fue haciendo más pesado y el silencio más profundo, conforme pasaban los segundos. Vidal lanzó una mirada de desesperación a su abogado.

Antes de que el defensor pudiera decir algo, el policía chasqueó la lengua.

—Mal asunto este, Vidal —Remigio apoyó la espalda en el respaldo y cruzó los brazos—. Vamos a hablar del incendio.

El detenido se lamió los labios resecos y se removió en la silla.

—Yo no sé nada sobre ningún incendio, inspector. Todo esto es un error.

—¿No se lo ha dicho? —preguntó el policía, dirigiéndose al abogado—. ¿No le advirtió que tenemos su huella dactilar en la escena del crimen?

Camilo palideció, mientras el defensor exponía su argumento con el ceño fruncido.

—Eso no es cierto, inspector. Encontraron una huella parcial en el lado externo de una ventana. Usted sabe bien que una identificación 100 % fiable exige al menos doce puntos coincidentes, lo cual no se cumple en este caso.

El policía se encogió de hombros con indiferencia.

—No se cumplen los doce puntos mínimos de coincidencia, porque la huella no está completa. Falta un 25 % de la superficie. Aun así, los peritos encontraron diez puntos que concuerdan, lo cual la convierte en un indicio bastante razonable.

—Usted lo ha dicho: en un indicio, no en una prueba —argumentó el abogado.

—También tenemos un testigo que vio al señor Vidal merodeando alrededor del edificio de los archivos, antes del incendio. No pretenderá que crea que es una coincidencia.

—Su testigo es una persona sintecho que deambula por ese barrio. Él mismo podría ser el incendiario.

El inspector Toro sacudió la cabeza y sonrió con sarcasmo. Los argumentos del abogado eran tan obvios, que solo un novato no se habría preparado para ellos.

—¿Ya terminó usted, señor abogado? No se engañe. La condición de sintecho del declarante no desmerece su testimonio. Por fortuna, no existe ninguna ley que establezca que la veracidad de un testigo se califica sobre la base de su condición social. —Remigio desvió la atención del abogado y la centró en Vidal—. Escúchame bien, Camilo. Estás metido en esto hasta las orejas. Los jueces no son tontos. Entre tus antecedentes, el testimonio y la huella parcial, te lo

vas a comer con patatas. Atentado criminal, que el juez podría considerar un acto terrorista, a menos que colabores. Estoy seguro de que no iniciaste el incendio porque querías encender una fogata para calentarte. ¿Quién te pagó?

Después de mirar a su abogado, Vidal se frotó la cara con las manos.

—Mire, inspector, yo… ¡no le hice daño a nadie! ¡Solo eran papeles viejos! —Remigio permaneció en silencio, sin quitarle la mirada de encima. Sin acusarlo, sin excusarlo. Dejó que se cocinara a fuego lento en su propia salsa.

Silencio.

—¡El edificio estaba vacío! ¡No había nadie a esa hora!

El policía asintió despacio.

—Me lo imagino, Camilo. Era un encargo sencillo, rápido, sin complicaciones y bien pagado. ¿No es así?

Vidal tragó saliva.

—No le hice daño a nadie.

Remigio esperó unos segundos, antes de hablar de nuevo.

—Ni siquiera tú puedes creer semejante patraña. Te repetiré la pregunta. ¿Quién te pagó?

—No sé su nombre —murmuró Vidal para el cuello de su camisa.

—¿Cómo te contactó?

—En el bar que frecuento. Sé que estuvo haciendo indagaciones por el barrio, y alguien debió decirle que yo podía hacer ese tipo de trabajo y dónde me podía encontrar, porque vino a saco y me planteó lo que quería sin rodeos.

—¿Cómo era ese tío? Descríbelo.

Camilo se encogió de hombros.

—Un pijo —respondió, arrastrando las palabras—. Ya sabe, buen traje, buen coche… De los que tiran la piedra y esconden la mano.

—Seré claro contigo, Camilo. No voy a por ti. Me interesa el sujeto que te contrató. De la trena no te va a librar nadie, pero si colaboras, el juez podría tenerlo en cuenta.

—¿Qué tengo que hacer?

Remigio sacó su móvil y deslizó el dedo por la pantalla. Sabía dónde iba a desembocar el interrogatorio y se había preparado.

—Vamos a hacer esto fácil, Camilo —dijo, girando el teléfono hacia Vidal—. Míralas con calma. Si lo reconoces entre ellas, dímelo.

El policía comenzó a deslizar el dedo, haciendo pasar cada una de las fotografías que había preparado para la rueda de reconocimiento fotográfica. Ocho rostros, entre ellos el de Valentín Bonilla.

Camilo frunció el ceño y se inclinó un poco hacia adelante, con la mirada clavada en la pantalla. Miró los rostros con la respiración contenida y un tic agitando su ceja izquierda. Cuando el rostro de Valentín Bonilla apareció en el móvil, Vidal inclinó la cabeza hacia adelante, apenas unos milímetros, en un gesto inconsciente.

—Ese… —murmuró el incendiario con tono dubitativo.

Remigio se obligó a permanecer en silencio, pero su mandíbula estaba tan tensa, que le rechinaron los dientes.

—¿Este?

—Espere… ese se parece, sí, pero no es él. El tío que habló conmigo era más joven.

Remigio no cambió la expresión, pero la pieza encajó en su mente de inmediato. Se puso de pie y guardó el móvil, con la misma calma con la que había conducido todo el interrogatorio.

—Regresaré en algunos minutos, Camilo.

Sin esperar respuesta y sin mirar atrás, el policía salió de la habitación. Ya en la sala común, Remigio se dio prisa en cambiar las fotografías de la rueda de reconocimiento. Incluyó sujetos con antecedentes que no solo guardaban una semejanza entre sí, sino que también se parecían al nuevo sospechoso que tenía en mente. Regresó a la sala de interrogatorios en cuanto terminó su tarea.

Vidal y su abogado lo esperaban con actitud expectante. Camilo parecía un poco más relajado. El abogado se mantenía vigilante, pero ya no estaba a la defensiva.

El inspector volvió a mostrarle el móvil a Vidal.

—Vamos a intentarlo de nuevo, Camilo.

En la tercera fotografía, la respuesta de Vidal no albergó ninguna duda.

—Este —dijo, confirmando las sospechas de Remigio—. Este fue el tío que me pagó para que causara un incendio en los archivos.

—Buen trabajo, Camilo —reconoció el policía sin mostrar ninguna emoción, aunque por dentro era un torbellino—. Cumpliré mi palabra. Notificaré tu colaboración al juez en el informe.

Remigio salió de la sala de interrogatorios con la certeza de que había descubierto al asesino de Carvajal. Ahora, todo encajaba. Sin embargo, no era suficiente. No tenía evidencias concretas. Era la palabra de un delincuente contra la de un ciudadano que pertenecía a una de las familias más prestigiosas de Haro. Sin pensarlo dos veces, el inspector Toro bajó al primer piso. Cuando llegó frente a Lali, ella levantó la mirada con curiosidad.

—Lali, necesito que emitas una citación para declarar en comisaría.

La eficiente secretaria del comisario asintió.

—¿A quién debo citar, inspector?

—A Ricardo Bonilla. Con carácter de urgencia.

Capítulo 22

Remigio dedicó las siguientes horas a revisar toda la información del caso desde una nueva perspectiva, mientras esperaba que llegara la hora del interrogatorio de su sospechoso. Ricardo Bonilla, el sobrino de Valentín, encajaba en los indicios como un guante. Sin antecedentes y perteneciendo a una de las familias más influyentes en Haro, el inspector necesitaba estar bien informado antes de interrogarlo, si no quería que el caso se le escapara entre los dedos.

Ricardo Bonilla, de 30 años, era abogado y se ocupaba de los asuntos legales de su familia, de manera que era probable que estuviera al tanto de las indagaciones de Carvajal sobre los terrenos, que alguna vez estuvieron en disputa. También debía ser consciente de que, si aquella información salía a la luz, su familia enfrentaría serios problemas.

Remigio recordó que lo había visto de paso el día que entrevistó a Valentín en la bodega. Por el ángulo del golpe mortal, el forense había concluido que el asesino era algunos centímetros más bajo que Carvajal. El policía hizo memoria. La estatura también coincidía. Tenía que ser él, pero necesitaba mucho más que su intuición de policía para probarlo. Todas las evidencias con las que contaba eran circunstanciales, salvo el testimonio de Vidal, que no era suficiente. Si quería atraparlo, tendría que ser muy agudo en el interrogatorio.

Cuando ya había reunido todos los datos posibles y elaborado una estrategia para derribar las barreras de su sospechoso, todavía faltaban un par de horas para la cita. A Remigio le pareció que el reloj se estaba moviendo con demasiada lentitud. Aunque ya había pasado la hora de la comida, Miguel y Ángela permanecían en la sala común, concentrados en sus propias indagaciones, cruzando datos y

listas. Toro se compadeció de ellos. Telmo también llevaba horas centrado en su ordenador, cumpliendo las tareas que le había ordenado Salazar, quien, Remigio estaba seguro de que tampoco se había movido de su despacho.

Inquieto por la espera, el inspector Toro se levantó de la silla y decidió estirar un poco las piernas, así que salió de la comisaría y se acercó al bar más cercano, donde acompañó una tapa de tortilla con un café con leche. Además, pidió que le prepararan bocadillos para todos sus compañeros. El inspector regresó a la comisaría cargado con la bolsa que le habían entregado en el bar. Cuando llegó al segundo piso, el aroma a pan recién hecho y embutido se impuso sobre los olores a papel y desinfectante habituales. Las cabezas de todos sus compañeros se apartaron de las pantallas al mismo tiempo, como si alguien hubiera presionado un botón que los había despertado.

Toro comenzó el reparto. Les entregó sus correspondientes bocadillos a Miguel y Ángela, y se aseguró de que Telmo también recibiera el suyo. Entonces, cogió el último, sirvió una taza de café y se encaminó al despacho de Salazar.

Remigio golpeó la puerta un par de veces y escuchó la voz familiar de Néstor.

—¡Adelante!

El inspector jefe estaba centrado en su ordenador. El resplandor de la pantalla resaltaba las ojeras que marcaban su rostro desde hacía varios meses. Ojeras de padre primerizo.

Sin decir una palabra, Remigio colocó el último bocadillo y el café sobre la mesa. Salazar enarcó las cejas, pestañeó como si despertara de un profundo sueño y esbozó una sonrisa.

—Gracias, colega. Se me pasó la hora de la comida sin que me diera cuenta —reconoció Néstor, al mismo tiempo que se recostaba en el respaldo de la silla y daba un generoso mordisco al bocadillo.

—Nos ocurre a todos —reconoció Toro—. Tienes cara de no haber dormido en semanas.

Salazar tragó y dio un sorbo al café.

—Ya me habían advertido que los bebés daban guerra, pero no imaginé que tuviera que criar a Juana de Arco.

Remigio soltó una carcajada.

—Así que la chavala ha salido batalladora. Bueno, tiene a quién parecerse.

—¿Batalladora? Da más guerra que un espartano.

Remigio se sentó frente a Salazar y estiró las piernas.

—No me sorprende. Así suelen ser los primeros meses de un bebé**.**

Salazar sonrió**.**

—No me importan las noches de insomnio, pero me duelen los momentos que me pierdo de ella, a causa del trabajo.

Toro asintió.

—Lo sé. Los míos ya son mayores, pero cuando eran bebés… A veces me desesperaba —cruzó los brazos con un suspiro—. Había noches en que llegaba tarde a casa y los encontraba ya dormidos. No importaba cuánto quisiera estar ahí, el trabajo siempre se interponía.

Salazar tragó el bocado y empujó las palabras experimentadas de su compañero y amigo con un sorbo de café.

—¿Mejora con el tiempo?

Toro negó con la cabeza.

—Me temo que no. Cuando te das cuenta, han crecido, y el tiempo perdido no se puede recuperar.

—¿Alguna vez pensaste en dejarlo? —preguntó Salazar, casi en un susurro.

Remigio sonrió con melancolía.

—Sí. ¿Y quién no?

Néstor clavó la mirada en su compañero.

—¿Qué te retuvo?

Remigio se quedó pensativo por un momento. Entonces, dejó escapar el aire en un suspiro, antes de responder.

—Me quedé porque esto es más que un trabajo. Es parte de mí. Y aunque no siempre pueda estar en casa, me estoy esforzando para que mis hijos vivan en un lugar más seguro. Ellos lo saben y lo comprenden.

Salazar meditó su respuesta.

—Supongo que de alguna forma debe compensarlo.

Su compañero sonrió.

—No te preocupes, Néstor. Todo se andará.

El móvil de Toro interrumpió la conversación. Él comprendió de inmediato de qué se trataba, incluso antes de responder. Aun así, escuchó lo que García tenía que decirle.

—Ya está aquí el señor Ricardo Bonilla, inspector Toro. Viene acompañado por su abogado.

—Gracias, Pedro. Condúcelo a la sala de interrogatorios, por favor —Remigio terminó la llamada y levantó la mirada en dirección a Néstor, quien ya había terminado el tentempié y estaba tirando los envoltorios a la papelera—. Bien, me despido y te dejo con tus expedientes, Salazar. Espero conseguir un arresto después de este interrogatorio. Deséame suerte.

El inspector jefe asintió.

—¡Bórdalo y no lo dejes escapar, Remigio!

En cuanto Toro salió del despacho, Néstor hizo algunas anotaciones en la pizarra y llamó a su compañero. El subinspector apareció un par de minutos después con su tableta en la mano.

—Comparemos notas, Telmo. ¿Qué has podido averiguar?

—Tenía razón, jefe. La comisaría de Calahorra recibió una denuncia por desaparición hace tres días. Se trata de Carla Bermúdez, de 25 años, higienista dental. Había quedado para salir con sus amigas, pero nunca llegó a la cita. La inspectora con quien hablé se mostró muy interesada por la coincidencia entre los casos y la colaboración con nosotros.

El inspector jefe frunció el ceño.

—Es peor de lo que esperaba. Esto confirma nuestras sospechas de una trama criminal y le imprime urgencia a la investigación. Lo que yo encontré en los archivos de casos no resueltos, también es preocupante. Extendiendo la búsqueda a toda La Rioja, descubrí tres desapariciones que guardan similitud con el *modus operandi* que emplearon con Arancha. Todas ocurrieron en los últimos tres años.

—¿Cree que están relacionadas, jefe?

—Guardan demasiada similitud para no estarlo. Se perpetraron con astucia, atrayendo a la víctima a un lugar apartado, del que

desapareció sin dejar rastro. No hubo solicitudes de rescate y nadie se atribuyó el secuestro.

—¿Todas fueron chicas?

Néstor sacudió la cabeza.

—Uno de los desaparecidos fue un hombre de mediana edad. Un empresario, propietario de una fábrica de calzado. Aunque encaja en el *modus operandi*, este fue el único que apareció. Su cadáver fue encontrado en un descampado, dos meses después del secuestro.

—¿Qué arrojaron las investigaciones? Algo debieron encontrar.

—Sí, aunque me temo que la revisión de cada uno por separado no es suficiente. Sin embargo, al cruzar los informes, que se basan en testimonios de informantes y seguimiento de evidencias, estoy comenzando a sospechar que podría existir una banda en La Rioja que está involucrada en algunas de estas desapariciones.

—Pero… al menos en el caso de Arancha, nadie ha exigido rescate.

—En ninguno de los casos, Telmo. Eso es lo que más me preocupa.

Telmo enarcó las cejas.

—Jefe, si sus sospechas son ciertas, esto es mucho más grande de lo que esperábamos.

Salazar tensó la mandíbula, antes de responder.

—No solo eso, Telmo. Visto lo visto, además de esta organización que actuaría frente a nuestras narices, deberíamos comprobar si existen casos similares en otras comunidades de España.

Telmo se quedó pensativo y centró su mirada en la cartelera, donde Salazar había apuntado la información más reciente, cambiando por completo la situación a la que se enfrentaban.

—¿Qué hacemos ahora, jefe?

Néstor cogió aire y lo soltó muy despacio.

—Le estoy dando vueltas en la cabeza desde que llegué a esta conclusión. Necesitamos recopilar la mayor cantidad posible de información, acerca de cada una de estas desapariciones y lo que se está tejiendo a nuestras espaldas. No me creo que una organización como esta pueda operar sin dejar ningún rastro.

Salazar sacó su móvil y buscó entre sus contactos. Le respondieron al segundo timbrazo.

—Toni, hola, colega. Tengo trabajo para ti —el inspector puso al día al informático acerca de sus últimos descubrimientos—. Necesito que investigues en la red cualquier indicio que señale a esta organización.

—Cuenta con ello, colega. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Néstor terminó la llamada y después de una rápida mirada a la pizarra, centró su atención en su compañero.

—No sabemos desde cuándo podrían estar actuando en La Rioja o las ramificaciones que pudieran tener. Continúa investigando, Telmo. Quizá haya otros casos de secuestros que no hayamos descubierto todavía.

—Sí, jefe.

El subinspector abandonó el despacho con paso decidido, mientras Salazar volvía a estudiar la pizarra y calculaba cuál debería ser su siguiente movimiento.

Capítulo 23

Remigio llegó al tercer piso con la expectativa de estar cerca de la meta. Aunque estaba seguro de la culpabilidad del más joven de los Bonilla, también era consciente de que no tenía suficientes pruebas concretas, así que necesitaba jugar bien sus cartas y emplear toda su experiencia. Toro entró en la sala de interrogatorios, donde ya lo esperaban Ricardo Bonilla y su abogado. Gracias a la intensa luz que provenía de la lámpara del techo, el inspector fue capaz de ver un par de puntos de sutura junto a la ceja izquierda de Ricardo. Estaban ocultos bajo una capa de maquillaje, aplicada con destreza. El sospechoso frunció el ceño en cuanto apareció el policía. Remigio bajó la mirada hacia las manos de Bonilla. La uniformidad del color de la piel resultaba antinatural. El inspector adivinó pequeñas marcas y cortes, también disimulados. Junto al sospechoso, su abogado mantenía la espalda recta y un rostro inexpresivo que hubiera sido la envidia de un jugador de póker.

Remigio se acercó a la mesa y se quedó de pie, con los informes del caso en la mano. Los ojos de Ricardo se desviaron hacia los documentos. El inspector esperó inmóvil durante algunos instantes, hasta que la mandíbula del sospechoso se tensó. Bonilla no le quitó la vista de encima a la carpeta en ningún momento.

—¿Qué le pasó en la ceja? —preguntó el policía de repente.

Ricardo parpadeó.

—¿Qué? ¡Ah! Un accidente sin importancia. Me di un golpe con la puerta del baño en la oscuridad.

Remigio permaneció en silencio, como si considerara cada palabra de la respuesta del entrevistado. Sin cambiar su expresión, Toro se sentó con calma, cruzó una pierna sobre la otra y esperó en

silencio, dejando que la tensión se apoderara del ambiente de la pequeña habitación. Al cabo de algunos segundos, Ricardo se removió en el asiento y bufó con impaciencia.

—Inspector, no sé qué pretende con esta farsa, pero debería tener cuidado. Una acusación en falso contra mí podría traerle más problemas de lo que imagina. ¿Qué tiene usted contra mi familia? ¿Acaso, como no pudo hacer nada contra mi tío, ahora viene a por mí?

Sin dejarse intimidar, Remigio esbozó una media sonrisa.

—No he acusado a nadie… todavía —respondió Toro, haciendo énfasis en la última palabra y clavando la mirada en la sutura de la ceja—. Usted está aquí para aclarar algunos hechos que hemos descubierto, señor Bonilla. Solo quiero entender qué fue lo que pasó.

El abogado intervino con voz cortante.

—He revisado en detalle el expediente de su caso, inspector. Mi cliente ha sido traído aquí por el testimonio de un delincuente de poca monta. Usted sabe muy bien que eso no es suficiente para acusarlo de nada. El señor Bonilla es un ciudadano honrado, que pertenece a una prestigiosa familia. Y lo que usted está haciendo atenta contra su reputación. ¡No lo permitiremos!

Remigio suspiró y sacudió la cabeza con desaprobación.

—¿Ya terminó, abogado?… Bien. El señor Vidal identificó al señor Bonilla en una rueda de reconocimiento fotográfico. Lo señaló como el hombre que lo había contratado para iniciar un incendio en el edificio que guarda los archivos municipales. No creo que sea una coincidencia que el fuego haya comenzado en el lugar donde se guardaban los registros que amenazan el patrimonio de su familia y que el señor Carvajal, víctima de homicidio, también estaba investigando.

La mandíbula de Ricardo se tensó un poco más**.** El abogado fue quien respondió al planteamiento del policía.

—Todo es circunstancial, así que es la palabra de un delincuente confeso contra la de mi cliente, que le repito, pertenece a una de las familias con mayor prestigio en la ciudad. ¡No pretenderá usted comparar!

—Yo no pretendo nada, abogado. Solo expongo los hechos —Remigio centró su atención en Bonilla.

—Tiene la oportunidad de decir la verdad y quitarse ese peso de encima, señor Bonilla.

—No sé de qué me habla.

Remigio asintió despacio, abrió la carpeta, sacó la foto de la víctima en la escena del crimen, y la deslizó sobre la mesa con un movimiento lento, hasta ponerla frente a Ricardo. Bonilla se echó hacia atrás como si la fotografía pudiera morderlo**.**

—Lo que me resulta curioso —dijo el inspector en voz baja— es que el asesino del señor Carvajal vació su caja fuerte. Una caja que solo contenía documentos. Los documentos de los casos que investigaba y que, en esta ocasión, se referían a los terrenos de la familia de usted. Para ser más preciso, eran registros de propiedad que se encuentran bajo un litigio que se estancó hace años, sin explicación alguna. Son los mismos registros que desaparecieron en el incendio. No creo en coincidencias, señor Bonilla. Y estoy seguro de que el juez, tampoco.

Al inspector no se le escapó que Ricardo se mordió los labios y corrigió el gesto de inmediato. Con un carraspeo, el abogado apoyó su mano en el antebrazo del cliente como si quisiera contenerlo, pero su advertencia no fue suficiente.

—Todo es circunstancial —dijo Bonilla—. No significa nada. ¿Acaso tienen el arma homicida o alguna huella?

Remigio sonrió**.**

—Buena pregunta. Sabemos que el arma fue una estatuilla de bronce, que el señor Carvajal tenía sobre su escritorio, pero debo reconocer que todavía no la hemos encontrado.

Ricardo se recostó en el respaldo de su silla.

—Entonces, no tiene nada.

Remigio se inclinó hacia adelante y se apoyó en la mesa. Aunque bajó la voz, habló en un tono más firme.

—Tengo lo suficiente para saber que no fue un robo común y corriente. Que el asesino no buscaba dinero, ni joyas, sino documentos. Unos documentos muy específicos que solo perjudicaban a su familia. También sé que el señor Carvajal se

resistió, y su negativa desencadenó una pelea. Una pelea en la que el periodista luchó por su vida y causó heridas a su adversario. Tal como la que usted ha tratado de esconder con una capa de maquillaje. Esa pelea terminó con un golpe mortal. Un asesinato.

La comisura del labio de Ricardo comenzó a agitarse en un tic.

—Yo…

Remigio pasó a tutear al sospechoso, en un tono casi paternal.

—Tu intención no era matarlo, ¿verdad?

Ricardo se echó hacia atrás como si hubiera recibido un derechazo. El abogado se inclinó hacia adelante con la intención de intervenir, pero su cliente estalló por la presión.

—¡Fue un accidente!

El aire en la sala se volvió denso y pesado. Ricardo, con la respiración agitada, perdió el color del rostro. El tono de su voz pasó de la soberbia al ruego.

—Carvajal no quería entender… Le pedí que olvidara esos papeles. Le ofrecí dinero, pero él… él me amenazó con publicarlo todo.

Remigio mantuvo la mirada clavada en Bonilla.

—¿Cómo pasaron de las palabras a las manos?

El joven Bonilla humedeció sus labios resecos. Ahora que había comenzado su confesión, no era capaz de detenerse.

—Carvajal se regodeó, diciéndome que destruiría a mi familia, porque solo éramos vulgares estafadores. Lo amenacé, le supliqué, pero él se negó a escucharme. Sacó los documentos de la caja fuerte, para ponerlos en mis narices. Intenté… intenté quitárselos de la mano, forcejeamos y… yo… Él era más fuerte… sabía pelear… Yo… yo solo reaccioné… Cogí lo primero que encontré… No comprendí lo que había hecho, hasta que él cayó al suelo —Bonilla se cubrió la cara con ambas manos y sacudió la cabeza—. No quería matarlo. Solo quería proteger a mi familia. No podía dejar que lo publicara. Habría sido el fin. ¡Fue un accidente!

Remigio se quedó pensativo por algunos segundos, antes de ponerse de pie, despacio.

—Eso, señor Bonilla, tendrá que decidirlo el juez.

Sin mirar atrás, Remigio salió de la sala, con la paz interior que le proporcionaba saber que había cerrado el caso, y que el asesino de Carvajal pagaría por su crimen.

◆◆◆

Al mismo tiempo que Remigio interrogaba a Ricardo Bonilla, en su despacho, Salazar por fin tomó una decisión acerca de cuál sería su siguiente paso en la investigación. Mientras esperaba los resultados de las indagaciones de Toni y de Telmo, salió de la comisaría y cogió el Clío. A los pocos minutos aparcó en la calle La Vega. Después de un corto recorrido a pie, llegó a la calle Conde de Haro. El frío de la tarde invernal se coló a través de su gabán, y lo acompañó durante todo el trayecto. Cuando llegó al portal, Evelia le abrió la puerta sin preguntar quién era. Néstor subió las escaleras con resignación. ¿Tanto costaba poner un ascensor? De inmediato reconoció que sí, que sí costaba y mucho. En cuanto tocó el timbre de la oficina, un pitido le anunció que la puerta estaba abierta. Evelia lo recibió con un bufido de decepción.

—¡Ah, es usted! Ya había tardado mucho.

—Yo también me alegro de verte, Evelia. ¿Cómo os fue en el paseo?

La mención al reciente viaje dibujó una sonrisa en el rostro de la secretaria y ahora mujer de don Braulio.

—Fue extraordinario. Espero que podamos repetirlo pronto —Evelia suspiró y su voz se suavizó—. Me comentó Braulio que es padre. Enhorabuena.

Antes de que Néstor pudiera responder, don Braulio abrió la puerta de su oficina.

—¿Quién es, Evelia? ¡Ah, chaval, eres tú! Pasa, pasa, que llegas en buen momento. Estaba más aburrido que un piojo en la cabeza de un calvo.

Salazar dedicó una sonrisa amable a Evelia y se acercó al excomisario, quien lo invitó a entrar y tomar asiento. Después de

interesarse por Rebeca y Gabriela, don Braulio le preguntó cuál era el motivo de su visita. El inspector hizo un resumen del caso que tenía entre manos, mientras el viejo excomisario escuchaba con la atención de un policía, que llevaba la profesión imbuida en los huesos.

—… Así que este asunto está resultando mucho más grande de lo que esperaba, don Braulio. Necesitaré ayuda para encontrar pistas que conduzcan a la organización criminal que está detrás de estas desapariciones.

—Lo que me cuentas es muy grave, hijo. Por supuesto que haré lo que esté en mis manos para ayudarte. ¿Hay algo en específico que quieres que averigüe?

—Sí, señor. Quisiera que indagara si hay rumores de quién podría estar involucrado en cualquier secuestro cometido en La Rioja, en los últimos meses.

—Cuenta con ello, Néstor. Ten por seguro de que, si alguien tiene alguna información en la calle, yo lo averiguaré.

Cuando Salazar salió del despacho de don Braulio, tenía la certeza de que había puesto en marcha el mejor mecanismo de recopilación de información del que disponía. Estaba seguro de que, si alguien podía descubrir lo que estaba ocurriendo, ese era el veterano excomisario jubilado. Nunca le había fallado.

◆◆◆

Mientras Salazar ponía en marcha sus recursos, en la sala común de la comisaría, Miguel y Ángela comparaban notas acerca de su propio caso. Pedrera fue el primero en exponer sus hallazgos. Leyó la información de la página web.

—El Grupo Distribexia, SL, es una empresa que se dedica a la tecnología e innovación con un enfoque en transformación digital, energías renovables, logística inteligente, materiales avanzados y formación empresarial.

—¡Uf! Suena a…

—Lo sé. Suena a paquete. Continúo. Distribexia ofrece servicios como desarrollo de software, optimización de cadenas de suministro, diseño de sistemas sostenibles, y organización de conferencias. Se promueve como líder en progreso y sostenibilidad.

—Eso es un poco más concreto, pero… no lo sé. No termina de convencerme.

—A mí tampoco. Estoy seguro de que toda esta palabrería es una fachada, que permite a la empresa justificar movimientos financieros para recursos como almacenes y flotas, sin levantar sospechas. Hay más: el grupo Distribexia tiene un socio único, que es otra sociedad registrada en una jurisdicción internacional: Solzora Investments, LTD, con domicilio en Luxemburgo.

Ángela frunció el ceño.

—Esto ya parece una telaraña —se quejó la subinspectora.

Miguel se apoyó en el respaldo de su asiento y expulsó el aire en un bufido.

—Estoy seguro de que esta enrevesada maraña de empresas y subsidiarias tiene como objetivo ocultar al cabecilla de la trama.

Ángela asintió.

—Estoy de acuerdo. Además, escucha esto. Al cruzar los datos, me he dado cuenta de que cada vez que Distribexia recibía un pago, se alquilaban vehículos comerciales que entregaban mercancías a la transportista de Lares, que actuaba como distribuidora.

—Eso cierra el círculo. Vamos avanzando —reconoció Miguel, al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante.

La subinspectora se quedó pensativa por un momento, antes de preguntar.

—¿Sabemos a quién pertenece Distribexia?

Miguel dibujó una sonrisa satisfecha.

—Por supuesto. La empresa está registrada a nombre de un único propietario: Carlos Salcedo Gómez. Tenemos que averiguar más acerca de ese sujeto.

—Yo me ocupo —anunció Ángela.

—Muy bien, mientras tanto, yo trataré de descifrar esta maraña de empresas que funcionan a la sombra de Distribexia SL.

Capítulo 24

Cuando Salazar abrió el portal del edificio que albergaba la oficina de don Braulio y salió a la calle, el cambio de luz lo cogió por sorpresa. Adentro, el suave resplandor de la luz artificial había distorsionado su sentido del tiempo, pero afuera, el día ya había llegado a su fin. Lo recibió el aire de febrero, gélido, cortante y cargado de humedad. Su aliento formaba un vaho blanco frente a su rostro, cada vez que respiraba. El sol se había retirado en silencio, dejando atrás un cielo plomizo, en el que todavía quedaban escasos resquicios de luz.

El inspector avanzó en dirección a la calle La Vega, donde había aparcado el Clío. La luz amarillenta de las farolas se reflejaba sobre los adoquines húmedos, y el silencio era tan absoluto, que podía escuchar el eco de sus propios pasos. Salazar hundió las manos en los bolsillos de su gabán, al mismo tiempo que encogía los hombros, en un esfuerzo por soportar mejor el frío penetrante que lo aguijoneaba.

Néstor avanzó despacio en dirección al Clío y se refugió en su interior. El reloj del tablero le confirmó que la jornada ya había terminado. Llamó a Telmo, quien como ya imaginaba, continuaba en la comisaría, trabajando.

—Esperaba su llamada, jefe. He revisado los archivos de toda España a fondo, pero no he encontrado más casos de secuestro que coincidan con el *modus operandi* de la trama que estamos investigando, y me temo que tampoco he descubierto ningún indicio que nos conduzca a los responsables.

—De acuerdo, Telmo. No te preocupes. De alguna forma llegaremos hasta ellos. Ahora, vete al hospital a visitar a tu madre o

a casa a descansar. Mañana te necesito fresco y en plenas facultades.

—Sí, jefe.

Después de pensarlo por un momento, Salazar decidió regresar también a casa. Algunos minutos después, aparcó el coche frente a la comisaría y le devolvió las llaves a García. Recorrió el camino hacia la buhardilla a buen paso para combatir el frío y porque estaba deseando ver a Rebeca y Gabi. Sin embargo, antes de subir a la buhardilla, se detuvo en el bar de Gyula.

A esa hora, todavía había pocos parroquianos, aunque Néstor sabía que eso estaba a punto de cambiar. De momento, solo una de las mesas estaba ocupada por una pareja, pero Chicho ya iba de un lado a otro, asegurándose de que todo estuviera listo para cuando llegara el aluvión de clientes. Por su lado, Gyula ya tenía preparadas las bandejas repletas de vasos limpios y de la cocina salían aromas, capaces de levantar a un muerto.

—¡Néstor! Me alegra verte por aquí. ¡Cómo se ve que ya eres padre de familia! Ahora sueles llegar a casa más temprano.

—Ahora tengo buenos motivos para hacerlo —reconoció el inspector con un guiño.

—Sin duda alguna.

Gyula puso un vaso de sidra frente a su amigo y esperó. Salazar se apoyó en la barra y dio un sorbo, antes de poner al día al tabernero con respecto de los últimos descubrimientos del caso, y de instruirlo acerca de los rumores sobre los que debía preguntar.

—Vaya, entonces ese asunto es más grande de lo que parecía en un principio.

—Eso me temo.

—Preguntaré por ahí. Aunque la gente que yo conozco no suele pisar tan alto.

—Alguien tendrá que hacerles el trabajo sucio… ya me entiendes.

Gyula asintió, pero antes de que pudiera responder, el fuerte sonido de las sirenas de dos camiones de bomberos lo obligó a guardar silencio. Los camiones aparcaron muy cerca, y en cuestión de segundos, Salazar y su amigo vieron pasar sus uniformes frente al bar, en dirección al portal donde vivía el inspector.

La urgencia de los bomberos y los equipos que los protegían no dejaban lugar a ninguna duda de que estaban listos para enfrentar una catástrofe. Intrigados y preocupados, Néstor y Gyula salieron del bar. Un escalofrío recorrió la espalda del inspector cuando, entre las órdenes que se gritaban unos a otros, escuchó las palabras «buhardilla» y «alarma de incendios». El inspector detuvo al último bombero que pasó, sujetándolo por el brazo, al mismo tiempo que le mostraba su identificación.

—¿Qué ocurre?

El bombero, desconcertado, sacudió el brazo para zafarse, al mismo tiempo que respondía.

—¡Se activó el detector de humo en la buhardilla! No sabemos más detalles.

El terror se apoderó de Néstor. Una garra le oprimió el pecho y le impidió respirar, al mismo tiempo que la sangre huía de su rostro y sus piernas perdían fuerza.

—¡Esa es mi casa! ¡Mi familia!

El desconcierto se convirtió en determinación en cuanto su cerebro fue capaz de procesar la situación. El inspector corrió escaleras arriba detrás de los bomberos, subiendo los escalones de dos en dos peldaños, mientras su mente lo torturaba con imágenes catastróficas: Gabriela sola y en peligro, Rebeca atrapada, el fuego arrasándolo todo. Su experiencia como policía le jugaba en contra, poniendo en su cabeza los peores escenarios posibles. El sonido de las sirenas, cada vez más fuerte, resonaba en sus oídos y penetraba hasta sus huesos.

Cuando Salazar por fin llegó a la buhardilla, entró detrás de uno de los bomberos. En lugar del humo y las llamas a las que creía que tendría que enfrentarse, encontró una escena que lo dejó descolocado: Gabriela, sentada en su corral y rodeada de juguetes, aplaudía y reía a carcajadas, mientras Rebeca intentaba tranquilizar a los bomberos que habían invadido la sala. Paca, sentada sobre un estante alto, lanzaba miradas desafiantes a los intrusos con las orejas echadas hacia atrás, en clara protesta por la impertinente invasión de su territorio. Como respuesta a los argumentos de Rebeca, un bombero señaló primero el detector de humo, que

parpadeaba ruidosamente en el techo, y luego el incienso, que Débora, la madre de Rebeca, sostenía en la mano y que apagó en un vaso con agua, de inmediato.

El bombero frunció el ceño.

—¿Qué esperaban que ocurriera si encendían una vara de madera bajo la alarma de incendios?

Débora enderezó la espalda y se defendió con actitud solemne.

—Esto es exagerado. ¡Solo era un poco de incienso para una limpieza energética!

A su espalda, Néstor escuchó una carcajada, en la que se mezclaban el alivio y la sorna ante lo absurdo de la situación. No necesitó mirar atrás para saber que se trataba de Gyula, que lo había seguido escaleras arriba, dispuesto a ayudarlo en lo que fuera necesario. Su amigo apoyó una mano en el hombro de Salazar.

—Regreso al bar, colega. Luego me cuentas la historia completa. Me alegra que solo haya sido un susto.

Salazar parpadeó y respiró profundo para tratar de calmarse. ¿Un susto? ¡La madre que los parió!

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó Néstor, en cuanto recuperó la voz.

Rebeca se mordió los labios y tartamudeó un poco, mientras se explicaba.

—Mi madre encendió una vara de incienso para… no sé, «purificar la energía». Paca la derribó cuando saltó al mueble y el humo activó la alarma, antes de que pudiéramos evitarlo.

Salazar miró a Débora con el ceño fruncido. Ella se encogió de hombros con tranquilidad zen.

—No hay que subestimar el poder del karma.

Salazar, que todavía no había terminado de asimilar la situación, se giró hacia Paca, quien había comenzado a acicalarse con total desinterés por los asuntos humanos, como si nada de aquello tuviera que ver con ella. En ese momento, Gabriela, que miraba a los bomberos como si estuvieran allí para su entretenimiento, soltó un grito de emoción y aplaudió con entusiasmo. El jefe de los bomberos bajó la mirada hacia ella, le dedicó una sonrisa y la saludó con la mano, desencadenando más carcajadas en la pequeña.

Como si la risa de su hija fuera un bálsamo, Salazar suspiró y relajó los hombros.

—Gracias por haber respondido de inmediato… Lamento la falsa alarma.

—Descuide, inspector. Estas cosas pasan —respondió el jefe de la cuadrilla.

Los bomberos desalojaron la buhardilla, bromeando entre ellos. En cuanto se recuperó la normalidad, Salazar dejó escapar un suspiro de alivio. Entonces, centró su atención en Paca.

—Debí imaginar que tú estabas detrás de todo esto.

—Maaaauuuu —protestó la gata con aire indignado.

Gabriela, ajena al caos, se salió del corral, gateó hacia los pies de su padre y alzó sus brazos hacia él. Salazar sonrió y notó cómo la tensión abandonaba sus músculos. De inmediato, cogió en brazos a su hija, quien se abrazó a su cuello con ternura. Las defensas de Néstor cayeron a plomo.

—Creo que tendremos que reconsiderar la utilidad de este corral —advirtió, con una voz que no disimulaba su orgullo.

Rebeca se mordió los labios en una risa contenida.

—Visto lo visto, tal vez necesitemos un corral de alta seguridad.

—Esta chiquilla es una ternura —sentenció Débora, sacudiendo uno de los piececitos de Gabi con cariño y desencadenando una carcajada en la niña—. Si os parece bien, hoy yo prepararé la cena. Consideradlo como una forma de excusarme por el malentendido.

Tanto Rebeca como Néstor aceptaron la propuesta. Después de dar el biberón a la pequeña y dormirla, los adultos compartieron una cena vegana, que Paca contempló con desaprobación. Salazar se ocupó de lavar los platos, para permitir que Rebeca pudiera conversar un rato con su madre. Un par de horas después, Débora se despidió, colmándolos de bendiciones del Universo.

Una vez que cerraron la puerta a espaldas de su suegra, Néstor suspiró aliviado.

—Todavía estás preocupado —comentó Rebeca—. ¿Sigues teniendo problemas con la investigación?

Salazar la puso al día acerca de los últimos descubrimientos.

—Lo que me preocupa es la posibilidad de que haya una organización criminal detrás del caso de Arancha —reconoció él—. Eso y la desaparición de la otra joven en Calahorra, significa que existen más potenciales víctimas en peligro.

Las palabras de Salazar cargaron el ambiente, en el que todavía persistía un tenue aroma a incienso. Rebeca guardó un silencio comprensivo. Él agradeció su aplomo, su solidez, incluso en las situaciones más difíciles. Apartando un mechón de cabello que caía sobre el rostro de ella, lo acomodó con delicadeza detrás de su oreja, al mismo tiempo que daba un paso hacia su amada. Cuando estuvo lo bastante cerca, pudo sentir su calor y el aroma de su piel, mezclado con el leve toque del jazmín de su perfume. La tensión del día se comenzó a resquebrajar. Ella ladeó la cabeza con los ojos brillantes. Él esbozó una sonrisa y extendió una mano, deslizándola por la cintura de Rebeca con naturalidad.

—Siempre estás ahí cuando te necesito.

—Para ti, siempre estaré.

Néstor le acarició el rostro con la yema de los dedos, siguiendo la línea de su mandíbula con una lentitud calculada, como si cada roce pudiera desprender un poco de la tensión acumulada. Rebeca sonrió con esa expresión que siempre lo desarmaba y se puso de puntillas para besarlo.

Fue un beso lento, pausado, sin urgencias. Un recordatorio de que, por más dificultades que enfrentaran, siempre estarían allí el uno para el otro.

—Vamos a la cama —susurró ella, en un tono en el que se mezclaban la ternura y la travesura.

Salazar no protestó. Como siempre, solo la siguió…

Capítulo 25

Al día siguiente, Salazar comenzó la jornada muy temprano, con la colaboración de Paca. Después de satisfacer las exigencias de su tiránica gata y comprobar que Rebeca y Gabi dormían con placidez, Néstor salió con rumbo a la comisaría. Desafiando el frío de la madrugada invernal, cruzó la plaza, solo iluminada por la luz de las farolas. Saludó a Mendoza, que hacía guardia en la recepción, y subió a la sala común. A esa hora la encontró vacía. Néstor se sirvió un café de la máquina y bajó a su despacho. Cada vez estaba más convencido de que existía una organización criminal operando en La Rioja. También de que era la responsable de la desaparición de Arancha, y quizá de las otras víctimas.

El inspector jefe pasó las siguientes dos horas frente a la pizarra, analizando la situación desde la nueva perspectiva, tomando notas y organizando datos. Estaba tan concentrado en su tarea, que dio un respingo cuando Lali lo contactó por la centralita, para avisarle que la reunión del día estaba a punto de comenzar.

Con un suspiro, Salazar salió del despacho y subió al segundo piso. El resto de la plantilla ya había llegado. Cada uno de ellos ocupaba su escritorio. Miguel y Ángela conversaban con Remigio, mientras Telmo permanecía ajeno a todo, concentrado en su ordenador.

—Vaya, ya está aquí el padre primerizo —anunció Miguel con sorna—. ¿Cómo va tu máster en pañales y biberones?

Remigio se volvió hacia el recién llegado.

—¡Salazar! ¿Cómo están Rebeca y la chiquilla?

La pregunta dibujó una sonrisa en el rostro de Néstor.

—Están bien, aunque visto lo visto, la chavalita nos va a sacar canas prematuras.

Remigio soltó una carcajada.

—Karma, colega, karma. Una cucharada de tu propia medicina. ¡Qué das más lata que un mosquito con un megáfono!

Néstor se llevó una mano al pecho con gesto teatral.

—¡Oye, eso dolió!

Antes de que Remigio pudiera responder, Salazar escuchó una voz profunda y autoritaria a su espalda.

—Muy bien, señores. Si ya terminaron con los chistes, vamos a comenzar la reunión.

El comisario ya se encontraba en el umbral con el ceño fruncido. ¡Cómo imponía el tío! Con su expresión de víctima incomprendida, Néstor ocupó la silla de Rebeca y ajustó el nudo de su corbata de aguacates. Santiago sacudió la cabeza y se mordió los labios para contener la sonrisa.

—Comienza tú, Remigio —decidió el comisario—. Tengo entendido que ya hiciste varios arrestos.

—Sí, señor. Mi caso está cerrado. Ayer, Ricardo Bonilla confesó haber asesinado a Carvajal durante una pelea.

—¿Crees que es suficiente? —intervino Miguel—. Cuando la familia intervenga, es posible que se retracte de su confesión.

—Lo sé. Por eso, después de interrogarlo, solicité una orden para registrar su casa con urgencia. Su familia también podría tratar de protegerlo haciendo desaparecer evidencias, así que Científica llevó a cabo el registro anoche mismo. Hace algunos minutos recibí los primeros informes.

—¿Encontraron algo? —preguntó Miguel.

Remigio asintió despacio.

—Bonilla tuvo suficiente tiempo para deshacerse de las evidencias. O al menos, eso creyó él. Estoy seguro de que quemó la ropa y los zapatos que usaba en el momento del crimen. Tampoco encontraron el arma homicida: una estatuilla de bronce con la que golpeó a la víctima en la cabeza…

—Debe estar en el fondo del Ebro o del Tirón —sugirió Salazar.

—Eso mismo pienso yo.

—Entonces, ¿qué fue lo que encontró Científica en el registro? —preguntó Ángela.

Remigio sonrió.

—Un reloj de pulsera, con una gota de sangre en el intersticio entre dos eslabones. El grupo sanguíneo no se corresponde con el de su propietario. Científica va a llevar a cabo las pruebas de ADN, pero no tengo ninguna duda de que coincidirá con el ADN de la víctima.

El comisario llenó sus pulmones de aire, satisfecho.

—Excelente trabajo, Remigio. Te felicito —Santiago centró su atención en Miguel—. ¿Qué me decís vosotros? ¿Habéis conseguido algún avance?

Miguel y Ángela hicieron un resumen del seguimiento que estaban haciendo a la red de falsificaciones.

—Me preocupa —reconoció el comisario—. Una estructura tan compleja sugiere que nos estamos enfrentando a gente astuta, con grandes recursos, que conoce bien el sistema y cómo burlarlo.

—Quienquiera que sea, no dude que los atraparemos —prometió Pedrera, hinchando el pecho.

Ángela intervino, agregando sustancia a las palabras de Miguel.

—Si bien la organización es muy compleja, ya hemos llegado a dos personas concretas: Rosendo Lares y Carlos Salcedo.

—El transportista y el propietario de Distribexia —murmuró Salazar—. No es poco.

Miguel asintió.

—Estamos seguros de que tirando de esos dos hilos conseguiremos deshacer toda la trama.

Remigio se apoyó en el respaldo de su silla.

—Es probable que estéis en lo cierto, pero está claro que Lares es un segundón. ¿Qué sabéis del tal Salcedo? Según mi experiencia, si su nombre aparece en los registros de la empresa detrás de la trama, lo más probable es que solo sea un títere.

—Lo primero que haremos hoy será investigarlo —anunció Ángela.

Santiago asintió con firmeza.

—Vais bien encaminados. Tal vez Salcedo sea el cerebro detrás de la trama o tal vez no, pero no hay ninguna duda de que está implicado. Encontradlo e interrogadlo.

Miguel y Ángela respondieron a coro.

—Sí, señor.

—Pasemos al siguiente caso —decidió el comisario—. ¡Néstor!

Salazar dejó escapar un suspiro, se apoyó en el respaldo de su silla y expuso sus sospechas, de que detrás de la desaparición de Arancha había una organización criminal que operaba en La Rioja. Se fundamentó en la coincidencia de *modus operandi* con otras desapariciones no resueltas en los últimos años.

—La mayoría de las víctimas coinciden en el perfil —argumentó, después de exponer su teoría—. Son chicas entre los veinte y los treinta años. En varios casos tenemos la comprobación de que las atrajeron a un lugar solitario. Para conseguirlo usaron promesas o amenazas, pero una vez que ellas acudieron a la cita, desaparecieron sin dejar rastro.

—¿Dices que el perfil encaja en «la mayoría»? —intervino Remigio— ¿Alguna víctima no coincide?

Néstor asintió.

—En uno de los casos que identificamos, la víctima fue Saúl Herrera, un empresario de mediana edad, cuyo cuerpo apareció en un descampado, dos meses después de haber sido secuestrado.

Remigio frunció el ceño.

—Si el perfil no corresponde con el de las demás víctimas, además de que este hombre fue el único cuyo cuerpo apareció. ¿Por qué consideras que ese secuestro está relacionado con lo que les ocurrió a las chicas?

—Porque coincide en todo lo demás —afirmó Salazar con seguridad—. Hasta que encontraron el cadáver, su desaparición fue considerada voluntaria. Las investigaciones demostraron que había sido conducido a un lugar apartado con la excusa de un buen negocio, la escena donde se cometió el secuestro estaba libre de cualquier rastro, y todos en su entorno contaban con coartadas comprobadas.

—¿Cómo explicas que su perfil no corresponda al de las demás víctimas?

Salazar negó despacio con la cabeza.

—No podemos estar seguros de que las desapariciones que hemos descubierto sean las únicas relacionadas con esta organización. Podrían existir otros casos que se resolvieron en falso y que no hemos detectado todavía.

Santiago suspiró.

—Me temo que tienes razón. ¿En qué estás pensando, Néstor?

—El modus operandi, la limpieza de las operaciones, las coartadas firmes de todos los relacionados con las víctimas… Creo que estamos frente a una organización criminal que se dedica a los secuestros.

—Después del cierre del caso de Remigio, creí que hoy sería un buen día, pero acabas de echarlo a perder —se quejó el comisario.

Salazar se encogió de hombros.

—Lo siento. Es lo que hay.

Santiago bufó

—Necesitarás ayuda. ¿Remigio?

—En el caso Carvajal solo falta redactar el informe definitivo y estará listo para el juez. Estoy dispuesto para lo que sea necesario, comisario.

—Bien. Comienza a trabajar con Néstor a partir de ahora mismo. Mantenedme informado. ¡Todos!

Sin esperar respuesta, el comisario abandonó la sala común. Salazar se inclinó hacia adelante sobre el escritorio de Rebeca, consciente de que sus siguientes pasos serían decisivos para solucionar el caso o perderlo. El resto del equipo esperó en silencio, incluyendo a Miguel y Ángela, cuya investigación seguía otros derroteros. Al cabo de algunos segundos, el inspector jefe levantó la mirada y la centró en su compañero.

—Telmo, tenemos que estar seguros de que no se nos ha escapado ningún secuestro relacionado con esta trama. Quiero que hagas una búsqueda exhaustiva que incluya los informes internos y las declaraciones de los testigos de los últimos tres años. Necesitamos rastrear cualquier extorsión o desaparición que guarde

similitud con las que ya hemos identificado. Incluye los casos que hayan sido cerrados como desaparición voluntaria.

—Sí, jefe.

—Remigio, indaga entre tus informantes. Averigua si saben algo acerca de desapariciones forzosas en La Rioja. No importa si los secuestros se atribuyen a una persona, una organización o a los extraterrestres.

—Vale. ¿Qué harás tú?

—Tocaré una puerta a la que no he llamado desde hace mucho tiempo.

Capítulo 26

Una vez decidida su estrategia, Salazar salió de la sala común y de la comisaría. Su destino no estaba lejos. En cuanto alcanzó la calle, el frío de la mañana se coló por el cuello de su gabán, como si se tratara de un cuchillo de hielo. Sobre su cabeza, una capa de nubes grises cubría el cielo y cerraba el paso a los rayos del sol.

Néstor llegó a la plaza y rodeó la iglesia, acompañado por el eco de sus pasos sobre los adoquines de piedra. Se internó en la calle Padre Risco, una de las más estrechas del barrio. Las fachadas estaban tan cerca entre sí, que el inspector tuvo la sensación de haber entrado en un túnel. El aire olía a piedra húmeda y madera carcomida. Avanzó hasta un edificio que parecía abandonado a su suerte. La pintura se había desprendido en costras, dejando manchones de cemento, algunos ya cubiertos por moho. El portón, ajado y descolorido, tenía una grieta que lo recorría de arriba abajo, como si bastara un empujón para derribarlo.

El inspector golpeó la madera, que para su sorpresa, resistió. A través de ella, escuchó los movimientos que su llamada había desatado en el interior.

—¡Date prisa, Borona! ¡Esconde eso! ¡Bien, ahora, atento!

A la advertencia siguieron unos pasos apresurados. La puerta se abrió apenas algunos centímetros, por los que se asomó el rostro inquisitivo de Teófilo.

—¡Ah, es usted, inspector! Me asustó. Creí que era la Policía … —murmuró el informante, con su voz rasposa.

Salazar enarcó las cejas.

—Teófilo, ¡yo soy la Policía!

Rosales abrió la puerta por completo y lo invitó a entrar con un gesto.

—Pero usted es de fiar… ya me entiende.

Néstor entornó los ojos.

—¿Has vuelto a las andadas, Teo?

—¡Por supuesto que no, inspector! Yo cumplo mis promesas. Solo acepto encargos honestos.

Sin creerse una palabra, Salazar entró. Aunque ya lo esperaba, lo golpeó el bajón de la temperatura. En el interior hacía más frío que en la calle. Era evidente que Teófilo no invertía en calefacción. El taller carecía de ventilación, así que el olor a tinta y papel recién impreso eran penetrantes. Por contraste, aquel viejo cascarón estaba ocupado por maquinarias de última generación, que brillaban bajo la luz artificial de las lámparas.

La puerta crujió a espaldas de Néstor cuando Teófilo la cerró.

—¿Dónde está tu socio? —preguntó el inspector.

—Eh… Salió a hacer un recado. No se preocupe por él, inspector. Borona es de fiar. Dígame, ¿qué lo ha traído hasta aquí hoy?

Néstor se mordió los labios.

—Estoy detrás de algo grande, Teo. Y creo que tú puedes ayudarme.

El inspector expuso sus sospechas acerca de la organización criminal que podría estar operando en La Rioja. Teófilo escuchó con atención y luego asintió.

—No está desencaminado, inspector. Y sí, tiene razón, me han contactado. Le diré lo que sé…

Mientras el informante revelaba a Salazar todo lo que sabía acerca de los secuestradores profesionales, en el otro extremo de la ciudad, Remigio llegó al punto de encuentro donde lo esperaba Suricato. El callejón olía a humedad y moho. El frío era más intenso allí y a pesar de ser media mañana, la luz del día parecía no ser capaz de alcanzar aquel rincón. Ninguna sorpresa. Sixto solía citarlo en lugares donde no corriera el riesgo de ser visto con un policía. Suricato estaba apoyado contra uno de los muros. Su figura, en extremo delgada y encorvada de hombros, era inconfundible. Como

siempre, sostenía un cigarrillo entre los labios, cuya lumbre resaltaba como un faro en el callejón oscuro. Sus ojos se movían de un lado a otro, como si esperara un asalto en cualquier momento.

Cuando Remigio se acercó, lo alcanzó el olor penetrante a tabaco que desprendían las ropas de Rondón. Sixto solía encender un cigarrillo con la colilla del anterior.

—Inspector, Zarpa me comentó que había reconocido al tío que quemó los archivos. ¿No fue suficiente?

—No te he citado por eso, Suricato. Ese caso ya está cerrado. Tu ayuda fue muy valiosa y te lo agradezco.

—Las palabras caen bien, pero no llenan el estómago.

Remigio sonrió de medio lado. Ya esperaba esa respuesta, así que deslizó un billete en la mano de su informante.

—Esto es por el testigo.

El dinero desapareció como si Rondón fuera un prestidigitador.

—Ahora sí comenzamos a hablar el mismo idioma, inspector. Si ya su caso está resuelto, ¿cuál es el motivo de este encuentro?

—Estoy investigando un nuevo asunto.

Suricato sacudió la cabeza con una sonrisa sarcástica.

—No lo dejan descansar, ¿eh?

—Es una investigación importante, Sixto.

El informante exhaló humo por la nariz.

—¿Acaso alguna no lo es, inspector?

Remigio metió las manos en los bolsillos de su abrigo.

—Se trata de secuestros en La Rioja. Han desaparecido varias personas bajo el mismo *modus operandi*. Sospechamos que hay una organización detrás. ¿Has escuchado algo?

El informante tensó los músculos de la mandíbula. Miró a los lados, como si pudiera haber alguien más en aquel estrecho callejón. Después de torcer los labios, sacó un cigarrillo y lo encendió con la colilla del que tenía en la boca.

—No se sabe mucho sobre ese asunto en la calle, pero sí he escuchado algo. Quejas.

—¿Quejas? ¿Qué tipo de quejas?

—Gente que no es de aquí, que viene a hacer un trabajo puntual y luego se esfuma. Eso no cae bien.

Remigio entornó los ojos y frunció el ceño.

—Continúa. ¿Qué más?

—Nadie tiene muy claro por qué visitan Haro. Ya sabe, no se mezclan con los locales, pero, se sabe que vienen por un «trabajo», porque siempre hay alguien que suelta un poco la lengua.

—Vienen bajo un contrato, ¿no es así?

Suricato sacó el cigarrillo de la boca y exhaló el humo de sus pulmones. Remigio sintió el olor del tabaco hasta en el cerebro.

—Es lo que se dice —respondió el informante.

—¿Quién los contrata? ¿Lo sabes?

Rondón dio un puntapié a la colilla que él mismo acababa de tirar.

—No puedo darle un nombre, pero sí decirle que es un tío al que llaman El Pastor.

Remigio entornó los ojos.

—¿El Pastor? Es la primera vez que escucho ese alias.

Suricato se encogió de hombros. El policía comprendió el significado del gesto, le entregó un nuevo billete y observó cómo su informante se alejaba del callejón, sin mirar atrás.

Al mismo tiempo que Salazar y Remigio seguían la pista de la organización criminal que estaba detrás de los secuestros, Miguel y Ángela se centraban en su siguiente objetivo: Carlos Salcedo Gómez: el hombre detrás de Distribexia. Miguel comprobó que no tenía antecedentes criminales. Ángela descubrió que estaba jubilado y residía en Cenicero. Además de Distribexia SL, Salcedo figuraba como socio único de otras cuatro empresas inactivas. Miguel resopló cuando escuchó el informe de su compañera.

—¿A qué se dedicaba Salcedo cuando estaba activo?

—Trabajaba en una fábrica de bicicletas —respondió Ángela.

—¿La fábrica era suya?

—No. Él era obrero metalúrgico.

Miguel frunció el ceño.

—¿Un obrero metalúrgico jubilado, propietario de cinco empresas, cuatro de ellas inactivas?

—Suena mal, ¿verdad?

—¿Mal? O ese tío es la reencarnación de Al Capone, o estamos frente a alguien cuya identidad está siendo usada como pantalla.

—Vale la pena investigarlo.

Miguel se quedó pensativo por un momento.

—Céntrate en Distribexia. Rastrea sus transacciones financieras. Sé que es un trabajo de hormiga, pero podría darnos la pista que necesitamos.

—De acuerdo. ¿Qué pasa con Salcedo?

—Yo me ocuparé de interrogarlo. Nos mantendremos en contacto.

Ángela asintió y volvió al ordenador, mientras Miguel salía de la comisaría con rumbo a Cenicero. Veinticinco minutos después, cuando Pedrera llegó al pueblo y salió del coche, lo golpeó un viento frío y cortante. Los aromas del único bar que tenía a la vista le recordaron que la hora de la comida ya estaba cerca. Miguel consultó su móvil para verificar la dirección que le había proporcionado Ángela y se encaminó al edificio donde vivía Carlos Salcedo. Por su arquitectura y apariencia desgastada, el inspector dedujo que su construcción debía datar de los años sesenta. ¿Qué hacía el propietario de al menos cinco empresas viviendo en aquel lugar?

Aunque Pedrera siempre prefería usar las escaleras, en este caso no habría tenido otra opción, pues el edificio carecía de ascensor. La luz interior se encendió cuando Miguel comenzó a subir los peldaños, y se apagó a los pocos segundos. No volvió a iluminar los pasillos, hasta que él llegó a su destino en el segundo piso. Era evidente que los vecinos habían ajustado el temporizador para conseguir el máximo ahorro, aun a costa del riesgo que esto representaba.

Tocó el timbre cuando llegó a la puerta de Salcedo, pero no funcionó, así que se vio obligado a golpearla con firmeza.

—¡Ya voy! —la voz que provino del piso era rasposa y la siguió una tos preocupante.

Cuando la puerta se abrió, apareció un hombre que rondaba los setenta y cinco años. Su extrema delgadez estaba contrastada por un abdomen demasiado voluminoso para su contextura. El escaso cabello gris que coronaba su cabeza estaba revuelto, y sus zapatillas

de casa, desgastadas en los bordes, hacían juego con el jersey de lana descolorido.

—¿Señor Salcedo?

A pesar de llevar puestas las gafas, el hombre entornó los ojos como si tratara de reconocer a su visitante.

—Soy yo. ¿Quién es usted y qué quiere?

Miguel levantó la mano para mostrarle su identificación.

—Policía de Haro. Necesito hacerle algunas preguntas.

Para sorpresa de Pedrera, Salcedo no dio ninguna muestra de desconcierto o temor. Al contrario, se plantó en el umbral con los brazos cruzados y una expresión desafiante. Antes de que Miguel pudiera decir una sola palabra, su peculiar sospechoso hinchó el pecho y levantó la barbilla:

—¡Sabía que vendrían a por mí! —sentenció, desafiante.

Miguel parpadeó.

—¿Perdón?

—No me mire así, inspector. ¡He vivido lo suficiente para reconocer las injusticias cuando las veo!

Miguel frunció el ceño. Algo no iba bien.

—Señor Salcedo…

—Se lo dije a su compañero, se lo repito a usted y se lo confirmaré al juez, si es necesario. ¡No pienso pagar ni un céntimo de esa multa! —lo interrumpió el jubilado—. ¡Conozco mis derechos!

Miguel suspiró, pasándose una mano por la cara.

—Mire, creo que hay una confusión…

—¡Por supuesto que la hay! —bramó el anciano, abriendo los brazos—. ¡Multarme a mí, a un hombre decente, por alimentar a unas pobres palomas!

Miguel echó la cabeza hacia adelante con las cejas enarcadas**.**

—¿Palomas?

—¡Palomas, sí! —Salcedo agitó un dedo acusador frente a la nariz del policía—. Unas criaturas indefensas que solo querían un poco de pan y que ahora son tratadas como si fueran terroristas alados. ¡Vergonzoso!

Miguel parpadeó, dejando que la información se asentara en su cerebro. Él solo quería interrogar al jubilado sobre su relación con

una trama de falsificación de mercancía, y sin saber cómo, ahora se encontraba en medio de una discusión sobre los derechos de las palomas urbanas.

—Señor… —intentó de nuevo, con la paciencia al borde del colapso—. No estoy aquí por ninguna multa.

Salcedo se quedó a medio discurso, con el dedo todavía en el aire, y la boca entreabierta.

—¡Ah!, ¿no?

—No.

El anciano parpadeó un par de veces y enarcó las cejas.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

Miguel suspiró de nuevo, hizo acopio de la poca paciencia que le quedaba y trató de explicarse.

—Estoy investigando un caso y necesito hacerle unas preguntas.

Salcedo lo observó con los ojos entrecerrados.

—Está bien, si no está aquí por la multa, puede pasar. Pero le advierto algo…

—¿Qué?

El jubilado cerró la puerta y lo miró con seriedad.

—¡Aunque me arresten, no pienso pagar la multa!

Miguel dejó escapar un suspiro. Necesitaba un par de días de descanso. Después de convencerse a sí mismo de que era por una buena causa, se internó en el piso. Salcedo lo condujo por el pasillo hasta una pequeña sala, solo ocupada por un sofá reclinable que había conocido mejores tiempos, y que se encontraba ubicado frente al televisor. También pudo ver una pequeña mesa con un mantel de plástico a cuadros, en el fondo. El piso, mal ventilado, olía a humedad y coles hervidas. Sin darle oportunidad al jubilado de volver sobre el tema de las palomas, Miguel fue al grano.

—Señor Salcedo, estoy aquí porque su nombre se ha relacionado con el registro de varias empresas que estamos investigando.

Don Carlos frunció el ceño.

—¿Es una broma? Apenas soy propietario de este piso, solo porque se trata de una vivienda de protección social, y después de una hipoteca de treinta años. ¿Le parece que vivo como un empresario?

—En el caso que investigamos, la mayoría de esas empresas son de papel. Solo existen en el registro.

—¿Para qué querría alguien tener una empresa que en realidad no existe? — De repente, la comprensión se abrió paso en el cerebro de Salcedo—. ¡Espere un momento! ¿Se usan para algo ilegal?

—Así es, señor Salcedo. Son la fachada para esconder una trama de distribución de mercancía falsificada. Y me temo que usted aparece como el propietario de todas ellas.

Por primera vez, el color abandonó el rostro de Salcedo.

—Pero ¡eso es imposible! Yo nunca he registrado ninguna empresa.

Miguel lo observó con cuidado. No vio rastro de mentira en sus ojos. Solo una incredulidad sincera. ¿Se estaría volviendo demasiado blando?

—Dígame, señor Salcedo. ¿Ha firmado usted algún documento en los últimos meses? ¿Por cualquier motivo?

—¿Documentos? —El anciano parpadeó, haciendo memoria—. Sí… ahora recuerdo. Fue hace algunos meses. Vino un representante de mi banco. Me dijo que había ganado un sorteo entre los clientes, me entregó un sobre con quinientos euros y me pidió que firmara unos papeles, que certificaban que me los había entregado.

—¿Un sorteo del banco? ¿Y le pagaron en efectivo? ¿Usted no sospechó?

—¿Por qué iba a sospechar? ¡Vino a entregarme dinero, no a pedírmelo! ¿Cometí algún delito? No creí que estuviera haciendo nada ilegal. ¿Iré a la cárcel por esto?

Miguel lo observó por un momento. No se trataba de un criminal. Solo era un ciudadano demasiado ingenuo, que se había dejado engañar. Lo cual los había conducido a un callejón sin salida. El inspector negó con la cabeza.

—No, señor Salcedo. Usted también ha sido una víctima. Aunque, sí necesitaremos su colaboración.

Salcedo asintió con vehemencia, como si con ello pudiera aliviar el peso en su conciencia.

—Por supuesto, inspector. ¿Qué quiere que haga?

—Enviaré un coche patrulla para que lo lleve a la comisaría a declarar. No se preocupe, que los agentes también lo traerán de regreso a casa.

—Trataré de ayudar en todo lo que pueda, inspector. No me gusta que me hagan pasar por tonto.

Miguel se despidió y salió del piso con el ánimo desplomado. Estaba a punto de llegar al coche cuando recibió una llamada de Ángela.

—¡Encontré algo! —le dijo ella con entusiasmo, antes de que él pudiera saludarla—. Hay una transferencia significativa en los registros de Innova Solzorate SL, una de las filiales de Distribexia. El dinero se envió a una cuenta personal que está registrada a un nombre que te resultará muy conocido: Eduardo Martínez.

El nombre disparó un escalofrío en la espalda de Miguel. Reconocido filántropo, ese sujeto jugaba en las ligas mayores. Si estaba involucrado, tendrían que ir con pies de plomo.

Capítulo 27

Ya era media tarde cuando Salazar salió del taller de Teófilo y recorrió el camino de regreso a la comisaría. La información que le había proporcionado el falsificador confirmaba sus peores sospechas, y ampliaba su perspectiva acerca de las desapariciones. Se enfrentaban a una organización criminal que se dedicaba a cometer secuestros y consideraba La Rioja como su territorio de caza. Un escalofrío recorrió su espalda cuando comprendió las dimensiones de lo que enfrentaban.

Al llegar a San Miguel, Néstor saludó a García al paso y subió al segundo piso. Allí estaban todos sus compañeros, con excepción de Pedrera. Remigio y Telmo se encontraban junto a la máquina de café intercambiando ideas, mientras Ángela se mantenía centrada en su ordenador. Remigio desvió la mirada hacia él, en cuanto cruzó el umbral.

—Vaya, ya estás aquí, Salazar. Te estábamos esperando. Tanto Telmo como yo hemos averiguado algunos datos muy interesantes.

El inspector jefe asintió, avanzó hasta la máquina y se sirvió un café.

—Yo también he conseguido información. Vamos a mi despacho y comprobemos lo que tenemos hasta ahora.

Telmo cogió su tableta y Remigio se aseguró de que su libreta de notas continuaba en su bolsillo. Ambos siguieron a Néstor hasta su despacho, para intercambiar la información que cada uno había recopilado. Salazar se plantó frente a la pizarra con el rotulador en la mano.

—Lo primero que debemos tener claro es que ya se ha confirmado que estamos frente a una organización criminal dedicada

a los secuestros —anunció Néstor.

Remigio asintió.

—Aunque por vías diferentes, Telmo y yo hemos llegado a la misma conclusión. Este asunto huele cada vez peor.

—Comienza tú, Telmo. ¿Qué averiguaste?

El subinspector desbloqueó su tableta y comenzó su exposición.

—Contacté con todas las comisarías de La Rioja, y también con la Guardia Civil. Todos ellos han sospechado la existencia de esta organización, pero sus investigaciones se estancaron por falta de evidencias…

—Esos desgraciados saben lo que hacen —comentó Remigio.

Néstor centró la atención en su compañero.

—Continúa, Telmo.

—Recopilé los datos de las diferentes investigaciones que siguen el mismo patrón en toda La Rioja. Encontré tres alias involucrados. Hasta ahora nadie los había conectado, pero cruzando la información de todos los casos, estoy seguro de que estos tres están relacionados y trabajan juntos. Se trata de El Maestre, La Guardesa y El Pastor…

Tanto Salazar como Remigio asintieron. Iban bien.

—¿Encontraste información acerca de cómo funciona la organización o desde dónde opera? —preguntó Néstor.

—No, jefe. Aunque puedo confirmarle que actúan en toda La Rioja, no pude determinar el lugar geográfico específico de su centro de operaciones. Si bien es cierto que todas las investigaciones relacionaron los secuestros con uno o dos de estos sujetos, nadie los ha investigado como una organización. Sin embargo…

Telmo hizo una pausa, como si dudara en expresar sus pensamientos en voz alta.

—¿Qué? —lo animó Salazar.

—Al revisar los detalles de los casos y sus coincidencias, he llegado a la conclusión de que el tío que apodan El Maestre es quien supervisa la logística de los secuestros.

—El cerebro de la trama —sentenció Remigio.

Telmo asintió.

—Algunos indicios relacionados con este sujeto han llevado a la Guardia Civil a la conclusión de que se trata de alguien con entrenamiento militar. No es un delincuente cualquiera. Sabe cómo mover personas sin dejar rastro.

Remigio cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Es lo que nos faltaba.

Ignorando el comentario de su compañero, Salazar anotó el alias de El Maestre en lo alto de la pizarra.

—De acuerdo. El Maestre elaboraría la estrategia de los secuestros, pero necesita alguien que maneje los aspectos legales, que suministre documentos falsos, borre rastros documentales, que contacte a los clientes…

—Sospecho que ambos sabemos de quién se trata —apuntó Remigio.

—La Guardesa. Es quien se ocupa de la fachada —dijo Salazar con firmeza, al mismo tiempo que escribía el alias en la pizarra.

Remigio asintió.

—¿Cómo llegaste a ella?

—A través de Teófilo, el falsificador. Esta mujer lo contactó para pedirle que trabaje para ellos.

Telmo frunció el ceño y Remigio entornó los ojos, antes de expresar su opinión.

—Eso significa que necesitan documentos falsos para ellos o para las víctimas. ¿Por qué?

Néstor asintió despacio. Se había hecho la misma pregunta, así que ya tenía la respuesta.

—Teniendo en cuenta su *modus operandi*, ellos utilizan información conseguida en las redes sociales de las víctimas y su entorno, para conducirlas bajo engaño a lugares apartados, donde las secuestran. Bajo esta situación, no veo cuál sería la utilidad de disponer de documentos falsos, a menos que…

—A menos que quieran estar preparados para una huida —puntualizó Telmo.

—Buena observación, pero en ese caso, bastaría con encargar los documentos y comprarlos. No necesitarían contratar a un falsificador para que trabaje con ellos. Eso me lleva a otra conclusión…

—La documentación es para las víctimas —sentenció Remigio.

—Lo cual significaría que la vida de estas personas continuaría bajo un nombre falso.

—¿Estáis pensando lo mismo que yo? —preguntó Remigio.

Salazar asintió despacio y comenzó a escribir, conforme hablaba.

—La mayoría de las víctimas son mujeres jóvenes, sin motivo aparente que justifique el secuestro… Nadie vuelve a saber de ellas… Documentación falsa relacionada con la trama… Creo que la finalidad de estos secuestros es la trata de personas.

Telmo se mordió los labios como si se contuviera.

—Suéltalo, chaval —lo animó Remigio—. Todas las ideas son buenas.

—Lo que dice tiene mucho sentido, jefe, pero… ¿cómo explica entonces el secuestro del empresario? Él no encaja en el perfil y terminó asesinado. ¿No fue víctima de estos secuestradores? ¿Molestaba y se trató de un ajuste de cuentas?

—El chico tiene razón, Néstor —lo respaldó Remigio—. ¿Cómo lo explicas?

Salazar se quedó en silencio por algunos instantes. Entonces, suspiró.

—No lo sabremos con certeza hasta que desenredemos esta madeja, pero considerad una opción: estos tíos han demostrado organización y habilidad suficiente para cometer secuestros sin dejar rastro. Sin embargo, una red de trata de personas es algo mucho más grande: implica traspasar fronteras, contacto con autoridades aquí y en otros países, medios para trasladar a las víctimas y colocarlas allí donde sean llevadas, para sacarles provecho…

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Remigio.

—A mi teoría. No creo que El Maestre dirija una red de trata de personas, sino una «agencia de contratación» dedicada al secuestro, uno de cuyos clientes más asiduo sería una o varias redes de trata de personas.

—¡No me jodas! —soltó Remigio— ¿Secuestros subcontratados? ¿Estás hablando en serio?

—¿Por qué no? Piénsalo bien. La organización de trata de personas tendría toda la infraestructura para trasladar a las víctimas,

desde el lugar donde han sido secuestradas, hasta su destino. Eso implicaría medios de transporte, contactos en fronteras y países de destino. Hablamos de algo muy grande, pero no hemos encontrado ninguno de estos indicios en este caso. Así que esta organización «encargaría» al Maestre y sus cómplices el número y perfil de víctimas que necesita. Es probable que ni siquiera funcione desde España. Sin embargo, eso no significa que sean los únicos a quienes El Maestre y los suyos están dispuestos a ofrecer sus servicios.

—Su teoría explicaría que algunas de las víctimas quedaran fuera del perfil —admitió Telmo—. El secuestro del empresario lo habría encargado «otro cliente».

Salazar señaló a su compañero con el rotulador, al mismo tiempo que asentía. Remigio se removió en su asiento.

—¡La madre que los parió! Si estás en lo cierto, ¡menudos cabrones!

Salazar hizo algunas anotaciones en la pizarra y le dio un par de golpecitos con el rotulador.

—Así que El Maestre sería el estratega, La Guardesa la encargada de los detalles operativos… solo resta El Pastor.

—Uno de mis informantes me habló de él —les anunció Remigio —. Parece que tiene bastante cabreados a algunos en la calle.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—El Pastor es el reclutador. Se encarga de contratar a quienes ejecutarán el trabajo sucio. Al parecer, una de sus premisas es nunca ofrecer «trabajo» a los lugareños.

—Eso explica por qué nos hemos tropezado con tantas dificultades para encontrar información en las calles —señaló Telmo.

Salazar soltó un gruñido, antes de volver a hablar.

—Lo cual demuestra que nos enfrentamos a delincuentes muy astutos. El Maestre elabora la estrategia, La Guardesa encubre la operación y El Pastor ejecuta el secuestro. Una maquinaria muy bien engrasada.

Un pesado silencio se apoderó del despacho por algunos segundos. Remigio fue quien lo rompió.

—Todo eso está muy bien, pero no será suficiente hasta que no le pongamos nombres a esos apodos y descubramos dónde ir a

buscarlos.

Salazar llenó sus pulmones de aire.

—Tienes razón, Remigio. Por eso tengo un plan.

Capítulo 28

Cuando Miguel llegó a la comisaría, después de su entrevista con Salcedo, saludó a García al paso y subió las escaleras hasta el segundo piso de dos en dos. Entró con prisa en la sala común, donde encontró a Ángela sola y tomando notas, al mismo tiempo que consultaba la pantalla del ordenador de vez en cuando. Alertada por el sonido de los pasos, ella levantó la mirada y sonrió.

—¡Ya estás aquí! ¡Qué bien! ¿El interrogatorio a Salcedo reveló algo?

Miguel negó con la cabeza.

—Nada. Solo es un jubilado despistado al que engañaron para que firmara lo que no debía. ¿Qué demonios es esa historia sobre Eduardo Martínez?

—Mira esto —dijo Ángela, señalando la pantalla con un gesto de la cabeza.

El inspector rodeó el escritorio de su compañera y se inclinó sobre ella, apoyando una mano en el respaldo de su silla y la otra sobre la mesa. Centró toda su atención en el ordenador de Ángela.

—¿De qué se trata?

Ella señaló el dato con el bolígrafo que tenía en la mano.

—Es una transferencia por treinta mil euros, hace tres meses, desde la cuenta de la Distribuidora Solzorate a la cuenta personal de Eduardo Martínez.

—¿Y esa distribuidora es…?

—Una de las empresas pantalla que usa Distribexia y que está a nombre de tu jubilado.

—¿La transferencia es directa?

—Directa. Sin intermediarios, sin triangulaciones, sin blanqueo previo.

—Alguien metió la pezuña —concluyó Miguel.

—Sin duda alguna. Y tenemos que agradecérselo, porque nos dejó una pista invaluable.

Miguel se pasó una mano por la nuca.

—Tenemos que ir con pies de plomo. Ese tío cuenta con los mejores recursos para defenderse. Sus abogados podrían argumentar que invirtió sin saber que la distribuidora estaba involucrada en negocios turbios. Necesitamos más conexiones.

Ángela frunció el ceño.

—Lo sé. Es por eso por lo que desde que su nombre salió a flote, lo investigué a fondo. Martínez es dueño de una bodega con setenta hectáreas de viñedos. También tiene inversiones en el sector inmobiliario. Es propietario de tres edificios que dedica al alquiler.

Miguel enderezó la espalda, se cruzó de brazos y chascó la lengua.

—Esos son negocios legales. ¿Encontraste algo sospechoso?

Ángela se apoyó en el respaldo de su silla y exhaló el aire en un suspiro.

—Salvo por el patinazo de la transferencia, es lo bastante listo para cubrir bien sus huellas. Sin embargo… —la subinspectora levantó el bolígrafo como si fuera una batuta— Me pregunté dónde podría estar su talón de Aquiles. Es evidente que usa testaferros, pero… ¿no se le escapó ningún detalle?

—¿A qué te refieres?

—Considera la personalidad del tío. Le gusta hacer grandes donaciones y recibir elogios en la prensa. Ser una figura pública y admirada.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Miguel, con el ceño fruncido.

—Es un filántropo, pero también exhibe sus obras de caridad para conseguir aplausos.

—Puede ser parte de su fachada.

—Sí, pero mantener un prudente perfil bajo habría sido una mejor estrategia. Creo que este sujeto disfruta los aplausos. Sin

ninguna duda, es un egocéntrico.

—Eso no te lo voy a discutir, pero todavía no entiendo qué tiene que ver eso con…

—A un tío egocéntrico como este le gusta mantener el control, lo cual quiere decir, que de alguna manera necesita tener una conexión con aquello que le está proporcionando dinero y poder. Oculto, sí, pero presente.

—Creo que empiezo a comprender tu punto —admitió Miguel—. Tienes razón. Tenemos que encontrar esa conexión.

—Ya lo hice —anunció Ángela con una sonrisa de orgullo—. Me pregunté, si su nombre no aparece en los registros de las empresas relacionadas con Distribexia, ¿dónde podría estar?

—¿En uno de los negocios que sí son legales, pero que de alguna manera se relaciona con Distribexia o el resto de las empresas? —preguntó Miguel.

—¡Exacto! Así que comencé a rastrear datos y cruzarlos. ¿Y sabes qué encontré?

—¿Qué?

—El edificio.

Miguel parpadeó.

—¿Qué edificio?

—Mira esto… Martínez es director de una ONG: «TAU: Todos a una». Se dedica a recolectar donaciones de empresarios para obras benéficas.

—¿Y qué importancia tiene eso para la investigación?

—Que la sede de TAU está en el mismo edificio de Distribexia.

—¡No me jodas!

—Eso no es todo… Esta «coincidencia» despertó mi curiosidad, así que rastree a los propietarios del edificio.

—¿Y bien? —preguntó Miguel, a punto de morderse las uñas.

—Como era de esperarse, el edificio no aparece registrado a su nombre, pero…

—¿Cuántos intermediarios?

—Tres, pero si seguimos el hilo, el propietario final es Martínez.

—¡Bingo! ¡Eres genial, Ángela!

Ella respondió al elogio con una sonrisa de satisfacción.

—Tendremos que ir con pies de plomo, Miguel. Este tío tiene muy buena reputación en Haro. Es un filántropo…

Miguel gruñó.

—Un filántropo que blanquea dinero en un edificio lleno de fantasmas.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad?

—Sí, que estamos a punto de meternos en un avispero.

—¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a visitarlo ahora mismo. Tengo mucho interés en hablar con el señor Martínez.

Ángela rastreó la ubicación del empresario a través de sus redes sociales. A esa hora tenía programado un evento benéfico: una generosa donación de su ONG al servicio de Pediatría del hospital. Minutos después, los policías salían de la comisaría al encuentro de su sospechoso. No tardaron en llegar al hospital, en cuyo salón de conferencias se llevaría a cabo el evento. Se trataba de un pequeño auditorio que ya estaba repleto de gente. Martínez se encontraba en el escenario, conversando con algunos miembros de la directiva del hospital, todos ataviados con batas blancas. Él destacaba por el traje ajustado a la perfección, los gestos calculados y la forma en que inclinaba la cabeza al escuchar, como si concediera importancia a cada palabra de su interlocutor. A su alrededor, los periodistas preparaban sus equipos para cubrir la noticia y un murmullo sordo llenaba la sala, a la espera del gran momento.

Miguel y Ángela recorrieron el pasillo y subieron al escenario, donde uno de los guardaespaldas de Martínez les cortó el paso.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Adónde creen que van?

Ambos policías levantaron sus identificaciones, que ya llevaban preparadas en la mano.

—¡Policía! ¡Apártate! —le dijo Miguel en voz baja, pero firme.

Desconcertado, el escolta obedeció, al mismo tiempo que Martínez interrumpía la conversación, para girarse despacio, en dirección a los recién llegados.

—No sabía que había policías entre los invitados —murmuró Martínez con tranquilidad—. ¿A qué debemos el honor de su presencia?

—No hemos sido invitados —anunció Miguel—. Hemos venido a *motu proprio*. Queremos hablar con usted, señor Martínez.

—No comprendo sobre qué querría hablar conmigo la Policía, pero estoy dispuesto a colaborar con ustedes como cualquier buen ciudadano. Aunque me gustaría saber con quién tengo el gusto…

Miguel respiró profundo, sin dejarse engañar por el aire melifluo de su sospechoso.

—Soy el inspector Pedrera, y ella es mi compañera, la subinspectora López. Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre su relación con el Grupo Distribexia.

Martínez entornó los ojos.

—¿Distribexia? Ahora mismo no recuerdo ninguna empresa con ese nombre, pero, por qué piensan que tiene algo que ver conmigo.

—Porque su ONG opera en el mismo edificio donde ellos tienen su sede. Nos pareció una coincidencia interesante.

Martínez soltó una carcajada.

—¿Una coincidencia interesante? Inspector, Haro no es una ciudad tan grande. Los edificios no sobran.

—No se trata solo de la sede física, señor Martínez —intervino Ángela—. También estamos investigando ciertas transacciones.

Martínez cambió el peso de un pie a otro, pensativo.

—Entiendo. Y, díganme, ¿estas preguntas que me están haciendo son parte de una investigación formal?

Miguel asintió con firmeza.

—Por supuesto —afirmó el policía sin dudar.

—¿Estoy obligado a responderlas?

Miguel rechinó los dientes. Ángela conservó la calma.

—Como testigo, sí. Tiene la obligación de colaborar.

Martínez ladeó la cabeza y enarcó las cejas.

—Muy bien, pregunten.

—¿Ha tenido alguna relación comercial con el Grupo Distribexia? —preguntó el inspector con voz firme.

Martínez sonrió, con la expresión paciente de un profesor que enseña a un alumno torpe.

—No.

Ángela tomó el relevo.

—¿Y con Distribuidora Solzorate?

Martínez alzó una ceja, como si el nombre no le sonara.

—No que yo recuerde.

—Curioso, porque usted recibió una transferencia de esa empresa en su cuenta personal. Treinta mil euros, para ser exactos.

El empresario se tomó su tiempo, antes de responder.

—¿No necesitan la orden de un juez para tener acceso a mis finanzas?

—Por supuesto —respondió Miguel—, pero en este caso la transferencia apareció mientras revisábamos las cuentas de Solzorate. Y para eso sí tenemos una orden.

Martínez movió los músculos de los hombros y desvió la mirada por un segundo, antes de centrarla de nuevo en los policías.

—Mi equipo de asesores realiza muchas inversiones en mi nombre. No estoy al tanto de cada detalle. Puedo darle el número de teléfono de mi administrador. Él podrá aclarar sus dudas mejor que yo.

Miguel sacudió la cabeza con desaprobación.

—Señor Martínez, si existiera la posibilidad de que alguien en mi entorno estuviera usando mi nombre para blanquear dinero, yo haría lo posible por averiguar qué está ocurriendo.

El empresario sostuvo la mirada del policía sin perder la calma y respondió despacio con voz pausada.

—¿Blanqueo? Están construyendo castillos de naipes sobre datos inconexos: La coincidencia de una dirección, una transferencia por una cantidad de dinero que para mí es insignificante. Solo humo. No veo ningún motivo para preocuparme —El escolta se acercó al empresario y le susurró algo al oído. Martínez centró la mirada en los policías—. El evento está a punto de comenzar, así que les ruego que abandonen el escenario. Si tienen más preguntas, contacten a mis abogados.

Pedrera separó las piernas y cruzó los brazos, dispuesto a continuar el interrogatorio. Ángela apoyó una mano en su hombro para contenerlo.

—Gracias por su tiempo, señor Martínez.

Él inclinó la cabeza con una media sonrisa.

—Siempre a su disposición, subinspectora.

Miguel rechinó los dientes, pero cedió al gesto de su compañera y ambos salieron del evento. En cuanto llegaron al coche, él no pudo contenerse más.

—¡No sé por qué te hice caso! Tendríamos que haber seguido presionándolo. Estoy seguro de que es culpable.

—Yo también tengo la certeza de que está metido hasta las cejas en este asunto, Miguel, pero debemos reconocer que no tenemos suficientes evidencias contra él. Si lo presionamos demasiado en estas circunstancias, blindará su defensa y el caso contra él se nos puede escapar entre los dedos.

El inspector suspiró.

—Detesto reconocerlo, pero tienes razón. Necesitamos otra estrategia.

—Creo que el Grupo Distribexia es nuestra mejor opción —opinó Ángela—. Si lo investigamos a fondo, estoy convencida de que nos conducirá hasta Martínez.

—Buen punto. Vamos a San Miguel. Solicitaremos al juez una orden para registrar las oficinas de Distribexia y citaremos a todos los empleados a la comisaría, para que declaren, mañana mismo.

Capítulo 29

En el despacho de Salazar, Remigio y Telmo prestaban atención a los detalles del plan del inspector jefe para desarticular la trama de los secuestros. Cuando Néstor terminó su exposición, Remigio se quedó pensativo por un momento, antes de hablar.

—Me parece una buena estrategia, pero… ¿confías en ese informante?

Salazar asintió.

—Teófilo no nos fallará. Tendría mucho que perder.

—Entonces, esa es nuestra mejor opción.

El inspector jefe sonrió y miró a su compañero, quien se encogió de hombros.

—Creo que dará resultado, jefe.

Salazar dio un ligero golpe a la pizarra con el rotulador.

—Yo me ocuparé de organizarlo. Telmo, revisa los informes de los casos que te han enviado desde las otras jurisdicciones. Quizá encuentres más pistas sobre estos tres sujetos.

—Muy bien, jefe.

Antes de que Néstor le asignara una tarea, Remigio intervino.

—Yo me encargaré de analizar su *modus operandi*, la forma en que captan a las víctimas y cuáles son los patrones que siguen en los secuestros que cometen.

—Perfecto. No hay tiempo que perder. ¡A trabajar!

Mientras Remigio y Telmo regresaban a la sala común, Salazar salió de la comisaría, en dirección al taller de Teófilo. Cuando llamó a su puerta, esta se abrió con un chirrido metálico. La escuálida figura del falsificador apareció en el umbral. En cuanto vio a Néstor se hizo

a un lado y lo invitó a pasar. Antes de cerrar la puerta a su espalda, se aseguró de que nadie hubiera visto a su visitante.

—Inspector. No esperaba que regresara tan pronto. ¿A qué debo el honor de su visita?

—¡Este tío nos traerá una desgracia, Teo! Ya lo verás—dijo Borona, levantando la mirada de una de las máquinas.

—Ve a prepararnos un café, Borona —le ordenó Teófilo.

—Pero…

—¡No me discutas! Ve.

El gigantón de Borona salió del taller refunfuñando.

—¿Por qué ha regresado, inspector? Espero que Borona no tenga razón y no me traiga problemas.

Salazar sonrió de medio lado, al mismo tiempo que se sentaba en una de las sillas.

—Vamos, Teo. ¿A qué viene esa desconfianza? Sabes que te tengo aprecio. ¿Acaso no somos amigos?

—Amigo el ratón del queso. ¡Y se lo come!

Néstor ladeó la cabeza con su expresión de inocente en trance zen. Llevaba semanas ensayándola. Gabi la había celebrado y Paca la incorporó a su repertorio. ¡Todo un éxito!

—No he venido a causarte problemas, Teo. Solo a pedirte un favor.

El falsificador se cruzó de brazos, apoyando el peso en una pierna, con la falsa seguridad de quien quiere aparentar que controla la situación.

—¿Un favor? ¿A un policía? Ya me estoy comenzando a asustar.

Salazar sonrió y deslizó la yema de los dedos por una pila de hojas impresas que ocupaba una de las mesas. El olor a tinta flotaba en el aire, mezclado con el aroma avainillado del papel.

—Esa mujer que te contactó para que te ocupes de los documentos falsos de su negocio… —Teófilo entornó los ojos. Después de una corta pausa, Salazar continuó—. Quiero que aceptes.

Teófilo se pasó la mano por la cara.

—No me gusta el rumbo que está tomando esta conversación. ¿Sabe lo que me está pidiendo, inspector?

Néstor apoyó la espalda en el respaldo y cruzó las piernas.

—Solo tienes que llamarla y citarla para una entrevista. Nosotros nos ocuparemos de lo demás.

Teófilo sacudió la cabeza con fuerza.

—¡Ni hablar! Si alguien se entera de que trabajo para la policía, mi cadáver será su próximo caso.

Salazar se puso de pie y apoyó la mano en el hombro del falsificador.

—Nadie se va a enterar, Teo. Te lo prometo.

Teófilo lo miró con los ojos entornados.

—¿Y cómo sé que puede cumplir?

Salazar sonrió con esa calma inquietante de quien ya ha resuelto la ecuación, antes de que el otro plantee el problema.

—Seremos muy discretos, Teo. ¿Qué razón tendría La Guardesa para desconfiar de ti? Si aceptas su oferta, no va a dudar, porque ella fue quien vino a contactarte. Te necesita.

Silencio.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Mi agradecimiento.

Teófilo sacudió la cabeza.

—Si esto sale mal, no habrá ningún agujero donde pueda esconderme.

Salazar suspiró y se inclinó un poco hacia él.

—Sabes que no dejaré que te pase nada malo, Teo. No me lo perdonaría —Rosales parpadeó dos veces y tragó saliva. Salazar insistió—. Escucha, Teo. Tú sabes que si metes la pata con algo grande, no podré hacer la vista gorda, pero mientras te ocupes en cosas pequeñas y sin molestar a nadie, no tienes de qué preocuparte. Ayúdame con este asunto y podrás seguir tu vida con tranquilidad.

El falsificador suspiró.

—Si algo sale mal, me sacará de aquí, ¿verdad?

Salazar asintió.

—Tienes mi palabra.

—¿Y también a Borona?

—Por supuesto.

Teófilo rechinó los dientes y resopló. Entonces, cogió su móvil y desbloqueó la pantalla con un ligero temblor. Salazar esperó en silencio. Después de una corta conversación, el falsificador terminó la llamada.

—Ya está hecho. Mañana a primera hora vendrá a visitarme, para conversar acerca de los términos del contrato.

Rosales levantó la mirada hacia el policía. Salazar sonrió con beneplácito.

—Tienes todo mi agradecimiento, Teo. Te prometo que no te arrepentirás.

—Eso espero, inspector. Estoy en sus manos.

Satisfecho por el resultado, Néstor salió del taller. Mientras avanzaba por la calle Padre Risco en dirección a la plaza, sacó su móvil y llamó a Telmo.

—Ya tendimos la carnada, compañero. Pon en marcha el operativo de vigilancia del taller de Teófilo, tal como lo discutimos en la reunión. Luego, puedes marcharte a casa.

—A la orden, jefe.

A pesar de que faltaban algunas horas para que llegara la noche de forma oficial, la oscuridad ya había tendido su manto sobre Haro. Las estrechas calles estaban iluminadas por una tenue luz amarillenta que provenía de las escasas farolas y de las luces que iluminaban las ventanas de las fachadas. Néstor se arrebujó en su gabán, azuzado por el viento helado y cortante que se ensañaba con cualquiera que se atreviera a desafiarlo. Metió las manos en los bolsillos para calentarlas y apuró el paso. Ya la jornada había llegado a su fin y ardía en deseos de llegar al calor que lo esperaba en la buhardilla. Más que el calor físico, anhelaba el cobijo del afecto de su familia.

Néstor pasó de largo frente al bar de Gyula y subió las escaleras hasta el tercer piso con pasos lentos y pesados. Por suerte, en esta ocasión, no encontró policías, bomberos, ni fuerzas especiales tratando de entrar en su casa, por alguna trastada de Gabi y Paca. ¡Qué vaya par le había tocado en suerte! Aunque si recordaba su propia infancia, tenía que reconocer que un poco sí lo merecía.

El inspector abrió la puerta con una sonrisa cargada de recuerdos. En el salón encontró a Rebeca conversando con Carmela. Su cuñada se levantó y salió a recibirlo con dos besos en cuanto lo vio. Después de los saludos y frases de cortesía, Néstor miró a su alrededor.

—¿Dónde está Gabi?

—En su habitación, jugando con sus primos y con Quino —respondió Rebeca, desde el sofá.

Salazar abrió los ojos como huevos fritos.

—¿Solos? ¿Sin supervisión?

Carmela soltó una carcajada.

—No te preocupes, cuñado. De vez en cuando echamos una ojeada, pero Lucas y Sebas están mayores y son más formales. Pueden cuidar de los pequeños. Ya tienen ocho años cumplidos y los ha criado su padre.

—¡Pero son los gemelos! Vamos, que también tienen mis genes.

Esta vez la carcajada la soltó Rebeca.

—Así será, que tú mismo lo reconoces. Nos hemos asomado cada cinco minutos. Están jugando tranquilos.

Salazar asintió, al mismo tiempo que se frotaba la nuca.

—Está bien. Tenéis razón. Iré a saludar a los chavales.

Cuando Salazar abrió la puerta de la habitación de Gabriela, lo que encontró no fue la escena tranquila que le habían prometido, sino una explosión de colores y risas. Los gemelos habían organizado un «taller artístico» improvisado, así que una de las paredes estaba repleta de garabatos coloridos, hechos con pinturas lavables. Gabriela, sentada en el suelo y con las manos cubiertas de pintura, reía a carcajadas, al mismo tiempo que golpeaba la superficie a su alrededor con las palmas, rodeándose de marcas multicolores.

Quino, siempre imaginativo, había derramado un bote de pintura sobre sí mismo y se paseaba de un lado a otro, dejando un rastro rojo por donde pasaba. Por si fuera poco, Paca se había sumado al caos. Después de pisar un charco de pintura, se dedicó a recorrer toda la habitación, dejando huellas azules por doquier.

Salazar se quedó boquiabierto en la puerta durante algunos segundos, antes de recuperar la voz.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Los gemelos se giraron con una sonrisa, en la que la culpabilidad se mezclaba con el orgullo.

—Hola, tío Néstor. Es un proyecto artístico. ¿Te gusta? —preguntó Lucas, señalando la pared.

—Nos dijeron en el cole que Picasso empezó así —añadió Sebastián, con toda la seriedad que le permitían sus ocho años.

Salazar paseó la mirada por la habitación y la centró en Paca, quien se detuvo por un momento y lo miró con aire altivo, antes de seguir dejando sus huellas por el suelo. Gabriela la vio y soltó una carcajada que desarmó a su padre por completo.

—¡Al menos, la pintura es lavable! —intervino Carmela desde la puerta, conteniendo la risa.

Salazar suspiró y se echó a reír, al mismo tiempo que Rebeca llegaba con un balde y algunos trapos. Después de atrapar a Paca y alzarla en una postura poco digna para una gata principesca como ella, Rebeca se dirigió a los gemelos en tono que pretendía ser firme.

—Bien, señores artistas, esto tiene que desaparecer, antes de que Paca decida redecorar el resto de la casa.

Quino, sin comprender del todo la situación, dejó una huella roja en la camisa de Néstor cuando intentó entregarle el bote de pintura que tenía en la mano. Carmela instruyó a los gemelos para que limpiaran y recogieran junto a ella, mientras Gabriela aplaudía con entusiasmo el nuevo giro de la diversión.

Salazar se agachó para recoger a la niña, quien le dejó una mancha de pintura en la mejilla. Néstor sonrió.

—Me parece a mí que en esta familia hay demasiados artistas.

Paca, a quien Rebeca mantenía sujeta con las cuatro patas en el aire, para que no pudiera seguir «pintando» la casa, maulló su protesta.

Salazar le acarició la cabecita.

—Cuidado, si no fuiste tú la de la idea.

—Mreuuuu —sentenció Paca, rebosando orgullo felino, a pesar de su comprometida situación.

—Le lavaré las patas para poder soltarla —anunció Rebeca, siempre práctica—. Ocúpate tú de Gabi, Néstor. Luego asearé a Quino, antes de que su madre venga a buscarlo.

Carmela y los chavales ya estaban enjabonando la pared.

—Esto estará listo en un pis pas —anunció ella.

En efecto, un par de horas después, la habitación había quedado limpia, aunque las ropas de los artistas todavía conservaban sus manchas. Cuando Dika pasó a recoger a Quino, escuchó la explicación de la aventura con una mezcla de estupor y diversión. Le sorprendió que alguien hubiera superado la imaginación de su hijo para las trastadas. No sabía si felicitar a Carmela por la creatividad de sus chavales o consolarla por lo que le esperaba, hasta que alcanzaran la edad adulta.

Cuando la familia Salazar por fin quedó sola, no fue fácil tranquilizar a Gabriela, después de la visita de sus primos. La niña parecía dispuesta a seguir la diversión, hasta que el cansancio la dominó y se quedó dormida. Paca mantuvo su aire ofendido, hasta que todos se fueron a dormir.

Capítulo 30

Al día siguiente, Néstor se levantó muy temprano con la ayuda de Paca. Rebeca y Gabriela dormían con placidez. Después de servir un tazón de leche sin lactosa para gatos a su impaciente felina, se dio una ducha y se preparó para iniciar el día. Al salir del edificio, en cuanto abandonó la protección del portal, lo golpeó el frío cortante, y se sintió rodeado por el olor inconfundible de la piedra húmeda. Una espesa niebla cubría las calles, todavía sumidas en la oscuridad. Se mantenían silenciosas y solitarias. Las luces de las farolas apenas conseguían atravesar la nube de algodón que las rodeaba.

La persiana de La Callecita estaba a medio levantar, permitiendo que se reflejara la iluminación que provenía del interior. Desde la calle podía escucharse el trasiego de Gyula y Chicho, que se preparaban para recibir a los clientes más madrugadores. Salazar pasó por debajo de la persiana y entró.

—¡Néstor! ¿Te caíste de la cama? ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Sacrificado que es uno. Anda, sírveme un café y prepárame un termo, que con este tiempo se enfrían hasta las ideas.

Con una sonrisa, Gyula atendió la solicitud de su amigo. Mientras Néstor terminaba su taza, él preparó una bolsa con un termo de café y vasos de polipropileno. Salazar cogió la bolsa y después de despedirse, regresó a la desierta calle. Apuró el paso, más para combatir el frío que por prisa. El inspector cruzó la plaza y rodeó la iglesia, hasta llegar a la calle Padre Risco. El frío era más intenso en la estrecha callejuela. Redujo el paso, atento a todo lo que le rodeaba. El olor a humedad allí era agobiante. Las luces de las farolas comenzaron a recibir ayuda desde algunas ventanas, que se iban iluminando, a medida que la ciudad despertaba.

Salazar pasó de largo frente al taller de Teófilo. Se aseguró de que no había testigos cuando empujó la ruinosa puerta de la casa abandonada que se encontraba al frente, a pocos metros de distancia. El interior estaba tan deteriorado como la fachada. Una capa de polvo cubría todas las superficies y predominaban los olores a moho y madera podrida. En cuanto los pasos de Néstor resonaron en el granito, Echevarría, vestido de civil, se asomó desde el segundo piso con el arma reglamentaria en la mano. Sus músculos se relajaron en cuanto lo reconoció.

—¡Ah, es usted, inspector! La noche ha transcurrido sin novedades.

Salazar asintió y comenzó a subir las escaleras.

—Ya lo esperaba, Ander. Debemos seguir atentos. El objetivo debe aparecer durante las próximas horas.

El inspector le entregó la bolsa con el termo al agente, cuya expresión se iluminó cuando comprobó su contenido. Echevarría acompañó a Salazar hasta una de las habitaciones, donde Mendoza, también con traje de paisano, usaba unos prismáticos para mantener la vigilancia del taller del falsificador. El inspector relevó a Mendoza en la ventana, mientras Ander servía el café y le entregaba un vaso a su compañero.

—¡Gracias, inspector! Es justo lo que necesitábamos.

Néstor asintió y continuó atento a los movimientos en la calle, mientras los agentes se reconfortaban con el café. Al cabo de algunos minutos, la voz de Salazar rompió el silencio.

—¡Ahí está! Tiene que ser ella.

En la calle apareció una elegante mujer de mediana edad con aspecto ejecutivo. Avanzaba esquivando los charcos y mirando a su alrededor, como si quisiera comprobar que estaba sola. Después de revisar su móvil, se detuvo frente al taller de Teófilo y llamó a la puerta.

—¿Es esa la sospechosa que esperábamos, señor? —preguntó Ander.

Salazar asintió.

—No parece muy peligrosa —comentó Mendoza.

—No os dejéis engañar por las apariencias.

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Esperar —murmuró Salazar, sin quitarle la vista de encima a la puerta del taller—. Debemos estar preparados para seguirla con discreción. Si ha venido desde la plaza, lo más probable es que regrese por el mismo lugar. Ocultaos en el trayecto. Yo os avisaré cuando salga.

Los agentes se colocaron los pinganillos y obedecieron la orden. Salazar se mantuvo vigilando desde la ventana. Las primeras luces del alba aparecieron durante la espera. Al cabo de media hora, La Guardesa salió del taller y después de comprobar que no había nadie cerca, avanzó en dirección a la plaza, tal como había previsto el inspector.

—¡Atentos, va hacia vosotros! —advirtió Salazar—. A ver adónde nos conduce. Mantenedme informado.

—Sí, señor —escuchó Néstor en su propio pinganillo.

Salazar permaneció en la ventana, hasta que la silueta de La Guardesa se perdió de vista. Esperó un tiempo prudencial, para asegurarse de que no regresaba, y salió de la casa. Cruzó la calle para llamar a la puerta de Teófilo.

—Inspector. Ya suponía que aparecería en cualquier momento. Supongo que ya sabe que la mujer que me contactó acaba de marcharse.

Néstor asintió.

—¿Qué pudiste averiguar, Teo?

—Hay que ver los follones en los que usted me mete, inspector. ¿Sabe lo que me puede pasar si mi colaboración con la Policía llega a los oídos inadecuados?

Con un suspiro, el inspector sacó un billete de cincuenta euros del bolsillo del gabán y lo sostuvo entre sus dedos. Lo apartó en cuanto el informante trató de cogerlo.

—Primero la información. ¿Qué averiguaste?

—Usted estaba en lo cierto. Esta mujer me dijo que podía llamarla La Guardesa. Me contactó porque necesita un artista como yo para cubrir una plaza en su negocio, pero primero quiere hacerme una prueba.

—¿Qué tipo de prueba?

Teófilo se mordió los labios, al mismo tiempo que cogía una carpeta de la mesa más cercana. Se la dio a Salazar con la teatralidad de quien entrega un documento de alto secreto, en medio de una película de espías. Néstor la abrió y encontró una hoja con información personal y la fotografía de una mujer joven.

—¿Esto es lo que creo que es?

—Me encargó que falsificara un pasaporte con esa fotografía y esos datos.

Néstor centró su atención en la fotografía. ¿Dónde había visto a esa chica? No se trataba de Arancha, eso seguro, pero… Entonces lo recordó. Telmo le había mostrado a esa misma joven en un cartel con el encabezamiento: «¿Ha visto a esta chica?». Se trataba de Carla Bermúdez, la higienista dental que desapareció en Calahorra, después de Arancha. El estómago de Salazar se anudó en una mezcla de esperanza y preocupación. Aquello significaba que Carla continuaba con vida, pero también que tenían que darse prisa, antes de que sus secuestradores determinaran su destino. El inspector le entregó el billete y le devolvió la carpeta a Teófilo.

—¿Cuándo debes entregar la falsificación?

—En dos días.

—Dales largas… Diles que estás reparando una de las máquinas o que necesitas más tiempo para que el resultado sea perfecto.

—No creo que esta gente tenga mucha paciencia, inspector.

Salazar apoyó la mano en el hombro de Teófilo.

—Trataré de rescatar a la chica lo antes posible, Teo, pero quizá necesite un poco de tiempo extra para encontrarla. Sé que puedo confiar en ti.

—Haré lo que pueda.

Casi una hora después, cuando Néstor salió del taller de Rosales en dirección a la comisaría, recibió una llamada de Echevarría.

—Inspector, hemos llegado al destino y mantenemos la vigilancia.

—¿Dónde estáis?

—En Logroño. Cuando salió del taller del falsificador, la sospechosa cruzó la plaza y subió por el callejón Santiago hasta el mirador, donde había aparcado su coche. Por suerte, Mendoza y yo estábamos tan cerca de la comisaría, que pudimos coger el coche

camuflado, ya sabe, el Clío, y conseguimos seguirla sin que nos detectara. Al llegar a Logroño, entró en un local en la Avenida La Paz y ha permanecido ahí desde entonces.

—¿Estáis seguros? ¿No existe la posibilidad de una puerta trasera en ese local?

—No, señor —le aseguró Ander con tono marcial—. El frente del local es una vidriera. Nos encontramos aparcados muy cerca y tenemos a la sospechosa a la vista.

—¡Excelente, Ander! Buen trabajo. ¿De qué tipo de negocio estamos hablando?

—El nombre del negocio es «Arroyo escondido», señor. Por los carteles de propaganda, se trata de una cooperativa que organiza estancias rurales en Ezcaray.

—Ezcaray —repitió Salazar, pensativo—. De acuerdo, mantened el punto de vigilancia, pero con discreción. ¡Qué no os detecten! Fotografiad a todo el que entre o salga del local.

—Sí, señor.

Al mismo tiempo que Salazar abandonaba el taller de Teófilo con la certeza de que estaban a punto de conseguir un gran avance en su investigación, Remigio y Telmo permanecían en la comisaría, revisando los informes de las desapariciones en otras jurisdicciones, y su posible relación con la «agencia de secuestros» que era el objetivo de su investigación. Mientras tanto, Miguel y Ángela ocupaban la sala de interrogatorios para entrevistar a todos los empleados de Distribexia, uno a uno. No buscaban confesiones reveladoras. Lo que querían era encontrar una grieta, una contradicción, una pista que seguir. Hasta el momento, su esfuerzo había sido inútil.

Ambos policías eran conscientes de que, aunque fuera un proceso lento y laborioso, era necesario. El reloj avanzaba despacio, poniendo a prueba su paciencia. Cuando llegaron a la mitad de la plantilla, decidieron hacer una pausa. Ángela se pasó una mano por la cara, y su compañero resopló. Ambos salieron de la agobiante habitación, bajaron las escaleras y entraron en la sala común. Allí, Remigio y Telmo continuaban concentrados en sus correspondientes

ordenadores. Sin decir una palabra, Miguel se acercó a la máquina de café, seguido por Ángela. Después de rotar la cabeza y mover los hombros para liberar la tensión de sus músculos, Miguel sirvió dos vasos y los depositó tanto en el escritorio de Remigio, como en el de Telmo. Sus colegas los recibieron con una sonrisa y un murmullo de gratitud, sin desviar la atención de sus correspondientes tareas.

—¿Crees que sacaremos algo en claro de estos interrogatorios? —preguntó Ángela, cuando él regresó junto a ella.

Miguel le entregó el siguiente vaso de café y se sirvió el suyo.

—Visto lo visto, no estoy seguro —admitió él, antes de dar un pequeño sorbo a la humeante infusión—, pero no tenemos otra alternativa que intentarlo.

—Todo apunta a que Martínez ha sido capaz de que sus empleados no sean conscientes del tipo de mercancía que moviliza su empresa.

—Es posible, pero no lo veo probable. Alguno de ellos debe estar involucrado en la trama o, al menos, haber sospechado algo. Ese tío no puede ser tan listo.

—Yo no lo subestimaría, Miguel.

Cuando el inspector se disponía a responder, una llamada en su móvil lo interrumpió. Consultó la pantalla y respondió de inmediato.

—¡Jefe Barros!

—Me alegra que pudiera responder de inmediato, inspector. Tengo novedades para usted.

Miguel activó los altavoces del móvil, para que Ángela también pudiera escuchar.

—Adelante, jefe.

—En el registro de las oficinas de Distribexia encontramos una nota manuscrita muy interesante. No dice mucho, pero es significativa: se trata de la dirección de un almacén. Lo llamativo de este almacén es que figura en el informe que nos envió, y que fue identificado como centro de distribución para la mercancía falsa.

Miguel y Ángela intercambiaron una mirada y una sonrisa.

—¿Han conseguido identificar al autor de la nota?

—Todavía no, pero ya está en manos de los calígrafos. La están comparando con las firmas de los contratos de todos los empleados.

Todavía no ha coincidido con ninguno, pero seguimos trabajando.

Ángela entornó los ojos y vocalizó un nombre. Miguel asintió y continuó la conversación.

—Jefe Barros, es posible que el autor de la nota no se encuentre entre los empleados. La letra podría pertenecer a un sospechoso al que le estamos siguiendo la pista.

—Bien, siendo así, puede enviarnos una muestra de la letra de ese sospechoso, para que los peritos la incluyan en las comparaciones.

Miguel terminó la llamada después de darle las gracias al jefe del laboratorio de Científica. Entonces, centró su atención en Ángela.

—Sabes lo que esto significa, ¿no?

Ella asintió.

—Si la nota pertenece a Martínez, será la evidencia que estábamos buscando para vincularlo con Distribexia.

—Tenemos que solicitar una orden al juez, para que Martínez nos proporcione una muestra de su escritura.

—Espera, ten en cuenta que ese tío tiene mucho poder. Ahora se siente cubierto, pero si descubre que hemos encontrado una pista que nos puede conducir hacia él, tratará de librarse moviendo los hilos de los que dispone.

—Entonces, ¿qué sugieres?

Ángela se encaminó a su escritorio y desbloqueó el ordenador.

—Martínez es un ególatra. Le gusta el aplauso y ser el centro de atención —argumentó ella, mientras tecleaba—, con lo cual, no me sorprendería que compartiera demasiado en sus redes sociales. Aquí está.

La subinspectora giró la pantalla hacia Miguel, que se había sentado frente a ella. En el ordenador podía observarse una fotografía publicada en la principal red social del empresario. En ella se veía con claridad el cheque simbólico de una donación a una ONG, firmado por Martínez.

Miguel sonrió con satisfacción.

—¡Eres genial, Ángela! Al haberlo publicado él mismo, podremos usarlo sin necesitar una orden.

—Se lo enviaré al jefe Barros —anunció ella, con una sonrisa de satisfacción.

Capítulo 31

En cuanto Salazar llegó a San Miguel, hizo llamar a Remigio y Telmo para que se reunieran con él en su despacho. Mientras los esperaba, tomó algunas notas en la pizarra del caso. Un par de minutos después, sus compañeros llamaron a la puerta y entraron. Remigio ocupó una de las sillas frente a su escritorio, mientras Telmo permanecía de pie en un rincón, con la tableta en la mano. El inspector jefe les informó acerca de las novedades sobre La Guardesa y les preguntó si habían conseguido algún avance. Remigio se recostó en el respaldo y se acomodó la chaqueta, como si necesitara estar un poco más cómodo para responder.

—Hice una revisión exhaustiva de todos los casos en los que tenemos la certeza de que la «agencia» estuvo involucrada. Lo que puedo deciros acerca de su *modus operandi* es que siguen un patrón muy bien definido. Aunque esta comprobación no aporta nada que no sepamos ya, sí nos permite descartar aquellas investigaciones que no están relacionadas.

—Además de que podemos concluir que el estratega es meticuloso y predecible —intervino Telmo.

—Buena observación, hijo —lo felicitó Remigio.

El subinspector sonrió, sin ocultar su satisfacción por el reconocimiento.

—Y eso apunta a las sospechas de la Guardia Civil de que El Maestre recibió entrenamiento militar —sentenció Néstor—. ¿Qué puedes decirnos tú, Telmo? ¿Encontraste algo?

—Me temo que nada, jefe. Salvo que decidí excluir dos de los casos, porque algunos elementos no encajaban.

—¿Estás seguro?

—El chaval me lo consultó y estoy de acuerdo —intervino Remigio—. Esos no concuerdan.

—Bien. Centrémonos en aquellos que se relacionen sin ninguna duda. No queremos ruido que desvíe nuestra atención. Continúa trabajando en esto, Remigio. Quizá en algunas de esas investigaciones encuentres pistas que nos puedan resultar de utilidad.

El inspector Toro levantó el pulgar.

—Dalo por hecho.

—En cuanto a ti, Telmo. Quiero que investigues todo lo referente a ese negocio de viajes rurales. Se anuncia como «Arroyo escondido» —El subinspector tomó nota en su tableta—. Sospecho que ese arroyo oculta algo más que agua.

—Entendido, jefe.

—¿Qué piensas hacer tú, mientras tanto? —le preguntó Remigio.

—Yo trataré de indagar en el terreno. Creo que es el momento de hacerle una visita a La Guardesa, para conocerla en persona.

Remigio y Telmo salieron del despacho para cumplir sus asignaciones, mientras Néstor echaba una última ojeada a la pizarra, como si quisiera memorizar el nuevo mapa de la situación. Entonces, el inspector jefe salió de la comisaría y se encaminó a su casa. Cuando llegó a la buhardilla, Gabi jugaba en su corral como si jamás se hubiera involucrado en una trastada. Rebeca la vigilaba desde el sofá con el móvil en la mano y expresión de aburrimiento. Paca también se mantenía atenta desde un estante alto. Hacía mucho tiempo que lo había desalojado de los objetos impertinentes, que en algún momento osaron atravesarse en su camino. Todos, sin excepción, habían terminado en la bolsa de la basura, hechos pedazos. Rebeca no disimuló su sorpresa cuando vio aparecer a Néstor en casa a esa hora.

—¿Ha ocurrido algo?

Salazar sacudió la cabeza.

—Solo he venido a cambiarme de ropa para representar un papel —le dijo, mientras cruzaba la buhardilla en dirección a la habitación. Rebeca cogió a Gabi en brazos y lo siguió.

—¿Cambiarte de ropa? ¿Representar un papel? ¿Significa que habéis avanzado en la investigación?

Néstor le explicó los últimos descubrimientos a su esposa y compañera, al mismo tiempo que se cambiaba la corbata de aguacates por una más discreta de seda gris, y sustituía el gabán por un elegante abrigo. El cambio de imagen fue tan radical, que Rebeca parpadeó. Salazar se acercó a ella, le tocó los labios con los suyos y dio un beso en la cabecita de su hija, dispuesto a salir de inmediato. Rebeca lo sujetó por el hombro.

—¡Quieto ahí! ¡Iré contigo!

—¿Qué? ¡No estarás hablando en serio! ¿Qué pasa con Gabriela?

—Eso no es problema. Le pediré el favor a Dika de que la cuide por un par de horas. Sé que estará encantada de hacerlo.

—Pero… estás de permiso.

—¡Eso ya lo sé! Pero, estoy más aburrida que un acuario de almejas. Además, te vendrá bien un poco de ayuda para mejorar la cobertura de tu disfraz. No queremos que La Guardesa sospeche, ¿verdad? Y por lo que me has contado, se ve que es muy lista.

Salazar quiso protestar, pero no encontró ningún argumento convincente. Él, que se creía tan listo, se había quedado *in albis* frente a la determinación de su mujer. Karma, hubiera dicho su suegra.

Rebeca volvió a dejar a la niña en su corral y después de conectar los altavoces del móvil, llamó a Dika, al mismo tiempo que se cambiaba de ropa.

—¡Claro que sí, mi alma! Yo me quedo con la Gabrielita, mientras tú arreglas ese lío, Rebeca. ¡Faltaría más! «Que pa' eso» estamos los amigos, «pa'» echarnos una mano cuando hace falta. Además, tú sabes que me encanta estar con la chiquilla. Si es más bonita que un sol. Parece un angelito del cielo, la criatura.

Mientras esperaban la llegada de Dika, el inspector se comunicó con Telmo y activó los altavoces, para que Rebeca pudiera escuchar. El subinspector le informó lo que había averiguado hasta ese momento, acerca del negocio donde «trabajaba» La Guardesa, en Logroño. «Arroyo escondido» era una pequeña agencia de hospedaje que administraba una única casa rural en los alrededores

de Urdanta, cerca de Ezcaray. Ofrecían estadías para turistas que buscaran la tranquilidad en un entorno natural y aislado.

—Una casa rural —repitió Salazar, pensativo—. Una fachada interesante para quienes se dedican al secuestro.

—Así es, jefe. Se promocionan en las redes sociales a través de la cuenta de una joven *influencer,* que habla de vida sostenible y publica fotos de la casa rural.

Salazar frunció el ceño.

—¿Una chica? Eso no me lo esperaba. ¿Cómo encaja en este entramado?

—Quizá solo forma parte de la fachada —sugirió Rebeca.

Néstor asintió.

—Es posible, pero debemos cerciorarnos. Telmo, ocúpate de investigar a esa joven. Quiero saber si está involucrada.

—De acuerdo, jefe.

Cuando Salazar terminó la llamada, ya tenía una idea más clara de lo que iban a encontrar en Logroño. Rebeca terminó de vestirse en pocos minutos. Ya estaba lista cuando se escuchó el timbre. Salazar abrió y Dika, sonriente, entró en la buhardilla como un huracán en el Caribe, saludó al paso a su desconcertado compadre y se apresuró a coger en brazos a la chiquilla, que manifestó su alegría con carcajadas y gritos de satisfacción.

Desde su atalaya, Paca maulló su descontento. ¡Qué poco respetuosos eran los alborotados humanos con su dignidad felina!

Néstor dejó escapar el aire en un largo suspiro y buscó a Rebeca con la mirada.

—¿Vamos?

Ella sonrió con satisfacción.

—Cuando tú lo decidas, cariño.

Una hora después, Néstor y Rebeca habían llegado a la agencia de hospedaje, en Logroño. Antes de entrar, el inspector localizó de reojo el coche desde donde vigilaban Pérez y Rivera, quienes habían relevado a Echevarría y Mendoza. Cuando los inspectores entraron en la agencia de hospedaje rural, los recibió el leve perfume a lavanda del ambientador. La oficina tenía una decoración tan minimalista, que el policía se preguntó si la habrían organizado en

una sola tarde. Solo contaba con dos escritorios, uno de ellos vacío. ¿Quizá el de El Maestre? Detrás del que se encontraba ocupado, La Guardesa los recibió con una sonrisa ensayada.

—Bienvenidos a «Arroyo escondido», una experiencia de paz, aire puro y descanso. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Los policías ocuparon las sillas frente a ella. Rebeca se sentó con la espalda recta, mientras Salazar se recostaba en el respaldo y estiraba un poco las piernas, con la actitud relajada de un cliente sin ninguna prisa.

—Nos han hablado muy bien de la casa rural que ustedes administran. Es justo lo que necesitamos para desconectar y hemos venido para informarnos, señora…

—Mariana. Mi nombre es Mariana Corrales —respondió La Guardesa, al mismo tiempo que abría un tríptico y se los mostraba —. Como pueden ver, la casa está ubicada en Urdanta, cerca de Ezcaray. Es ideal para una escapada rural. Sin embargo, aunque me gustaría poder ofrecerles una fecha cercana, me temo que ya tiene reservación para el resto del año.

Néstor enarcó las cejas.

—¡Es sorprendente que la demanda sea tan alta, incluso en temporada baja!

Mariana ladeó la cabeza con gesto amable, como si empatizara con la frustración de sus clientes.

—En el entorno donde está ubicada la casa, cada estación tiene su encanto. Nuestra clientela es muy fiel y suele reservar con mucha anticipación.

—¿No dispone ni siquiera de un par de días? —preguntó Rebeca con tono suplicante, al mismo tiempo que cogía la mano de Néstor —. Es justo lo que estamos buscando y necesitamos esas vacaciones.

—Lo lamento mucho, pero ya no tenemos ni un solo día disponible para este año. Sin embargo, si me proporcionan un contacto, podría avisarles si hay alguna cancelación.

Salazar se inclinó sobre el escritorio y negó con la cabeza.

—No será necesario. Preferimos tener una fecha precisa. Ya que no es posible, intentaremos otras opciones.

—Lo comprendo. Lamento no haber podido complacerlos.

—Es una lástima —se quejó Rebeca con tono de desilusión—. La casa es tan perfecta para una segunda luna de miel.

Néstor apretó la mano que sostenía Rebeca y le sonrió.

—Si mi mujer está tan entusiasmada con esta casa, estoy dispuesto a hacer lo posible por complacerla —Salazar extendió la mano libre hacia Mariana—. ¿Podríamos llevarnos el folleto? Tal vez decidamos una reservación para el próximo año.

La Guardesa dibujó una falsa sonrisa y le entregó el tríptico.

—Por supuesto. Será un placer tenerlos como clientes.

Néstor y Rebeca salieron a la calle y el frío de la mañana los azuzó, hasta que se resguardaron en su coche. Antes de encender el motor del Ibiza, el inspector se volvió hacia su mujer.

—¿Qué opinas?

Después de pensarlo por un momento, Rebeca respondió.

—Que todo esto no es más que una fachada, por supuesto. ¿Qué sentido tiene abrir una agencia de hospedaje para una sola casa, que, además, ya tiene cubiertas todas las reservaciones del año? Es absurdo.

Néstor asintió.

—Opino lo mismo. Y en estas circunstancias también resulta absurda la tarea de la *influencer*. ¿Para qué quieren promocionarse si ya tienen más clientes de los que pueden atender?

—Están tratando de dar apariencia de negocio legal a algo que no lo es.

Néstor asintió.

—No tengo duda de que, además de proporcionar una fachada, este «negocio» también sirve para el blanqueo.

El móvil de Salazar interrumpió la conversación. Él consultó la pantalla, respondió la llamada y activó los altavoces.

—Toni, me alegra escucharte, colega. Supongo que tienes algo para mí.

—Por supuesto. Ya encontré el rastro de los correos electrónicos con los que extorsionaron a las víctimas. No fue fácil, porque tuve que seguirlos a través de varias VPN… El caso es que llegué hasta el origen. Salieron de un pequeño negocio en Logroño. Se dedica a la

organización de hospedajes rurales y su nombre es «Arroyo escondido».

Salazar y Rebeca sonrieron a la vez. La llamada de Toni no podía haber llegado en mejor momento.

—Gracias, colega. Eres el mejor.

—No lo dudes. Enviaré el informe al correo de la comisaría ahora mismo.

Salazar terminó la llamada y volvió a marcar. Le respondieron al tercer timbrazo.

—¡Telmo! Tengo un encargo para ti. Vas a recibir un informe del departamento de Informática. Con base en él, solicita una orden judicial para el registro de la agencia de hospedaje rural «Arroyo escondido». Incluye la revisión de sus finanzas.

Capítulo 32

De regreso en Haro, Rebeca se fue a casa para continuar su «permiso maternal», mientras Néstor aparcaba el coche y se dirigía a la comisaría. Una vez allí, el inspector jefe subió a la sala común, donde encontró a Telmo y Remigio centrados en sus ordenadores.

—¡Joder! ¿Quién es usted y qué ha hecho con Salazar? —La voz de Remigio estaba cargada de sorna.

Néstor miró su propio abrigo como si no lo reconociera.

—Ya lo ves. A veces es necesario disfrazarse.

Toro ladeó la cabeza.

—Te resta personalidad.

Telmo sonrió en silencio, mientras pretendía mantener su atención en el ordenador.

—¿Dónde están Miguel y Ángela? —preguntó Néstor, para cambiar de tema.

Remigio se recostó en el respaldo, antes de responder.

—Son más listos que nosotros. Decidieron ir a comer, mientras esperan un resultado de Científica. Mencionaron algo sobre una firma.

—¿Conoció a La Guardesa, jefe? ¿Consiguió alguna pista?

Salazar asintió y les informó acerca de su visita a la «agencia de hospedaje rural». Cuando terminó, Remigio se inclinó hacia adelante sobre su escritorio.

—A ver, déjame entender: El fulano negocio de hospedaje administra una sola casa rural, que además tiene las reservaciones cubiertas para todo el año, y no puede recibir un cliente más. Aun así, le pagan a una *influencer* para que los promocione —Salazar

asintió—. ¡Esto es más sospechoso que un político reconociendo un error!

—Rebeca y yo llegamos a la misma conclusión. ¿Qué puedes decirnos de la *influencer*, Telmo?

—Su nombre es Tania Gálvez, 23 años, sin antecedentes criminales. Se promociona a sí misma como «*Community Manager*». No tiene ningún estudio relacionado con su actividad.

—¿Autodidacta? —preguntó Remigio.

—Tal vez, inspector. Fue lo que pensé en un primer momento, cuando vi el número de sus seguidores, que es considerable. Sin embargo, me llamó la atención que casi ninguno de ellos tenía fotos de perfil y que sus nombres de usuario eran bastante extraños. Decidí hacer una auditoría y empleé una herramienta para determinar si eran auténticos.

—Y no lo eran —aventuró Néstor.

Telmo sacudió la cabeza.

—La mayoría, no. Apenas una docena son reales.

—Más sospechoso, todavía —gruñó Remigio.

Salazar se acercó a la máquina de café, se sirvió una infusión y dio un pequeño sorbo.

—Tenemos que hablar con esa chica. Telmo, ocúpate de que se le envíe una citación para declarar aquí, en comisaría.

—Sí, jefe.

Néstor suspiró, antes de centrar su atención en Toro.

—Remigio. ¿Tú has encontrado algo más?

—Estoy analizando cada caso que sospechamos que está relacionado con «la agencia» y también trato de establecer puntos en común. Tardaré algunas horas más en llegar a conclusiones.

—De acuerdo. Continúa trabajando en ello. Telmo, ¿ha llegado la orden para el registro de «Arroyo escondido»?

—Debe llegar en cualquier momento.

—Cuando la recibamos, encárgate de revisar los movimientos financieros de la agencia.

—Sí, jefe.

—Yo investigaré a Mariana Corrales, La Guardesa. Estoy seguro de que no tardaremos en encontrar evidencias contra ella. Tenemos

que estar preparados para su arresto.

Mientras sus compañeros se ocupaban de sus correspondientes indagaciones, Néstor, con el vaso de café en la mano, bajó al primer piso y se encerró en su despacho, dispuesto a averiguar a quién se enfrentaban. Como sospechaba, Mariana Corrales estaba fichada. La habían arrestado por posesión de drogas durante una redada en un local nocturno, cuando tenía 20 años. Su abogado había conseguido librarla de la acusación por un tecnicismo.

Una llamada entrando en su móvil lo interrumpió. Salazar consultó la pantalla y respondió de inmediato. La inconfundible voz de don Braulio lo saludó desde el otro lado de la línea.

—Me alegra encontrarte, chaval. Tengo novedades para ti.

—Lo escucho, don Braulio.

—Tenías razón. Hay una organización criminal que se dedica a los secuestros y actúa en toda La Rioja. Trabajan como intermediarios entre el autor intelectual y los delincuentes que ejecutan el secuestro, a cambio de una generosa paga. Algunos de sus clientes, organizaciones criminales, son fijos. Otros los encuentran a través de la red oscura, y los contratan para un «trabajo» en particular. En cualquier caso, no le hacen ascos a ningún «encargo», siempre que les cubran sus tarifas.

—¿Qué hacen con sus víctimas?

—Se las entregan a sus clientes, así que el destino de cada uno dependerá del motivo del contrato…

Salazar suspiró. Las palabras del excomisario confirmaban sus peores temores.

—¿Desde cuándo funciona esta… red en La Rioja?

—De eso no tengo certeza. Más de dos o tres años.

—¿Cómo es que no hemos sabido nada de ellos, hasta ahora?

—Son muy discretos y astutos. Según mis informantes, además de tener un «cupo limitado» de víctimas para no llamar la atención, actúan siguiendo estrategias que consiguen que las desapariciones parezcan voluntarias. Por otro lado, los delincuentes que ejecutan los secuestros nunca son oriundos de La Rioja, sino que los traen de otras provincias.

—Confirma lo que nos han informado nuestras fuentes.

—No lo dudo. Además, cada sicario es contratado una sola vez. De ese modo, evitan que sus subordinados comprendan que están trabajando para una estructura organizada. Aun así, es imposible llevar adelante una trama como esta sin que nadie se entere.

—¿Cómo consiguió reunir esa información?

—Por separado y atando cabos, hijo. De algo tienen que servir mis años de experiencia. Hay un dato más, que también es importante.

—Lo escucho.

—En todos los casos que pude comprobar, la contratación la llevó a cabo un hombre de mediana edad que parecía un ejecutivo.

Salazar comprendió que don Braulio acababa de describir a El Pastor. Le agradeció su ayuda al excomisario, terminó la llamada y se dispuso a salir de la comisaría.

Después de cruzar la plaza, Néstor llegó a La Callecita. El bar todavía olía a pan tostado y ajo frito en aceite de oliva. Ya había pasado la hora de la comida, así que solo quedaban los parroquianos más rezagados: una pareja, que discutía en voz baja en una mesa junto a la ventana, y un cliente solitario que removía su café con desgana, en la mesa del fondo.

Salazar se sentó en la barra y movió los hombros, buscando relajarlos. Gyula salió de la cocina, al mismo tiempo que se secaba las manos con un trapo.

—No sabía que venías. Acaba de terminarse el guisado.

Salazar esbozó una sonrisa cansada.

—Solo dame algo rápido.

Gyula asintió y le sirvió una tapa de tortilla, que acompañó con una taza de café, al que añadió un chorrito de leche.

Néstor partió un trozo de la tortilla con el tenedor.

—¿Pudiste averiguar algo?

Gyula se apoyó en la barra y negó con la cabeza.

—Nada. Ni un susurro. Es como si nunca hubiera pasado.

Salazar tragó el bocado de tortilla y asintió.

—Ya lo esperaba.

Gyula cruzó los brazos.

—Pues a mí me sorprendió. No es habitual que un suceso así tenga tan poca repercusión en la calle.

Salazar se llevó el café a los labios y bebió un sorbo.

—Los que lo ejecutaron no son de aquí.

—Eso lo explica.

—Es posible que esto haya levantado algunas ampollas.

—Lo indagaré con discreción. Te avisaré si descubro algo.

Salazar asintió. Mientras terminaba su refrigerio, solo se escuchó el tintineo de los cubiertos contra los platos y el rumor lejano de la conversación de la pareja.

La entrada de un mensaje en el móvil del inspector resonó como una campanada. Él comprobó de qué se trataba.

—Debo regresar a la comisaría. Gracias por la tortilla. Nos vemos luego.

Capítulo 33

Respondiendo al mensaje de Remigio, Néstor cruzó la plaza a paso apresurado, para regresar a la comisaría. En la sala común encontró al resto del equipo. Miguel y Ángela estaban ocupados en sus correspondientes ordenadores, mientras Telmo y Remigio hablaban en voz baja, junto a la máquina de café. Cada uno sostenía un vaso en la mano. En cuanto el inspector jefe cruzó el umbral, Toro desvió la atención de la conversación, para centrarla en él.

—¡Has llegado muy rápido!

Después de pasear la mirada por Miguel y Ángela, Néstor se acercó a su equipo y habló en voz baja.

—Estaba cerca. ¿Qué fue lo que averiguaste, Remigio?

—Encontré un caso más, además de los que tú ya habías identificado. Se trata de otra joven que desapareció de Lardero hace tres años. Elvira Marcano, de 25 años, funcionaria de Correos. Es probable que fuera la primera víctima.

Salazar se mordió los labios.

—Otra mujer joven que encaja en el perfil.

—Todas las víctimas encajan, salvo el empresario que apareció muerto —apuntó Telmo.

—Un encargo de otro «cliente».

—¿Cree que los secuestros de las tres jóvenes fueron ordenados por el mismo autor intelectual, jefe?

—Es muy probable, Telmo, pero hasta que no consigamos evidencias que lo demuestren, debemos tener en cuenta todas las opciones. Continúa, Remigio.

—Vale. El modus operandi siempre ha sido el mismo: las víctimas fueron atraídas a un paraje solitario. Para conseguirlo, las

extorsionaron amenazando a un familiar cercano.

Néstor asintió.

—Son los correos que Toni rastreó hasta la agencia de turismo.

—Esos mismos —continuó Remigio—. Otro factor común es que cuando las víctimas acudían al encuentro para entregar el dinero que les habían exigido, una falla en el coche las obligaba a detenerse o causaba un pequeño accidente que les impedía llegar a su destino.

Telmo tiró su vaso de café en la papelera, al mismo tiempo que asentía.

—Está claro que Arancha González fue una de las víctimas de estos sujetos, jefe.

—Sin lugar a duda —Salazar asintió en dirección a Remigio, para animarlo—. ¿Qué más descubriste?

—En todos los casos, los coches se encontraron en el lugar en el que quedaron inmovilizados, pero sus conductores habían desaparecido.

—¿Encontraste alguna conexión entre las víctimas?

Remigio negó con la cabeza y enumeró con los dedos para hacer énfasis en su argumento.

—Una funcionaria de correos de Lardero de 25 años. El empresario de 40 años que vivía en Logroño. Arancha, de 23 años, dependienta, proveniente de Haro. La chica de 27 años, higienista dental, desaparecida en Calahorra. No se conocían entre ellos y tampoco encontré nada que los relacionara.

—¿Indagaste aficiones en común?

—No solo eso. También le pedí a Toni que comprobara si pertenecían a algún foro en Internet y que revisara sus redes sociales. Él tampoco encontró nada.

—Así que lo único que tienen en común es que se convirtieron en blanco de «la agencia» —concluyó Salazar—. Eso confirma que sus secuestros fueron ordenados por diferentes «clientes».

—Sin embargo, es probable que algunos de estos secuestros los haya encargado el mismo autor intelectual, jefe —Telmo cambió de postura cuando Salazar centró su atención en él—. Me refiero a que varias de las víctimas encajan en el mismo perfil.

—Mujeres jóvenes. Estoy de acuerdo contigo, Telmo. Si tenemos en cuenta el perfil de la mayoría de las víctimas y el intento de La Guardesa de contratar a Teófilo como falsificador, todo apunta a la trata de personas como motivo del principal cliente de la agencia.

—¡Joder, esto cada vez se hace más grande! —se quejó Remigio.

Salazar recordó que la idea no era nueva. La teoría surgida de una conversación con Rebeca había sido descartada cuando descubrieron evidencias que los condujeron a «la agencia». Estaba claro que «Arroyo escondido» no se dedicaba a la trata, pero ¿y si trabajaba para una organización que sí lo hacía? Esa idea encajaba mucho mejor en el cuadro que se dibujaba frente a ellos. ¿Habría sido ese el destino de Arancha? ¿Estaría retenida contra su voluntad en algún lugar dentro o fuera del país? ¿Seguía con vida? ¿Y las demás jóvenes? Ninguno de sus cuerpos había aparecido, lo cual dejaba espacio para la esperanza.

Un tono proveniente del móvil de Telmo interrumpió sus pensamientos. El subinspector consultó su teléfono y dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Acaba de llegar la orden para el registro de la oficina de hospedaje rural. El juez también nos autorizó a revisar sus movimientos financieros. Esto debe ayudarnos a avanzar. ¿Quiere que envíe la orden a Científica, jefe?

Néstor frunció el ceño y se quedó pensativo por un momento.

—Todavía no, Telmo. Tenemos que ser más astutos que ellos. Aunque ella misma no lo sabe, La Guardesa ya ha caído, pero debemos ser cuidadosos para que no se nos escapen los otros dos.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Daremos curso a esa orden. No tengas duda de ello. Sin embargo, primero quiero que averigües todo lo que puedas acerca de la casa rural en Urdanta. También quiero que organices una vigilancia sobre ese lugar. Es lo bastante apartado como para que sirva de algo más que de fachada.

Remigio entornó los ojos.

—¿Estás pensando que es allí donde esconden a las víctimas?

—No en forma definitiva, pero sí podría ser un lugar de tránsito, antes de entregárselas a sus «clientes».

—Yo me ocupo, jefe.

—¿Sabemos cuál es el banco que utiliza «la agencia» en sus transacciones?

—Sí, jefe. Está en los informes: «BanRioja».

—Iré a hacerles una visita.

Remigio se acomodó la cintura de los pantalones.

—Veo que tenéis encaminadas las indagaciones sobre «la agencia». Yo me encargaré de hacer algunos contactos con los colegas de las ciudades cercanas. Teniendo en cuenta que los que hacen el trabajo sucio son contratados fuera de La Rioja, es posible que encuentre indicios acerca de la estructura de la organización, en las comunidades de los alrededores. Tal vez también pueda averiguar algún dato sobre El Maestre o El Pastor.

—Es una excelente idea, Remigio. Nos vemos luego.

Miguel apartó la mirada de su ordenador por un momento, cuando sus compañeros se dispersaron. Mientras Salazar abandonaba la sala común, Remigio y Telmo regresaron a sus escritorios, para cumplir con sus correspondientes tareas. Sus colegas no habían encendido los ordenadores, cuando el tono del móvil de Miguel anunció la entrada de una llamada. Pedrera parpadeó, como quien despierta de un sueño profundo. Cuando comprobó la pantalla de su teléfono, respondió de inmediato. Después de escuchar por un momento, Miguel se sacudió el desánimo.

—¡Lo tenemos! —exclamó, consiguiendo que todas las miradas se centraran en él.

Aunque no había escuchado las palabras del interlocutor de Miguel, Ángela supo de inmediato de qué se trataba. Pedrera le dio las gracias al jefe Barros y terminó la llamada. Entonces, sonrió a su compañera.

—La llamada era de Científica. Ya los peritos caligráficos terminaron la comparación de la nota con la firma que les enviamos. Coincide en todos los puntos. No tienen ninguna duda de que se trata de la misma persona.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Ángela con entusiasmo.

De inmediato, Miguel se comunicó con la secretaria del comisario.

—Lali. Quiero que cites a Eduardo Martínez para que declare en comisaría, mañana temprano. En pocos minutos te enviaré el informe que sustenta la convocatoria.

Capítulo 34

Después de salir de la comisaría, Salazar cogió su Ibiza y se trasladó a Logroño. Aparcó en batería frente a la sede principal de BanRioja, que ocupaba los bajos de un edificio de reciente construcción, y destacaba por su fachada de mármol y vidrio reforzado. Lo recibió una temperatura perfecta, que contrastaba con el inclemente frío de la calle. Cerca de la entrada, detrás de un mostrador de madera oscura, una joven recepcionista orientaba a los clientes que necesitaban información. Predominaba el silencio, solo roto por algún murmullo ocasional.

Después de identificarse con la recepcionista, ella lo condujo hasta uno de los despachos de la zona reservada. Junto a la puerta había una pequeña placa dorada: «Risto López.» «Gerente». En el interior encontró a un hombre cercano a la jubilación. López escuchó las explicaciones de la empleada con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Es bastante inusual que nos visite la Policía. ¿Qué podemos hacer por usted, inspector?

Néstor le entregó la orden del juez.

—Necesito toda la información que pueda proporcionarme acerca de las transacciones de este cliente. Por duplicado.

El gerente parpadeó.

—«Hostelería Arroyo escondido». Por duplicado. Aguarde un momento, por favor.

Con la ayuda de una de las empleadas del banco, López reunió los documentos que el policía le había solicitado y le entregó dos carpetas que todavía olían a tinta fresca. El inspector comprobó el contenido de ambas y le devolvió una.

—Excelente. En pocas horas recibirá la visita de un mensajero de Científica, que vendrá a recoger esta carpeta.

López cogió la segunda carpeta con un asentimiento. Después de agradecerle su colaboración al gerente, Salazar salió del banco, subió al Ibiza y puso rumbo a Haro.

Cuarenta y cinco minutos después, Néstor llegó a la comisaría. Al pasar junto a la recepción, se detuvo por un momento.

—García, ¿quiénes están cumpliendo el turno de vigilancia en Logroño?

—Echevarría y Mendoza, inspector.

Néstor asintió, palmeó la barra de la recepción a modo de despedida y subió las escaleras. Una vez en su despacho, el inspector llamó a Echevarría por el móvil.

—¿Alguna novedad, Ander?

—Todo ha estado muy tranquilo, inspector. Esta agencia tiene muy poco movimiento. En toda la mañana, aparte de usted y la inspectora, solo la han visitado un hombre y una mujer.

—¿Pareja?

—Por separado.

—¿Clientes o empleados?

—Lo lamento, señor. Eso no lo tenemos claro. Solo puedo decirle que ninguno se ha quedado durante mucho tiempo. Enviamos sus fotografías al correo de la comisaría.

—Excelente, Ander. Telmo y yo nos ocuparemos. En el transcurso del día vamos a enviar la orden de registro a Científica, así que es probable que el equipo se presente durante vuestro turno. Sin importar lo que ocurra, Mendoza y tú debéis mantener la vigilancia sobre La Guardesa. Ella es vuestro objetivo.

—Entendido, señor.

Salazar terminó la llamada y se comunicó con Telmo, quien se presentó en el despacho casi de inmediato.

—¿Cuáles son las novedades, Telmo?

—Pérez y Rivera ya se encuentran en Urdanta, vigilando la casa rural, jefe. Están usando el coche de Rivera y tienen orden de tratar de pasar desapercibidos.

—No debe ser tarea fácil en un pueblo tan pequeño y aislado.

—No lo es, señor. Por eso se están haciendo pasar por turistas que sufrieron un desperfecto en el coche. De ese modo no deberían llamar la atención, si alguien detecta su presencia.

—Bien pensado, Telmo. ¿Qué han reportado?

El subinspector desbloqueó la pantalla de su tableta.

—Según me informaron, la casa se encuentra ocupada por una familia: matrimonio con un niño que ronda los cinco años.

Salazar frunció el ceño. No parecía el perfil de huésped que se involucraría en una trama como esa. Sin embargo, no sería la primera vez que tropezaba con delincuentes, lo bastante inescrupulosos como para utilizar niños como escudo o fachada.

Néstor suspiró. Aquello le gustaba cada vez menos.

—Continúa.

—Sí, jefe. La casa rural fue comprada por la agencia hace tres años. Sus legítimos dueños eran los herederos de Jacinto Bermúdez, un hombre que nació y vivió allí toda su vida, ocupándose de su huerta y sus animales. Falleció a los 90 años. La casa se encontraba casi en ruinas y sus hijos no estaban interesados en conservarla, así que la pusieron en venta.

Salazar asintió para sí mismo.

—¿Quién firmó el contrato de compraventa?

—Mariana Corrales, en representación de «Hospedaje Arroyo Escondido, SL».

—¿Arroyo escondido tiene algún socio?

—No, jefe. Tampoco hay constancia de que tenga ningún empleado, o, al menos, no han inscrito a nadie en la Seguridad Social, a nombre de la empresa.

El inspector frunció el ceño.

—Sin embargo, cuando Rebeca y yo visitamos la oficina, pudimos comprobar que había otro escritorio y estoy seguro de que alguien lo había usado hace poco… Continúa, solo pensaba en voz alta.

—Sí, señor. La «agencia» remodeló la casa, introduciendo todas las comodidades modernas, pero conservando el aspecto y las características rústicas del ambiente rural. Al parecer, tiene mucho éxito, pues al igual que usted, los contacté para hacer una

reservación, con el mismo resultado: no disponen de ningún cupo hasta el próximo año.

Salazar llenó sus pulmones de aire y lo soltó en un largo suspiro, mientras las piezas buscaban engranaje en su cabeza a velocidad de vértigo. Después de algunos segundos, respondió:

—Muy bien. Ander me dijo que había enviado las fotografías de las personas que visitaron la agencia hoy.

—Sí, jefe. Las acabamos de recibir en el correo de la comisaría. Se trata de un hombre y una mujer. De momento, no me resultaron conocidos.

—Entre ellos podrían estar El Maestre o El Pastor. Si tenemos suerte, quizá encontremos alguna relación con el caso Arancha. De cualquier modo, es importante identificarlos. Utiliza el sistema de reconocimiento facial para analizar las fotografías. Ambas. No podemos descartar a nadie, todavía. Crúzalas con el archivo de antecedentes criminales. Veamos a dónde nos lleva.

—Sí, jefe.

Néstor se mordió los labios, antes de dar la siguiente orden.

—Ha llegado el momento de que Científica haga su trabajo en la oficina de la agencia. Envíales la orden de registro.

Capítulo 35

Después de que Telmo salió del despacho para cumplir las órdenes de su superior, Salazar se dispuso a estudiar los documentos que le había entregado el gerente de BanRioja. Se sentó frente al escritorio con un suspiro de resignación, al mismo tiempo que dejaba caer la carpeta con un golpe sordo. De inmediato, se sumergió en las cifras y balances en busca de una transacción extraña, de una cifra que no encajara.

La frustración crecía en su interior conforme avanzaba en la tarea. La agencia de hospedaje parecía un negocio legítimo. Ingresos regulares, gastos previsibles: mantenimiento, suministros… Cifras anodinas, carentes de irregularidades. Sin embargo, su instinto le decía que algo no estaba bien.

Néstor pasó las siguientes horas garabateando notas al margen y subrayando transacciones, que en un primer momento le parecieron sospechosas. Nada.

El negocio apenas cubría sus gastos. Un establecimiento con una clientela fiel, reservas cubiertas durante todo el año, pero sin margen de beneficio.

Salazar apoyó la espalda en la silla, cerró los ojos y los frotó con sus dedos. No había duda de que la agencia era una fachada, pero el dinero del verdadero negocio, el de los secuestros, al parecer, no pasaba por sus cuentas. El tono del móvil interrumpió su concentración. Parpadeó como si hubiera despertado de un profundo sueño y respondió sin comprobar de quién se trataba.

—Acaba de llegarme una orden de registro de tu caso. ¡La madre que te parió! ¡Ya me parecía a mí que llevabas mucho tiempo sin dar la tabarra! Eres más molesto que un crío con una corneta.

—A mí también me alegra escucharte, Casi.

—¡Hipócrita! A ti lo único que te interesa de mí es que te saque las castañas del fuego, para poder colgarte medallitas a mis costillas. ¿Acaso me has preguntado si he desayunado? ¡No! Al señorito, perdón, al señor padre de familia, le importa un pimiento si desfallezco de hambre.

Néstor sonrió sin inmutarse. Casimiro estaba de buen humor, y eso eran buenas noticias.

—Son las ocho treinta de la tarde, Casi. En todo caso, tendría que preguntarte si has merendado.

—¡Y dale! ¡Qué yo desayuno cuando me sale de las narices! ¡Que no te enteras! «Pringao» … Por cierto, ¿cómo están tu «señora esposa» y esa preciosa niña que se salvó de heredar tu fea cara?

—Ellas están muy bien, Casi. Gracias por preguntar.

—Vale, ¿dónde me había quedado? Ah, sí, en «pringao». Te estaba definiendo. En fin, ya el equipo está preparado para el registro y yo mismo lo encabezaré. Saldremos en pocos minutos. No te lo mereces, pero yo soy así de generoso. ¿Buscas algo en particular?

—Estoy seguro de que cualquier hallazgo será útil para la investigación, Casi, pero estamos muy interesados en encontrar alguna pista, que nos conduzca a los cómplices de la mujer que dirige la agencia.

—Vale. Tomo nota. Aunque debería enviarte a freír espárragos y ejecutar el registro sin preocuparme de si te sirve o no. ¡Qué eres más ingrato que un vampiro vegano en un banco de sangre!

—No podría resolver ningún caso sin tu valiosa ayuda, Casi.

—Ahí, ahí le has dado. Ahora, no incordies más y déjame hacer mi trabajo. ¡Qué eres más inoportuno que el hipo! Y si eso… ya te enviaré los resultados.

—¡Eres el mejor, Casi!

—¡Qué no me hagas la pelota! ¡Qué no cuela, zopenco!

El jefe Barros terminó la llamada, sin darle oportunidad a Salazar de responder. El inspector guardó el móvil con una sonrisa de satisfacción. ¡Qué buen amigo era Casi! Llamaron a su puerta, antes de que pudiera reanudar su tarea. Salazar dejó escapar un suspiro.

—Adelante

Telmo entró con la tableta en la mano.

—Tengo la lista que el sistema de reconocimiento facial identificó como posibles sospechosos, jefe. No encontré coincidencias en el caso de la mujer, pero sí hay cinco sujetos con antecedentes, cuyos puntos biométricos concuerdan con los del hombre de la fotografía que envió Ander.

Salazar se enderezó en su silla.

—Déjame verlo.

Telmo le entregó la tableta, en cuya pantalla se podían ver seis fotografías muy parecidas entre sí. Arriba se encontraba la del sospechoso. Por debajo, Néstor vio los rostros de los cinco sujetos con antecedentes. Cada imagen estaba acompañada por el nombre, porcentaje de coincidencia y número de expediente criminal. El inspector señaló los menos parecidos.

—Estos tres podemos descartarlos, pero los dos primeros…

—Carlos Rojas y Javier Soto.

—Más del 90 % de similitud. Cualquiera de ellos podría ser el hombre que buscamos —Salazar suspiró—. Necesitamos una identificación más precisa. Telmo, envía la fotografía a Científica, junto con una solicitud, para que los peritos especializados en morfología facial efectúen un análisis detallado de comparación biométrica manual.

—Sí, jefe.

Al ver que Telmo se mordía los labios, Salazar entornó los ojos.

—Suéltalo, chaval.

—Estaba pensando… Esto nos acerca, jefe, pero no es suficiente. Quiero decir… la biometría nos proporciona probabilidades, pero no tenemos ninguna certeza. El hombre que visitó la agencia podría no tener antecedentes criminales, por lo que estos porcentajes solo serían una coincidencia. Por otro lado, aunque se tratara de uno de ellos, ningún juez aceptaría esa visita como una prueba de nexos con la trama. Lo que quiero decir es que…

Néstor suspiró.

—Lo que quieres decir es que se trata de un hilo muy débil.

—Sí, jefe.

—Tienes razón, Telmo. Sin embargo, es un hilo que podría conducirnos hacia cualquiera de los cómplices de La Guardesa y no debemos descartarlo. Tal vez ese sujeto fue a la agencia para reservar unas vacaciones rurales, pero tú y yo sabemos que semejante coincidencia es muy poco probable —Salazar se puso de pie y anotó los nombres de los dos sospechosos en la pizarra de las evidencias del caso—. De momento no iremos a por ellos, pero los tendremos en mente.

—Sí, jefe.

—¿Cómo sigue tu madre?

—Ya está en casa, señor. Mejora, pero todavía está bastante desanimada.

El inspector consultó el reloj de la pared.

—Anda, envía la solicitud y luego vete a casa para hacerle compañía. Seguiremos mañana.

—Sí, jefe. Gracias.

Una vez que Telmo salió del despacho, Néstor cogió su abrigo y lo siguió. Cruzó el pasillo hasta la oficina de Santiago. Lali se encontraba en la antesala, como una fiel guardiana de la privacidad del comisario. La eficiente secretaria enarcó las cejas cuando vio a Salazar sin el gabán y con la discreta corbata gris de seda. Parpadeó como si quisiera comprobar que sus ojos no la engañaban.

—Inspector jefe. Está usted muy… quiero decir… ¡No parece usted!

Néstor dejó escapar un largo suspiro.

—Lo sé, Lali. A veces hay que camuflarse con la gente normal.

—Sí, señor. Eh… quiero decir… El comisario no está. Tenía una reunión en el Ayuntamiento y me advirtió que hoy no iba a regresar. Si necesita hablar con él, puedo…

—No te preocupes, Lali. En realidad, solo quería preguntarte por la citación para declarar de la *influencer*.

—¿Se refiere a Tania Gálvez? —Salazar asintió—. Ya se la envié. Debe estar aquí mañana a primera hora.

—Perfecto. Nos vemos mañana, Lali.

El inspector bajó las escaleras. A su paso por la recepción, le ordenó a García que enviara relevos a los guardias que vigilaban a

Mariana Corrales, y a los que estaban apostados frente a la casa rural. Solo entonces, salió de la comisaría.

Capítulo 36

Salazar cruzó la plaza con la oscuridad pisándole los talones. La noche cubría Haro en una penumbra azulada y las farolas iluminaban los adoquines húmedos, reforzadas por las luces que provenían de las ventanas de los edificios y de los comercios y bares cercanos. Apuró el paso, huyéndole al cortante aire invernal. El frío era lo bastante intenso para que los parroquianos no se animaran a desafiarlo. El silencio solo era roto por sus botas y por el murmullo lejano que podía escuchar, cada vez que pasaba cerca de algún bar.

Cuando llegó a la callejuela donde vivía, pasó de largo frente al bar de Gyula y subió los escalones de dos en dos. Él mismo no tenía claro si su prisa provenía de la necesidad de moverse para combatir el frío, o si lo animaba el deseo de reunirse con su familia.

Néstor sacó las llaves del bolsillo de su abrigo y antes de abrir la puerta, pudo escuchar el llanto estruendoso de Gabriela. La Madre Naturaleza había dotado a su hija de unos pulmones muy potentes. El inspector suspiró, preguntándose con qué nueva sorpresa se encontraría en esta ocasión. Karma, diría su suegra.

Cuando por fin se animó a entrar en su casa, Salazar encontró a Rebeca despeinada, con el ceño fruncido y la niña en brazos. La paseaba y acunaba, en un esfuerzo infructuoso por calmarla. Desde su estante favorito, Paca las contemplaba con mirada desaprobadora.

—¡Por fin llegaste, Néstor! Gabi ha estado así toda la tarde.

Salazar sintió un vacío en el estómago.

—¿Está enferma? ¿Le duele algo?

Rebeca sacudió la cabeza.

—No, yo también me preocupé cuando no pude tranquilizarla, así que llamé a su pediatra y se la llevé para que la reconociera.

—¿Tuviste que llevar a la niña a la pediatra y no me avisaste? —preguntó él, al borde del enfado.

Su mujer le dedicó una mirada comprensiva, sin dejar de acunar a la chiquilla, que continuaba llorando.

—No quería alarmarte si no era necesario. Lo último que necesitas en medio de ese caso tan complicado, son preocupaciones familiares.

Los lagrimones corrían por las mejillas de Gabi y Néstor se sintió impotente frente a la angustia de su pequeña. Su tono de voz no ocultó su cabreo.

—¿Preocupaciones familiares? ¡Estamos hablando de nuestra hija!

Rebeca respondió con voz tranquilizadora.

—Si la pediatra hubiera encontrado algún problema, te habría llamado de inmediato, Néstor. No tengas duda de ello. Gabriela está bien. El llanto es por la erupción de los dientes.

Salazar respiró profundo y se tranquilizó un poco. Extendió los brazos hacia Rebeca, para que le entregara a la pequeña.

—Perdóname, solo pensar que algo malo le puede pasar a la niña, me saca de mis casillas. Te ves exhausta. Yo intentaré tranquilizarla.

Ella le entregó a la chiquilla. En brazos de Néstor, Gabriela bajó poco a poco el tono del llanto, hasta que hizo un par de pucheros y se tranquilizó. Gabi apoyó su cabecita en el hombro de su padre, sin dejar de emitir gemidos cortos, que se clavaban en el corazón de Salazar como cuchillos. Él pasó una mano por su pequeña espalda para consolarla y le murmuró con voz cariñosa, sin dejar de acunarla.

Rebeca recogió el mordedor, que tantas veces la niña había tirado al suelo con frustración, en el transcurso de la tarde. Después de lavarlo y enfriarlo un poco en un vaso con hielo, siguiendo los consejos de Débora, Rebeca le dio el mordedor a Gabi, quien por fin lo aceptó.

La situación parecía comenzar a estar bajo control, así que Rebeca aprovechó para acicalarse un poco, después de la crisis. Néstor acunó y consoló a Gabi, hasta que la pequeña recuperó la calma. Solo entonces, intentó sentarla en su corral. Como si se hubiera accionado un botón de encendido, Gabriela rompió en llanto de nuevo, por lo que Salazar se apresuró a volver a cogerla en brazos.

—Mmmm. Esto ya se me está pareciendo mucho a una manipulación —opinó Rebeca.

Néstor frunció el ceño.

—¿Manipulación? ¿Cómo puedes decir eso? ¡Solo tiene 9 meses! ¡Es un bebé!

—No olvides que es tu hija. Tiene tus genes.

Salazar enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—Es un buen punto. ¿Y qué hacemos?

—De momento, cumple con tu karma, que yo aprovecharé a hacer todo lo que dejé pendiente esta tarde.

Néstor se quitó el abrigo, bajo el que ya estaba sudando, y volvió a coger a la niña en brazos. Esto de ser padre tenía su letra pequeña. Mientras Rebeca se ocupaba de las tareas pendientes, él siguió acunando a la niña. Cada vez que intentaba dejarla en el corral, ella volvía a llorar y él, incapaz de soportar «el desasosiego» de su hija, volvía a cargarla. Desde su atalaya, Paca maullaba de vez en cuando, para manifestar su desaprobación. ¡Qué torpes eran los humanos! En uno de los intentos de Salazar, cuando Gabi ya comenzaba a hacer pucheros y antes de que Néstor tuviera oportunidad de volver a cogerla, Paca saltó de su atalaya y con velocidad felina se internó debajo del sofá. Salió de allí con su juguete favorito: un pequeño unicornio de peluche. Los ágiles movimientos de la gata atrajeron la atención de Gabriela, retrasando la explosión de llanto.

—Pa… ca —balbució la pequeña, al mismo tiempo que la señalaba con el dedo.

Cuando la gata llegó a su lado, la chiquilla abrazó el peluche de Paca y se olvidó de llorar. La gata salió del corral de un salto y con

agilidad se subió a una mesa. Desde allí, dirigió una mirada de superioridad felina a su patoso humano.

—Maaauuuuu.

Con las cejas alzadas y la mandíbula floja, Néstor asimiló la lección recién recibida de su gata.

—Está bien, Paca. Reconozco que lo hiciste mejor que yo, pero ¿tienes que restregármelo?

—Mraw.

Abrazada al peluche de Paca, Gabriela soltó una risita, mientras su padre recompensaba a su felina con una galleta para gatos con sabor a sardinas.

Una hora después, Rebeca se ocupó de preparar la cena, mientras Néstor le daba el biberón a Gabi. Cuando terminó, apenas puso a la niña sobre su hombro, ella se quedó dormida, extenuada por el mal día. Salazar la dejó en su cuna, bajo la mirada vigilante de Paca, y salió de la habitación para reunirse con su mujer, quien ya había servido la mesa. Los aromas que salían de la cocina inundaban la buhardilla y desataron un concierto en el estómago de Néstor, recordándole que esa sería su primera comida caliente del día.

Durante la cena, Salazar le contó los últimos avances del caso a Rebeca. Su mujer lo escuchó con atención, interviniendo de vez en cuando, para darle su opinión. Cuando terminaron de comer, ella apoyó su mano en el antebrazo de Néstor con una sonrisa.

—Los atraparéis. Estoy segura de eso. Solo es cuestión de tiempo. Y hablando de tiempo, ¿no crees que es hora de desconectar?

—¿Desconectar?

Rebeca ladeó la cabeza y dibujó una leve sonrisa, al mismo tiempo que le acariciaba el antebrazo.

—Olvida el trabajo por un rato y disfruta del momento.

Él bajó la voz, hasta convertirla en un murmullo.

—Sabes que eso no es fácil. ¿Tienes alguna idea de cómo puedo conseguirlo?

—Conozco alguna que otra táctica de distracción —respondió ella en el mismo tono.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y eso lo enseñan en la Academia?

—No, pero es igual de efectivo que si lo enseñaran allí.

—Estoy en tus manos.

Rebeca se levantó de la mesa y acercándose a él por detrás, le susurró al oído:

—Para empezar, podríamos…

En lugar de terminar la frase, ella le mordió el lóbulo de la oreja con suavidad. Néstor asintió despacio y sonrió con picardía.

—Me parece un buen plan.

Rebeca se enderezó y se alejó en dirección a la habitación con paso lento, insinuante. Se detuvo en el umbral.

—¿Vienes?

Salazar suspiró, se puso de pie, apagó la luz de la lámpara y la siguió.

◆◆◆

Al mismo tiempo que Salazar estaba recibiendo entrenamiento como padre primerizo por parte de su gata, en casa de la familia Pedrera López, Miguel ponía la mesa para la cena, mientras Ángela ayudaba a Juan con los deberes. La melodía del móvil del inspector interrumpió sus tareas. Él respondió, sin comprobar de quién se trataba. La llamada fue corta, pero suficiente para que Miguel tensara la mandíbula y frunciera el ceño.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ángela.

Miguel parpadeó, como si hubiera olvidado que su mujer estaba allí.

—Nada, todo está bien, pero tengo que salir un momento.

—¿Ahora? ¿Por qué?

—Eh… uno de mis informantes quiere hablar conmigo.

Sin dar oportunidad a nuevas preguntas, Miguel cogió el abrigo del perchero y se marchó. Regresó al cabo de una hora. Su rostro había perdido el color y parecía distraído.

—Algo te preocupa. ¿Qué te dijo el informante?

—No… nada. Solo confirmó algunos datos de lo que ya sabíamos. Nada nuevo.

Ángela entornó los ojos, no muy convencida de la respuesta.

—¿Estás seguro de que todo está bien?

—¡Todo bien! Vamos a preparar la cena.

Con un suspiro, Ángela decidió dejarlo tranquilo por el momento. Lo conocía lo suficiente para saber que si lo presionaba, solo conseguiría que se cerrara más, así que aceptó su excusa y lo siguió a la cocina.

Capítulo 37

Al día siguiente, todavía no había amanecido cuando Salazar sintió el habitual lijado en su oreja. Paca no hacía excepciones con su desayuno. Después de comprobar que Gabi dormía con placidez, Néstor dejó a su tiránica gata con los bigotes sumergidos en su tazón de leche sin lactosa para gatos, y se preparó para el día que le esperaba. Todavía no había amanecido cuando salió de la buhardilla. Lo acompañaron el frío y una tenue neblina, que jugaba con la luz de las farolas, creando sombras fantasmales. El inspector apuró el paso, más para combatir el frío que por prisa.

Encontró a Pérez haciendo el turno de guardia en la recepción. Después de saludarlo y comprobar que la noche no había traído ninguna novedad, Néstor se aprovisionó con un vaso de café en la sala común, todavía vacía, y se encerró en su despacho, para estudiar de nuevo todas las evidencias.

Aunque ella todavía no lo sabía, La Guardesa ya había caído, pero una vez que la arrestaran, sus cómplices estarían sobre aviso. Salazar era consciente de que para disolver la trama necesitaban identificar a El Maestre y El Pastor. Telmo tenía razón con respecto a la fotografía del sospechoso que había visitado la agencia. Ningún juez admitiría una coincidencia porcentual de los datos biométricos como única prueba. ¡Si ni siquiera habían podido identificar un único sospechoso! Sin embargo, Néstor sentía que estaban muy cerca.

El inspector volvió a revisar todos los informes, a la luz de las nuevas evidencias. Quizá algún detalle que hubiera pasado desapercibido podría cobrar una nueva relevancia ahora. Se concentró tanto en su tarea que no fue consciente del paso del tiempo. El sonido de un par de golpes en la puerta lo sacó de sus

cavilaciones, como si lo hubiera despertado de un profundo sueño. Cuando Néstor autorizó la entrada a su visitante, Telmo apareció en el umbral con su tableta en la mano y después de saludarlo, le anunció el motivo de la interrupción.

—Ya la *influencer* ha llegado, jefe. Está esperando en la recepción.

—Tráela aquí, por favor.

Telmo asintió y salió del despacho. Regresó un par de minutos después, acompañado por una joven que miraba a un lado y otro con desconfianza, como si temiera un ataque sorpresivo desde cualquier rincón. El inspector esperaba de pie, un poco inclinado hacia adelante y con las manos apoyadas en su escritorio. En cuanto la testigo entró en el despacho, Néstor compuso su expresión de padre comprensivo. Esa la tenía bien ensayada y siempre funcionaba.

La joven avanzó con paso dubitativo, mientras Telmo cerraba la puerta a su espalda y le presentaba a su jefe. Salazar le señaló una de las sillas que estaban frente a él y esperó a que la chica se sentara, para imitarla. Telmo se plantó en una esquina, a espaldas de su jefe y de frente a la testigo. El inspector no necesitaba verlo, para saber que había cruzado los brazos.

Tania entrelazó las manos en su regazo, en un intento por disimular el temblor que las agitaba. Su respiración era corta y rápida. Estaba aterrorizada. La chica no se pudo contener.

—No sé… no entiendo por qué estoy aquí. Yo no he hecho nada malo.

—¡Eso está por verse! —exclamó Telmo con dureza.

Salazar habló con un tono de voz demasiado amable para las circunstancias.

—No debe preocuparse, señorita Gálvez. Solo queremos hacerle algunas preguntas acerca de su trabajo.

—¿Mi trabajo? ¡No tiene nada de malo! Yo solo… promociono vacaciones rurales. Eso no es un delito.

Los policías intercambiaron una mirada.

—Nadie ha dicho que lo fuera —reconoció el inspector.

—Soy *Community Manager*, tengo muchos seguidores y proporciono visibilidad a mis clientes.

—¿Muchos seguidores? —repitió el inspector, con cara de cenutrio recién estrenado.

—¡Más de un millón! —respondió ella con orgullo.

—Sabemos que casi todos sus seguidores son falsos, señorita Gálvez —intervino Telmo con voz dura—. Son *bots*. No existen.

Tania palideció.

—Yo… eh… reconozco que he inflado un poquito el número de *followers,* pero es solo para animar a la gente a que me siga.

—¿Inflar un poquito, dice? —Telmo enarcó una ceja—. Comprar seguidores falsos, *engagement* artificial y *bots* automatizados no es «animar a la gente», señorita Gálvez. Es manipulación. Y si además ha usado esos números inflados para negociar contratos con marcas, estaríamos hablando de fraude. Las empresas pagan por *reach real*, por conversión, no por una audiencia de cuentas fantasma. ¿Sabe lo que significa una tasa de interacción por los suelos? Que su comunidad es un espejismo. Y eso, en el mundo del marketing de influencia, es como vender humo.

—Pero yo… no he engañado a mis clientes. Quiero decir… Ellos lo saben.

Salazar escuchó la conversación de ambos jóvenes con las cejas enarcadas, como si Telmo y Tania hubieran hablado en chino mandarín.

—A ver si me enteré… Usted es *influencer*, ¿no es así? —Ella asintió—. Debo estar haciéndome viejo, porque ya no tengo claros muchos de los conceptos que manejan los jóvenes de hoy. ¿Podría explicarme de forma precisa en qué consiste su trabajo? No escatime detalles, por favor.

Tania se removió en su asiento y enfocó la mirada en Salazar, en un claro esfuerzo por ignorar a Telmo. Se humedeció los labios, antes de responder, y su tono de voz fue tan bajo, que el inspector tuvo que inclinarse hacia adelante para poder escucharla.

—Sí, señor. Desde hace casi tres años, tengo un canal donde hablo de ecología, rutas de senderismo, contacto con la naturaleza…

—¿Tres años? ¿Es el tiempo durante el cual ha estado promocionando la agencia de hospedaje rural?

La chica asintió y se mordió los labios.

—Me contactaron cuando yo todavía estaba comenzando en este trabajo. Apenas tenía dos docenas de seguidores, pero no les importó —Tania desvió la mirada por un momento en dirección a Telmo y de inmediato volvió a centrarla en Salazar—. Mariana confió en mí. Me dijo que le gustaba mi trabajo.

—¿Mariana? ¿Ella fue quien la contrató?

—Sí. Me hizo una propuesta en nombre de la agencia, a través de mi correo electrónico. Me pagaban por hablar de la casa rural, por grabar contenido en el lugar y recomendarlo a mis seguidores.

Salazar asintió despacio, pensativo.

—¿Alguna vez tuvo contacto con los demás socios de la agencia?

Tania sacudió la cabeza.

—No, señor. Solo con Mariana, aunque en realidad, tampoco la conozco en persona. Las comunicaciones siempre han sido por vías electrónicas.

—¿Cómo recibe sus honorarios? —preguntó Telmo.

—A través de una plataforma de pago.

—Eso no cambia el hecho de que usted utiliza medios fraudulentos para hacer creer que tiene una comunidad de seguidores que no existe —sentenció Telmo con rudeza—. Usted engaña a sus clientes.

Tania palideció y sacudió la cabeza con tal violencia, que Salazar temió por sus cervicales.

—No, señor. ¡Yo no he engañado a nadie! ¡La agencia es mi único cliente y ellos lo saben! De hecho, fue su idea. Me dijeron que si el número de seguidores en la cuenta era alto, la gente se animaría a seguirme.

—¿Eso se lo sugirió Mariana? —preguntó el inspector.

—Sí, señor.

—¿Funcionó?

Tania bajó la mirada.

—La verdad, no mucho.

Salazar se recostó en el respaldo de su silla, al mismo tiempo que jugueteaba con un bolígrafo que tenía en las manos.

—De manera que… hace tres años, usted decidió sacar un provecho comercial de sus redes sociales, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Tiene algún tipo de preparación para ello?

—Yo… hice un curso por Internet.

El inspector enarcó las cejas, pero no hizo ningún comentario, a pesar del gruñido que escuchó a su espalda.

—¿Qué hacía antes de trabajar en el mundo virtual?

—Yo… era camarera en un bar. Dejé el trabajo cuando la agencia de hospedaje me contrató. El sueldo que la agencia me pagaba era mejor, y el trabajo es mucho más agradable.

Néstor se inclinó hacia adelante, acercándose a la testigo.

—Eso no lo dudo. ¿Cuánto le pagan?

—Eh… Mil quinientos euros al mes.

Salazar miró hacia atrás para intercambiar una mirada con Telmo, antes de volver a centrar su atención en Tania.

—A ver si he entendido bien… Después de hacer un curso, usted comenzó a promover sus redes sociales con una finalidad comercial… pero estaba comenzando y no tenía experiencia, así que solo tenía unos pocos seguidores… ¿Correcto? —La joven asintió—. Aun así, la agencia de hospedaje la contrató para que promocionara su casa rural, a cambio de un sueldo. No por resultados. ¿Es así?

Tania se mordió los labios.

—Sí, señor.

—Sigamos… Ellos mismos le sugirieron que inflara el número de sus seguidores con cuentas falsas —Néstor se volvió para mirar a su compañero—. *Bots*, ¿no es así?

Telmo asintió y Salazar volvió a enfrentar a su testigo, quien no pudo sostenerle la mirada.

—Sí, señor —murmuró Tania.

—¿No le pareció extraño?

—Yo… —Cuando la chica levantó la cabeza, tenía los ojos humedecidos—. Dicho así no se escucha bien, pero no creí estar haciendo nada malo.

Telmo descruzó los brazos y dio un paso adelante. Su voz tenía un tono cortante.

—La agencia no necesita ninguna promoción, señorita Gálvez. ¡Están tirando el dinero que le pagan! Me pregunto, ¿por qué?

—¿Perdón?

El inspector dejó escapar un largo suspiro, antes de intervenir con un tono de voz tranquilo y amable.

—La casa rural ya tiene reservaciones para más de un año. No tiene sentido que pague promociones, para conseguir clientes a los que tendrán que rechazar.

Tania se removió en la silla y cruzó los brazos.

—Yo… no lo comprendo, pero yo solo hago el trabajo para el que me han contratado.

Telmo frunció el ceño y la taladró con la mirada.

—Usted tiene que ser consciente de que con su número real de seguidores, su «trabajo» no reporta ningún resultado. ¿Nunca le ha parecido extraño que le pagaran un sueldo por una labor tan poco eficiente?

Tania rechinó los dientes y extendió las palmas hacia arriba sobre su regazo.

—Tienen que entender… Es mi sueño hecho realidad. Yo cumplo con mi trabajo, ellos parecen satisfechos y me pagan bien por ello. ¿Qué hay de malo en eso?

Tania desvió la mirada hacia Salazar, buscando refugio. El inspector le sonrió con amabilidad.

—No le estamos diciendo que hiciera nada malo, señorita Gálvez, pero tenemos mucho interés en sus clientes. ¿Solo trató con Mariana? En esos correos, ¿no se mencionó algún otro nombre, no se hizo referencia a un socio?

Tania respiró hondo.

—No, señor. Yo sabía que ella tenía socios en su negocio, pero nunca me relacioné con ninguno de ellos.

Telmo exhaló su frustración**.** Salazar notó cómo la chica tragaba saliva y su postura se hacía más tensa con cada pregunta. El inspector se reclinó en su silla y suspiró.

—No tiene por qué preocuparse, señorita Gálvez.

—Entonces… ¿No estoy en problemas?

—No, Tania, pero si recuerda cualquier detalle, comuníquese con nosotros.

—¿Puedo irme?

Salazar asintió.

—Sí. Gracias por su tiempo. Antes de que se vaya, debo advertirle que esta entrevista y todo lo que hemos hablado aquí es confidencial. No debe comentarlo con nadie. Continúe con su rutina normal, señorita Gálvez.

—Sí, señor.

Tania se levantó de inmediato, como si temiera que el policía pudiera cambiar de opinión. Cuando salió del despacho, Telmo ocupó la silla que había quedado vacía y chasqueó la lengua.

—Nada. Una pérdida de tiempo.

Salazar miró hacia la puerta por donde había salido la joven y sacudió la cabeza.

—Tienes razón. Nada, pero… La agencia apenas cubre sus gastos y, aun así, paga a una aspirante a «*influencer*», sin ninguna influencia real, para que lleve a cabo una promoción que no necesita. Es una prueba más de que estamos ante un negocio fachada.

—Tiene razón, jefe. No lo había visto así.

—El testimonio de esta chica parece banal ahora, pero podría ser muy importante frente al juez.

—¿Dónde quiere llegar, jefe?

—No olvidemos que estamos tratando con gente sin ningún escrúpulo, Telmo. Considero que es prudente proteger a esta joven, pero no quiero que cambie sus rutinas ni que «la agencia» sospeche que les estamos pisando los talones.

—Entiendo, jefe. Usted quiere una protección encubierta.

Salazar asintió.

—Ocúpate de organizarla, Telmo.

El subinspector se levantó de la silla y sin hacer más preguntas, se marchó a cumplir la orden.

Capítulo 38

Después de que Telmo abandonó el despacho, Salazar hizo algunas anotaciones en la pizarra. A pesar de que la influencer no había aportado información relevante, su testimonio era un clavo más en el ataúd de la agencia. Era evidente que no les interesaba promocionar la casa rural, pero sí simular que lo hacían. Con tan pocos seguidores, los mensajes de Tania llegaban a un grupo muy reducido de personas, quizá familiares y amigos, a quienes, en realidad, no les interesaban las vacaciones rurales. Y la agencia, que apenas cubría sus gastos, pagaba un sueldo para aparentar que se promocionaba. Se trataba de un engaño. Uno más.

Néstor apenas fue consciente del paso del tiempo. Había transcurrido al menos media hora, cuando un mensaje de Lali le avisó que la reunión del día estaba a punto de comenzar. El inspector jefe echó una última ojeada a la pizarra como si quisiera grabarla en su memoria, salió de su oficina y subió al segundo piso. Encontró al resto del equipo en la sala común, cada uno centrado en su propio ordenador. Salazar dio un respingo cuando escuchó una voz atronadora que no esperaba, justo detrás de él.

—¡Ya estamos retrasados con la reunión de hoy! ¡Vamos a comenzar!

—¡Joder! ¡Qué susto!

El inspector jefe se volvió y vio a Santiago, justo un paso detrás, mirándolo con una expresión de inocencia poco habitual en él. Néstor habría jurado que una de las comisuras de sus labios dibujaba una sonrisa burlona. Remigio bajó la cabeza para ocultar la risa, que contenía con dificultad. Antes de que Néstor pudiera reaccionar, el comisario puso una mano en su hombro.

—Habéis avanzado bastante desde la última reunión. Tengo entendido que estáis a punto de hacer un arresto.

—Sí, pero todavía quedan muchos cabos sueltos —admitió el inspector jefe—. Hemos confirmado que estamos detrás de una organización criminal con una estructura bien montada.

Un silencio expectante se apoderó de la sala.

—Continúa —lo animó el comisario.

Salazar cogió un rotulador para esquematizar lo que habían descubierto. En cuanto terminó su exposición, Santiago soltó un gruñido.

—¡Una organización criminal detrás de este y otros secuestros! Tenía la esperanza de que estuvieras equivocado cuando planteaste la teoría en la última reunión.

—Además, me temo que saben lo que hacen —sentenció el inspector jefe—. La prueba es que llevan casi tres años operando en La Rioja, sin que sospecháramos de su existencia, hasta ahora.

—¿Estamos seguros de que la agencia solo está conformada por esos tres individuos? —preguntó Ángela. Miguel parpadeó, como si la participación de su compañera le hubiera tomado por sorpresa—. Quiero decir, parece funcionar demasiado bien para ser tan «pequeña».

—Lo que puedo decirte es que El Maestre, La Guardesa y El Pastor, son los únicos integrantes cuyos nombres han saltado a la palestra. Hasta ahora.

Ángela apoyó el bolígrafo en su barbilla.

—Esa podría ser su ventaja.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Miguel, un poco desconcertado.

—Si están bien organizados, una cúpula tan pequeña reduciría el riesgo de filtraciones. Es probable que cada uno sea experto en la ejecución de las tareas que le corresponden.

Telmo intervino.

—La Guardesa se ocupa de la administración y los documentos, El Maestre supervisa la logística y El Pastor es el contratista.

Remigio apoyó la espalda en el respaldo de su silla y resopló.

—Mis informantes confirmaron lo que descubrieron los tuyos, Salazar. Ninguno de los delincuentes contratados para ejecutar los secuestros proviene de La Rioja.

—No son buenas noticias —reconoció el comisario—. Esto es más complejo de lo que parece. ¿Podrían provenir de las provincias cercanas? ¿Habéis hecho alguna indagación al respecto?

Remigio asintió, se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en el escritorio.

—He llamado a algunos compañeros en Vitoria, Pamplona, Zaragoza y Valladolid. Estoy esperando los resultados de sus indagaciones.

Salazar cruzó los brazos, todavía sosteniendo el rotulador en la mano.

—En algún lugar tienen que encontrar a sus sicarios.

—¿Estamos seguros de que emplean sicarios, señor? —preguntó Ángela—. ¿Tenemos la certeza de que no son ellos mismos quienes ejecutan los secuestros?

Néstor exhaló el aire en un suspiro, al mismo tiempo que recordaba su última conversación con don Braulio.

—Ya teníamos noticias de las contrataciones en otras ciudades, gracias a uno de mis mejores informantes, Ángela. Ahora necesitamos encontrar a esos delincuentes, estén donde estén.

—Hay algo más que me preocupa —les advirtió el comisario. Todos en la sala centraron la atención en él. Todos, menos Miguel, que parecía distraído—. Casi todas las víctimas de las que tenemos noticia hasta ahora responden a un perfil.

Néstor asintió.

—Mujeres jóvenes susceptibles de extorsión, a causa de algún familiar vulnerable. La posibilidad de que la trama involucre la trata de personas, de alguna manera, es una opción que debemos tener en cuenta.

Remigio frunció el ceño.

—Recuerdo que ya lo sugeriste en alguna discusión sobre el caso, pero creí que lo habíamos descartado, porque consideramos que la infraestructura de «la agencia» no es lo bastante compleja, para llevar adelante semejante operación.

—Y sigo pensando lo mismo, Remigio —admitió Néstor—. La agencia es una organización local y no hemos encontrado evidencias de ramificaciones internacionales, que serían imprescindibles en la trata de personas. Sin embargo, esa organización podría existir y estar subcontratando a la agencia para el trabajo sucio.

—¡Acabas de amargarme el día!

Salazar se encogió de hombros.

—Lo lamento. Sin embargo, esto solo es una posibilidad. De momento, nos concentraremos en los hechos concretos acerca de esta organización.

—Me parece la mejor estrategia —lo respaldó el comisario—. Vamos a basarnos en las evidencias. Primero hay que desmantelar la agencia. Luego veremos si esto nos conduce a algo más grande. Habéis hecho un buen trabajo con La Guardesa y ella podría conducirnos hacia sus cómplices. ¿Tenéis suficientes evidencias para arrestarla?

Salazar asintió.

—Sin lugar a duda.

Miguel enderezó la espalda y centró la mirada en Salazar, en un esfuerzo por concentrarse en la discusión.

—¿Alguna idea de quiénes son sus cómplices?

—En ese aspecto hemos avanzado muy poco.

El inspector jefe les informó acerca del visitante de la agencia y la coincidencia de sus datos biométricos, con dos sujetos que tenían antecedentes. Cuando terminó de explicarse, Remigio negó con la cabeza.

—Me temo que no tenemos nada, Salazar. El simple hecho de que coincidan dos sujetos fichados y no uno solo, ya le proporciona suficientes argumentos a cualquier defensor, para convencer al juez de que descarte la identificación.

—Sí, lo sé. Por eso solicité una comprobación biométrica manual a Científica. Además, siempre es posible que surjan nuevas evidencias durante las indagaciones o que La Guardesa decida colaborar.

—Son buenas líneas de investigación —admitió el comisario—. Continuad trabajando y mantenedme informado de cualquier

avance. Ahora vamos a hablar sobre el otro caso: ¡Pedrera!, ¿ya descubristeis quién está detrás de las falsificaciones?

—Yo… eh…

Miguel dudó por algunos momentos, incapaz de responder. Ángela acudió en su ayuda.

—Ya estamos muy cerca, comisario. Hemos seguido pistas y cruzado datos, que nos han llevado a un empresario muy conocido en Haro: Eduardo Martínez.

Remigio emitió un silbido que dio fe del impacto que le había causado el nombre. Santiago lo miró con el ceño fruncido.

—Lo lamento, comisario, pero no hay duda de que Miguel y Ángela quieren pescar un pez muy gordo.

—Nadie es lo bastante «gordo» para estar por encima de la Ley —sentenció Santiago.

Remigio se mordió los labios y guardó silencio. El comisario volvió a centrar su atención en Miguel y Ángela.

—Os escuchamos.

—Todavía tenemos que comprobarlo, comisario —dijo Miguel con poca convicción—. Quiero decir… tenemos indicios, pero en una investigación tan compleja, siempre es posible que estemos equivocados…

Salazar frunció el ceño. ¿Miguel admitiendo que podía equivocarse, antes de que alguien se lo demostrara con hechos fehacientes como mazazos? Nunca pensó que llegaría el día en que podía presenciar algo así. A Ángela también debió cogerle por sorpresa, por la mirada de desconcierto y enfado que le dirigió.

—¡No puedes estar hablando en serio! —la subinspectora comenzó a enumerar con los dedos—. Sabemos que el cabecilla del grupo se conecta desde el edificio donde tiene su sede Distribexia, la empresa que está en el centro de todo esto. Un edificio que pertenece a Martínez y donde funciona la ONG que él lidera. Por si fuera poco, en el registro que Científica hizo a las oficinas de Distribexia apareció una nota con la dirección de uno de los almacenes de distribución de la mercancía. Los peritos calígrafos ya comprobaron que la letra de la nota pertenece a Martínez. ¿Y tú,

todavía quieres más pruebas? ¿Qué necesitas? ¿Una confesión firmada?

—Yo solo quiero decir que Martínez tiene mucho poder y si no sustentamos bien la acusación, se nos puede escapar…

El inspector jefe enarcó las cejas. ¿Miguel dando muestras de prudencia? Aquello tampoco se lo esperaba.

—Las evidencias que está exponiendo Ángela, a mí me parecen convincentes —opinó el comisario—. ¿Qué haréis a continuación?

Miguel bajó la mirada, mientras su compañera respondía.

—Hemos citado a Martínez para interrogarlo, señor. Si no nos está esperando en la recepción, no debe tardar en llegar.

—Muy bien. Recordad que tenéis mi respaldo. No deis pasos en falso, pero si estáis seguros de que está involucrado, seguid adelante. ¡La impunidad es la madre del caos y nuestro deber es combatirla!

Ángela recibió el apoyo con una sonrisa.

—¡Sí, señor!

Pedrera guardó silencio. Salazar sintió una punzada de preocupación frente a un comportamiento tan extraño en su compañero. Sin embargo, decidió esperar. Quizá Miguel solo tenía un mal día.

Capítulo 39

En cuanto el comisario dio por terminada la reunión y abandonó la sala, Salazar, y Telmo decidieron reunirse en el despacho del inspector jefe. Remigio permaneció en su escritorio, centrado en su tarea de llamar a los colegas conocidos de las ciudades cercanas. Miguel y Ángela también se quedaron, trabajando en sus ordenadores. Pocos segundos después de que Néstor y Telmo se marcharon, Lali apareció en el umbral, para notificarles a Miguel y Ángela que el señor Eduardo Martínez ya había llegado y que lo acompañaba su abogado. Ante el anuncio, Ángela fue quien respondió.

—Gracias, Lali. Que un agente los acompañe a la sala de interrogatorios, por favor.

La secretaria del comisario asintió y se retiró para cumplir la orden, mientras Ángela se aseguraba de recoger toda la información que necesitarían durante el procedimiento. Miguel, con los músculos de la mandíbula tensos, se mantuvo en silencio, conteniendo la respiración.

—¿Estás bien? —le preguntó su compañera.

—Sí, claro. Todo bien.

—Entonces, ¡vamos!

Ángela abrió la marcha y Miguel la siguió. Subieron al tercer piso, donde se encontraba la sala de interrogatorios. Cuando entraron, Martínez y su abogado ya esperaban sentados al otro lado de la mesa. Su postura altiva y sus trajes caros contrastaban con el ambiente pesado y enrarecido de la habitación.

Cuando los policías cruzaron el umbral, el sospechoso levantó la barbilla y se acomodó la corbata, en un gesto arrogante. Su

abogado, un hombre de sonrisa irónica, mantenía las manos cruzadas sobre la mesa y una expresión de aburrimiento, que reflejaba su desprecio.

Miguel y Ángela ocuparon los asientos frente a ellos. Se mantuvo un silencio tenso durante algunos segundos. Ángela esperaba que su compañero diera el primer paso, pero Miguel no estaba por la labor, así que ella tomó la palabra.

—Señor Martínez. Nuestras investigaciones sobre la mercancía falsificada, que está arruinando a los comerciantes de La Rioja, nos han llevado a identificar algunas empresas involucradas.

—¿Alguna de esas empresas pertenece a mi cliente? —preguntó el abogado con las cejas enarcadas.

—¡Sabe que no! —reconoció Ángela—. Usted es un empresario hábil y ha sido muy eficiente ocultando su rastro. ¿Verdad?

El abogado se recostó en el respaldo de la silla.

—Eso se parece mucho a una acusación, subinspectora. Será mejor que tenga algo más que deducciones para sustentar semejante afirmación.

—¡Grupo Distribexia! —soltó Ángela.

El empresario ladeó la cabeza y dibujó una sonrisa burlona.

—¿Qué? ¿Se supone que debo asustarme con ese nombre? Creo que me suena de algo, pero no podría decirle de qué.

Ángela desvió la mirada en dirección a Miguel por un segundo, pero su compañero parecía tallado en piedra, así que cogió aire y continuó.

—Debería sonarle, señor Martínez. El Grupo Distribexia ocupa una de las oficinas de un edificio que le pertenece y que también alberga su propia ONG. Pues bien, hemos encontrado vínculos que involucran a Distribexia con la distribución de mercancía falsa en La Rioja.

El sospechoso bajó la cabeza y la sacudió, para ocultar una risa contenida. Al mismo tiempo, su abogado frunció el ceño en un gesto de desprecio y soltó un bufido.

—¡Esto es ridículo! No pueden pretender hacer responsable a mi cliente por las actividades de uno de sus inquilinos. El señor Martínez

ya le ha respondido que no tiene ninguna relación con ese… Grupo Distribexia. ¡Esta citación no tiene fundamento! ¡Nos vamos!

Ángela miró de reojo a Miguel, esperando alguna reacción. Nada. El abogado intentó levantarse y Martínez apoyó la mano en la mesa con la intención de seguirlo.

—¡No hemos terminado! —reaccionó ella—. Seremos nosotros quienes diremos cuándo puede irse, señor Martínez.

El empresario se quedó inmóvil por un momento con el ceño fruncido, considerando sus opciones. Después de un par de segundos de tensión, se relajó y volvió a acomodarse en el asiento.

—Muy bien, les daré cinco minutos —anunció con soberbia.

Ángela rechinó los dientes, consciente de que estaba perdiendo el control del interrogatorio. Decidió ser directa. La subinspectora abrió la carpeta del caso y depositó una copia de la nota manuscrita, frente al sospechoso.

—Señor Martínez, hemos conseguido vincular la dirección que aparece en esta nota, con una empresa de transporte que está implicada en el reparto de mercancía falsificada. ¿Qué tiene que decir a esto?

Martínez cogió la hoja con una media sonrisa.

—¿Una nota con una dirección? —El sospechoso desvió la mirada de Ángela, para clavarla en Miguel—. ¿Esa es la evidencia con la que pretenden asustarme?

La subinspectora se inclinó sobre la mesa.

—Un perito calígrafo ya ha comprobado que esta es su letra, señor Martínez. Encontramos la nota en una de las oficinas del Grupo Distribexia: la empresa que es el centro de operaciones de la distribución de mercancía falsa, y de la que usted afirma desconocer su existencia. ¿Cómo lo explica?

El abogado intervino con la misma tranquilidad burlona de su cliente.

—Subinspectora, todo eso suena muy espectacular, pero es humo. No prueba nada.

Ángela lo fulminó con la mirada.

—Si usted no tiene nada que ver con las falsificaciones, ¿cómo llegó esta nota hasta las oficinas de Distribexia?

Martínez apoyó la espalda en el respaldo y chasqueó la lengua. El abogado esbozó una media sonrisa.

—No sería el primer caso de alguien que encuentra un papel en un basurero y decide usarlo para comprometer a otro.

Ángela sujetó el borde de la mesa con ambas manos y resopló.

—¿De veras pretenden que nos creamos eso?

—Lo que ustedes crean no tiene ninguna importancia, subinspectora. —El abogado se acomodó los puños de la camisa con parsimonia—. Lo único que cuenta es lo que puedan probar ante un juez. Y en este caso, todo lo que tienen es circunstancial.

La subinspectora miró de reojo a su compañero, esperando que interviniera, que presionara, que cumpliera con su parte, que la apoyara. Sin embargo, su esperanza se desvaneció de inmediato. Miguel permanecía callado, con la mandíbula tensa y la mirada clavada en un punto indefinido de la mesa. Ausente. ¿Qué diablos le pasaba? Aquel muñeco de cera no era él.

Martínez entornó los ojos y dibujó una sonrisa casi imperceptible.

—Inspector, parece que su compañera tiene demasiado entusiasmo.

Pedrera se removió en su asiento y carraspeó, pero mantuvo un silencio desconcertante. Ángela entornó los ojos y volvió al ataque.

—Señor Martínez, ambos sabemos que nadie sacó esta nota de ninguna papelera. Usted mismo la escribió, en la propia oficina de Distribexia donde el departamento de Científica la encontró. ¡Está metido hasta las cejas en este asunto y vamos a probarlo!

Martínez se inclinó hacia adelante, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Usted lo ha dicho, subinspectora. Todavía tienen que probarlo.

El abogado se cruzó de brazos y habló con voz pausada y tranquila.

—Si la nota apareció en las oficinas de Distribexia, fue porque alguien la puso allí. Mi cliente es un hombre cuyo éxito despierta muchas envidias. Y ya sabemos de lo que es capaz un hombre envidioso.

Ángela ya comenzaba a perder la paciencia.

—¡Esa excusa es absurda!

El abogado sonrió con indulgencia.

—Tal vez, pero también es una defensa que funcionaría muy bien en un juicio.

Silencio.

Ángela volvió a mirar a Miguel, con la esperanza de que interviniera, de que su actitud durante el interrogatorio hubiera sido una táctica y que se levantara de repente, para dar el golpe final, pero su compañero ni siquiera alzó la cabeza.

Martínez le sostuvo la mirada con una sonrisa burlona. Entonces, ella comprendió que allí estaba ocurriendo algo. Algo que involucraba a Martínez y a Miguel, pero que su marido y compañero le había ocultado. La ira ascendió desde su estómago y la quemó por dentro, como un volcán a punto de hacer erupción. Apretó los dientes para contenerse.

—Eso es todo por ahora, señor Martínez. Puede marcharse.

Ángela cogió la nota y la metió en la carpeta, que cerró con un golpe seco. Por primera vez, Miguel giró la cabeza para mirarla, lo cual la enfureció todavía más.

—Ya te había dicho que todo esto solo era una pérdida de tiempo —le dijo el abogado a su cliente, mientras se ponía de pie y se abotonaba la chaqueta del traje.

Martínez también se levantó de la silla con una sonrisa de suficiencia burlona.

—Ya sabes que siempre estoy dispuesto a ayudar a la Justicia.

Ambos hombres salieron de la sala. Ángela los observó con los puños y los dientes apretados, haciendo esfuerzos para no gritar. Miguel, al contrario, pareció relajarse un poco. Su mujer se giró hacia él con furia mal contenida.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? ¡Un palo de escoba habría sido más útil!

Miguel cerró los ojos un segundo, antes de responder.

—No pasa nada.

Ángela golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Cómo te atreves a decir que no pasa nada! ¡Me dejaste sola! —Ella señaló hacia la puerta—. ¡Ese tío y su abogado se rieron de nosotros en nuestras narices, y tú no fuiste capaz de reaccionar!

Miguel desvió la mirada.

—Lo lamento mucho.

Ángela soltó una carcajada sin rastro de humor.

—¿Lo lamentas? ¿Eso es todo lo que puedes decir? Si no te conociera lo suficiente, pensaría que te han comprado.

Miguel se puso de pie y abrió mucho los ojos.

—No puedes estar hablando en serio. Yo nunca…

Ángela se plantó frente a él. A pesar de que Miguel la sobrepasaba en una cabeza, ella levantó un índice acusador.

—No sé qué demonios está pasando aquí, pero te aseguro que lo voy a averiguar.

Sin dar tiempo a que él respondiera, Ángela salió de la sala de interrogatorios, dando un portazo. Cuando Miguel llegó a la oficina común, ella ya se encontraba sentada en su escritorio. Remigio, con el teléfono en la oreja, enarcó una ceja, pero de inmediato volvió a lo suyo, sin hacer ningún comentario.

Ángela vio entrar a su compañero de reojo, pero lo ignoró por completo. Con la mirada baja, Miguel alcanzó su mesa de trabajo y encendió el ordenador. El ambiente de la sala era tan denso, que el aire resultaba casi irrespirable. Lali apareció en el umbral. Su presencia distrajo la atención de los policías, liberando un poco la tensión.

—Inspector Pedrera, subinspectora López. Lamento interrumpirlos, pero hay una persona que ha solicitado hablar con ustedes. Dice que es urgente y que se refiere al caso de las falsificaciones.

—¿De quién se trata, Lali?

La secretaria consultó su libreta.

—Su nombre es Lucía Rincón.

—Es una de las comerciantes perjudicadas por la red de falsificaciones —aclaró Ángela—. Déjala subir, por favor. Hablaremos con ella.

Lali se apresuró a cumplir la orden. Regresó al cabo de un momento con Lucía, quien se internó en la oficina con timidez. Ángela la recibió con una sonrisa. La expresión de Miguel era expectante.

—No es mi intención interrumpir su trabajo, pero me pidieron que les avisara si recordaba o encontraba algo que pudiera ser una pista.

En esta ocasión, Ángela no esperó a que Miguel tuviera la iniciativa. Señaló la silla frente a ella.

—Por supuesto, señora Rincón. ¿Ha recordado algo? La escuchamos.

—Yo… ya se acerca la primavera, hay que cambiar la oferta, así que ayer hice un inventario para reorganizar la tienda… —La subinspectora la animó con un asentimiento—. El caso es que encontré una vieja caja con mercancía que nunca llegó a venderse. Sospecho que es de los tiempos en que comenzamos a tener problemas con los productos falsos…

Las palabras de Lucía despertaron el interés de Miguel, quien se levantó de su silla y se acercó al escritorio de Ángela, atento a lo que la testigo tenía que decir. La atención de la comerciante se desvió por un momento hacia el policía, hasta que Ángela intervino.

—Continúe, señora Rincón. ¿Qué había en esa caja que la empujó a hablar con nosotros?

Lucía respiró profundo para darse ánimo.

—Después de revisarla con detenimiento, confirmé que los zapatos que contenía esta caja eran de una marca falsificada, pero lo importante es que debajo de la mercancía encontré un albarán arrugado, con un logotipo discreto de una empresa de transporte que no reconozco.

—¿No la reconoce? ¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Miguel, a quien la visita de Lucía parecía haber despertado.

—Es una empresa diferente a las habituales. Lo comprobé. No figura en ninguna de las entregas regulares de mi tienda.

—¿Podemos verlo? —preguntó Ángela, extendiendo la mano.

Lucía asintió y se lo entregó. El albarán incluía la dirección de un almacén en las afueras de la ciudad: Depósitos Valdoria.

Capítulo 40

Mientras Miguel y Ángela se encontraban interrogando a Martínez, en el despacho de Salazar, Telmo y él discutían el caso, a la luz de los últimos descubrimientos. La lámpara del techo iluminaba la superficie de la pizarra, donde una maraña de líneas conectaba las fotografías y notas adhesivas que se habían agregado durante los avances de la investigación. Telmo, sentado en una de las sillas de los visitantes y con su tableta a mano, se mantenía atento a cualquier detalle que pudiera aportar a los razonamientos de su jefe.

—Bien, tenemos tres víctimas de la agencia que encajan en el mismo perfil y una que no lo hace —planteó Néstor, señalando las fotografías con el rotulador.

—Fueron contratos diferentes.

El inspector asintió.

—Lo que hace pensar que el «cliente» responsable de la desaparición de Arancha y las otras jóvenes hace "encargos" periódicos.

—Son secuestros sistemáticos de mujeres jóvenes, que nunca volvieron a aparecer ni vivas ni muertas, lo cual confirma su teoría…

Salazar asintió.

—Trata de personas. Es una hipótesis que debemos reconsiderar desde otro ángulo.

—«Arroyo escondido» sería la agencia subcontratada que hace el trabajo sucio para una estructura más grande.

—Es justo lo que creo —confirmó Salazar.

—Pero eso significa…

—Por un lado, significa que las tres jóvenes podrían continuar con vida… —El inspector soltó el aire como si se desinflara—, pero

también implica que existen otras potenciales víctimas en peligro… Así que tenemos que darnos prisa.

—El desmantelamiento de la agencia, que ya es inminente, será un duro golpe para toda la estructura criminal, jefe.

Salazar sonrió.

—Me alegra que tengas una perspectiva tan optimista, Telmo. Tienes razón. Será un golpe duro, siempre que consigamos arrestar a todos los que están involucrados, para que no puedan reorganizarse. Sin embargo, eso no impide que quienes hacen los encargos traten de conseguir sus objetivos por otros medios.

—Entonces, ¿qué podemos hacer, jefe?

—De momento, debemos centrarnos en «la agencia». Tenemos que llegar hasta el final y detener a los tres cabecillas de esta trama. Es posible que en el proceso encontremos el hilo que nos conduzca a sus «clientes».

Telmo se mordió los labios.

—¿Cree que Arancha pueda estar viva, jefe?

—No lo sé, Telmo. Esa duda me quita el sueño, pero lo que sí puedo asegurarte es que mientras no aparezca un cuerpo que demuestre lo contrario, nuestro deber es actuar bajo la hipótesis de que está viva y es rescatable.

—¿A qué nos enfrentamos, jefe?

—De momento, a una organización criminal local muy bien estructurada. Lo que hay detrás, está por verse.

—¿Por qué Arancha? —El subinspector hizo la pregunta con el ceño fruncido—. Ya sé que encajaba en el perfil, pero… debe haber cientos de chicas en La Rioja con las mismas características. Lo que me pregunto es si sacaron su nombre al azar de una lista desafortunada, o si hubo algún factor determinante para que la escogieran a ella y no a otra.

—Es un buen punto, Telmo, pero me temo que todavía no tenemos suficiente información para responder a esa pregunta.

El joven policía entornó los ojos.

—Vamos a suponer que continúa con vida… En ese caso, ¿dónde podría estar ahora? ¿Qué hicieron con ella?

Salazar lo pensó por un momento y luego negó despacio con la cabeza.

—Podría estar en cualquier lugar, dentro o fuera del país.

Telmo se removió, inquieto.

—Pero… La Guardesa trató de contratar a Teófilo para que falsificara un pasaporte…

—El de la última joven desaparecida.

—Es lo que no comprendo —admitió el subinspector—. Si consideramos la teoría del cliente que ordena secuestros para la trata de personas, tendrían que estar en capacidad de disponer de documentos falsos, que les permitieran sacar a estas chicas del país y trasladarlas a su destino…

—Es correcto.

—Entonces, ya dispondrían de uno o varios falsificadores. ¿Por qué La Guardesa quería contratar a Rosales para falsear los documentos de la última víctima?

—Se me ocurren varias respuestas: tal vez perdieron a «su falsificador» habitual porque los traicionó, les falló de alguna forma o fue arrestado. Otra opción es que la reputación de Teófilo llegara a sus oídos y quisieran comprobar si era tan bueno en su trabajo…

—¿Y lo es?

El inspector ladeó la cabeza.

—Tengo que reconocer que es el mejor.

El tono del móvil de Salazar interrumpió la discusión. Él consultó la pantalla, activó los altavoces y respondió de inmediato. Del otro lado se escuchó una voz grave con tono de enfado.

—¡Ya está otra vez el tío molestando! Si es que yo debo estar pagando algún tipo de penitencia contigo. ¡Voy a empezar a creer que le robé el biberón al Niño Jesús en otra vida! ¡Qué karma!

Telmo enarcó las cejas, al mismo tiempo que Néstor sonreía.

—Uno de estos días te voy a presentar a mi suegra, Casi. Estoy seguro de que, tratándose de karma, tendréis mucho tema de conversación. No es por fastidiar, pero te recuerdo que me estás llamando tú.

—¿Y qué? Sigues siendo más molesto que un piojo hiperactivo y más inútil que un retrovisor en un avión. Que si es por ti… Tú

investigas como mi abuela usa el móvil: con buena intención, pero sin ningún acierto. Si no fuera por nosotros, estarías interrogando a tu propio reflejo del espejo por comportamiento sospechoso. Ahora deja de interrumpirme, que algunos trabajamos.

Telmo elevó las cejas un poco más. Salazar solo suspiró.

—Vale, Casi. Soy todo orejas.

—También eres un maestro de los chistes malos. Pero déjame hablar de una vez, joder, o nunca voy a tener el placer de terminar esta llamada.

—Punto en boca.

—Como siempre, nos has vuelto a endilgar más trabajo que al peluquero de King Kong. Ya terminamos el registro de la agencia de hospedaje rural. Mis chicos han comenzado a revisar todos los documentos requisados y se están acordando de toda tu parentela. ¡Qué lo sepas!

Telmo parpadeó, pero el inspector jefe ni se inmutó.

—Apuntado. ¿Habéis encontrado algo en los ordenadores?

—No fastidies. Los ordenadores y móviles están en manos de Toni. No son nuestro problema. Así que no jodas por ese lado.

—Vale. Si me has llamado es porque tienes algo para mí.

—Algo para mí… algo para mí… —repitió Casimiro con voz de burla—. Ya está el ególatra, más vago que el sastre de Tarzán, esperando que los demás hagamos su trabajo… Tengo algo para ti…

Los ojos de Telmo parecían a punto de salir de sus órbitas. Salazar sonrió complacido.

—Sois los mejores, Casi.

—¡Ni se te ocurra dudarlo! ¡Qué si no es por nosotros, no serías capaz de encontrar un cadáver en una morgue, aunque estuviera provisto de GPS! Tú verás lo que haces con esto: en uno de los cajones había un llavero bastante fino, cuyas llaves no se corresponden con ninguna cerradura de la agencia. Tampoco coinciden con las del llavero de la mujer que se encontraba allí.

Salazar y Telmo intercambiaron una mirada.

—¡Excelente, Casi! Eso significa que le pertenecen a otra persona que está vinculada con la agencia.

—¡Qué me dejes terminar, cenutrio! ¡Qué eres más torpe que el que montó un chiringuito para vender arena en la playa!

Néstor desplegó una sonrisa.

—Entonces, hay más.

—Por supuesto que hay más. A ver si crees que te iba a llamar solo por esta pijotada. El llavero tiene grabadas unas iniciales: J.S. Ahí lo tienes. Aunque tú no serías capaz de ver una pista, ni acompañada por subtítulos.

El jefe Barros terminó la llamada, antes de que el inspector tuviera tiempo de responder. Telmo parpadeó como si despertara.

—No sabía que usted se llevara tan mal con el jefe Barros.

—¿Mal? Es uno de mis mejores amigos, Telmo.

—Pero… lo ha insultado durante toda la conversación.

Salazar desplegó una sonrisa satisfecha.

—Por eso, chaval, por eso —Néstor dio una palmada en el hombro del desconcertado subinspector—. No te preocupes… llegarás a comprenderlo cuando pases un poco más de tiempo en este manicomio. De momento, dame la lista de sospechosos que arrojó el sistema de reconocimiento facial.

Todavía flipando, Telmo desbloqueó la pantalla de la tableta y localizó el documento solicitado por su superior. De inmediato identificaron el nombre del sospechoso, que coincidía con las iniciales: Javier Soto.

—Nos acercamos, Telmo. Investígalo.

Capítulo 41

Minutos antes de que Salazar recibiera la llamada del jefe Barros, en la sala común, Miguel y Ángela le permitieron marcharse a Lucía, después de agradecerle su colaboración. Ángela escaneó el albarán y lo guardó con cuidado en la carpeta de las pruebas originales. Miguel observó sus movimientos en silencio, como si estuviera reuniendo el valor para dirigirle la palabra.

—¿Vas a investigarlo?

Ella levantó la mirada hacia él y frunció el ceño.

—¿En serio me estás haciendo esa pregunta? ¡Por supuesto que voy a investigarlo! No pretenderás que lo ignore. ¿Acaso no quieres que resolvamos este caso?

—Sí, claro que quiero resolverlo —respondió Miguel, sin mucha convicción.

Remigio, desde su escritorio y con el teléfono en la oreja, miró de reojo a la pareja, enarcó una ceja y continuó su conversación. El ambiente de la oficina estaba cargado de tensión. La subinspectora se centró en su ordenador, ignorando a su compañero. Miguel, de pie junto al escritorio de Ángela, parecía no saber qué hacer. Después de mirar a un lado y otro como si buscara una vía de escape, regresó a su mesa de trabajo, abrió la carpeta de los informes y simuló leerlos por algunos segundos. Enseguida, volvió a cerrar la carpeta con frustración.

El reloj marcaba las doce y cincuenta. Miguel suspiró y después de frotar su nuca, se levantó para acercarse a la máquina de café. El primer vaso se lo llevó a Remigio, quien lo recibió con un asentimiento, sin dejar el teléfono que ocupaba su atención. Miguel regresó a la máquina y sirvió dos vasos más. Le llevó uno a Ángela,

quien lo miró de reojo y continuó centrada en el ordenador, sin tocar el café. Por encima de su hombro, Miguel vio que tenía abiertas varias carpetas de Excel con bases de datos y registros bancarios. El cursor iba de una a otra pestaña con rapidez, mientras ella hacía comparaciones y buscaba conexiones.

—Valdoria… —murmuró para sí misma—. Me suena. Lo he visto en uno de estos documentos.

Miguel no respondió. Se limitó a beber un sorbo de café, mientras el de su compañera se enfriaba sobre la mesa. Mala señal.

—¡Aquí está! —Ángela giró la pantalla hacia él, reconociendo su presencia por primera vez, desde su último enfado—. Valdoria Haro SL. Es una de las empresas que contrató transportistas cuando todo comenzó. Dejó de relacionarse con la distribución hace dos años. Sin embargo, a diferencia de las otras, esta tiene una dirección física.

Miguel se inclinó para mirar, pero guardó silencio. Ni una reacción. Solo un leve encogimiento de hombros.

—Podría ser una pista, pero no es suficiente.

Ángela lo fulminó con la mirada.

—¿Qué no es suficiente? —Ella fue subiendo la voz conforme iba hablando, atrayendo la atención de Remigio—. ¿Estás hablando en serio? ¡Es una distribuidora que estuvo involucrada en el reparto de mercancía falsificada y es la primera de la que encontramos un registro que no es solo papel mojado! ¡Tiene una sede, una dirección! ¡Demonios, es susceptible de un registro! ¡Si no eres capaz de ayudar, tampoco estorbes, Miguel!

Un silencio tenso siguió a los gritos de Ángela. Telmo apareció en el umbral y se detuvo con los ojos muy abiertos y las cejas enarcadas, sin saber qué hacer. Remigio aprovechó la oportunidad, colgó el teléfono de su escritorio, cogió su móvil y se encaminó en dirección a la salida con discreción. Después de coger el portátil de Telmo de su escritorio, pasó un brazo por el hombro del desconcertado subinspector y lo arrastró consigo al pasillo. Miguel, de pie junto al escritorio de su compañera, cambió de postura y se mordió los labios. Cuando por fin habló, a él mismo su voz le pareció poco convincente.

—Solo digo que es un indicio, pero… no tenemos suficientes elementos probatorios. La conexión es demasiado débil y circunstancial como para justificar una orden de registro.

—¿Qué diablos pasa contigo? ¿Cuándo nos ha detenido algo así? Tienen que existir pruebas de ese nexo con la trama. ¡Y como me llamo Ángela López, que las voy a encontrar! No voy a permitir que estos tíos se salgan con la suya.

Él se pasó una mano por la nuca y miró de un lado a otro.

—Reconoce que para solicitar una orden de registro necesitamos algo más sólido.

Ángela frunció el ceño y rechinó los dientes. Su voz tenía un volumen más alto del necesario.

—¿Desde cuándo eres el señor Prudencia? Valdoria fue la primera distribuidora que contrató empresas transportistas para distribuir mercancía falsa. ¿Quieres una prueba fehaciente? ¿Qué crees que es el albarán que encontró la señora Rincón?

Miguel también alzó la voz cuando respondió.

—Según lo que sabemos, Valdoria dejó de participar en la trama hace dos años. No la hemos encontrado en ninguno de los documentos recientes.

—¿Y qué? ¿Crees que eso la excluye de ser investigada?

—¡Han pasado dos años! No encontraremos nada, después de tanto tiempo.

Ángela parpadeó y negó con la cabeza. Aunque bajó el volumen, el tono de su voz fue tan frío, que resultó peor que los gritos.

—Te escucho y no te reconozco, Miguel. Primero me dices que no tenemos suficientes evidencias para solicitar una orden de registro. Y ahora argumentas que no vale la pena enviar a los peritos a esa empresa, porque han pasado dos años desde la entrega que la involucra. Lo que parece es que quieres impedir que la investiguemos a toda costa y con cualquier excusa.

—¡Claro que no! Es solo que… quiero evitar pasos en falso.

Ángela sacudió la cabeza.

—¿Y qué sugieres? ¿Qué vayamos a comer y dormir una siesta, mientras estos cabrones arruinan a los pequeños comerciantes y sus

familias? —preguntó ella, volviendo a alzar la voz y señalando hacia la puerta.

Miguel cogió aire y contuvo el aliento. ¡Eso dolió! Con voz contenida, pero firme, adoptó una actitud de autoridad.

—¿Debo recordarte que soy tu superior y doy las órdenes? Esta investigación es mi responsabilidad y yo decido cómo conducirla.

Ángela enderezó la espalda.

—¡Ah!, ¿sí? Pues, ¿sabes lo que te digo?, ¡Que no me importan tus órdenes, tu autoridad ni la madre que te parió! Voy a seguir investigando a Valdoria, hasta que encuentre una conexión con Martínez y la podredumbre que lo rodea. Si quieres, me expedientas por desobediencia y resolvemos este asunto frente al inspector jefe, al comisario o a quien sea necesario, pero no voy a permitir que me arrastres al fango en el que sospecho que te estás metiendo.

Miguel cerró los ojos y apretó los dientes.

—Ángela… —dijo con tono suplicante.

—¡Déjame en paz! Uno de los dos tiene que hacer bien su trabajo. Estoy muy ocupada, así que no me molestes. Si quieres, puedes ir levantando el expediente contra mí.

Miguel regresó a su puesto de trabajo, derrotado, mientras Ángela se centraba de nuevo en su tarea con renovado entusiasmo. El reloj avanzó con una lentitud exasperante, hasta que, pasados algunos minutos, Ángela rompió el silencio con un grito triunfal.

—¡Lo tengo! ¡Aquí está!

Un escalofrío recorrió la espalda de su compañero.

—¿Qué encontraste?

—¿Te interesa o te preocupa? —preguntó ella con voz inquisitiva.

—¡Vamos, Ángela, soy yo! No creo que hables en serio cuando dices que sospechas de mí. Sé que solo estás enfadada. Estamos juntos en esto desde el principio, ¿no es así?

Ella lo miró con los ojos entornados.

—No lo sé. Te has comportado como un desconocido desde esa reunión que tuviste con tu informante anoche, y de la que no me has querido contar nada.

—No se refería a este caso.

—¿Entonces?

Miguel negó con la cabeza.

—Nada importante. No tiene nada que ver con esto. Solo quería dinero, pero en realidad no tenía nada que valiera la pena. Reconozco que hoy no es mi mejor día. Tal vez se deba a esta migraña, que me está volviendo loco.

—¿Migraña? No sabía que sufrieras de migraña.

—No son frecuentes, pero cuando aparecen… me dejan fuera de combate.

—Entonces, tal vez deberías hablar con el inspector jefe, para que te permita ir a casa y descansar.

Miguel sacudió la cabeza.

—No voy a dejarte sola con la investigación. Solo comprende que no estoy en plenas condiciones.

Ángela frunció el ceño.

—Si tu problema es una migraña, ¿por qué no habías dicho nada? ¿Por qué permitiste que llegara al punto de desconfiar de ti?

—No quería preocuparte —dijo Miguel, con las manos extendidas y las palmas hacia arriba. Entonces, señaló el ordenador con la cabeza—. ¿Compartirás conmigo lo que has encontrado?

Ángela se mordió los labios y bajó la mirada, pensativa. Al cabo de un par de segundos, suspiró.

—Te daré el beneficio de la duda, Miguel, pero no me vuelvas a fallar. Encontré una transferencia de Valdoria Haro a nombre de un sujeto llamado Marcos Díaz, que es el administrador de la distribuidora. El concepto de la transferencia es ambiguo, pero coincide con una fecha cercana a una gran entrega de mercancías falsificadas.

Miguel relajó los hombros y asintió.

—Marcos Díaz. Es la primera vez que aparece ese nombre. Esto abre una nueva vía de investigación…

—Una vía que nos vuelve a conducir a Martínez —sentenció ella.

El inspector negó con la cabeza.

—Debemos ser prudentes. No podemos sacar conclusiones a priori. Esa cuenta está a nombre de un tercero. El nombre de Martínez no aparece en la transacción. Tenemos que averiguar quién es Marcos Díaz y…

—Ya lo investigué, Miguel. Es más, ya descubrí cuál es su conexión con Martínez.

Los músculos de la espalda de Pedrera volvieron a tensarse.

—¿Quién es?

—En la Seguridad Social encontré el alta que corresponde al empleo que tuvo antes de registrar Valdoria Haro. ¿Sabes quién era su patrón?

—¿Martínez? —preguntó el inspector, con un hilo de voz.

Su compañera asintió.

—Díaz era su chófer.

Miguel tragó saliva.

—Podría tratarse de una coincidencia.

Ángela soltó una carcajada sin humor.

—¿Coincidencia? ¿Volvemos a empezar, Miguel? Díaz pasó, sin solución de continuidad, de conducir el coche de Martínez a dirigir una empresa que movió mercancía falsificada y que es muy probable que continúe haciéndolo, solo que con más experiencia y ocultándose mejor.

—Ángela…

—¿Qué coño te pasa, Miguel? Y no me tomes por estúpida diciéndome que estás comportándote así por una migraña. ¿Desde cuándo te tiemblan las piernas cuando aparece un hombre con poder entre los sospechosos?

—Yo no…

—El Miguel que conozco se crece ante los desafíos, no les huye. A ti te pasa algo con Martínez y no tienes la suficiente confianza en mí para decírmelo.

Miguel bajó la mirada.

—No es tan sencillo como crees.

—¿Crees que no? Pues yo lo veo muy simple. Eduardo Martínez está metido hasta las cejas en este asunto. ¡Y te guste o no, voy a llegar hasta el fondo de esto!

Miguel vio la determinación en la mirada de su compañera y supo que estaba perdido.

Capítulo 42

Mientras esperaba el regreso de Telmo con la información sobre Javier Soto, Salazar colocó la fotografía de archivo del sospechoso junto a la de Mariana Corrales. El cerco comenzaba a cerrarse. ¿Se trataría del Maestre o del Pastor? El perfil del individuo sería clave para descifrar su papel en la trama. Un par de golpes en la puerta interrumpió sus razonamientos.

—Pasa, Telmo.

Quien abrió la puerta fue Toro.

—El chico todavía no ha terminado sus indagaciones. Digamos que se ha tropezado con un problema… logístico, cuando trató de acceder a su ordenador —Salazar frunció el ceño sin comprender—. Ya está resuelto. Y yo tengo noticias.

Remigio ocupó una de las sillas frente al escritorio de Néstor y se puso cómodo. El inspector jefe lo dejó hacer.

—Te escucho, Remigio.

—Mis indagaciones con los compañeros de las comunidades autónomas vecinas han rendido frutos. Nuestros colegas contactaron a sus informantes y uno de ellos dio con la tecla correcta. Al parecer, los ejecutores del secuestro de Arancha fueron reclutados en Valladolid.

—¿Los identificaron?

Toro asintió con satisfacción.

—Se trata de cuatro sujetos con una larga lista de delitos en sus *curriculum vitae*.

—¿Alguno de ellos pertenece a la organización que estamos investigando?

—De acuerdo con lo que pudo averiguar Garrido, el colega que los descubrió, los contrataron para ese único «trabajo». El informante escuchó a uno de ellos cuando se jactaba del golpe con sus amigos, desde una mesa cercana en un bar. El tío ya se había pasado con el vino y soltó la lengua, antes de que sus cómplices consiguieran que cerrara la boca.

—Tenemos que interrogar al informante, y conseguir suficientes evidencias para arrestar a esos tíos.

Remigio asintió.

—Yo mismo iré a Valladolid y me ocuparé del asunto. Mientras tanto, ya Garrido ha comenzado a moverse para reunir evidencias contra el bocazas. Estoy seguro de que en cuanto le echemos el guante, cantará como un canario y venderá a sus «colegas». Es cuestión de tiempo.

—¡Buen trabajo, Remigio! ¿Cuándo saldrás?

—Ahora mismo. Pasaré por casa para recoger algunas cosas y avisarle a Josefa que tendré que ausentarme por uno o dos días. Te echaré la culpa a ti, por supuesto.

Néstor dejó escapar un suspiro.

—Supongo que no queda alternativa, aunque me temo que eso no ayudará a mejorar la imagen que tu mujer tiene de mí.

Remigio se puso de pie y palmeó el hombro de Néstor.

—Es lo que tiene ser el jefe, Salazar. Para ella, siempre vas a tener la culpa de cada hora extra de trabajo y cada minuto que no pueda compartir con la familia. En cualquier caso, no te preocupes mucho. Aunque se queje, sé que en el fondo te aprecia.

—¿Qué tan «en el fondo»?

Toro sonrió.

—¿Sabes bucear?

Antes de que Remigio saliera del despacho, Telmo se incorporó a la improvisada reunión. Llevaba unos papeles en la mano.

—Ya tengo la información sobre Soto, jefe. Le pedí a Lali que me permitiera usar la impresora del comisario —anunció el subinspector.

Toro asintió, al mismo tiempo que Néstor fruncía el ceño, desconcertado.

—¿A Lali? ¿No funciona la impresora de la sala común?

Telmo y Remigio intercambiaron una mirada de complicidad.

—Sí, funciona —dijo Toro—, pero no estaba accesible cuando el chaval necesitó usarla.

Salazar parpadeó y estaba a punto de pedir una explicación, cuando Telmo le entregó los papeles con la información del sospechoso y comenzó a dar su informe.

—Javier Soto tiene 35 años, jefe. Nació en Logroño, y ha sido arrestado en varias ocasiones por delitos de guante blanco. Casi siempre relacionados con fraudes.

—¿Es hábil?

—No es un genio del engaño, pero sí conoce su «negocio». Consiguió esquivar a la Justicia por mucho tiempo, hasta que tentó la suerte con una estafa más ambiciosa. Lo atrapamos y cumplió condena por tres años.

Salazar se sentó en el borde de su escritorio.

—¿En qué consistió esa estafa?

Telmo sacudió la cabeza con desaprobación.

—Se dedicaba a vender terrenos que no le pertenecían a incautos. Engañaba a sus víctimas, usando documentos de propiedad falsos.

Remigio enarcó las cejas.

—No podemos negar que el cabrón es audaz.

Telmo cambió de postura y continuó.

—Cuando encontraba una víctima propicia, le contaba que su hija estaba muy enferma y necesitaba atención médica especial en el exterior. Que él tenía que conseguir el dinero rápido y por eso vendía a mitad de precio, pero apuraba a la víctima para que tomara la decisión lo antes posible, porque tenía varias ofertas y vendería al primero que estuviera dispuesto a cerrar el trato… —Telmo se interrumpió a sí mismo—. Es la historia de siempre: la ganga demasiado buena para ser verdad. ¿Cómo es posible que exista gente que sigue cayendo en ese viejo truco?

—Es que no piensan con la cabeza, sino con las tripas —respondió Salazar con la voz de la experiencia—. La gente quiere creer. Y cuando algo suena a ganga, a dinero fácil, a solución mágica… el buen juicio se apaga.

—¿Tan fácil es manipularnos?

—Más de lo que crees, chaval —intervino Remigio—. Verás, lo primero que asalta a la víctima es el miedo a perderse una oportunidad. El estafador te dice que es «solo por hoy», «tienes que decidirte pronto», «esta oferta no volverá». Y zas, entras en modo urgencia. Saltan tus impulsos y tu cerebro no se detiene a pensar si es verdad o mentira.

—¿Es como cuando ves un descuento enorme en internet y lo compras, sin siquiera pensar si lo necesitas? —preguntó Telmo.

—¡Exacto! —le confirmó Néstor—. Con frecuencia, el costo real de lo que quieres comprar es lo que te están cobrando, pero inflan el precio muchas veces para hacerte creer que te estás llevando una ganga y que no te puedes perder esa oportunidad.

—Joder. Tengo que reconocer que me ha pasado —admitió el joven subinspector.

Salazar sonrió con indulgencia.

—Si te consuela, en tu caso no has sido víctima de una estafa. Estoy seguro de que pagaste el precio justo, ni más ni menos, pero tendrías que preguntarte si lo habrías comprado de no tener un «descuento tan fabuloso».

—En ocasiones sí, y en otras no.

Remigio retomó su explicación.

—Dejando a un lado los juegos psicológicos del *marketing*, y volviendo a tu pregunta sobre las estafas: también tenemos el sesgo del optimismo: todo el mundo cree que eso de «ser estafado» les pasa a otros. Nunca a uno mismo. La mayoría se sienten listos, inmunes. Y cuando alguien se cree más listo que el estafador… ya está medio cazado.

—¿Y qué pasa con los que dudan? ¿No se frenan?

Salazar se encogió de hombros.

—No siempre. Porque si es demasiado bueno y quieren creerlo, su cerebro buscará cualquier excusa para convencerlos de que es verdad. Los expertos lo llaman sesgo de confirmación. Ocurre cuando el ser humano ignora las señales de peligro y se aferra a su deseo. «Mi amigo invirtió y ganó mucho dinero», «parece una persona seria», «la página se ve muy profesional», etc.

—¿Quiere decir que los estafadores juegan con la psicología de la víctima?

Salazar asintió.

—Es así. Los estafadores no engañan a sus víctimas con una oferta, sino con las emociones que despiertan: codicia, esperanza, alivio, miedo, lo que sea.

—Y cuando logran que tomes una decisión en caliente, ya no hay marcha atrás —confirmó Remigio.

—Entonces, la mayoría de las personas que no saben esto se encuentran indefensas.

Remigio dejó escapar un suspiro.

—Y algunas de las que lo saben, también. Por eso funciona, desde antes que saliéramos de las cavernas.

Salazar dio un golpecito a la pizarra con el rotulador.

—Pero volvamos a lo nuestro. Por favor, continúa, Telmo.

—Sí, jefe. Ahora comprendo mejor lo que pasó en este caso: La víctima de la estafa, temiendo perder la ganga, se apuró a cerrar el contrato, sin darse tiempo para hacer las comprobaciones necesarias sobre la propiedad. Así que después de que se cerró la venta, cuando fue a registrar el terreno a su nombre, se encontró que solo tenía un documento falso, que no valía el papel en el que había sido escrito, y ya no había rastro del vendedor, del dinero ni de la hija, que por supuesto, nunca había existido.

—¿Cómo lo pillaron? —preguntó Remigio.

—La víctima puso la denuncia y reconoció al estafador en los archivos criminales. Identificaron los barrios de la ciudad por los que solía moverse Soto y llegaron a él, gracias a la delación de los informantes.

Néstor se cruzó de brazos y asintió. Los delincuentes también podían caer en un exceso de confianza, que terminaba siendo su perdición. Después de pensarlo por un momento, se apartó del escritorio y volvió frente a la pizarra para hacer algunas anotaciones bajo la fotografía de Soto.

—Por las habilidades del sujeto, lo más probable es que se trate de El Pastor: la persona que, además de reclutar a los delincuentes,

se ocupa de manipular a las víctimas, hasta tenerlas en el lugar preciso donde las quiere.

—Estoy de acuerdo —dijo Remigio—, pero me temo que las evidencias que tenemos no son suficientes para arrestarlo y si llega a sospechar que está en la mira, podría desaparecer.

—Ya es tarde para pensar en eso, Remigio —reconoció Néstor—. Pusimos sobre aviso a sus cómplices y a él, desde el momento en que registramos la oficina…

—Pero de no haber sido por ese registro, no habríamos podido identificarlo, jefe. No teníamos alternativa, si queríamos avanzar.

—Lo sé, Telmo, lo sé. En cualquier caso, tenemos que darnos prisa.

—¿Por qué no hemos arrestado a La Guardesa, jefe? ¿No teme que burle la vigilancia y escape?

Salazar negó con la cabeza.

—Confío en nuestros chicos. Y quiero darle un poco más de cuerda. Conservo la esperanza de que, si se siente presionada, trate de contactar a El Maestre, que es el cabecilla.

—No tientes demasiado la suerte, Salazar —le advirtió Remigio.

—Descuida, tendré cuidado.

El inspector Toro se levantó de la silla, cogió aire y lo retuvo.

—Tenemos que darnos prisa de caer sobre Soto. Saldré de inmediato para Valladolid. Contactaré a Garrido desde aquí, para que detenga de inmediato a los sicarios. Si lo identifican a él como el hombre que los contrató, todavía tenemos tiempo de arrestarlo, antes de que intente levantar el vuelo.

—Adelante, Remigio. Mantenme informado y buena suerte.

Después de despedirse, Toro salió del despacho. Salazar le ordenó a Telmo que se reuniera con García para organizar una vigilancia sobre Soto. Luego podía tomarse un descanso para comer. Él decidió permanecer en el despacho, para analizar cómo encajaban las nuevas piezas del rompecabezas.

Capítulo 43

Mientras Salazar se encontraba en su oficina, en la sala común, Ángela redactaba la solicitud de la orden de registro para Depósitos Valdoria Haro, en un claro desafío a Miguel, quien se paseaba por la sala como un león enjaulado. Lo dominaban el desconcierto y la impotencia. No podía permitir que Ángela siguiera adelante, pero tampoco se sentía capaz de levantarle un expediente por rebelarse, cuando lo único que ella estaba haciendo era su trabajo. Además, era Ángela. De vez en cuando, su compañera lo miraba de reojo sin detenerse en su tarea. La tensión en la sala crecía por momentos, hasta que llegó a niveles insoportables.

Con un resoplido, Miguel anunció que necesitaba un poco de aire fresco y salió de la sala común, sin esperar respuesta. Una vez en el pasillo, Miguel se apoyó en la pared y se dejó deslizar hasta quedar agachado. Se cubrió la cara con las manos, al mismo tiempo que respiraba profundo, para recuperar la calma. Sentía que su mundo, todo lo que amaba, lo que había construido con tanto esfuerzo, se desmoronaba a su alrededor. Entonces, tomó una decisión. Volvió a ponerse de pie y bajó las escaleras.

Miguel dudó por un momento cuando llegó frente a la puerta del despacho de Salazar. ¿Estaría empeorando las cosas? Se sacudió las dudas. No podía seguir así. ¡Tenía que hacer algo! Golpeó la puerta con decisión y del otro lado, el inspector jefe, su antiguo rival, lo invitó a pasar. En cuanto cruzó el umbral, Salazar levantó la mirada y sus cejas se elevaron.

—¡Miguel! No imaginaba que fueras tú. ¡Y menos con esa cara! ¿Qué ocurre?

—Estoy en problemas, Salazar. He venido a pedirte consejo.

Néstor parpadeó.

—¿Tú vienes a pedirme consejo a mí? ¡Debe ser muy grave!

—Créeme, lo es.

El inspector jefe cerró la carpeta, se levantó de la silla y se acercó a su compañero.

—Muy bien, vamos, Pedrera. Te invito a un café en La Callecita. Allí podrás contarme lo que te pasa, sin ninguna interrupción.

Minutos después, ambos ocupaban la mesa favorita de Salazar en el bar de Gyula, y tenían frente a ellos sus respectivas tazas. Néstor agregó medio sobre de azúcar a su café y lo removió con parsimonia, como si no tuviera nada mejor que hacer en todo el día. Miguel ni siquiera miró su taza. Aunque era evidente que el paseo le había sentado bien, todavía estaba pálido y le temblaban las manos. El inspector jefe esperó con paciencia. Por fin, Miguel se frotó la cara con las manos y lo soltó.

—Me están extorsionando, Salazar. ¡Van a hundirme y no sé cómo resolverlo!

Néstor frunció el ceño.

—¿Quién te está extorsionando?

Pedrera soltó el aire de sus pulmones despacio y respondió en un murmullo.

—Martínez: el principal sospechoso detrás de las falsificaciones. Bueno, lo de sospechoso es un decir. No hay ninguna duda de que él es el cabecilla de esa trama.

Néstor se quedó pensativo por un momento y luego asintió.

—Cuéntamelo desde el principio, Miguel. Y no te dejes nada en el tintero.

Pedrera apoyó los brazos en la mesa y bajó la mirada. Su voz se escuchó forzada, como si no tuviera energía suficiente.

—Martínez encontró una nota en mi expediente sobre algo que pasó hace muchos años, pero que si sale a la luz, me traerá problemas profesionales y podría arruinar mi matrimonio.

—¿Por qué? Si ya está en tu expediente, no debe ser un secreto.

—Supongo que después de tantos años, ya no debería preocuparme, pero Martínez me amenazó con ejercer las presiones necesarias, para que se convierta en una pesadilla.

Néstor dio un sorbo al café, mientras analizaba las palabras de su colega.

—¿Qué dice esa nota? —Miguel miró a Salazar por un momento y cerró los ojos, reticente a revelar su secreto—. Para poder ayudarte, necesito saber de qué se trata.

—Tienes razón. Te juro que fue un malentendido, pero se convirtió en una espada sobre mi cabeza, de la que no he podido librarme.

—Tal vez esta sea tu oportunidad de quitártelo de encima.

—Yo… acababa de salir de la Academia. Era un novato y estaba asignado a Segovia… Una de las compañeras era también subinspectora y novata como yo… Era una chica muy atractiva y bueno, en una ocasión la invité a salir… Ella se negó. ¡Te juro que mi interés terminó allí! ¡Nunca insistí!

Salazar asintió.

—Te creo, Miguel, pero dudo que haya una nota en tu expediente por haber invitado a una compañera a cenar. ¿Cuál fue el malentendido? ¿Qué más pasó?

Miguel volvió a bajar la mirada y la voz.

—Todo ocurrió durante una intervención conjunta con otra unidad. Tanto ella como yo participamos. Había que trasladar a una sospechosa que era muy agresiva y estaba bajo el efecto de estimulantes. Ya sabes la fuerza que desarrollan en esas condiciones…

—Lo sé. Continúa.

—Durante el forcejeo, esta compañera se desequilibró y yo… la sujeté por la cintura para evitar que se cayera… Reconozco que fui muy torpe y que quizá ejercí un poco más de fuerza que la necesaria, pero actué por reflejo. Quiero decir… fueron las circunstancias… no tuve tiempo de pensar.

—Te creo, Miguel. Supongo que la joven presentó una queja.

Miguel entrelazó las manos para controlar el temblor.

—Yo… tenía fama de ser poco contenido… Ya sabes que siempre he sido un bocazas… —Néstor asintió—. Ella dijo que yo la había tocado sin necesidad y que me había excedido en la fuerza. ¡Te juro que no fue así!

—No necesitas decírmelo, Miguel. Reconozco que a veces te sales un poco del tiesto, pero no eres un acosador. Tu expediente está limpio, así que asumo que la denuncia no prosperó.

Pedrera centró la mirada en un punto de la mesa.

—Nuestros superiores revisaron los informes y concluyeron que yo había actuado por reflejo y en un contexto operativo. Que nunca hubo intención de acoso, pero algunos de los compañeros tomaron partido por ella y otros por mí. El ambiente de trabajo se resintió, así que nos trasladaron a ambos. Los jefes cerraron el expediente, pero quedó una nota al margen, que me ha perseguido desde entonces y ahora amenaza con acabar con mi carrera y mi matrimonio.

—¿Cómo se enteró Martínez de ese suceso? —preguntó Néstor, con la taza de café en la mano.

Miguel se encogió de hombros.

—Supongo que se valió de sus conexiones para encontrarlo. Anoche, su abogado me obligó a salir de casa bajo coacción. Él y Martínez me esperaban en un coche en la calle. Me dejaron claro que si no entorpecía la investigación en su contra, si permitía que la acusación contra él progresara, usaría el informe para destruir mi carrera y mi matrimonio… Te confieso que las últimas horas han sido un auténtico infierno.

Salazar bebió un sorbo de café despacio, mientras meditaba acerca de la situación. Entonces, dejó la taza vacía sobre el platillo y negó con la cabeza.

—No debes caer en esa trampa, Miguel. Si haces el menor gesto que favorezca a Martínez, quedarás atrapado en su red de corrupción, para siempre. Te convertirás en su chico para todo, y ese sí sería el final de tu carrera. Te tendría cogido por…

—Entonces, ¿qué puedo hacer? —lo interrumpió Miguel, con desesperación—. Acabará conmigo si ignoro su advertencia. ¡Lo perderé todo!

—No se trata de una advertencia, Miguel, sino de una amenaza en toda regla. De coacción. Extorsión. ¡Otro delito!

—Sí, pero eso no mejora mi situación.

—¡Al contrario! ¿No lo ves? Eso lo cambia todo, si tienes el valor de enfrentarte a tus errores y sus consecuencias.

Pedrera abrió mucho los ojos, al mismo tiempo que palidecía.

—¡No estarás sugiriendo que ignore su advertencia!

—Viniste a pedirme un consejo, ¿no es así?

—Sí.

—Muy bien, pues mi consejo es que seas honesto y que cojas al toro por los cuernos. Tú no eres un cobarde, Miguel. Puedo dar fe de ello. Lo primero que debes hacer es hablar con Ángela y contarle la verdad, acerca de lo que está pasando. Asumo que no sabe nada con respecto de esta extorsión. ¿Me equivoco?

Miguel negó con la cabeza.

—No me he atrevido a confesárselo. Tengo miedo de que crea que hay algo de veracidad en la acusación, que se enfade conmigo y me eche de su vida a patadas…

—¡Eres un cenutrio! —Pedrera parpadeó ante el inesperado insulto—. La subestimas. Ángela es joven, pero muy madura. Estoy seguro de que no solo lo comprenderá, sino que también te respaldará.

Miguel se mordió los labios.

—No lo sé…

—Se enterará tarde o temprano. ¿Qué crees que va a pasar si descubre lo que está ocurriendo, a través de cualquier otro medio que no seas tú mismo? —Pedrera le dirigió una mirada suplicante a Néstor—. Lo peor que puedes hacerle a tu matrimonio es no confiar en ella.

Miguel suspiró.

—De acuerdo. Se lo contaré.

—Luego, debes poner una denuncia contra Martínez por extorsión.

Los ojos de Pedrera parecían querer salir de sus órbitas. Se removió en el asiento con inquietud, como si quisiera salir corriendo.

—Pero… eso podría ser el final de mi carrera como policía… Con las influencias que tiene Martínez, acabará conmigo.

—¡Quítale el control, Miguel! Sorpréndelo. Tira la pelota a su lado de la cancha y oblígalo a defenderse. Él cuenta con contactos, pero

tú también tienes apoyo. Te prometo que yo te respaldaré en todo el proceso y te aseguro que el comisario también lo hará. Yo me ocuparé de hablar con Santiago y convencerlo.

Miguel se quedó pensativo por un momento. Entonces, asintió con un suspiro.

—Jamás creí que diría esto, Salazar, pero confío en ti.

Capítulo 44

Cuando Salazar y Pedrera regresaron a la comisaría, Miguel había recuperado un poco el aplomo. Los pasos que estaba a punto de dar lo conducirían a un camino irreversible, fuera de su control. Una vez que confesara, no habría vuelta atrás. Con solo pensarlo, las manos le sudaban y se le hacía un nudo en el estómago. Sin embargo, saber que haría lo correcto le proporcionaba valor. Sin importar lo que pasara, su conciencia descansaría.

Ángela se encontraba sola en la sala común. Al verlos llegar juntos, apartó la mirada del ordenador con un parpadeo y sus cejas se alzaron. Ignoró a Miguel y se dirigió a Salazar como si no estuviera acompañado.

—Inspector… Estoy a punto de enviar un informe para el juez. Hablé con él hace algunos minutos y está dispuesto a emitir una orden de registro para una distribuidora, cuyo nexo con las falsificaciones ha surgido durante las investigaciones. Estoy segura de que está involucrada.

Néstor miró de reojo a Miguel, quien bajó la cabeza. El inspector jefe suspiró.

—Excelente trabajo, Ángela, pero creo que ese informe puede esperar. Será mejor que Miguel y tú os toméis un descanso.

Las cejas de ella se alzaron hasta la raíz del cabello.

—Pero…

—Estoy seguro de que resultará beneficioso para ambos. Cuando regreséis, podréis ocuparos de conseguir la orden y continuar la investigación.

Ángela suspiró con resignación. Miguel la conocía lo suficiente, para saber que había comprendido que detrás de la orden de

Salazar, había mucho más que la concesión de una pausa en el trabajo.

—Eh… sí, señor.

—Muy bien, os dejo. Avisadme si encontráis algo en ese registro.

Néstor palmeó el hombro de Miguel para animarlo y salió de la sala común, en dirección a su despacho. Miguel y Ángela se quedaron solos.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó ella con tono cortante—. ¿Por qué has involucrado al inspector jefe en este asunto?

—Será mejor que conversemos… en otro lugar.

Ángela envió el informe, apagó su ordenador y siguió a Miguel con el ceño fruncido y los dientes apretados. Se encaminaron a un bar cercano y ocuparon una mesa apartada de los demás clientes. El ruido de platos y cubiertos se mezclaba con el murmullo de las conversaciones, proporcionando un telón de fondo. El olor a ajo sofrito en aceite dominaba el ambiente. La cotidianidad se imponía, aunque en aquella mesa, un poco alejada de las demás, había algo que estaba a punto de romperse.

Mientras esperaban que les sirvieran el menú del día, Ángela cruzó los brazos, clavó la mirada en su compañero y habló con voz cortante.

—Dime de una vez por qué me has traído aquí.

Con la vista baja y los hombros tensos, Miguel jugueteaba con un sobre de azúcar, girándolo entre los dedos. Su frente brillaba por el sudor, a pesar del frío que se colaba por la hendidura de una ventana cercana. Hizo una pausa, tratando de encontrar las palabras más adecuadas. No parecía existir ninguna.

—Estamos aquí porque… porque no puedo más. —Levantó una mirada cargada de súplica—. Y porque Salazar me dio una patada en el culo, para que diera este paso.

Ángela frunció el ceño.

—¿El inspector jefe? ¿Qué tiene que ver en esto?

—Le pedí consejo —Miguel se encogió de hombros—. Y me lo dio.

—¿De qué se trata? ¿De Martínez?

Él asintió, y tragó saliva.

—Me está extorsionando.

Ella guardó silencio por un momento. No había sorpresa en su mirada, pero sí preocupación.

—¿Cómo?

—Descubrió un episodio de mi pasado. Se trata de algo que le permitirá arruinarme, si se lo propone.

Ángela cerró los ojos por un momento, para asimilarlo.

—Ya imaginaba que tu «laxitud» con Martínez no era normal, que había conseguido influir sobre ti de alguna forma. ¿De qué se trata?

Miguel se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—Cuando era novato, recibí una denuncia de una compañera por acoso.

Ángela parpadeó.

—¿Qué?

Miguel se removió en el asiento, aguijoneado por la urgencia de explicarse.

—Fue un malentendido. No hubo nada. ¡Te lo juro!

Con la voz ahogada por un nudo en la garganta, Pedrera le contó los detalles de lo que había ocurrido. Ángela rechinó los dientes, antes de hablar.

—Acabas de confesar que la chica te gustaba. ¿Estás seguro de que no hubo nada más?

—Fue como te lo estoy contando, Ángela. ¡Tienes que creerme! Cuando ella me dio calabazas, la borré de mi pensamiento. Durante el arresto, la sujeté por la cintura por reflejo, para evitar que se cayera y se lastimara. Mi reacción habría sido la misma si se hubiera tratado de un hombre. La denuncia no tenía fundamento y por eso, no prosperó, pero quedó registrada. Y Martínez la encontró.

Con el ceño fruncido y la mirada dura, Ángela se echó hacia atrás.

—¿Por qué nunca me lo contaste?

Miguel bajó la mirada y la clavó en sus propias manos, que seguían manoseando la bolsa de azúcar.

—Por vergüenza. Porque soy un cobarde. No me atrevía a mirarte a los ojos y confesártelo. Por miedo de que pensaras lo que

no fue. Era algo que estaba enterrado en el tiempo, que podía olvidar. O eso creía yo.

Ángela apretó la mandíbula y clavó su mirada en él, tan cargada de ira, que Miguel retrocedió un poco.

—¿Crees que es mejor que me haya enterado así? —preguntó ella.

—No. Creí que nunca lo ibas a saber. Que quedaría sepultado en el tiempo, como una anécdota sin importancia.

—Los esqueletos que se guardan en el armario terminan saliendo tarde o temprano, Miguel. Tú deberías saberlo.

Guardaron silencio cuando el camarero se acercó con la comanda. Antes de que llegara a la mesa, Miguel hizo que se alejara con un gesto. Ángela mantenía los ojos clavados en su compañero. Nunca lo había visto tan frágil.

Él se mordió los labios.

—Te juro que solo fue un malentendido y que nunca he acosado a nadie.

Ángela respiró profundo. Habló despacio y con voz contenida, como si estuviera haciendo un esfuerzo para no gritar.

—¿Cómo has podido pensar que después de todo lo que hemos vivido juntos, después de conocerte, iba a dudar de ti en algo así? ¿Esa es la confianza que me tienes?

—Lo siento. No supe manejar la situación. Salazar tiene razón, soy un cenutrio —Después de un instante, las palabras de Ángela llegaron al cerebro de Miguel y por fin comprendió el mensaje. Levantó la mirada con una chispa de esperanza—. Entonces, ¿me crees?

Ángela suspiró.

—Es definitivo, sí, eres un cenutrio —Ella buscó la mano de él sobre la mesa y la sujetó con firmeza—. Cometiste un error cuando trataste de sostener a tu compañera, y también al querer ocultar la denuncia, pero eso no te convierte en un acosador. Solo en un tío un poco torpe. Con respecto a Martínez, si ese malnacido cree que va a romper nuestra relación por ahí… lo tiene crudo. Se ha metido con la pareja equivocada.

Miguel parpadeó, y por un instante se le humedecieron los ojos.

—Gracias. No sé cómo arreglarlo.

—No tienes que arreglarlo solo. Enfrentaremos juntos a ese cabrón.

—Salazar quiere que lo denuncie por extorsión. Me ofreció su respaldo y el del comisario.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer. Afróntalo, Miguel. No caigas en la trampa de Martínez. Yo estaré ahí para apoyarte, con una sola condición.

—¿Cuál?

—No más secretos. A partir de ahora nos lo contamos todo. ¡Todo sin excepción!

Miguel sonrió.

—Es un trato.

Una vez restaurada la normalidad entre Miguel y Ángela, después de pagar la cuenta, ambos regresaron a la comisaría. El juez había enviado la orden de registro de Valdoria durante su ausencia. Al cabo de media hora, los policías se coordinaron con Científica y salieron en dirección al Polígono Fuente Ciega, acompañados por Pérez y Rivera, que los siguieron en un coche patrulla.

Aparcaron cerca de la distribuidora, pero fuera de su ángulo visual, mientras esperaban la llegada de la furgoneta de Científica. Miguel, con Ángela a su lado, observó en silencio la fachada metálica que se alzaba frente a ellos.

—Tiene movimiento —comentó Ángela en un murmullo, al mismo tiempo que señalaba con la barbilla a los porteadores que transportaban cajas del almacén a un camión.

Miguel se ajustó la chaqueta.

—Eso no impide que sea una fachada.

Mientras esperaban, los policías estudiaron el lugar y discutieron acerca de la estrategia que seguirían durante el registro. Cuando por fin llegó la furgoneta de Científica, Miguel y Ángela salieron del coche, intercambiaron impresiones con los peritos y dieron instrucciones a los agentes que los acompañaban. Solo entonces, ambos regresaron al coche y se acercaron a la nave industrial, seguidos por el resto de la comitiva.

Una vez frente a Valdoria, los detectives encabezaron la marcha con sus identificaciones y la orden de registro en la mano.

—¡Policía! —gritó Miguel, en cuanto puso un pie en el interior de la nave—. Tenemos una orden de registro del juez, así que esperamos su colaboración.

Uno de los encargados se les acercó.

—¿Qué… qué es lo que ocurre? ¿Se trata de una inspección?

Miguel le entregó la orden.

—Es un registro. ¿Cuál es su nombre?

—Marcos Díaz. Soy el dueño de este almacén, inspector. ¿Qué significa esto?

—Todo está en la orden judicial. No se aleje, señor Díaz. Es posible que tenga que responder a alguna pregunta.

El interior del almacén estaba ordenado y olía a cinta adhesiva, a grasa seca y a madera astillada de palés que habían sido usados demasiadas veces. Tanto los agentes como los peritos de Científica se dividieron para revisar estanterías, comprobar mercancía y buscar compartimentos ocultos. Miguel y Ángela permanecieron en el centro, vigilando todo lo que ocurría a su alrededor.

De repente, Ángela se alejó de su compañero, para acercarse a una pared del fondo. Se agachó y frunció el ceño.

—¡Aquí hay algo! —anunció en voz alta, atrayendo la atención de Miguel y de uno de los peritos que se encontraba más cerca.

—¿Qué encontraste? —preguntó su compañero, cuando llegó a su lado.

—Mira esto. Esta marca en el polvo. No tiene lógica que se encuentre junto a una pared.

Pedrera comprendió de inmediato a qué se refería su compañera. Entonces, golpeó con fuerza la pared y el sonido resultó revelador.

El inspector desplegó una sonrisa de satisfacción.

—¡Hueco!

Ella asintió y comenzó a estudiar la «pared» con detalle. Entonces, encontró lo que buscaba, detrás de una de las estanterías.

—Aquí están las bisagras —anunció con tono triunfal—. Camufladas con pintura y escondidas detrás de la estantería.

—Del otro lado hay un cerrojo, disimulado de la misma forma —Miguel llamó con un gesto a los dos agentes y al perito que se encontraba cerca. Se dirigió a Rivera—. Trae una palanca.

Un par de minutos después, siguiendo las instrucciones del inspector, el agente venció el cerrojo, que protestó con un crujido metálico.

Ángela presionó el interruptor de luz junto a la puerta. La lámpara del techo se encendió, iluminando una sala enorme, sin ventanas y con docenas de cajas apiladas. Miguel usó la palanca para abrir varias de las cajas. Todas estaban llenas de productos de marca… falsificados.

—¡Madre del Amor Hermoso! —exclamó Rivera.

—¡Deténganlo! ¡Qué no se vaya! —gritó uno de los peritos, que todavía se encontraba en la nave principal del almacén.

Miguel se acercó a la puerta, seguido por Ángela y Rivera. Cuando los policías salieron del depósito oculto, alcanzaron a ver una figura que corría hacia la salida.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó Pedrera, al mismo tiempo que emprendía una carrera detrás del fugitivo.

Rivera sobrepasó al inspector con facilidad y no tardó en alcanzar al prófugo, reducirlo y ponerle los grilletes. Miguel desplegó una sonrisa en cuanto llegó junto a ellos.

—¡Qué sorpresa, señor Lares! Me alegra mucho volver a verlo.

—Yo… solo estoy aquí de paso. Usted sabe que solo soy el transportista. No tengo nada que ver con este almacén.

—Eso nos lo cuenta en la comisaría —El inspector miró a su alrededor—. ¿Dónde está el otro? El dueño del almacén.

—Aquí mismo lo tienes —anunció Ángela, apuntando con su arma, detrás de un palé lleno de cajas apiladas. ¡Salga, señor Díaz! Usted también está bajo arresto.

Marcos se incorporó despacio y con las manos en alto, hasta que Pérez llegó a su lado y le puso los grilletes.

—¡Llevadlos a la comisaría y fichadlos!

—Sí, inspector.

—Nosotros nos ocuparemos del registro y les enviaremos el informe con los resultados, inspector —anunció el jefe del grupo de

Científica.

Miguel y Ángela intercambiaron una sonrisa de complicidad, y salieron detrás de los agentes que escoltaban a los detenidos.

Capítulo 45

Al mismo tiempo que Miguel y Ángela hacían grandes avances en el registro de la distribuidora, Salazar y Telmo se encontraban reunidos en el despacho del inspector jefe, analizando las evidencias que habían recopilado hasta el momento y elaborando un plan de acción. El olor del café se mezclaba con el del papel y la tinta de los documentos que tapizaban la superficie del escritorio de Néstor. Salazar se encontraba de pie junto a la pizarra, con el rotulador en la mano y el ceño fruncido. El tablero era un mapa de fotografías con notas y líneas trazadas con el rotulador.

—Ya hemos ubicado a Javier Soto, jefe. García envió a Contreras y Bermúdez para que lo vigilaran. Caerán sobre él cuando reciban la orden.

—Esperemos que las indagaciones de Remigio en Valladolid rindan fruto y podamos señalarlo sin lugar a duda. ¿Quién se está ocupando de la vigilancia de La Guardesa?

—En este momento, Echevarría y Mendoza.

Néstor dio un par de golpecitos a la fotografía de Mariana Corrales.

—La Guardesa y El Pastor están a punto de caer. Es cuestión de tiempo. Sin embargo, todavía estamos muy lejos de echarle el guante al cabecilla de la trama.

—El Maestre.

Néstor asintió.

—Es el más peligroso. Es quien elabora las estrategias. No podemos permitir que se nos escape. Podría rehacer su negocio con otros socios o en otra comunidad.

Telmo, de pie en medio del despacho, se cruzó de brazos, ladeando la cabeza.

—¿Y si no está cerca? ¿Y si opera desde afuera?

Salazar entornó los ojos, considerando la idea. Respetaba la perspicacia fresca de Telmo.

—Podría ser… pero, aun así, tiene que haber dejado algún rastro. Y todavía no tenemos ninguna pista que nos conduzca hacia él.

—Es probable que la Guardia Civil esté en lo cierto y se trate de alguien con entrenamiento policial o militar —sugirió Telmo—. En ese caso, sabría cómo borrar sus huellas.

Salazar encerró el nombre de El Maestre en un círculo.

—Por mucho entrenamiento que tenga, no es posible encabezar una trama como esta sin haber dejado ningún rastro. Tiene que haber algo. Un desliz. Una contradicción.

Telmo se acercó al tablero.

—¿Y si está ahí, pero no lo hemos visto?

Salazar suspiró.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez ya tenemos esa pista, pero no la hemos detectado todavía. Quizá se trata de una evidencia recolectada por Científica que pasó desapercibida, o la revelación de un informante a la que no hemos dado suficiente importancia.

Salazar se pasó la mano por la cabeza.

—He leído tantas veces los informes, que ya casi me los sé de memoria, Telmo. Sin embargo, es posible que tengas razón.

—No descarte la ceguera por familiaridad, jefe. Nos advirtieron sobre ese fenómeno en la Academia y puede pasarle a cualquiera.

—Reconozco que es posible. Quizá mi cerebro ya no esté procesando esos textos con toda la atención necesaria y omita detalles —El inspector recogió los informes en una carpeta que le entregó a su subalterno—. Ocúpate tú de revisarlos de nuevo.

Telmo cogió la carpeta, pero antes de que pudiera responder, el móvil de Salazar los interrumpió. Después de consultar la pantalla, el inspector conectó los altavoces y respondió la llamada.

—Me alegra encontrarte, colega. Tengo buenas noticias para ti.

—Genial, Toni. ¿Qué has descubierto?

—He estado trabajando en los ordenadores de «la agencia de secuestros». Que ya me cuesta decirlo. ¡Lo que tiene uno que ver!

Después de intercambiar una mirada con Telmo, Salazar volvió a centrar su atención en el teléfono.

—Ya te digo. ¿Qué descubriste, chaval?

—Pude recuperar unos archivos que habían borrado, o más bien, que ellos creían eliminados, pero conseguí sacarlos de las entrañas del ordenador. Por si fuera poco, estaban encriptados… Vamos, que ha sido todo un reto.

—¿Conseguiste desencriptarlos?

—Por supuesto, aunque me temo que en el proceso se perdieron algunos datos. Lo siento, pero escucha esto: se trata de registros de pago en efectivo acerca de contrataciones, que resultan muy extrañas para una agencia de hospedaje. Te estoy enviando toda la información por correo. Incluye tanto clientes como víctimas, pero me temo que en ambos casos usaron seudónimos. Aun así, espero que te resulte útil. Hay otro detalle, pero no sé si tiene alguna importancia.

—Adelante.

—Algunos de los archivos encriptados estaban protegidos por una contraseña de seguridad que se repite: 190560. Por mi experiencia, es probable que se trate de una fecha de nacimiento. Una estrategia muy habitual, aunque poco segura, para no olvidar la contraseña.

—Si estás en lo cierto, la fecha sería 19 de mayo de 1960. No podría corresponder a El Pastor ni a La Guardesa. Si esos archivos están relacionados con El Maestre, significaría que buscamos a un hombre de 65 años.

Telmo entornó los ojos.

—Esa es una posibilidad, jefe, pero también es posible que La Guardesa o El Pastor hayan empleado la fecha de nacimiento de algún familiar.

—También es cierto —reconoció el inspector.

—Bien, eso ya os lo dejo a vosotros, colega —dijo el informático —. De lo que sí no hay duda es del contenido de los archivos encriptados.

Después de agradecerle a Toni por su estupenda labor, Salazar terminó la llamada y consultó el correo oficial de la comisaría. De inmediato imprimió el informe y le entregó una copia a Telmo. El inspector se preparó con el rotulador en la mano.

Durante las siguientes dos horas, Salazar y Telmo estudiaron el contenido del informe de Toni. Lo más resaltante era que la «agencia» contaba con un historial de varios clientes, a lo que se sumaba una larga lista de víctimas, que sobrepasaba en mucho las que ellos ya conocían.

—Esto ya no deja ninguna duda, jefe. Por extraño que resulte, «Arroyo escondido» funciona como una agencia de sicariato para ejecutar secuestros por encargo.

Néstor asintió.

—Descifremos este galimatías, Telmo. Tenemos que detener a estos cabrones.

Salazar escribió en un lado de la pizarra los alias de los clientes que «encargaron» los secuestros y en el otro lado los seudónimos de las víctimas. Conforme Telmo iba leyendo el informe, él iba tomando notas y estableciendo relaciones entre clientes y víctimas. Al final, el panorama frente a ellos resultó aterrador.

En algunas ocasiones, la línea de conexión iba de un determinado cliente a una persona en concreto. En otras ocasiones, el mismo cliente, identificado como «El Abisal», se relacionaba con varias de las víctimas. Cuando este era el caso, casi todos los seudónimos de las víctimas eran femeninos: Crisol, Zafiro, Loto y un largo etc.

—«El Abisal» —murmuró Telmo—. ¿Está pensando lo mismo que yo, jefe?

—Creo que sí. Estoy seguro de que estas mujeres encajan en un determinado perfil.

—Fortalece su teoría sobre la trata de personas.

Salazar dejó escapar el aire en un largo suspiro.

—Me temo que todo apunta en ese sentido, Telmo.

—Son pocos clientes, pero no me esperaba tantas víctimas. ¿Cómo es que no han saltado las alarmas?

—Es probable que muchas de estas desapariciones ni siquiera se hayan denunciado, por considerarse voluntarias.

—Como en el caso de Arancha —Néstor asintió—. ¿Cree que Arancha está entre las víctimas de «El Abisal», jefe?

—Hay una alta probabilidad de que así sea. Y eso significa que podría continuar con vida dentro o fuera del país. Así que tenemos que darnos prisa.

—Es un entramado muy bien montado, jefe. No va a ser fácil.

—Nunca lo es, Telmo. Nunca lo es… Sigamos.

Telmo continuó leyendo y Salazar trazando conexiones. Un cliente identificado como «Dumbo» había ordenado el secuestro de una víctima señalada como «Cadmo».

—¿Cadmo? Ese es un apodo masculino —observó el inspector.

—Tal vez se trate del empresario de Logroño que encontraron muerto un mes después.

—Es probable. ¿Reabrieron ese caso?

—Sí, jefe.

—Muy bien. Sigamos.

—Aquí hay más relaciones cliente, víctima, jefe. «Horus» solicitó el secuestro de «Náyade» y «Hera» los contrató para retener a «Polimnia». Eso es todo —Telmo cambió de postura—. ¿Cuál de todas esas víctimas cree que sea Arancha?

Salazar observó el tablero por algunos instantes, antes de responder.

—No lo sé, Telmo. Supongo que lo más probable es que su secuestro también haya sido encargado por «El Abisal». Siendo una mujer joven, no me sorprendería que haya encajado en el perfil de una organización de trata de personas, que actúa mediante el secuestro.

—¿Usted cree que sigue viva?

Salazar dejó escapar un largo suspiro.

—No lo sé, pero hasta que no tengamos evidencia de lo contrario, tenemos que actuar como si lo estuviera. Lo cual significa que debemos resolver esta investigación, lo antes posible.

Capítulo 46

En cuanto los policías comprendieron la magnitud del desafío al que se enfrentaban, la tensión se apoderó del despacho de Salazar. El frío se colaba por una ventana mal sellada, haciendo que la calefacción resultara insuficiente. Un estremecimiento recorrió la espalda del inspector cuando volvió a leer la lista de las víctimas. Detrás de cada uno de esos nombres falsos, una persona había sido arrancada de su cotidianidad, de su familia, para convertirse en una pieza de cambio en manos de desalmados sin escrúpulos.

Telmo se levantó de la silla y cruzó los brazos, con los ojos fijos en el tablero. Salazar, todavía de pie junto a la pizarra, tenía la mandíbula tensa y la mirada perdida, mientras su cerebro elaboraba una estrategia a marchas forzadas.

—Necesitamos más información acerca de este cliente, Telmo —dijo el inspector por fin, encerrando el nombre de El Abisal en un círculo—. Escucha, esto es más grande de lo que habíamos supuesto. Tiene prioridad sobre todo lo demás, incluyendo la revisión de los informes.

—Sí, jefe.

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre El Abisal: lo que tengamos nosotros, en España, lo que tenga Interpol, Europol… Comprueba si hay alertas activas en el CITCO o en la UCRIF.

El subinspector asintió y tomó nota en su tableta.

—De acuerdo, jefe.

—Habla también con la comisaría de Extranjería y Fronteras, por si han detectado movimientos vinculados a trata o redes de captación. Si es necesario, pide colaboración internacional, pero comienza por casa… Esta organización se ha metido en La Rioja y

quiero saber quiénes son, dónde se mueven y con qué recursos cuentan.

—Apuntado, jefe. Me pondré a ello ahora mismo.

En cuanto Telmo salió del despacho para cumplir la orden, Néstor volvió a centrar su atención en la pizarra. Algunos minutos después, pasó la mano por su cabeza, como si con ello pudiera aclarar sus ideas. Sin pensarlo más, Salazar cogió el informe de los archivos desencriptados por Toni, salió del despacho y cruzó el pasillo hasta la oficina del comisario. Lali se sorprendió al verlo, pero no puso ninguna objeción. Después de anunciar su presencia, la secretaria lo dejó pasar.

A espaldas de Salazar, Lali cerró la puerta con suavidad. Santiago levantó la mirada de los documentos que revisaba y parpadeó.

—No me gusta esa cara. La última vez que te vi tan serio, fue cuando culpaste al perro por romper la ventana, y dijiste que estabas investigando si era parte de una red de vandalismo canino.

—¡Si hubieras visto la forma en que se comía mis deberes, tú también lo habrías sospechado!

Santiago dibujó una sonrisa nostálgica, al mismo tiempo que se quitaba las gafas.

—Estoy seguro de que no estás aquí para recordar viejas anécdotas de la infancia.

—Me temo que no —Salazar depositó la carpeta con los informes sobre el escritorio y se sentó frente a su hermano—. Esto es peor de lo que sospechábamos, Santiago.

—¿De qué se trata?

—Ya tenemos las pruebas de que «la agencia» actúa como intermediaria para la contratación de sicarios que ejecutan secuestros por encargo, pero eso no es lo peor…

El comisario entornó los ojos. ¡Cómo imponía el tío! Si no fuera porque lo conocía desde los días en que usaba pañales, Salazar se habría sentido cohibido. Pero solo era Goliat. Santiago asintió.

—Continúa.

Néstor le informó acerca de los archivos desencriptados por Toni y la preponderancia de un cliente, que contrataba secuestros sistemáticos, siguiendo un perfil para las víctimas: Mujeres jóvenes.

—No necesito decirte lo que eso significa… —sentenció Salazar, al terminar su exposición.

El comisario frunció el ceño y se mordió los labios, antes de responder.

—Trata de personas —Salazar asintió—. ¿Estamos hablando de una red internacional?

—Eso me temo… Ahí lo tienes —Néstor señaló la carpeta que había dejado sobre el escritorio—: transacciones, mensajes cifrados, instrucciones logísticas para las «entregas». Se identifican como El Abisal. Telmo está recopilando toda la información que existe sobre ellos, ahora mismo.

Santiago se frotó la mandíbula y se recostó en el respaldo, arrancando un crujido de la silla**.**

—¿De cuántas víctimas estamos hablando?

—Todavía no lo sabemos con certeza, pero son más de las que habíamos identificado hasta ahora.

—¿Alguna idea acerca de su destino?

El inspector negó con la cabeza. El comisario se quedó pensativo por un momento.

—¿Qué puedes decirme de la agencia?

Néstor exhaló el aire en un suspiro.

—Hemos avanzado bastante por ese lado. Ya tenemos suficientes evidencias para arrestar a La Guardesa, quien se ocupa de la administración. Por otro lado, también hemos identificado a El Pastor, que ejerce como reclutador. Se encuentra bajo vigilancia y Remigio se está ocupando de encontrar pruebas contra él. Con respecto al cabecilla, El Maestre, es el más escurridizo. Todavía no tenemos nada que nos permita identificarlo.

Santiago apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—¿No tenéis ninguna pista?

—Me temo que no. Es evidente que sabe ocultar muy bien su rastro. Esto, sumado a sus habilidades estratégicas, nos hace sospechar que tiene algún tipo de entrenamiento como policía o militar.

—Hoy vienes cargado de buenas noticias —se quejó Santiago con tono sarcástico.

Néstor se encogió de hombros y el silencio se instaló en la oficina. El comisario desvió la mirada en dirección a la ventana, donde la lluvia golpeaba el cristal con suavidad, pero sin pausa.

—¿Qué propones? —preguntó Santiago por fin.

—Veremos qué encuentra Telmo acerca de El Abisal, pero lo más urgente es desmantelar el brazo ejecutor, es decir, «la agencia». Creo que el siguiente paso debe ser ir a por La Guardesa. También solicitar un registro de la casa de campo que están usando como fachada.

—La casa de campo —repitió Santiago—. Casi la había olvidado, pero tienes razón. Quizá debimos comenzar por ahí. ¿Crees que es el lugar donde retienen a las víctimas?

—No lo tengo claro —reconoció Salazar—. Resulta tan obvio que sería estúpido que la emplearan para esconder a las víctimas. Sin embargo, es posible que eso mismo la convierta en ideal.

—Padre siempre lo decía: «Lo obvio es lo más difícil».

—En este caso, lo obvio es por donde debemos comenzar.

—¿Qué tan cerca estamos de detener a El Pastor?

—Solo necesitamos que los hombres a los que contrató para secuestrar a Arancha lo reconozcan en una rueda de identificación fotográfica. Remigio ya debe estar en Valladolid, ocupándose de eso.

El comisario asintió con aprobación. Centró su mirada en su hermano.

—Será un golpe duro para la estructura, pero si no detenemos a El Maestre, corremos el riesgo de que encuentre nuevos socios y resurja de sus cenizas.

Néstor se inclinó hacia adelante con una mirada cargada de determinación.

—No lo vamos a permitir. Te aseguro que lo encontraremos y lo pondremos bajo custodia, por muy listo que sea.

El comisario también se inclinó hacia adelante.

—Confío en ti, Néstor. Actúa siguiendo tu criterio, pero hazlo rápido. Te respaldaré en cualquier decisión que tomes. Este asunto tiene prioridad. Le diré a Lali que convoque una reunión urgente a las 20 horas.

Salazar se puso de pie.

—De acuerdo. Mientras tanto, trataré de organizar la información que hemos recibido del departamento de Informática —El inspector jefe dudó por un momento—. Antes de que me sumerja de cabeza en esto, hay otro asunto muy delicado del que tengo que hablar contigo.

Santiago enarcó las cejas.

—¿En qué lío te has metido ahora, Néstor?

Salazar se llevó la mano al pecho y puso su cara de ofendido en trance.

—¡Qué poca sensibilidad! ¿Por qué siempre me consideras sospechoso?

—¡Porque te conozco desde antes que pronunciaras tu primer balbuceo!

—Vale, es una buena razón, pero en esta ocasión, no se trata de mí, sino de Pedrera…

Minutos después, el inspector cruzó de nuevo el pasillo en dirección a su propio despacho. No había tiempo que perder. En cuanto terminó de redactar los informes para el juez, se puso en contacto con él, le explicó la situación y le solicitó la orden de busca y captura contra Mariana Corrales, así como una orden de registro para la casa rural que gestionaba «la agencia».

Como esperaba, el juez Aristigueta no le falló. Una hora después, Salazar recibió las órdenes solicitadas en el correo de la comisaría. Entonces, el inspector jefe llamó a García, para que los guardias que vigilaban a la sospechosa ejecutaran el arresto. De inmediato, se comunicó con el jefe Barros.

—¿Tú? ¿Se puede saber qué he hecho para tener que sufrir una llamada tuya?

—Hola, Casi. A mí también me alegra saludarte. Tengo trabajo para ti.

—¡Eso! Tú hurga en la herida. ¡Qué no solo tengo que soportar hablar con un tarugo, sino que además, me amargas la tarde, dándome trabajo! ¿Qué mosca te ha picado ahora?

—Se trata de una casa rural en Urdanta…

Salazar le explicó las generalidades del caso y le confirmó que ya el juez había firmado la orden de registro.

—Es definitivo. Tú eres más molesto que un vecino aficionado al reguetón. Sí, ya llegó la orden del juez. Procederemos de inmediato y te enviaré los resultados cuando los tenga.

—Gracias, Casi. Eres el mejor.

—¡De mejor, nada! ¿O te crees que esto es gratis?

—Ya sabes que te compensaré en cuanto pueda.

—Más te vale. Mientras tanto, tendré que conformarme con insultarte, que aunque no quita el hambre, da satisfacción.

Capítulo 47

Después del registro de Valdoria, ya de regreso en la comisaría, Miguel y Ángela decidieron comenzar los interrogatorios por Marcos Díaz, el dueño del almacén, quien parecía el más débil de los dos detenidos.

Cuando entraron en la sala de interrogatorios, el olor a miedo era casi palpable. Díaz se encontraba sentado detrás de la mesa, con los músculos tensos, y los codos pegados al cuerpo, como si pretendiera encogerse hasta desaparecer. Las manchas de sudor en su camisa daban fe de su nerviosismo. Junto a él, el abogado de oficio levantó la mirada hacia los policías con expresión de aburrimiento.

Miguel se plantó de pie frente a la mesa y apoyó los nudillos. Cuando habló, su voz era casi un murmullo, pero con un tono tan cortante, que incluso Ángela enarcó una ceja.

—No me gustaría estar en tu pellejo, Marcos. Tu almacén escondía cajas sin etiquetar, productos falsificados y documentos fraudulentos. ¡Estás pringado hasta las cejas! No hay mucho que discutir.

Díaz tragó saliva con la frente brillante por el sudor, pero se quedó callado, eludiendo la mirada del policía.

—Si colaboras ahora, es posible que el juez lo tenga en consideración, pero si mantienes la boca cerrada, te comerás todo el marrón tú solo. ¿O es que crees que tus jefes van a venir a ayudarte?

Ni una palabra.

Ángela, de pie junto a la puerta, observaba la situación con preocupación. Ya había visto aquella escena muchas veces: El

detenido, dominado por el miedo, había decidido seguir el consejo de su abogado y guardar silencio.

—Ayúdese a sí mismo, señor Díaz —intervino la subinspectora, con voz maternal—. Si no colabora con nosotros, estará asumiendo toda la responsabilidad.

—¿Tu abogado te ha explicado que, si interrogamos a tu amigo Lares y él colabora, tú te llevarás la peor parte?

—Mi cliente no va a declarar —interrumpió el defensor con voz firme, sin mirar a nadie.

Miguel lo ignoró.

—¿Cuánto te pagaban, Marcos? ¿Te has preguntado por qué eras tú el que cargaba las cajas, mientras otros facturaban miles con tu trabajo?

El dueño del almacén levantó una mirada suplicante, con los ojos brillantes por las lágrimas, se mordió los labios y volvió a bajar la cabeza.

Ángela suspiró. Esta vez, su voz fue más cortante.

—No perdamos el tiempo. No va a decir nada.

Miguel se quedó inclinado sobre la mesa por un segundo más. La mirada que clavó en el detenido parecía destinada a borrarlo del mapa. Entonces, se enderezó, dio la espalda a Díaz y su abogado, y se encaminó hacia la puerta.

Una vez afuera de la sala, ambos policías intercambiaron una mirada cargada de frustración.

—Tenía mis esperanzas puestas en este —confesó Miguel—. Es el más débil de los dos.

—Es cierto, pero todavía existe la posibilidad de que no sea el más listo.

—Tienes razón. Vamos a por Lares.

Miguel y Ángela bajaron a la sala común, donde solo encontraron a Telmo centrado en la conversación que sostenía por teléfono. Mientras Miguel se aprovisionaba de café para todos en la máquina, Ángela llamó a García y le ordenó que trasladara a Rosendo Lares a la sala de interrogatorios.

Después de dejar un vaso de café en el escritorio de Telmo, que el subinspector agradeció con un gesto, Miguel se acercó al

escritorio de Ángela y ambos saborearon la infusión, con una mezcla de esperanza y frustración.

—¿Qué haremos si Lares también se niega a hablar? —preguntó ella con preocupación.

Miguel soltó un bufido.

—No lo sé, pero cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. Tenemos que estar preparados para romper las defensas de Lares y su abogado.

—Su relación con Valdoria es más circunstancial —señaló Ángela —. Él solo es el transportista. Puede argumentar que no sabía nada acerca del depósito camuflado.

—Es cierto, pero debemos tener en consideración que ya teníamos motivos suficientes para sospechar de él…

—El señalamiento de un informante —puntualizó la subinspectora —. No encontramos nada cuando visitamos su empresa de transporte.

Miguel se quedó pensativo por un instante.

—Tienes razón, pero a causa de esa visita, él ya sabía que lo estábamos investigando. Y no tiene idea de qué tan lejos hemos llegado en nuestras indagaciones. Porque de lo que sí estoy seguro es de que está hasta las cejas en este asunto.

—¡Quieres engañarlo!

—¿Engañarlo? Yo diría más bien, estimular un poco su imaginación.

—Muy bien, hagámoslo.

Después de elaborar una estrategia y preparar una «evidencia» creíble, un albarán que en realidad no existía, ambos apuraron el resto del café, tiraron los vasos a la papelera y se encaminaron a la sala de interrogatorios de nuevo. Cuando llegaron, encontraron a Lares sentado con la espalda recta y los brazos cruzados. Su abogado, un hombre canoso, de expresión pétrea, permanecía sentado junto al detenido en silencio.

Los policías ocuparon los asientos frente a Lares sin decir una palabra. Miguel lo estudió con descaro, mientras Ángela depositaba la carpeta que llevaba en las manos sobre la mesa y la abría despacio. La tensión en la sala fue *in crescendo*, hasta que Rosendo

se removió en su silla con evidente incomodidad. Solo entonces, el inspector rompió el silencio.

—Rosendo Lares. Así que eres un transportista, o más bien, te dedicas a la subcontratación de empresas de transporte. Actúas como intermediario.

—Lo que hace mi cliente es un negocio legal —intervino el abogado—. Puede comprobar que su NIF está en regla y sus documentos cumplen con la legislación vigente.

Miguel se inclinó un poco hacia adelante, sobre la mesa.

—No pretenda engañarnos, señor Lares. Todos sabemos que se trata de una empresa fantasma con fachada legal. Una empresa que transporta mercancía falsificada.

—Solo soy un pequeño empresario que trata de sobrevivir. Tengo clientes, no rayos X. ¿Cómo iba a saber lo que escondían en ese almacén? Yo solo pasé a recoger una mercancía que debía distribuir a las tiendas. Mercancía legal.

Ángela negó con la cabeza, abrió la carpeta y buscó entre los documentos.

—No nos vale su argumento, señor Lares. —La subinspectora sacó el albarán que habían preparado y lo deslizó sobre la mesa—. ¿Puede explicar esto?

Rosendo y el abogado clavaron la mirada en la evidencia que les presentó la subinspectora, como si fuera un animal peligroso que pudiera saltar sobre ellos. En el «albarán» se podían leer la fecha, hora, lugar, así como la firma escaneada de Rosendo Lares**.** En la parte superior tenía el sello digital de un registro de evidencias.

—Este albarán apareció en uno de los lotes intervenidos en el almacén clandestino de Valdoria. —les informó Ángela con voz pausada—. Estaba en una de las cajas llenas de mercancía falsificada.

Lares apartó la mirada del papel sin intentar tocarlo. Sacudió la cabeza.

—No reconozco ese documento. Nunca lo había visto.

—No hace falta que lo reconozca —Miguel sonrió con aire de suficiencia—. Ya alguien lo ha reconocido por usted.

El abogado frunció el ceño.

—Inspector, usted sabe que cualquier documento que no haya sido verificado por peritos carece de valor probatorio ante un juez.

Miguel se encogió de hombros.

—La verificación de los peritos es solo cuestión de cumplir el trámite y enviarles el albarán. ¿Qué crees que van a encontrar, Rosendo? ¿Qué te dice tu conciencia?

Ángela intervino. Su voz era suave y calmada.

—Estamos aquí para darle una oportunidad de mejorar su situación colaborando. Será la última.

Miguel se cruzó de brazos.

—¿Sabes qué pasará contigo, Rosendo? ¡Qué te vas a comer este marrón! Mientras tú pagas los platos rotos en la cárcel, tus jefes seguirán sacando buen provecho del «negocio» y te sustituirán por cualquier otro imbécil, al que usarán como a ti, mientras les resulte útil.

Lares tragó saliva y bajó la mirada.

Ángela intervino, empleando un tono amable, como si Rosendo fuera un amigo muy querido.

—Señor Lares, si colabora, el juez lo tendrá en cuenta y conseguirá beneficios procesales y protección como testigo. Si decide guardar silencio, será usted quien cargue con toda la culpa. ¿Vale la pena?

—¿Crees que le importas a Martínez? —intervino Miguel.

Lares abrió mucho los ojos. Era evidente que no esperaba que ya la Policía hubiera identificado al cabecilla de la trama. Clavó la mirada en la mesa y su voz salió en un murmullo.

—Yo… solo hacía los traslados del almacén a las tiendas.

Miguel frunció el ceño y tensó los músculos de la espalda, como un depredador que ha olido la sangre.

—¿De quién recibías las órdenes?

—Ya lo sabe.

El inspector negó con la cabeza.

—Debes decirlo o no hay trato.

Rosendo carraspeó, como si necesitara aclarar la garganta para poder pronunciar el nombre que los policías esperaban escuchar.

—Eduardo Martínez. Él lo controla todo. Yo solo movía las cajas.

—¿Puede probarlo, señor Lares? —preguntó Ángela con voz baja y amable.

Rosendo asintió. Se frotó la cara con las manos.

—Siempre he sido consciente de que para «trabajar» con un sujeto como Martínez es necesario tener algún tipo de «seguro». Conservé correos, instrucciones, algunos pagos que me hizo en cuentas a nombre de otros. Por si algún día todo reventaba.

Miguel lo miró en silencio y suspiró.

—Muy bien, Rosendo. Ese día ha llegado. Es posible que tu previsión te beneficie frente al juez.

Ángela sacó una hoja en blanco de la carpeta y le entregó un bolígrafo al detenido.

—Estoy segura de que su abogado ya le advirtió que esta entrevista ha quedado grabada en vídeo, pero también necesitamos que escriba su declaración con su puño y letra.

—Y será mejor para ti que no olvides ningún detalle —le advirtió Miguel, al mismo tiempo que se levantaba del asiento y seguía a Ángela hacia la salida.

La satisfacción por el éxito de la entrevista le duró poco al inspector. En cuanto Ángela y él salieron de la sala de interrogatorios, el guardia que vigilaba la puerta los interceptó.

—Inspector Pedrera. La señora Lali me pidió que le diera un mensaje: el comisario quiere hablar con usted de inmediato. Lo espera en su despacho.

Miguel tragó saliva y buscó apoyo en la mirada de su compañera.

—No te preocupes. Todo va a salir bien —lo animó Ángela.

Mientras ella regresaba a la sala común, Miguel bajó hasta el primer piso. Lali no lo hizo esperar. Pedrera entró en el despacho despacio, como si cada paso resultara más difícil que el anterior. El comisario lo esperaba de pie, mirando por la ventana, con los dedos entrelazados por detrás. El inspector carraspeó.

—Me dijeron que quería verme, comisario.

Santiago no cambió de posición.

—Siéntate, Pedrera.

Miguel obedeció y se sujetó las piernas con las manos, para disimular el temblor que las agitaba. Santiago se giró despacio y

ocupó su silla. Clavó una mirada firme en su subalterno.

—Salazar me ha informado sobre tu… problema.

Miguel tragó saliva.

—Comisario, yo… Era solo un novato bastante torpe. Actué por reflejo… para evitar que mi compañera se cayera. Nunca tuve segundas intenciones… quiero decir…

Santiago levantó la mano para frenar las argumentaciones.

—Calma, Pedrera, Néstor ya me lo explicó, y yo te conozco lo suficiente para saber que no eres un acosador. Además de que tus antiguos superiores ya hicieron las indagaciones correspondientes y te absolvieron. Por otro lado, no voy a permitir que ningún delincuente intente presionar a nadie de mi equipo.

Miguel suspiró. Sintió que podía respirar con naturalidad por primera vez, desde aquella fatídica noche en que Martínez lo había amenazado.

—Gracias, señor.

—Tienes todo nuestro respaldo, Miguel. Sin embargo, a cambio espero algo de ti.

El inspector levantó la mirada y parpadeó.

—¿Señor?

—No podemos permitir que esto siente precedente. Debes presentar una denuncia contra Martínez por extorsión. Devolver la pelota a su tejado. ¡Qué sea él quien se vea en la necesidad de defenderse!

Las palabras del comisario Ortiz insuflaron un nuevo espíritu de lucha en Miguel.

—Me ocuparé ahora mismo de hacerlo, señor —respondió el inspector, poniéndose de pie.

—Bien. Puedes marcharte, Pedrera. Mantenme informado sobre este asunto.

—Sí, señor.

Miguel se encaminó hacia la puerta. Antes de que pudiera salir, Santiago lo llamó.

—¡Pedrera!

—¿Señor?

—Recuerda algo importante: la definición de un hombre no depende de sus errores, pero sí de cómo los enfrenta.

Miguel recibió el mensaje con un asentimiento y salió del despacho. Encaminó sus pasos de regreso a la sala común, donde Ángela lo esperaba con expectación.

—¿Cómo te fue? ¿Qué te dijo el comisario?

—Está de mi lado. Salazar cumplió su palabra y consiguió convencerlo de que me respalde. Vamos a por Martínez. Solicita una orden de registro para su oficina. Mientras tanto, yo prepararé la denuncia para acusarlo por el intento de extorsión contra mí.

Capítulo 48

Al mismo tiempo que Miguel y Ángela se preparaban para sacar a Martínez de su zona de confort, Salazar se encontraba en su despacho, reorganizando el tablero con los datos que Toni había recuperado de los ordenadores de «la agencia». Después de volver a revisar los informes en forma exhaustiva, precisó cuatro clientes y nueve víctimas, todas secuestradas en La Rioja a lo largo de los últimos cinco años. Aunque todavía no habían conseguido ponerles nombres propios a los seudónimos, el inspector se basó en el modus operandi del secuestro de Arancha, para deducir que era muy probable que algunas de esas desapariciones hubieran sido catalogadas como voluntarias. Era la única explicación para que no hubieran saltado las alarmas. Aquello implicaba que detrás de los secuestros había una mente astuta y estratégica. La mente del Maestre.

La alarma de su móvil le anunció que había llegado la hora de la reunión extraordinaria, así que recogió los documentos, cerró las carpetas y salió del despacho, en dirección a la sala común. Cuando Salazar entró, las luces fluorescentes de las lámparas inundaban la habitación, desafiando la oscuridad que ya reinaba en la calle. El olor del café se mezclaba con el del papel y la tinta de la impresora. A pesar de la calefacción, el aire frío se colaba por las ventanas mal selladas, como si el invierno también quisiera participar en la reunión.

Las superficies de los escritorios estaban cubiertas por carpetas, papeles y algún que otro vaso de café a medio terminar, dando fe de una jornada que ya era demasiado larga. Telmo, sentado en su escritorio con la mandíbula tensa y el ceño fruncido, sostenía el

móvil junto a su oreja con una mano, al mismo tiempo que tecleaba en su ordenador con la otra. En un rincón, Miguel y Ángela mantenían una conversación en voz baja, sobre una orden de registro que acababan de enviar a Científica. Parecían bastante animados, aun cuando el cansancio ya comenzaba a reflejarse en sus rostros. Estaban tan concentrados, que ni siquiera notaron la presencia del inspector jefe.

—¡Comencemos! —dijo un vozarrón a espaldas de Salazar.

—¡Joder, qué susto! —se quejó Néstor, dando un respingo y mirando a Santiago con el ceño fruncido—. ¿Podrías dejar de hacer eso?

Su hermano no respondió, pero por un instante dibujó una sonrisa maliciosa, tan fugaz, que Salazar llegó a tener dudas de que la había visto.

—Lali nos convocó a esta reunión con urgencia, comisario, pero no supo decirnos el motivo —comentó Ángela.

Santiago asintió.

—Se trata de la investigación sobre los secuestros. Hay novedades y son preocupantes.

Miguel y Ángela intercambiaron una mirada y ocuparon sus correspondientes escritorios.

—¿No esperaremos a Remigio, señor? —preguntó la subinspectora.

El inspector jefe negó con la cabeza.

—Remigio se marchó a Valladolid esta mañana, siguiendo una pista. Debe estar allí, trabajando en ello.

Después de que el comisario le dio la palabra, Salazar expuso los detalles y las novedades del caso.

—¿Hay algún indicio sobre cuál ha sido el destino de las víctimas? —preguntó Miguel, en cuanto el inspector jefe terminó su exposición.

Néstor ya comenzaba a negar con la cabeza, cuando Telmo intervino.

—Creo que yo puedo responder a eso —Todos en la habitación centraron la mirada en el subinspector, quien se echó un poco hacia atrás, por instinto.

—Te escuchamos, Telmo.

—Gracias, jefe. Lo primero que debo informar es que revisé de nuevo todos los informes de la investigación desde el principio, tal como me ordenó, pero no encontré ninguna pista sobre El Maestre —Salazar asintió para animarlo—. Por otro lado, sí conseguí hacer avances con las consultas sobre El Abisal, y son para preocuparse…

—¿Qué descubriste?

—Después de comprobar las alertas en el CITCO y en la UCRIF, contacté a Interpol y a Europol… El Abisal es una organización criminal que se dedica a la trata de personas y que opera en toda Europa, el norte de África y algunos países de Latinoamérica.

—Espera —lo interrumpió Miguel—. Creía que ese tipo de organizaciones traía personas a Europa, no que se las llevaba.

—Y así es. La mayoría de los secuestros los cometen en África y Latinoamérica, pero en ocasiones buscan un perfil muy específico, así que también pueden escoger a sus víctimas en cualquier país europeo.

Santiago cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Estamos hablando de tres continentes. ¿Qué tamaño tiene esto?

Salazar suspiró, agobiado por el desafío al que se enfrentaban.

—Me temo que es un bocado más grande del que podemos masticar —opinó Néstor—. Continúa, Telmo. ¿Qué más averiguaste sobre esta organización?

—De acuerdo con la información que me transmitieron, las víctimas casi siempre son mujeres muy jóvenes, pero en ocasiones también secuestran chicos. Se sospecha que luego los «venden» a sus propios clientes, quienes los esclavizan para diversos fines.

—¡Joder! —soltó Miguel y se ganó una mirada de reproche del comisario, por interrumpir.

—Sigue, Telmo.

—Interpol reconoció que lleva años tratando de desmantelar la organización, pero son demasiado astutos y no dejan rastro de sus actividades.

Santiago tenía los músculos tan tensos que parecían a punto de romperse. Después de guardar silencio por algunos segundos,

mientras asimilaba la realidad, soltó un bufido que hizo parpadear a todos los presentes.

—Este caso está alcanzando dimensiones inesperadas. Es demasiado, incluso para ti, Néstor.

Miguel y Ángela intercambiaron una mirada y ambos asintieron a la vez, como si se hubieran leído el pensamiento. Miguel tomó la palabra.

—Señor, Ángela y yo estamos a punto de cerrar el caso de las falsificaciones. Ya tenemos suficientes pruebas contra Martínez. Solo faltan algunos detalles.

El comisario asintió.

—Muy bien. Siendo así, a partir de ahora estáis a disposición de Salazar. Hay víctimas potenciales en peligro, así que tiene prioridad sobre todo lo demás. ¿Está claro?

—Sí, señor —respondieron Miguel y Ángela a coro.

Santiago llenó sus pulmones de aire.

—Ángela, a partir de este momento, quedas a disposición del inspector jefe —la subinspectora asintió—. Miguel, tú te ocuparás de terminar los trámites necesarios para cerrar tu caso y en cuanto lo tengas todo bien atado, te sumarás al equipo de Salazar.

—Muy bien, comisario.

—Tengo una tarea para ti, Ángela —intervino el inspector jefe. La subinspectora se preparó para tomar nota—. Los archivos desencriptados por Toni tienen una lista de cuatro clientes y nueve víctimas que fueron secuestradas en La Rioja. Aunque todos los nombres documentados son alias y la información no es explícita, quiero que intentes establecer relaciones temporales con casos abiertos o cerrados en La Rioja que nos ayuden a poner nombres propios a las víctimas.

—Sí, señor —respondió Ángela, mientras escribía—. ¿Algo más?

—Sí. En los casos en que sea posible, trata de establecer a qué jurisdicción corresponde cada secuestro y comunícate con la comisaría correspondiente. Es posible que podamos deducir algunos de los nombres reales de este modo. Al menos, en las desapariciones que hayan sido denunciadas.

—Comprendido, señor.

Salazar iba a continuar dando instrucciones, cuando el tono de su móvil lo interrumpió.

Capítulo 49

El inspector jefe se excusó con sus compañeros, anunció que la llamada provenía de Científica, y después de apartarse un poco para buscar privacidad, respondió.

—¡Ya era hora de que contestaras! ¡Eres más lento que un caracol con asma!

—Pero si respondí al primer timbrazo, Casi.

—¿Y qué? A mí me sale de las narices quejarme. ¿Es que ya uno no puede ni protestar a gusto? ¡Tirano! En fin, estamos en Urdanta. Acabamos de completar el registro de la casa rural…

—¿Habéis encontrado algo?

—¿Me vas a dejar hablar, zopenco? La casa es un hospedaje rural tan típico, que resulta sospechoso. Está en medio de la nada y es más vieja que la capa de Drácula, pero reconozco que la conservan bien.

—¿Qué me dices de los huéspedes?

—Una pareja con un niño de cinco años. No creo que sepan nada. Se sorprendieron bastante cuando nos presentamos con la orden. Tus agentes apuntaron sus datos, les hicieron algunas preguntas y los enviaron a un hotel. Aunque todavía tenemos que comprobar las muestras que recogimos en el interior de la finca, dudo que encontremos algo. Este edificio solo es una fachada muy bien pensada.

El inspector dejó escapar un sonoro suspiro.

—Supongo que habría sido demasiado fácil y esta gente ha demostrado ser muy lista. Gracias por el esfuerzo, Casi.

—¡Qué me dejes terminar, cenutrio! ¡Qué tienes menos arreglo que un reloj de plástico! En la casa no encontramos nada, pero… en

los lindes del terreno hay una vieja caseta para herramientas agrícolas. Está lo bastante lejos de la construcción principal como para que cualquiera pueda acceder a ella, sin que los huéspedes de turno se enteren…

Salazar enderezó la espalda.

—¿Habéis revisado la caseta?

—¡Qué te calles y no me interrumpas, pesado!

—Vale.

—Nos pareció extraño que la caseta estuviera cerrada con llave y rodeada de letreros de advertencia que prohibían acercarse. Cuando los agentes interrogaron a los huéspedes acerca de la caseta, estos les informaron que en la agencia les habían advertido que se mantuvieran alejados de ella. La excusa fue que allí se guardaban herramientas y productos químicos que podían ser peligrosos…

—¿Hay algún tipo de actividad agrícola en el terreno que lo justifique?

—Ninguna. Por eso nos pareció muy extraño. ¿Y qué crees? Cuando abrimos la caseta encontramos un zulo insonorizado. Allí tenían retenida a una pobre chica muy asustada.

Salazar llenó sus pulmones de aire y lo retuvo por un momento, antes de hablar.

—¿Ella está bien? ¿La habéis identificado?

—Como me vuelvas a interrumpir, voy hasta allí y te doy una patada tan fuerte, que la NASA te va a fichar como satélite experimental.

—Vale, me callo.

—¿Por dónde iba? Ah, sí, la chica. La tenían medio sedada, así que lo único que sacamos en claro fue que se la habían llevado de Calahorra. Llamamos a la ambulancia y contactamos con la comisaría de allí, con una tal inspectora jefa Luisa Burgos, que era quien investigaba su desaparición. En fin, que ya la joven debe haberse reunido con sus padres en el hospital.

Salazar suspiró y soltó un poco la tensión de sus músculos.

—Es un alivio, Casi.

—En eso estamos de acuerdo.

—¿Encontrasteis alguna pista en el zulo?

—Serás besugo… ¿Acaso la propia existencia del zulo te parece poco? En fin, ya hicimos una revisión exhaustiva del zulo. Recogimos algunas muestras y ya van camino del laboratorio.

—¡Excelente, Casi! Sois los mejores.

—¡Qué me dejes hablar, so mastuerzo! En un rincón del zulo encontramos una bolsa de plástico con latas de atún… Tiene impreso el nombre de una tienda: «La tiendecita de la Sierra». La bolsa va con las demás muestras, pero te estoy enviando una foto, para que luego te quejes. ¡Malagradecido!

Salazar desplegó una sonrisa de satisfacción.

—Es una magnífica pista, Casi. Gracias.

—Eso, para que luego te cuelgues las medallitas, mientras nosotros hacemos el trabajo. ¡Es que no aprendo! Si encuentro algo más, te aviso.

Salazar terminó la conversación y les informó a sus compañeros acerca de las novedades.

—Esto cierra el círculo sobre la agencia —sentenció el comisario —. Ya no queda ninguna duda de su participación en los secuestros.

Telmo sacudió el bolígrafo para llamar la atención.

—Si es la chica que desapareció en Calahorra después de Arancha, significa que llevaba poco tiempo allí.

Miguel bufó por lo bajo.

—Es evidente que la retenían en el zulo, mientras preparaban el traslado a su destino final…

—Ese era el procedimiento que seguían —intervino Ángela, cruzando los brazos—. Retenían a las víctimas allí, hasta entregárselas a sus clientes.

Salazar asintió.

—Lo cual significa que Arancha ya debe estar en manos de quien ordenó su secuestro, pero lo que es más importante, el hallazgo de esta chica en el zulo deja abierta la posibilidad de que Arancha también continúe con vida.

Telmo se apoyó en el respaldo de su silla y cruzó los brazos.

—Esto me hace pensar… ¿Quién se ocupaba de vigilar a las víctimas en el zulo, alimentarlas y mantener el efecto de los sedantes?

—Buena observación —reconoció Néstor—. Para poder sostener semejante infraestructura de encierro, necesitaban contar con un sistema de custodia. Alguien tenía que cumplir esas tareas.

—¿El Pastor? —preguntó Ángela.

Néstor lo pensó por un momento.

—Es posible, pero no lo creo. Es un trabajo que exige permanecer muy cerca del zulo y además de rutinario, demanda demasiada atención como para que uno de los cabecillas de la agencia se ocupe de él.

Santiago frunció el ceño.

—¿Estás pensando en un peón?

—¿Por qué no? Si contratan delincuentes comunes para secuestrar a las víctimas, podrían hacer lo mismo para mantenerlas vigiladas. Y esa persona debe estar alojada muy cerca de la casa rural —Salazar se volvió hacia su compañero—. Telmo, mañana saldremos temprano para Urdanta. Quiero ver ese zulo con mis propios ojos.

—Muy bien, jefe.

—Lamento interrumpir —dijo una voz aguda que todos conocían.

Los policías centraron su atención en la recién llegada.

—Lali, ¿qué ocurre? —preguntó Santiago con amabilidad.

—Vine a avisarle al inspector jefe Salazar, que los agentes Echevarría y Mendoza acaban de llegar con una detenida: Mariana Corrales.

—La Guardesa —murmuró Santiago—. ¿Vas a interrogarla ahora?

Néstor se quedó pensativo por un momento, antes de negar con la cabeza muy despacio.

—No. Dejemos que pase la noche en una celda. Quizá la experiencia la anime a ser más comunicativa. Además, es posible que nuestra visita a la casa rural aporte indicios útiles al momento de interrogarla. Lo haremos a nuestro regreso de «Arroyo escondido».

—Entonces… seguimos con los planes originales —se aseguró Telmo.

Salazar asintió.

—Nuestro siguiente paso tiene que ser revisar la casa rural y el zulo, además de entrevistar a los huéspedes y los vecinos por si han visto algo. Saldremos hacia Urdanta muy temprano, Telmo.

—Descuide, jefe. Esta noche tengo guardia, así que estaré listo a la hora que usted disponga.

—¿Hay alguna pregunta más sobre este caso? —preguntó el comisario. Los policías se miraron entre sí, y negaron con la cabeza —. Muy bien, entonces, continuad mañana y mantenedme informado.

Capítulo 50

Terminada la reunión, Salazar salió de la comisaría. Sobre sus hombros pesaba el cansancio de un día demasiado largo, y su cabeza parecía una peonza que giraba alrededor de los últimos descubrimientos relacionados con la agencia. Si bien tenía que reconocer que el temor a que hubiera nuevos secuestros había cedido un poco, gracias a que ya tenían a la agencia bajo vigilancia, también era cierto que la posibilidad de que Arancha y quizá algunas de las otras víctimas estuvieran vivas y fueran rescatables, imprimía nueva urgencia a la situación.

Néstor llenó sus pulmones con el aire cargado de humedad que saturaba el ambiente, después de la lluvia. Algunas gotas todavía caían desde los aleros, y una brisa helada que transportaba el olor de la piedra mojada se colaba entre los soportales, cortando como un puñal a cualquiera que se atreviera a desafiarla.

A pesar de que la noche apenas se asomaba, Salazar encontró las calles casi desiertas, salvo por algún transeúnte despistado como él mismo, mientras que los bares se habían convertido en refugios pletóricos de actividad.

Apurando el paso, el inspector llegó a la buhardilla y entró sin avisar. Para su sorpresa, no había nadie en el salón y el corral estaba vacío.

—¿Rebe? ¿Dónde estáis?

—¡Aquí! ¡Ya voy!

Rebeca salió de la habitación de Gabriela con una sonrisa y un par de pañales limpios en la mano, para recibirlo con un beso.

—¿Estabas cambiando a Gabi? —preguntó Néstor con las cejas enarcadas.

—En realidad, no. Gabriela se quedó dormida en su corral, así que quise aprovechar para tratar de organizar un poco la casa, pero…

—Déjame adivinar, ya no está dormida.

—Será mejor que vengas y lo veas por ti mismo.

Néstor siguió a su mujer a la habitación, y se quedó de pie en el umbral, observando la escena: Gabriela estaba sentada junto a un paquete de pañales y reía a carcajadas, al mismo tiempo que sacaba los pañales y los tiraba al aire como si fueran confeti. Paca, entusiasmada con el caos, los empujaba con las patas, ayudando a esparcirlos todavía más.

—Por lo visto, has conseguido ayudantes inesperadas para ordenar la casa —dijo Salazar, conteniendo la risa.

—¿Ayudantes? Estas son un par de saboteadoras.

—Meuuu —maulló Paca, como si estuviera dando instrucciones a su cómplice, antes de saltar a la cómoda para supervisar mejor el desorden que habían causado.

Salazar soltó una carcajada.

—Está claro quién es la cabecilla de la banda.

La voz de su padre atrajo la atención de Gabriela, quien soltó un sonido que parecía un gemido y una risa al mismo tiempo. Extendió los brazos hacia él, en cuanto lo vio. Con una sonrisa, Néstor la cargó y comenzó a balancearse para acunarla. Gabriela apoyó su cabecita en el hombro del curtido policía y puso el pulgar en su boca.

Rebeca suspiró.

—Bien, mantén a la sospechosa bajo custodia, mientras arreglo este caos. Estoy comenzando a pensar que esta casa necesita más cerraduras.

—O menos gatos maestros con cómplices humanos.

La velada transcurrió sin nuevos altercados. Para sorpresa de Néstor, la inocente travesura de su hija y su gata le había permitido relajarse y apartar sus pensamientos de las preocupaciones, al menos por un rato. Durante la cena, puso al día a Rebeca acerca de los últimos acontecimientos y escuchó su opinión.

—¿Vas a presionar a esa mujer? ¿A La Guardesa?

Salazar asintió.

—Es nuestra mejor baza. Si conseguimos que delate a sus cómplices, nos facilitará el camino hacia El Maestre.

—¿Cómo es posible que ella y El Pastor ya estén identificados y casi acusados, pero todavía no tengáis ningún indicio que os acerque a El Maestre?

—Es evidente que sabe cubrir muy bien sus huellas y ha puesto todo su empeño en no dejar rastros. Por otro lado, si no lo atrapamos, estoy seguro de que conseguirá reconstruir la agencia aquí o en cualquier otro lugar. No podemos permitir que escape.

—Eso está claro —reconoció Rebeca—. No sabes cómo me gustaría estar en servicio activo y ayudaros con este caso. No me entiendas mal, disfruto cada minuto que comparto con Gabriela, pero no es fácil mantener la distancia del trabajo.

Salazar sonrió.

—Te comprendo. Yo sentía lo mismo cuando fue mi turno del permiso por paternidad. Supongo que de eso se trata la vocación: Trabajar en lo que te entusiasma y que además te paguen.

—¿Tienes un plan?

Néstor suspiró.

—No sé si llamarlo así. Quiero ver la casa rural y el zulo por mí mismo, hablar con los huéspedes y los vecinos, empaparme de la situación. Quizá me proporcione alguna pista. Por otro lado, ya tenemos evidencias suficientes para llevar a La Guardesa ante el juez, y es posible que pueda presionarla lo bastante para que colabore. Tal vez no esté dispuesta a comerse el marrón ella sola.

—¿Y Soto? ¿El Pastor?

—En cualquier momento, Remigio debe contactarnos para confirmar o descartar la identidad de Soto como El Pastor. Será suficiente para arrestarlo.

—¿Y si la identificación es negativa?

—Me sorprendería mucho que lo fuera. Las evidencias apuntan a Javier Soto sin lugar a duda. Por desgracia, todas son circunstanciales.

Rebeca se levantó y se acercó a Néstor por la espalda, después de colocar sus manos en los hombros de él. Entonces, le habló con

voz amable, pero sin fisuras.

—Los atraparás, Néstor. Te conozco lo suficiente para estar segura de que por muy listos que sean, tú lo eres más.

Salazar sonrió, invadido por una oleada de seguridad, como si esta saliera de las manos de Rebeca y lo inundara de confianza.

—Gracias.

Al día siguiente, Paca despertó a Salazar muy temprano, exigiendo su desayuno. La mañana amaneció fría, pero despejada. Los adoquines todavía húmedos y algún que otro pequeño charco eran los únicos restos de la lluvia de la tarde anterior. El aire olía a ozono, pero los aromas del café y el pan recién horneado predominaban cerca de los bares que comenzaban a abrir.

Salazar recogió las llaves del Clío en la recepción de la comisaría y esperó a que Telmo se reuniera con él. Sin más demora, ambos salieron en dirección a Urdanta. Al llegar a Ezcaray, Salazar le pidió a Telmo que encendiera el GPS.

—Te confieso que nunca he visitado Urdanta. Solo sé que está al suroeste de Ezcaray.

La frustración se reflejó en el rostro de Telmo cuando no pudo obedecer la orden.

—Lo siento, jefe. Esto no está funcionando. No enciende.

—No te preocupes, Telmo. Cuando Colón llegó a América, no tenía GPS.

—No es por desanimarlo, jefe, pero le recuerdo que adónde iba Colón era a La India, así que yo diría que estaba un poco desorientado y el GPS no le habría venido mal.

Salazar soltó una carcajada y miró de reojo a Telmo con satisfacción. ¿Quién hubiera dicho que aquel chaval que llegó a San Miguel, cargado de un pesimismo funesto, terminaría siendo capaz de soltar un chiste, mientras estaban en servicio? Iban mejorando.

—En la guantera hay un mapa. Eran útiles, antes de que la tecnología los desplazara.

Salieron de Ezcaray, pero a pesar del mapa, Salazar entró en un desvío equivocado, que los condujo a una carretera que terminaba en medio de la nada.

—Es evidente que no es por aquí —comentó el inspector.

—Lo lamento, jefe. Supongo que estoy desentrenado en el uso de los mapas.

—Déjame verlo —Telmo le entregó el mapa a su superior y Salazar lo desplegó sobre el volante.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó una voz junto a la ventanilla del inspector.

Néstor se volvió hacia la voz y vio a un jubilado que se había acercado al coche y parecía en buena forma, para su edad.

—Parece que equivocamos el camino —admitió Salazar—. Vamos a Urdanta.

—¿A Urdanta? Pues sí que se han alejado bastante —les dijo el lugareño con una sonrisa burlona—. Conozco bien esa zona. En mis tiempos, solíamos pasar con frecuencia por ese pueblo y sus alrededores.

El jubilado se regocijó en las dificultades de los «citadinos» para orientarse, al mismo tiempo que les señalaba la ruta que debían seguir. Un poco humillados, pero menos perdidos, Salazar y Telmo por fin llegaron a Urdanta, donde uno de los vecinos les señaló la dirección de la casa rural.

La bruma matinal comenzaba a levantarse entre los robles, cuando Salazar y Telmo descendieron por el camino forestal, que serpenteaba entre matorrales y fincas cerradas con alambre oxidado. El olor a musgo y leña mojada lo impregnaba todo a su alrededor, y la humedad se pegaba a la piel.

La casa rural, conocida como «Arroyo escondido», se alzaba solitaria al fondo de una vaguada, flanqueada por una arboleda espesa. Salazar previó el primer contratiempo al que se enfrentarían, cuando comprobó que las viviendas de los alrededores estaban a suficiente distancia, para que ningún vecino pudiera oír lo que ocurría en la casa rural.

Empezaron por los caseríos más cercanos. La misma escena se repitió en todos: puertas de madera gastada, perros ladrando en patios traseros, y ancianos desconcertados que respondían con el ceño fruncido. Todos dijeron lo mismo, con ligeras variantes: que la casa llevaba tiempo funcionando como alojamiento rural, que los

coches que llegaban eran discretos, que los huéspedes no molestaban y que no habían notado nada raro. Algunos reconocieron haber escuchado ruidos por la noche, pero nada que resultara extraño.

Después de hablar con los vecinos, ambos policías recorrieron la casa y el zulo. Aunque la escena continuaba precintada, ya Científica había terminado su trabajo. Salazar no esperaba encontrar nuevas pistas después del registro de los peritos, pero quería ver el lugar de los hechos por sí mismo. La casa no era diferente de cualquier alojamiento rural, pero el zulo era otra cosa. Se trataba de una antigua caseta de herramientas que había sido reconvertida en una celda. Las paredes estaban insonorizadas y contaba con un catre, una mesa y una silla. Bajo la cama había un orinal y la piel de Néstor se erizó cuando, junto al catre, vio una cadena cuyo extremo estaba sujeto a una de las paredes.

—¡Hijos de puta! —murmuró.

Telmo enarcó las cejas ante una expresión tan poco habitual en labios de su jefe. El subinspector guardó un prudente silencio. Después de una corta pausa, Salazar cogió aire y se volvió hacia su compañero.

—Ya he visto suficiente, Telmo. Hablemos con los últimos huéspedes de la casa rural.

El subinspector consultó su móvil.

—De acuerdo, jefe. Están en el hotel Montaña Clara, en Ezcaray.

Minutos después, los policías se reunieron con los huéspedes en la recepción del hotel donde estos se albergaban. La joven pareja no disimuló su nerviosismo por la situación.

—¿Dónde está su hijo? —preguntó Néstor, al no ver al chiquillo por ningún lado.

La mujer fue quien respondió.

—Los policías que nos enviaron aquí dijeron que no debíamos marcharnos hasta que nos autorizaran, pero Felipe y yo consideramos que era mejor alejar al niño de todo esto, así que mis padres vinieron a recogerlo ayer mismo. Está con sus abuelos en Logroño.

Salazar asintió comprensivo. Él hubiera hecho lo mismo.

—¿Notaron movimientos extraños durante su estancia en la casa rural? —preguntó Telmo.

—¿A qué se refiere con eso?

—¿Gente moviéndose cerca de la casa sin justificación para hacerlo? ¿Ruidos sin explicación?

—Nada que nos llamara la atención —respondió Felipe.

Salazar frunció el ceño.

—Espere. ¿Eso significa que sí hubo movimientos, pero que ya los esperaban y por eso no les llamaron la atención?

—Sí, eso es lo que quiero decir. Es que nos advirtieron que el encargado del mantenimiento de los terrenos acudía con frecuencia para limpiar el follaje, pero que no nos iba a molestar, porque nunca se acercaba a la casa.

—Todas sus herramientas estaban guardadas en la caseta —explicó la mujer—, que está bastante alejada de la casa. Y tenían razón. Nunca nos molestó.

—¿Alguna vez entraron en ese depósito? —preguntó Telmo.

Felipe sacudió la cabeza.

—Cuando nos entregaron las llaves, pusieron mucho énfasis en que no nos acercáramos a esa caseta, porque allí había herramientas y materiales peligrosos. Ni Andrea ni yo insistimos.

—Al contrario, tuvimos mucho cuidado de que el niño se mantuviera alejado.

Néstor asintió y cogió aire, antes de volver a preguntar.

—¿Vieron a ese encargado? ¿Podrían describirlo o reconocerlo?

La pareja intercambió una mirada. Él se encogió de hombros.

—Sí, claro. El encargado era un tío alto, muy delgado y con una nariz… —Felipe curvó el índice junto a su propia nariz—, ya sabe… ganchuda. Sí, creo que sería fácil reconocerlo si lo volviéramos a ver.

Capítulo 51

Al mismo tiempo que Salazar y Telmo se ocupaban de las investigaciones en Urdanta, en la comisaría, Ángela había comenzado a estudiar los archivos de la agencia desencriptados por Toni. Siguiendo las instrucciones del inspector jefe, trató de establecer qué víctima se relacionaba con cada caso abierto o cerrado en La Rioja. Mientras tanto, Miguel se dedicó a cerrar el caso contra Martínez.

Ya el juez le había enviado la orden de registro para la oficina del jefe de la red de falsificación, sobre la base del informe redactado por Ángela el día anterior. Pedrera era consciente de que aquel paso despertaría al monstruo. Sabía que Martínez arremetería contra él con toda su furia, así que puso la denuncia por extorsión, antes de dar curso a la solicitud de registro.

Una vez liberado del secreto que lo atormentaba, Pedrera se comunicó con Científica para hacerles llegar la orden de registro. No había tiempo que perder, así que una hora después, el inspector esperaba en su coche frente al edificio que albergaba la oficina de Martínez. Lo acompañaban González y Salcedo, a bordo de un coche patrulla. Se trataba del mismo edificio donde días atrás se había llevado a cabo el registro de las oficinas de Distribexia. En cuanto apareció la furgoneta con los peritos, Miguel salió de su coche y una vez reunidos ambos equipos, les dio las instrucciones pertinentes. Pocos minutos después, la comitiva entró en el edificio con paso decidido.

Una vez en el cuarto piso, el ascensor se abrió con un leve zumbido y cruzaron el pasillo alfombrado sin prisa. Al fondo, un letrero dorado identificaba su destino: «TAU». Todos a una.

Cuando entraron, la recepcionista levantó la mirada y parpadeó con desconcierto. Antes de que pudiera reaccionar, Miguel le mostró su identificación.

—Hágase a un lado, por favor. ¡Tenemos una orden de registro!

Los policías y los peritos cruzaron la barrera de la recepción, sin esperar respuesta. La primera puerta daba a una amplia oficina, donde cuatro empleados estaban concentrados en sus correspondientes ordenadores.

—¡Policía! ¡Qué nadie toque una tecla más! —ordenó el inspector con voz de trueno—. Apártense de los ordenadores ahora mismo.

Los empleados obedecieron con la sorpresa pintada en sus rostros y siguiendo las instrucciones de los agentes de Científica, se apartaron de los escritorios, dejando espacio a los peritos para que hicieran su trabajo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó una voz conocida desde la puerta.

Pedrera se volvió. Martínez había aparecido en el umbral, con su traje hecho a la medida y una sonrisa que no le alcanzaba los ojos.

—Señor Martínez —dijo Miguel, en un tono de voz neutro.

—¿Qué lo ha traído hasta mi oficina, inspector? ¿Acaso un remordimiento de conciencia?

En lugar de responder, el policía hizo un gesto al jefe del equipo de Científica, para que lo siguiera y se encaminó con paso firme hacia la puerta. Cuando pasó junto a Martínez, le entregó la orden de registro sin decir una palabra. Siguió de largo hacia el despacho del empresario, quien hizo el intento de seguirlo. El agente Salcedo se lo impidió con un gesto.

El despacho del sospechoso era amplio, elegante y muy bien iluminado. El perito se enfundó los guantes y entró, mientras el inspector permanecía atento desde el umbral.

Martínez se había acercado despacio por el pasillo, bajo la mirada vigilante del agente. Se detuvo a una distancia prudente de Pedrera. El ceño fruncido y la mandíbula tensa del empresario contradecían la voz calmada con la que consiguió expresarse.

—¿Ha pensado bien las consecuencias de lo que está haciendo, inspector?

Miguel clavó la mirada en él, como si advirtiera su presencia por primera vez. La sonrisa del policía estaba cargada de confianza y serenidad.

—Por supuesto.

Martínez frunció el ceño y miró a un lado y otro, como si buscara algo que no era capaz de ver. Entonces, cogió aire y levantó un poco la barbilla.

—Dicen que el pasado siempre encuentra como volver… —murmuró con un tono plano, banal—. Que las cosas enterradas tienden a salir cuando uno menos lo espera. Suena peligroso, ¿verdad? Sería mejor que algunas historias nunca… volvieran a ver la luz.

Miguel no se inmutó. Después de negar con la cabeza, habló con voz calmada.

—No se esfuerce, señor Martínez. La denuncia por extorsión contra usted está en trámite. Ya no existe ningún secreto. Su amenaza sobre mí se ha convertido en un cargo más que tendrá que enfrentar.

La sonrisa de Martínez se congeló. Durante un segundo pareció no haber entendido, como si las palabras le hubieran llegado en otro idioma. Entonces, parpadeó y cuando por fin captó el mensaje, sus ojos se abrieron y su mandíbula se tensó.

Domínguez, el jefe de los peritos, rompió el silencio desde uno de los archivadores del despacho.

—¡Aquí hay algo, inspector!

Miguel se aproximó al perito, dándole la espalda a Martínez, que permaneció en el pasillo con los puños apretados, bajo la mirada vigilante de los agentes.

Domínguez le mostró una carpeta de doble fondo al policía.

—Estaba entre los documentos de facturación y los contratos.

El perito le mostró el contenido oculto de la carpeta a Miguel: recibos de pago en efectivo, órdenes de transporte sin remitente, y nombres codificados vinculados a los registros de contabilidad de Distribexia. El inspector desplegó una sonrisa de satisfacción.

—Parece que va a tener que dar muchas explicaciones al juez, señor Martínez. ¡Queda usted detenido por delitos de falsificación,

blanqueo de capitales y extorsión!

Martínez miró a los lados como un animal en una trampa. Entonces, soltó el aire en un suspiro, se acomodó la corbata y extendió las muñecas hacia los agentes.

—Espero que haya disfrutado su pequeño momento de gloria, inspector. Le aseguro que esto no ha terminado.

—Tiene razón, señor Martínez. Para usted, apenas acaba de empezar.

Miguel regresó a la comisaría con la satisfacción de haber conseguido superar la prueba. Compartió un café con Ángela, mientras la ponía al día respecto de lo que había ocurrido durante el registro. Ella escuchó las noticias con satisfacción.

—Entonces, ya lo tenemos. ¿Vas a interrogarlo?

—En cuanto sea posible. Quiero acabar con este asunto cuanto antes.

—¿Necesitarás ayuda?

Miguel se quedó pensativo por un momento.

—¿Cómo vas con el asunto de los archivos de la agencia?

—Me temo que está resultando más difícil de lo que esperaba… Esa gente usa nombres clave para todo, así que establecer las concordancias es un rompecabezas.

—Entonces, no te distraigas. Yo me ocuparé del interrogatorio.

Mientras Ángela regresaba a su tarea, Miguel se preparó para sepultar a Martínez, con la idea de arrancarle una confesión, si era posible. Cuando entró en la sala de interrogatorios, lo recibió el ambiente agobiante habitual. Martínez, sentado detrás de la mesa, mantenía la mirada firme, pero más opaca de lo habitual.

El inspector se sentó frente a él y dejó la carpeta sobre la mesa con un golpe seco. El empresario entrelazó las manos despacio y el abogado frunció el ceño, mientras observaba la escena. Miguel abrió la carpeta.

—Tiene derecho a no declarar —dijo el inspector, con voz neutra —, pero no se lo aconsejaría.

Martínez ladeó la cabeza simulando indiferencia, pero delatado por la tensión de su mandíbula. El abogado ni se movió.

—Prefiero seguir el consejo de mi defensor y acogerme a mi derecho.

El inspector se encogió de hombros.

—Muy bien. Usted sabrá. Veamos… además de la nota manuscrita que encontramos en Distribexia y de la que ya hablamos en nuestra entrevista anterior, lo que descubrieron los peritos en su oficina ha sido muy revelador —Miguel abrió la carpeta y sacó varias fotografías—. Documentación de cuentas, pagos en efectivo, órdenes de entrega… Incluso, nos dejó algunas notas personales, escritas con esa caligrafía tan… elegante. Es suficiente para condenarlo frente a cualquier juez. Eso, sin contar con los cargos de intento de extorsión a un policía, por los que también tendrá que responder. No soy adivino, pero le auguro muchos años en prisión, señor Martínez.

El abogado tragó saliva. El empresario frunció el ceño y por un instante pareció querer decir algo, pero solo sacudió la cabeza y por primera vez, bajó la mirada.

—¿No tiene nada que decir, señor Martínez?

El detenido dejó caer los hombros e hizo un leve gesto de negación, al mismo tiempo que Miguel recogía las fotografías de los documentos probatorios y cerraba la carpeta sin ninguna prisa. Se puso de pie con la misma lentitud.

—¿Sabe qué es lo peor de todo para usted? —Martínez apenas levantó la mirada. El policía dibujó una leve sonrisa—. Que se creyó más listo que nosotros.

Miguel salió de la sala de interrogatorios, sin mirar atrás. A su espalda, solo escuchó el clic de la puerta al cerrarse.

Capítulo 52

Una hora después del último enfrentamiento de Miguel con Eduardo Martínez, Salazar y Telmo llegaron a la comisaría. El inspector le preguntó a García si el defensor de Mariana Corrales había llegado.

—Sí, señor. Hace cuarenta y cinco minutos. Está en la celda con la detenida.

—Muy bien. Trasladadla a la sala de interrogatorios —Néstor se volvió hacia su compañero—. Vamos a mi despacho, Telmo. Tenemos que prepararnos.

Mientras García cumplía la orden, Salazar y Telmo reunieron las pruebas contra La Guardesa en una carpeta, al mismo tiempo que el inspector daba instrucciones a su compañero.

—Sin confrontaciones directas, Telmo. Le mostramos las pruebas, pero sin explicar cuánto sabemos. Que ella rellene los huecos con la imaginación.

Telmo asintió, pero frunció el ceño.

—Comprendo. La técnica de presión por exposición y silencio guiado. ¿Qué haremos si no funciona, jefe?

Salazar dibujó una media sonrisa.

—De momento, será suficiente con ver por dónde comienza a agrietarse.

Cuando los policías entraron en la sala de interrogatorios, Mariana estaba sentada junto a su abogado. La expresión de ella era neutra, como si se encontrara en una sala de espera. El defensor frunció el ceño y se ajustó la solapa de su chaqueta, sin decir una palabra.

Salazar mantuvo la mirada clavada en la detenida desde que cruzó el umbral, hasta que se sentó frente a ella. El inspector dejó la

abultada carpeta sobre la mesa, pero no la abrió.

—Buenos días, Mariana. Espero que haya dormido bien, aunque reconozco que las camas de nuestras celdas no son muy cómodas.

Silencio.

Telmo se quedó de pie junto a la pared con los brazos cruzados y la mirada inquisitiva. Salazar observó a su compañero por un instante para determinar su posición. De inmediato, volvió a centrarse en La Guardesa. Compuso su cara de «padre bondadoso» y habló con voz suave y cordial:

—Queremos preguntarle acerca de algunos archivos bastante comprometedores, que hemos encontrado en los ordenadores de su agencia. Son muy interesantes: contienen listas encriptadas con nombres de clientes y «objetivos». Todos cifrados y con seudónimos. Muy herméticos. También encontramos una contabilidad oculta que registra pagos en efectivo por cantidades demasiado generosas, pero los motivos de estos pagos no están claros. Contrataciones, también en negro, para trabajos que tampoco tienen una justificación precisa. Yo diría que el contenido de esos archivos es oscuro y sospechoso. ¿Qué tiene que decir a esto?

Durante la exposición del policía, Mariana mantuvo la vista fija en un punto del suelo, con cara de jugador de póker.

El abogado carraspeó.

—Mi clienta se acoge a su derecho a no declarar.

Salazar suspiró y haciendo un esfuerzo, sonrió con amabilidad. En su cabeza estaba instalada la imagen del zulo: la cama, la mesa… y la cadena. Por el bien de la investigación, hizo un ejercicio de autocontrol.

—Ya lo suponía, pero tenía que ofrecerle la oportunidad de mejorar su situación frente al juez, colaborando. En fin, no puede decir que no se lo advertí.

El inspector abrió la carpeta y quedaron a la vista las fotografías del zulo en toda su crudeza.

—¿De esto tampoco quiere hablar? —preguntó Salazar, sin cambiar el tono de su voz.

Por un momento, la respiración de Mariana se hizo un poco más profunda. Fue un cambio sutil, casi imperceptible. Una leve tensión

en la mandíbula. La mirada de La Guardesa se desvió a las fotografías por un instante, en un movimiento impulsivo. De inmediato, volvió al punto en el suelo.

El abogado la miró de reojo y frunció el ceño, pero guardó silencio.

Salazar captó la fisura y empujó la carpeta hacia ella. Las fotografías a la vista.

—Lo que hay en esta carpeta es suficiente para que pase muchos años en la cárcel, pero eso usted ya debe saberlo. ¿No se lo advirtió su abogado?

Silencio.

—¿Por qué lo hizo, Mariana? ¿Por convicción, por miedo, por dinero… por amor? ¿Cuál fue el motivo por el que se involucró en estos crímenes?

Mariana llenó sus pulmones de aire y lo dejó escapar despacio.

Telmo intervino con tono cortante.

—El motivo por el que participó en estos crímenes podría influir a la hora de que el juez dicte sentencia.

Mariana levantó la mirada hacia el subinspector.

Salazar esperaba ver miedo o culpa en sus ojos. Sin embargo, lo que encontró fue cálculo. Sopesaba sus opciones. Cuando habló, su voz era neutra, indiferente.

—¿Algo más?

El inspector se inclinó hacia atrás en su silla.

—Por ahora, no.

Los policías salieron de la sala de interrogatorios y se encaminaron al despacho del inspector jefe. Una vez allí, Telmo expresó su frustración.

—Esa mujer está hecha de hielo.

Salazar se quedó pensativo por un instante.

—O estaba preparada para lo que iba a enfrentar…

—¿Quiere decir que decidió su estrategia durante la noche, jefe? Hace falta mucha sangre fría.

—Ya ha demostrado que le sobra sangre fría, Telmo. Sin embargo, no me refiero a eso… Creo que ha sido preparada para esta circunstancia.

—¿Quién podría…? ¡Claro, El Maestre!

—Esto refuerza mis sospechas de que el cabecilla del grupo tiene entrenamiento estratégico. Teniendo en cuenta la forma en que su cómplice fue capaz de afrontar el interrogatorio, me inclino a pensar que él es policía.

—¿Qué hacemos ahora, jefe?

Salazar clavó la mirada en el tablero y guardó silencio por algunos instantes. Entonces, cogió el teléfono con decisión.

—La víctima que encontramos… Es posible que pueda aportar alguna pista.

Néstor consultó el informe del registro de Científica y llamó al número de la inspectora jefe de la comisaría de Calahorra.

—Es un placer conocerlo, inspector Salazar. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Le agradecería que me facilitara una entrevista con Carla Bermúdez, la joven que apareció encerrada en el zulo en Urdanta. Es posible que ella pueda aportar información crucial para identificar al cabecilla del grupo criminal que la secuestró.

—Comprendo. Sí, yo también estoy muy interesada en llegar al fondo de este asunto. Sin embargo, me temo que la chica estuvo bajo el efecto de sedantes durante todo el encierro. Es muy poco lo que recuerda. Ni siquiera está en capacidad de identificar al sujeto que se encargaba de vigilarla. Además, todavía se encuentra en estado de choque, así que tanto los médicos como los familiares, se oponen a que insistamos en forzar sus recuerdos. La familia prometió contactarnos ante cualquier novedad. Por supuesto que en ese caso, usted sería el primero en saberlo.

Apenas Salazar terminó la conversación, su teléfono comenzó a sonar.

—¡Vaya, por fin! ¡El teléfono siempre ocupado! Seguro que estás perdiendo el tiempo.

La mirada de Néstor se iluminó.

—Hola, Casi. ¿Tienes algo para mí?

—Algo para mí, algo para mí. ¡Egocéntrico! ¡Explotador! Tengo algo para ti.

—¿Es sobre el registro de la casa rural y el zulo? ¿Habéis encontrado alguna evidencia?

—Serás cazurro. ¡Más merluzo y no naces! ¡Apenas estamos comenzando a procesar las muestras y el señorito ya quiere los resultados! ¡Tirano! No, no se trata del registro.

—Te escucho, Casi.

—Es sobre el sujeto, ese de la fotografía. El que aparece entrando a la agencia. Eres capaz de pedirnos la identificación y luego olvidarlo. Claro, como tú no eres quien tiene que hacer el trabajo. Tú a mandar a los pringados a que doblen el lomo y luego a echarte la siesta y esperar a que te pongan las medallitas. ¡Abusón!

—¿Lo habéis identificado?

—Ya está. Solo te interesa lo tuyo, ¿verdad? Eso, pero a Casimiro ni un gesto de gratitud, ni un desayuno de compensación.

—Vosotros sois geniales, Casi. Reconozco que no sería capaz de resolver ningún caso sin vuestra ayuda, y te prometo que encargaré una docena de fardalejos sin azúcar para ti, en cuanto tenga oportunidad.

—¿Con su relleno?

—Por supuesto.

—Vale, te lo apunto. Tenías razón con ese tío. Hemos confirmado que Javier Soto es el hombre de la fotografía que visitó la agencia durante la vigilancia. Ahora, déjame en paz, que algunos sí trabajamos.

Casimiro cortó la llamada sin esperar respuesta. Néstor le comunicó la información sobre Soto, a un Telmo que no salía de su sorpresa por el tono de la conversación.

—Entonces, estamos sobre la pista correcta, jefe. Soto debe ser El Pastor o El Maestre.

—Sigo pensando que su perfil encaja mejor en El Pastor. En cualquier caso, todavía no tenemos suficientes evidencias contra él. Visitar una agencia de hospedaje rural no es un delito, aunque se trate de la fachada de una organización criminal. Podría argumentar que lo ignoraba y que solo acudió como cliente, a buscar información sobre la casa rural.

—No olvide el llavero que encontramos en la agencia, jefe. Tiene sus iniciales.

—No lo olvido, Telmo, pero sigue siendo circunstancial. Es suficiente para que sepamos que estamos sobre la pista correcta, pero no convencerá a ningún juez.

—¿Qué hacemos, entonces?

—De momento, solo podemos confiar en que Remigio consiga resultados en Valladolid. Mientras tanto, mantendremos la vigilancia y cuando sea el momento preciso, caeremos sobre él.

Capítulo 53

Antes de que Telmo saliera del despacho para cumplir la orden de su superior, una nueva llamada entró en el teléfono del inspector jefe. En esta ocasión, Salazar consultó la pantalla.

—¡Remigio! —le anunció a su compañero, al mismo tiempo que hacía un gesto para que esperara.

Néstor respondió y dejó conectados los altavoces.

—Me alegra que hayas llamado, Remigio. ¿Hay novedades de Valladolid?

—Ya lo creo. Para cuando llegué aquí, ya mi amigo Garrido había localizado y detenido a los sospechosos, gracias a la colaboración de sus informantes y a que los pillaron con algunas papeletas encima.

—Parece que nuestra suerte comienza a cambiar.

—Pues, sí. En fin, los colegas me permitieron interrogarlos. Dos de ellos siguieron el consejo de sus abogados, manteniendo la boca cerrada. El tercero mintió más de lo que habló, pero el cuarto, el más joven, quien según contó, solo actuó como chófer durante el secuestro, estaba tan asustado que accedió a colaborar, a cambio de que el juez lo tenga en cuenta.

—¿Dio detalles sobre el secuestro de Arancha?

—No solo eso, sino que identificó a Javier Soto como el hombre que los contrató para secuestrar a la chica. Te estoy enviando la declaración firmada al correo de la comisaría.

Salazar intercambió una mirada con Telmo y levantó el pulgar.

—¡Ya lo tenemos! Buen trabajo, Remigio.

Después de poner al día a Toro acerca de los avances de la investigación en su ausencia, ambos policías acordaron que él mismo

se ocupara de organizar el traslado del chófer confeso desde Valladolid.

Néstor terminó la llamada con una sonrisa.

—Cambio de planes, Telmo. La vigilancia ya no será necesaria. La declaración del chófer no es circunstancial. Es el clavo que necesitábamos para el ataúd de El Pastor. Reúne todas las pruebas que tenemos contra él y solicítale al juez una orden de busca y captura contra Javier Soto. Luego, ocúpate tú mismo de su arresto.

—Sí, jefe.

Mientras Telmo salía del despacho para cumplir la orden, Salazar se quedó repasando los informes en busca de pistas que les permitieran avanzar. Entonces, se dio cuenta de un detalle que en la vorágine de los acontecimientos había pasado por alto: la bolsa con latas de atún que Científica encontró en el zulo y de la cual, Casi le había enviado una fotografía, que pasó desapercibida en medio del horror que representaban el resto de las imágenes.

Néstor tuvo claro cuál sería su siguiente paso, así que llamó al cuartel de la Guardia Civil en Ezcaray. Entonces habló con Ismael, quien le confirmó que Valentina y él estaban en disposición de ayudar en lo que fuera necesario. El inspector terminó la llamada y salió del despacho en dirección a la sala común.

Allí encontró a Telmo, Ángela y Miguel, centrados en sus correspondientes ordenadores. Cuando el inspector jefe entró, los tres apartaron la mirada de las pantallas y la clavaron en él.

—Por fin se te ve el pelo, Salazar —comentó Pedrera en tono jocoso—. Estás más perdido que la sinceridad de un político en año electoral.

Néstor se acercó a la máquina de café y comenzó a sacar vasos y a repartirlos, mientras hablaba.

—Os veo atareados. ¿Cómo vais?

—Yo sigo trabajando en la correlación de las víctimas con los casos de desapariciones en La Rioja —anunció Ángela—, aunque la ausencia de identidades reales lo está dificultando.

—¿Has conseguido ponerle nombre a alguno de esos alias?

—Algunos, señor, pero han sido muy cuidadosos en que los archivos estén libres de cualquier pista que permita una

identificación, así que solo puedo hacer suposiciones.

Salazar asintió y dio un sorbo a su vaso de café.

—¿Qué me dices tú, Telmo?

—Echevarría y Mendoza son quienes tienen el turno de vigilancia de Soto, jefe. En este momento se encuentra en su piso de la calle Ventilla. Ahora mismo estoy solicitándole la orden de busca y captura al juez.

—De acuerdo. Avísame cuando lo hayan detenido. Tengo prisa en interrogarlo.

—Muy bien, jefe.

Néstor centró la atención en Miguel, quien se apoyó en el respaldo de la silla y habló, antes de que Salazar le preguntara.

—¡Me complace anunciarte que Martínez es historia! ¡Ya lo trincamos con todo el equipo! Acabo de enviar el informe al juez. Tenemos suficientes evidencias contra él como para que su elegante culo se aposente muchos años en una celda.

El inspector jefe enarcó las cejas.

—Percibo un sutil regodeo en tus palabras, Miguel.

—¿Un sutil regodeo? Estoy tan feliz que hasta pensé en aconsejarle colaborar, para aliviar su sentencia… pero claro, no quise interrumpir su caída libre.

—Felicitaciones a los dos —Salazar hizo un gesto para incluir a Ángela. Entonces, volvió a centrarse en Miguel—. ¿Tienes algo pendiente con ese caso?

—No. Acabo de cerrarlo y estoy a tu disposición.

—Perfecto. Entonces, ven conmigo.

Miguel se puso de pie y cogió su abrigo.

—¿Adónde vamos?

—De paseo a Ezcaray. Tú conduces.

Ambos policías salieron de la comisaría y subieron al coche de Miguel. En el trayecto, Salazar le informó acerca de las novedades desde la última reunión y el motivo de su viaje.

—Nuestro próximo objetivo es el carcelero —anunció Néstor, desde el asiento del acompañante.

—¿El tío de la nariz ganchuda?

—El mismo. Tiene que haber estado muy cerca para mantener la vigilancia de sus prisioneros. Si localizamos la tienda donde compraba los suministros, sabremos dónde se alojaba.

Miguel entornó los ojos.

—¿Crees que servirá de algo? Quiero decir, es probable que ya se haya enterado del registro y a esta hora debe estar muy lejos.

—Aun así, es poco probable que no dejara ninguna huella a su paso por el lugar donde ha residido durante semanas.

—¿Sabes desde dónde operaba?

—Todavía no, aunque sospecho que desde Ezcaray.

—¿Por alguna razón en particular?

—Es el pueblo más cercano a Urdanta en el que podría pasar como un turista o un visitante, sin llamar la atención.

Miguel se encogió de hombros.

—Supongo que tienes razón.

—En cualquier caso, estoy seguro de que la Guardia Civil puede sacarnos de dudas. Nadie conoce la zona como ellos.

Cuando los policías llegaron al cuartel de la Guardia Civil de Ezcaray, Ismael y Valentina los estaban esperando, gracias a una llamada previa de Salazar.

—Ya hice las indagaciones que me solicitó por teléfono, inspector —intervino Ismael—. Tenía razón. La bolsa que encontraron en el zulo es de una pequeña tienda de barrio de Ezcaray. Valentina y yo los llevaremos allí.

Néstor asintió.

—Gracias. Estoy seguro de que el carcelero estuvo alojado cerca de la tienda.

—¿Eso no sería muy torpe de su parte? —preguntó Miguel.

Salazar se encogió de hombros.

—No más torpe que dejar una bolsa con el nombre de la tienda en el zulo. Tengo la esperanza de que el sujeto haya pecado del mismo exceso de confianza, a la hora de borrar sus huellas.

Capítulo 54

Los guardias civiles subieron a su coche patrulla y guiaron a los policías a través de las tranquilas calles de Ezcaray. La mañana avanzaba despacio sobre el pueblo, y una fina niebla los rodeó durante todo el trayecto. Aparcaron en una calle lateral, cercana a su destino. Cuando bajaron de sus respectivos vehículos, el frío seco de febrero penetró a través de sus ropas y formó un halo frente a sus rostros, con cada bocanada de aire que respiraban. Avanzaron por la calle Padre José García, hasta un pequeño colmado con el escaparate opacado por la condensación, y la puerta de madera cerrada, para no dejar escapar el calor de la calefacción.

Sobre la puerta, un rótulo blanco con letras negras, un poco desteñidas, anunciaba el nombre del negocio: «La tiendecita de la Sierra». Cuando entraron, un tintineo anunció su presencia. La calefacción estaba tan alta que resultaba casi incómoda. Los rodeó el olor a frutas frescas, a cebolla seca y café rancio. Detrás del mostrador, una mujer mayor de baja estatura, con un jersey grueso y el cabello peinado hacia atrás, estaba comprobando las estanterías y tomando nota en una libreta, mientras una radio portátil, situada detrás del mostrador, daba la previsión del tiempo.

La propietaria se volvió hacia la puerta y enarcó las cejas cuando vio los uniformes de los guardias. Después de dejar la libreta en la estantería que estaba revisando, se acercó a los recién llegados.

—¿En qué puedo ayudarles?

Salazar se adelantó y después de identificarse, compuso su expresión de cachorro extraviado.

—Estamos convencidos de que su colaboración será muy valiosa para avanzar en nuestra investigación.

La tendera parpadeó y se puso la mano en el pecho. Sus ojos brillaron con una mezcla de nerviosismo y expectación.

—¿Mi colaboración? ¿Cómo podría yo ayudar a la Policía o a la Guardia Civil? Casi nunca salgo de esta tienda.

—De eso se trata, señora…

—Bienvenida… Bienvenida Otero, para servirle, inspector.

Néstor sonrió, al mismo tiempo que sacaba su móvil y buscaba la fotografía de la bolsa encontrada en el zulo, para mostrársela a la sorprendida mujer.

—Bonito nombre. Verá, doña Bienvenida, necesitamos encontrar a uno de sus clientes. Solo sabemos que hizo una compra aquí hace varios días.

—Sí, sí. Esta es una de las bolsas que mis clientes me compran cuando no traen la suya propia.

—Esta compra debió hacerse hace poco tiempo. Si el cliente la pagó con tarjeta…

—Lo lamento, inspector. No me entiendo bien con esos trastos modernos. Ya sabe, con el…

—Datáfono —la ayudó Miguel.

—Eso. Mi hijo me ha insistido en que ponga uno a disposición de los clientes, pero yo no quiero complicarme la vida.

—Entonces, ¿todas sus transacciones son en efectivo?

—Sí, señor.

Néstor se mordió los labios frente al contratiempo. Aunque no le cogió por sorpresa, tenía la esperanza de que la suerte estuviera de su lado. Valentina se acercó a la mujer.

—Dígame, doña Bienvenida, ¿desde cuándo tiene esta tienda?

—Pues de toda la vida, hija. La abrió mi abuelo en el año de la pera. Después de él, la atendió mi padre y ahora yo.

Valentina e Ismael intercambiaron una mirada. Salazar sonrió, al comprender por dónde iban las intenciones de la joven guardia.

—Entonces, debe conocer bien a todos sus clientes. Quiero decir, serán vecinos.

—Pues sí que los conozco bien a casi todos. Claro que de vez en cuando viene algún turista, pero la mayoría prefieren comprar en los supermercados. Los vecinos del barrio, en cambio, suelen

abastecerse aquí. Aunque de vez en cuando alguno pasa por la acera del frente, para que no lo vea con las compras del súper.

Salazar vio renovadas sus esperanzas, gracias a la perspicacia de Valentina.

—Doña Bienvenida, el hombre que necesitamos encontrar y que sabemos que compró aquí, no creo que sea vecino del barrio… Es posible que pueda recordarlo. Es alto, delgado y tiene la nariz ganchuda.

La mujer se quedó pensativa.

—Me suena… Sí, creo que sí, pero no puedo recordar…

—Compró varias latas de atún —intervino Miguel.

El rostro de Bienvenida se iluminó.

—Ah, sí, claro. Ahora lo recuerdo. Ese joven me llamó la atención, porque mis clientes no suelen comprar enlatados en esas cantidades. Recuerdo que cada vez que viene pienso lo mismo: que los citadinos prefieren comer mal, antes que cocinar.

—¿Cada vez que viene? —repitió Salazar, después de cruzar mirada con sus colegas—. ¿Eso significa que ha comprado en esta tienda más de una vez?

—Oh, sí, inspector. En los últimos meses, ha venido a comprar con cierta regularidad. Casi siempre enlatados, galletas y esas cosas. Aparece por temporadas, como las aves migratorias. Después de pocas semanas, desaparece por meses. Quizá tenga algún familiar en Ezcaray, al que visita con frecuencia.

—¿Sabe dónde se aloja cuando se encuentra en Ezcaray? —preguntó Miguel—. ¿Alguna vez le mencionó su nombre?

Bienvenida negó con la cabeza.

—Lo lamento, pero no sé su nombre. Solo habla para decir lo que quiere comprar, paga y se marcha. En realidad, nadie en el barrio sabe quién es.

Una chispa saltó en los ojos de Ismael y Valentina al mismo tiempo. Ambos guardias intercambiaron una mirada, pero fue Ismael quien habló.

—Señora Otero, deduzco por sus palabras que ya ha comentado acerca de este cliente con otros vecinos. ¿Me equivoco?

Bienvenida se llevó la mano a los labios.

—Por favor, no me malinterpreten. No soy una cotilla. Yo no me meto en la vida de nadie. Cada uno en su casa, y Dios en la de todos. Sin embargo, bueno, para serles honesta, este caballero no me causa buena impresión. Es demasiado… hosco. Quiero decir… en fin, que les pregunté por él a algunos vecinos de confianza, por si tenía que cuidarme.

Salazar puso cara de confesor benevolente.

—Hizo usted bien, doña Bienvenida. La prudencia es la virtud de los sabios. Nadie podría culparla por querer protegerse. ¿Sus vecinos le comentaron algo? ¿Aunque fuera un dato sin aparente importancia?

Bienvenida cogió aire y enderezó la espalda.

—Ahora que lo dice, inspector, una vecina me comentó que lo había visto entrar en la casa de la Manoli.

Miguel frunció el ceño.

—¿La Manoli?

—Manuela —aclaró Bienvenida—. Lo siento, no sé su apellido. Vive en uno de los pisos del otro lado de la calle. Es viuda y le quedó una habitación vacía cuando su hijo se marchó del pueblo. Ya sabe, la pensión no le alcanza y así se ayuda… ¡Espero no estar metiéndola en líos al decirles esto!

—No se preocupe —la tranquilizó Néstor—. Le prometo que su amiga no tendrá ningún problema. ¿Tiene usted su dirección?

—Eh, sí, claro. Espere que se la anoto —Bienvenida escribió en el reverso de un tique de compra olvidado por algún cliente y le entregó el papel a Salazar.

—Su colaboración nos está ayudando mucho, señora Ortega —reconoció Néstor—. Una pregunta más. Si volviera a ver a este cliente, ¿podría usted reconocerlo?

Bienvenida hinchó el pecho.

—Por supuesto, inspector. Cuando veo una cara, nunca la olvido.

El grupo de investigadores salió de la tienda, después de darle las gracias a Bienvenida por su ayuda. En cuanto cruzaron la puerta, los golpeó el bajón repentino de la temperatura de la calle, que contrastaba con el interior de la tienda.

—Ese es el edificio —dijo Salazar, consultando la nota y señalando la construcción del frente.

Miguel se acomodó la chaqueta y soltó un gruñido.

—No estoy seguro de que esto ayude mucho. Aunque ese tío se haya alojado allí, lo más probable es que ya sepa que la casa rural fue registrada y habrá puesto tierra de por medio.

Néstor dejó escapar un largo suspiro.

—Aun así, debemos comprobarlo. Quizá nos llevemos una sorpresa.

Antes de que Miguel tuviera oportunidad de responder, Salazar se comunicó con Telmo, le explicó la situación y le ordenó que solicitara una orden de registro urgente al juez, para que Científica buscara evidencias en la habitación donde se había alojado el sospechoso.

Capítulo 55

Salazar decidió entrevistar a la patrona del sospechoso, mientras esperaban que Telmo cumpliera con los trámites legales para el registro. La comitiva que formaban los dos policías y la pareja de la Guardia Civil cruzó la calle con paso firme. La fachada desconchada del edificio fue un adelanto de lo que iban a encontrar en su interior. Cuando entraron en el portal, los recibió el olor a madera húmeda, propio de una construcción vieja y mal ventilada. Como Néstor temía, no había ascensor, así que subieron las empinadas escaleras hasta el tercer piso.

Manuela los recibió en bata y zapatillas. Tenía el cabello despeinado y las manos enrojecidas por el agua tibia. Cuando la casera vio a los Guardias Civiles y los policías se identificaron, abrió mucho los ojos y se cubrió la garganta con una mano. Pasó la mirada de la corbata de aguacates de Salazar a los guardias civiles y parpadeó con desconcierto. Entonces, les permitió pasar. Cerró la puerta a sus espaldas, mientras recuperaba el aliento. La salita olía a café recalentado y a lejía.

—¡Virgen del Amor Hermoso! ¿Qué ocurre?

Salazar dibujó su sonrisa más amable y habló con voz suave, como si lo hiciera con un cervatillo.

—¿Es usted la señora Manuela, a quien conocen en el barrio como La Manoli?

—Sí, soy yo, pero no comprendo…

—¿Podría decirnos su nombre completo?

—Manuela Iturralde, inspector.

Néstor asintió.

—Tenemos entendido que usted le ha arrendado una habitación a un caballero.

Manuela perdió el color y juntó las manos.

—Sí, señor, pero ha sido por necesidad. La pensión no me alcanza para llegar a fin de mes… Sé que debí hacerle un contrato, pero…

Los policías intercambiaron una mirada entre sí.

—No estamos aquí por eso, señora Iturralde.

—¡Ah!, ¿no? Entonces, ¿no me van a arrestar?

Néstor suspiró.

—Puede estar tranquila. No vamos a detenerla por alquilar sin contrato, pero le aconsejo que la próxima vez cumpla con todos los trámites legales. Usted será la principal beneficiada.

—Sí, señor. Lo que usted diga, señor.

—¿Puede decirnos el nombre de su huésped?

—Sí, inspector. Su nombre es Pedro Pérez —Pedrera y Salazar intercambiaron una mirada que aumentó el nerviosismo de la patrona, quien comenzó a frotarse las manos entre sí.

—Suena más falso que un euro de madera —opinó Miguel.

—Estaba pensando lo mismo —reconoció Néstor.

—Él… parece un poco hosco al principio, pero en realidad es muy educado. No me ha dado ningún problema.

Salazar ladeó la cabeza.

—¿Vio usted su DNI? ¿Le pidió que se identificara?

—Yo… no me atreví a pedírselo. Me pareció que podía ofenderse… Es que… durante la entrevista fue tan correcto… tan caballeroso.

Miguel se cruzó de brazos y resopló.

—Señora, es saludable ser desconfiado con los desconocidos a los que se les deja dormir en casa.

Manuela bajó la mirada.

—Yo, eh… sí. Es lo que me dice mi hijo, pero le confieso que me dio apuro.

—¿Desde cuándo es su huésped? —preguntó Salazar con el ceño fruncido.

—Él… viene por temporadas y se marcha. Una o dos veces al año. Creo que tiene un familiar en Ezcaray al que acompaña cuando puede. Le alquilé por primera vez hace dos años.

—¿Y qué pasa con la habitación cuando se ausenta? —preguntó Valentina—. ¿Se la reserva?

—Eh… sí. Lo acordamos así desde el principio. El señor Pérez me paga todo el año por adelantado, incluyendo los meses que no viene a Ezcaray, con la condición de que el alojamiento siempre esté disponible.

—¿Y a usted eso no le ha parecido extraño? —preguntó Ismael.

—Tal vez le pareciera más conveniente que extraño —respondió Miguel por ella.

—Yo…

Salazar acudió a salvarla del apuro.

—Señora Iturralde, ¿la habitación está ocupada ahora mismo?

—Eh… sí, pero el señor Pérez no volvió anoche. Se llevó sus cosas… su mochila… todo. Supongo que regresó a su casa y no tuvo oportunidad de avisarme. No sería la primera vez.

Miguel sacudió la cabeza y soltó una risa cargada de sarcasmo. Los guardias civiles intercambiaron miradas, al mismo tiempo que Salazar cogía aire.

—Tenías razón, Miguel. Se enteró del registro de la casa rural y decidió desaparecer. Señora Manuela, me temo que su inquilino es sospechoso de un delito…

La pobre mujer abrió mucho los ojos, se cubrió la boca con las manos y se tambaleó un poco.

—¡Válgame…! Nunca se me hubiera pasado por la cabeza…

—Escuche, señora, debe mantenerse alejada de esa habitación y no tocar nada que pertenezca a su inquilino. Un equipo de Científica vendrá con una orden judicial. Usted solo debe permitirles pasar y todo estará bien.

Pálida, Manuela se apoyó en el respaldo de una silla.

—Y qué hago si el señor Pérez regresa… ¿Qué le digo?

Néstor miró a los guardias civiles. Valentina asintió.

—Nosotros nos ocuparemos de vigilar el edificio. Tenemos su descripción. Si aparece, lo llevaremos al cuartel para interrogarlo.

Ismael sacó una cinta de balizamiento de su mochila.

—Señora, ¿puede llevarme hasta la habitación? Necesitamos precintarla hasta que lleguen los peritos para el registro.

Una vez precintada la habitación y después de tranquilizar a la propietaria, los investigadores se marcharon. El sol del mediodía iluminaba las fachadas, pero apenas calentaba. Salazar les agradeció su ayuda a los guardias civiles y subió al coche de Miguel.

—Supongo que regresamos a la comisaría —comentó Pedrera, al mismo tiempo que encendía el coche—. ¿O tienes otra idea?

Antes de que Salazar pudiera responder, se escuchó el tono de su móvil y en la pantalla apareció el nombre de Telmo. Néstor activó los altavoces, mientras Miguel se incorporaba a la vía.

—Ya tenemos a Soto bajo custodia, jefe. Estaba preparando un viaje relámpago. Tenía intenciones de coger un tren a Madrid y ya había comprado un billete, para volar a una isla del Caribe con la que no tenemos tratado de extradición. Lo detuvimos a tiempo.

—Buen trabajo, Telmo. Mantenlo separado de La Guardesa. Que se vean, pero que no puedan hablar entre sí.

—Sí, señor. Ya me ocupé de eso.

Salazar terminó la llamada.

—Confirmado. Regresamos a Haro.

Miguel asintió y continuó conduciendo. Hacia la mitad del trayecto, ambos policías intercambiaban opiniones acerca del caso, cuando el móvil de Néstor volvió a interrumpirlos. Salazar activó los altavoces.

—¡Ya estás molestando otra vez! —dijo una voz ronca en el teléfono—. Así no se puede trabajar en paz.

—Casi. Me alegra que me llames. ¿Qué has encontrado?

—¡Y dale! Mira que no aprendes. No sé para qué me molesto en intentar que las dos neuronas que tienes en el cerebro, algún día se conozcan y se conecten entre sí. Esto te va a interesar.

—Soy todo oídos.

—Eso te lo creo, porque cerebro, al menos, no tienes. Pero no me hagas perder más el tiempo. En ese zulo había más huellas, que en la pista de tierra de un maratón.

A Salazar se le iluminó la mirada.

—¿Qué tipo de huellas?

—¡Dactilares, cazurro! Y ya comprobamos que las de Arancha González están entre ellas.

—¡Sois geniales, Casi!

—Ni se te ocurra ponerlo en duda, pero cállate y no me interrumpas. Los técnicos encontraron al menos seis juegos completos. Te estoy enviando el informe al correo de la comisaría. Ahora déjame en paz, que algunos sí nos ganamos el sueldo.

Casimiro terminó la llamada sin esperar respuesta, dejando a Salazar con el teléfono en la mano.

—Me cae bien el jefe Barros —dijo Miguel con una sonrisa maliciosa—. Tal vez debería aprender de él.

—Ni se te ocurra.

Miguel soltó una carcajada, mientras Néstor se comunicaba con la comisaría. Telmo le respondió al segundo timbrazo.

—Tengo una tarea muy importante para ti, Telmo —le dijo el inspector jefe, después de ponerlo al día con los avances del caso—. Solicítale un permiso al juez para que usemos el SAID. Ahora que tenemos las huellas dactilares, necesitamos ponerle nombre y apellido a las víctimas que estuvieron encerradas en el zulo. Ocúpate de conseguir esa lista.

—Entendido, jefe.

Salazar terminó la llamada y Miguel lo miró de reojo.

—Y ahora, ¿qué?

El inspector jefe suspiró.

—Te confieso que estoy ansioso por saber lo que Soto tiene que decir sobre todo esto.

—¿Crees que hablará?

—No lo sé, pero también existe la posibilidad de que el arresto de El Pastor anime a La Guardesa a ser más colaboradora.

Miguel dibujó una sonrisa sarcástica.

—¿Vas a utilizar la técnica de «El dilema del prisionero»?

—Sí, creo que es la mejor opción, pero también podemos reforzar los interrogatorios de ambos, usando la evidencia abrumadora. Tenemos suficiente información para hacerlo.

Pedrera sonrió de oreja a oreja.

—¡Me encanta!

Capítulo 56

Cuando Salazar y Miguel llegaron a la comisaría, el inspector jefe se detuvo en la recepción, para ordenarle a García que trasladaran al detenido a la sala de interrogatorios, en cuanto él y su abogado estuvieran listos. Luego, ambos policías subieron hasta la sala común, donde encontraron a Telmo y Ángela muy atareados, frente a sus ordenadores.

—Ya el juez dio la autorización para consultar el SAID y contacté al departamento de Identificación, jefe. En este momento deben estar cargando en el sistema todas las huellas que Científica encontró en el zulo.

—Excelente. ¿Qué me dices tú, Ángela? ¿Has conseguido avanzar?

—Poco, señor. Sin embargo, estoy segura de que la lista que nos proporcionará el SAID será de mucha ayuda. Espero que eso también nos permita llenar los espacios de los archivos cuyos datos no están completos.

Salazar asintió.

—Telmo, en cuanto recibamos los resultados de Identificación, quiero que te comuniques con las jurisdicciones correspondientes, para informarles del hallazgo a los investigadores que se ocuparon de esos casos.

—Sí, jefe.

El inspector jefe se volvió hacia Ángela.

—Luego, ambos trabajaréis juntos para cruzar los archivos de la agencia con los nombres de las víctimas…

Un carraspeo a su espalda desvió la atención de Néstor.

—Disculpe la interrupción, inspector. Ya todo está listo para el interrogatorio del detenido —anunció García desde la puerta—. Él y su abogado ya están esperando en el tercer piso.

—Muchas gracias, García. Miguel, acompáñame.

Los policías entraron en la sala de paredes grises, que olía a miedo y derrota. La luz fría fluorescente no dejaba espacio para las sombras. Soto y su abogado, estaban sentados uno junto al otro, detrás de la mesa. El Pastor mantenía la barbilla en alto y la mirada firme, pero no dejaba de juguetear con la costura de la manga de su chaqueta, sin ser consciente de ello. La expresión del abogado era neutra.

Salazar se acercó a ellos despacio, midiendo cada paso. Cuando alcanzó la mesa, dejó la carpeta en su superficie con un golpe seco. Entonces, se sentó frente a Soto con una sonrisa y su expresión de alelado sin remedio. Habló despacio, con voz calmada y cortés.

—Señor Soto, tenemos fotografías de usted entrando en la agencia «Arroyo escondido», cuya relación con una red criminal ya ha sido demostrada. Su llavero estaba en el cajón de uno de los escritorios. Por si fuera poco, uno de los secuestradores de Arancha González, hoy confeso, lo identificó a usted como el hombre que lo contrató para cometer ese delito. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Soto guardó silencio. Su única reacción fue un ligero parpadeo. El abogado se inclinó hacia adelante.

—Ninguna de esas supuestas evidencias demuestra nada. Todo es circunstancial y rebatible. Han cometido un grave error, inspector. Mi cliente no tiene nada que ver con esa agencia ni con sus actividades. Es evidente que lo están confundiendo con otra persona.

—¿En serio quiere que nos traguemos ese argumento? —preguntó Miguel, que se mantenía de pie junto a la pared, con los brazos cruzados.

Salazar suspiró.

—Señor Soto. Por muy buenas intenciones que tenga su abogado, le está haciendo un flaco favor, al pretender que niegue lo que es evidente frente a las pruebas. El castillo de naipes se ha venido abajo. Su cómplice, la Guardesa, ya habló y lo señaló como el

principal responsable. Tiene una última oportunidad para convencer al juez de que no cargue todo el peso de las acusaciones sobre sus hombros. Le confieso que usted no es nuestro principal objetivo. Sabemos que el verdadero cabecilla de todo es El Maestre. Ayúdenos a atraparlo y le prometo que intercederemos ante el juez a su favor.

Después de un tenso silencio, Miguel habló con voz cortante.

—Usted va a cargar con todo: los secuestros, los desaparecidos y los asesinados, el zulo… No le va a alcanzar la vida para cumplir los años de prisión que tendrá que pagar.

Soto miró de reojo a su abogado. El defensor se mantenía impasible, pero un ligero temblor involuntario agitaba la piel bajo uno de sus ojos. El silencio se volvió más denso.

Salazar habló con voz suave, casi paternal.

—El Maestre debe ser alguien muy especial para usted, porque está dispuesto a sacrificarse por él y asumir todas las culpas para salvarlo.

Soto tragó saliva. El abogado le susurró algo en el oído. Entonces, el detenido se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa. Se mantuvo en esa postura solo un par de segundos. De inmediato se recostó otra vez, como si hubiera evaluado una grieta… que decidió cerrar.

—No tengo nada que decir.

Miguel sacudió la cabeza.

—¡Está cavando su propia tumba!

Salazar recogió la carpeta con serenidad y se levantó.

—Gracias por su tiempo, señor Soto. Tuvo usted su oportunidad y la desperdició. No tenga ninguna duda de que con su colaboración o sin ella, atraparemos a su jefe.

En cuanto los policías salieron de la sala de interrogatorios, Miguel expresó su frustración.

—Este tío no va a hablar, Salazar. ¿Qué hacemos ahora?

Con la carpeta en la mano, Néstor consideró sus opciones por un momento.

—Volvamos a intentarlo con La Guardesa. Es posible que el arresto de su cómplice haya debilitado sus barreras.

El inspector jefe le ordenó al guardia que vigilaba la puerta, que regresara a Soto a su celda y llevara a Mariana a la sala. Minutos después, La Guardesa ocupaba la silla que Soto acababa de dejar vacía.

—¿Dónde está mi abogado?

Néstor se encogió de hombros.

—Ya ordené que lo llamaran, así que llegará pronto. Si lo desea, podemos esperarlo para comenzar.

—Me da igual que esté presente o no. En cualquier caso, me acogeré a mi derecho de guardar silencio.

Salazar dejó escapar un suspiro de desamparo.

—Como usted quiera, pero en vista de lo que hemos descubierto desde nuestra última conversación, no se lo aconsejaría. Su compañero ha sido más prudente y ha comprendido lo que le conviene. Eso, me temo, la perjudica a usted. A menos que también decida colaborar.

—Podría comerse el marrón usted sola —la presionó Miguel.

Mariana frunció el ceño y apretó los labios. Durante los siguientes minutos, La Guardesa se mostró incluso más firme que Soto y guardó un silencio obstinado.

Cuando Salazar comprendió que aquello era una pérdida de tiempo, dio por terminado el interrogatorio. Al salir de la sala, encontraron a Lali esperándolos en la puerta.

—Inspector jefe, el comisario acaba de convocar a una reunión. Los están esperando al inspector Pedrera y a usted.

Néstor suspiró y bajó las escaleras, seguido por Miguel. Cuando entraron en la sala común, ambos policías encontraron al resto de sus compañeros reunidos. Telmo y Ángela compartían un café, mientras el comisario conversaba con Remigio, quien acababa de regresar de Valladolid. En cuanto cruzaron el umbral, Santiago desvió la mirada hacia ellos.

—¡Ya estáis aquí! Bien. Ya presenciamos los interrogatorios, a través de uno de los ordenadores. Telmo nos ha informado sobre las novedades. Por eso decidí convocar esta reunión urgente. Este asunto me preocupa mucho. Y no solo a mí. Los mandos están presionando como nunca.

—Si habéis presenciado los interrogatorios, sabréis que no sirvieron de nada —reconoció Néstor.

Cada uno de los policías ocupó su silla. Solo Santiago y Néstor permanecieron de pie.

—¡Esta investigación es frustrante, jefe! —estalló Telmo—. Admito que hemos avanzado, pero teniendo en cuenta que hay víctimas en peligro, vamos demasiado despacio. Todavía no tenemos ninguna pista acerca de la identidad de El Maestre, ni tampoco sabemos cuál ha sido el destino de Arancha. ¡Ni siquiera tenemos idea de si está viva o muerta!

Salazar apoyó la mano en el hombro de su compañero.

—Tranquilo, Telmo. Es cierto lo que dices, pero la agencia ha sido desmantelada y no permitiremos que se reorganicen. Por otro lado, estoy seguro de que conseguiremos resolver las incógnitas y rescatar a las víctimas que sea posible. No descansaremos hasta conseguirlo. Solo debemos ser perseverantes y tener paciencia.

Remigio se recostó en el respaldo de su silla.

—Me sorprende que tanto Soto como Corrales hayan soportado la presión de los interrogatorios. En especial, por lo que se están jugando con su silencio.

Salazar asintió con un suspiro.

—Hay una sospecha que me ronda la cabeza desde hace tiempo, y los interrogatorios de hoy me han convencido de que mi teoría es la correcta.

Miguel enarcó las cejas.

—¿Tu teoría? ¿A qué teoría te refieres?

—Ya la Guardia Civil había llegado a la conclusión de que El Maestre tenía entrenamiento militar o policial. Yo voy un poco más lejos. Estoy seguro de que este sujeto ha recibido entrenamiento acerca de tácticas de interrogatorio, y se preocupó de preparar a sus cómplices, para que fueran capaces de resistir en esa situación.

Remigio se inclinó hacia adelante sobre su escritorio.

—¿Lo que estás sugiriendo es que El Maestre es un policía?

—Quizá. Podría ser policía o tal vez abogado criminalista, psicólogo forense, criminólogo, militar y un largo etcétera. En

cualquier caso, alguien con conocimientos suficientes acerca de los procedimientos policiales y la psicología criminal.

Un profundo silencio se apoderó de la sala. El comisario lo rompió con un carraspeo.

—Néstor tiene razón. Todas las evidencias apuntan a que El Maestre se preocupó por preparar a sus cómplices para que resistieran las técnicas de interrogatorio. Sin embargo, eso no debe desanimaros. Es indudable que habéis conseguido grandes avances. Con la localización del zulo y el arresto de La Guardesa y El Pastor, la organización criminal quedó desmantelada por completo. Comparto la certeza de Salazar de que la identificación de El Maestre y el descubrimiento del destino de las víctimas es cuestión de tiempo.

Las palabras de ánimo del comisario aliviaron la tensión. Las espaldas se enderezaron y las miradas se levantaron.

—¿Ya llegaron los resultados del departamento de identificación? —preguntó Salazar.

Telmo asintió.

—¿Habéis conseguido algún avance con el cruce de las listas?

Ángela tomó la palabra.

—Sí, señor. Ya sabemos a quién pertenecen las huellas dactilares que Científica encontró en el zulo. Todas corresponden a las víctimas.

—¿Todas? —repitió Miguel—. Entonces, ¿no podemos atribuir ninguna al carcelero?

—Todas las personas de la lista han figurado como desaparecidos en algún momento —confirmó Ángela.

Remigio soltó un gruñido.

—No debería sorprendernos. Lo más probable es que el carcelero usara guantes cuando visitaba el zulo.

Telmo levantó el bolígrafo para intervenir.

—Tal como ordenó, yo he contactado a los organismos encargados de la investigación de todas las víctimas identificadas, jefe. Los casos cerrados están en proceso de reabrirse. Interpol reconoció que su investigación sobre El Abisal, al que se atribuye la mayoría de los secuestros, experimentará grandes avances, gracias a la nueva información.

Salazar llenó sus pulmones de aire y su voz salió cargada de satisfacción.

—Tanto Ángela como tú estáis haciendo un excelente trabajo.

Santiago consultó el reloj.

—Por la jornada de hoy será suficiente. Os necesito con la mente fresca, así que marchaos a casa a descansar. Mañana continuaremos temprano.

Capítulo 57

Una vez que el comisario anunció el fin de la jornada, los policías apagaron sus ordenadores, recogieron sus abrigos y desfilaron hacia la salida, arrastrando el cansancio del largo día sobre sus hombros. Solo Miguel permaneció en su escritorio para cumplir con su guardia. Ángela se despidió de él con un toque en los labios y le prometió que le llevaría la cena, antes de irse a casa. Santiago y Néstor esperaron a que sus compañeros se hubieran marchado, para seguirlos.

Después de despedirse de su hermano, Salazar salió de la comisaría. Lo recibió un viento frío y húmedo que atravesaba la ropa y se colaba hasta los huesos. Mientras cruzaba la plaza, notó cómo sus orejas se helaban y su aliento se condensaba frente a su rostro, con cada respiración. El silencio de las calles contrastaba con la actividad de los bares, a esa hora repletos de parroquianos. La Callecita no era la excepción.

Néstor pasó de largo, deseoso de regresar a casa y reunirse con su familia. Mientras subía las escaleras, se preguntó con qué se encontraría en esta ocasión. Desde que había dejado de ser un solitario, cada regreso a casa le reservaba más sorpresas que su propio trabajo como policía. El aburrimiento había dejado de ser un problema para él.

Cuando Salazar entró en la buhardilla, la encontró en un preocupante silencio.

—¿Rebeca? ¡Ya estoy en casa! —anunció en voz alta, sin tener muy claro qué podía esperar.

—¡Hola, cariño! ¡Estamos aquí! —lo saludó su mujer, desde la habitación principal.

Mientras Néstor cruzaba la sala, Paca pasó corriendo junto a él con uno de sus calcetines en la boca, como si fuera un trofeo que no estuviera dispuesta a compartir. La gata saltó a su estante favorito, el más alto de la sala, que ella se ocupaba de mantener siempre libre de cualquier objeto invasor. Una vez allí, Paca se acomodó sobre el calcetín, con las patas delanteras dobladas bajo su cuerpo.

—¿Estás empollando mi calcetín, Paca?

Ella le dirigió una mirada de superioridad felina.

—Maaauuuu —replicó ofendida.

Salazar se asomó a la habitación con cierto temor. Allí encontró a Rebeca, recostada contra el armario, con los brazos cruzados y una sonrisa divertida.

La habitación parecía haber sufrido los efectos devastadores de un tornado. El cajón más bajo del armario había sido saqueado y los calcetines de Salazar estaban esparcidos por toda la habitación. Gabi se encontraba en medio del desastre, tratando de ponerse uno en la cabeza. Paca, que regresó en ese momento, aprovechó que toda la atención estaba centrada en la pequeña humana, para apoderarse de otro de los calcetines y salir corriendo, mientras la chiquilla reía y aplaudía con entusiasmo.

—¿Los efectos del huracán Gabriela? —preguntó Néstor con una ceja alzada.

—Te juro que ambas estaban dormidas en el corral y que solo me ausenté un par de minutos, para organizar un poco la casa.

Salazar sonrió.

—Un par de minutos es suficiente tiempo para que este par la líe.

En el siguiente intento de Paca de apoderarse de otro calcetín, Salazar la pilló y la apartó de la diversión, quitándole el botín de entre los dientes.

—Oye, ladrona de calcetines. ¡Qué estos son míos!

—Mreeeuuu —protestó Paca con indignación.

—Es inútil —se rindió Néstor—. Ya sabemos quién manda en esta casa.

Néstor la soltó encima de la cama, despojada de su tesoro. La airada felina saltó sobre la cómoda, derribando todo lo que encontró a su paso. Gabriela lo celebró con una carcajada, mientras Paca se

acomodaba y miraba a su humano con descarada superioridad felina.

Salazar se acercó a Gabriela y se agachó junto a ella. La niña extendió los brazos hacia su padre y emitió gorgoritos de placer.

—¿Te parece bien la que Paca y tú habéis liado? —le preguntó él con una sonrisa, al mismo tiempo que la cargaba.

Gabriela recostó la cabecita en el cuello de él y se llevó el pulgar a la boca, hundiendo cualquier posibilidad de reproche.

—Retenla bajo custodia, mientras rescato los calcetines secuestrados —le dijo Rebeca, descruzando los brazos y poniéndose en movimiento.

El resto de la jornada transcurrió sin más altercados, gracias a la vigilancia que Néstor y Rebeca mantuvieron sobre la versión felina y en pañales de Bonnie y Clide.

Al día siguiente, gracias a su despertador felino, Salazar llegó a la comisaría muy temprano y se encerró en su despacho. Se dedicó a revisar la información de la que disponían hasta ese momento. Albergaba la esperanza de que, a la luz de los últimos descubrimientos, sería posible encontrar alguna pista que hubiera pasado desapercibida y que los condujera hasta El Maestre. Estaba seguro de que el cabecilla de la trama estaba cerca, pero necesitaban un hilo del cual tirar, para poder identificarlo. Había pasado casi una hora, cuando el tono de su móvil lo sacó de sus razonamientos.

—Hay que ver que comenzar el día hablando contigo es tener peor suerte que el que fue a esquiar y se rompió la pierna, bajando del autobús. ¡Mira que llamarte tan temprano y encontrarte! ¡Y antes del desayuno! Es para no creérselo.

—Hola, Casi. Si no querías hablar conmigo, ¿por qué me llamaste?

—Porque por tu culpa tengo más trabajo que el fontanero del Titanic. Ayer revisamos la habitación en Ezcaray y puse a mis chicos a trabajar horas extras. ¡Para que luego tú te pongas las medallitas!

—No sabes cuánto te lo agradezco, Casi. Necesitamos cualquier pista que…

—¡Qué te calles y me dejes hablar, mastuerzo! Hay que reconocer que el tío que usaba la habitación la dejó bastante limpia, pero olvidó revisar debajo de la cama. Allí encontramos el tique de una gasolinera, que se encuentra muy cerca de Ezcaray. Te estoy enviando una fotografía ahora mismo.

—Gracias, Casi. ¡Sois *«la crème de la crème»!*

—¡Lo que faltaba! Ahora el tío pretende hacernos la pelota en francés. ¡Que no cuela! Pero no dudes que lo somos. Ahora, déjame en paz, que lo único que sabes hacer bien es molestar.

Casimiro terminó la llamada, antes de que Salazar pudiera responder. De inmediato entró un mensaje: la fotografía prometida. El inspector la revisó con detenimiento y salió de su despacho. Se cruzó con Telmo, que estaba llegando en ese momento.

—Telmo, tenemos trabajo. ¡Ven conmigo!

El joven subinspector parpadeó y siguió a su superior escalera abajo.

—¿Adónde vamos, jefe?

Mientras alcanzaban el Clío, Salazar le informó acerca de la llamada y le mostró la fotografía del tique que había encontrado Científica. Telmo no necesitó más explicaciones. Minutos después, ambos emprendían el camino hacia Ezcaray. En cuanto llegaron a la gasolinera, se identificaron y le solicitaron colaboración al encargado.

—Necesitamos ver las grabaciones que se hicieron en la fecha y hora que señala este tique.

Siguiendo sus instrucciones, el sorprendido empleado les mostró la grabación que los policías solicitaban. En ella aparecía un hombre alto y delgado, con una prominente nariz ganchuda.

—¡Lo tenemos, jefe!

Salazar le pidió una copia de la grabación al encargado, y el empleado se las entregó en una memoria portátil. Después de que el inspector le advirtió que un mensajero pasaría a recoger una segunda copia, ambos policías salieron de la gasolinera, para regresar a la comisaría.

En cuanto llegaron a San Miguel, Salazar le ordenó a Telmo que solicitara la orden al juez, para que Científica recogiera la grabación.

siguiendo la cadena de custodia, mientras ellos trataban de identificar al sujeto.

Néstor se encerró en su despacho y llamó al jefe Barros, que respondió al segundo timbrazo.

—¿Será posible? No, si ya sabía yo que hoy sería un mal día. ¿Qué quieres ahora, pesado?

Salazar le hizo un resumen de sus actividades, después de recibir la fotografía del tique.

—… Así que tenemos la imagen del sujeto, captada por la cámara de seguridad de la gasolinera. Ya Telmo está solicitando la orden del juez para que la recojáis vosotros mismos, pero…

—Pero… ya viene el sablazo.

—El asunto es urgente, Casi. Puede haber víctimas en peligro…

—¡Qué no me dores la píldora! No me hagas perder el tiempo y suéltalo de una vez. ¿Qué quieres?

—Enviarte la fotografía del sospechoso extraída de la grabación y que la Unidad de Identificación Facial comience la búsqueda en el sistema de inmediato. Estoy seguro de que este sujeto tiene antecedentes criminales y si descubrimos quién es…

—Ya. No marees más la perdiz. Que otra vez quieres que te hagamos el trabajo. Si es que no tienes remedio. Más vago y no naces, para no tener que pasar por el «trabajo de parto». Envía la fotografía y adelantaremos la búsqueda, pero que quede claro que no lo hago por ti, sino por las víctimas.

—Por supuesto, Casi. Muchas gracias.

Casimiro terminó la llamada sin responder. Mientras esperaba, Néstor volvió a ocuparse de la revisión de los informes. Casi una hora después, una nueva llamada lo interrumpió. Respondió de inmediato, al comprobar que se trataba del jefe Barros.

—Tienes más suerte que el canario que sobrevivió al gato, al niño y a la mudanza. Con esa nariz, ese sujeto escogió mal el oficio. Es más fácil reconocerlo que a un futbolista famoso. Para mi sorpresa, por una vez tuviste razón: el tío está fichado. Y mira que es raro que aciertes, pero así es el azar.

—Entonces, ¿hubo coincidencias? ¿Cuántos nombres arrojó el sistema?

—¡Ya está el «angustias»! El sistema arrojó un solo nombre, con una probabilidad del 99 %. ¿Te sirve?

—¡Genial, Casi! Entonces, ya lo tenemos. ¿Quién es?

—A lo mejor si te callas y me dejas hablar, podemos terminar esta conversación, que ya me está tocando las narices.

—Vale.

—El nombre que arrojó el sistema fue Carlos Mora. Se trata de un pequeño camello que está empadronado en Soria.

—Eso coincide con el *modus operandi* de la agencia, que contrata a sus esbirros fuera de La Rioja.

—¡Y dale! ¡Qué te calles y me dejes hablar!

—Perdón.

—Bien, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Mora tiene antecedentes porque lo pillaron con algunas papeletas. Vamos, que es un camello de poca monta. Cumplió dos años y ahora está en libertad condicional. Ya te estoy enviando los informes al correo de la comisaría.

—¡Gracias, Casi! Sabía que podía contar contigo.

—¡Qué no cuentes conmigo, joder! A ver si te olvidas de mí y me dejas en paz de una vez. ¡Qué vaya karma que me ha tocado contigo!

El jefe Barros terminó la llamada. Salazar encontró el informe en el correo de la comisaría y lo imprimió. Entonces, consultó los archivos criminales y localizó a Carlos Mora. Sin duda, se trataba del mismo sujeto. Sin embargo, el juez necesitaría mucho más que su opinión.

Salazar contactó a Ismael y Valentina. Solo entonces, regresó a la revisión de los informes. Media hora después, el joven guardia civil le devolvió la llamada.

—La identificación es positiva, inspector. Tanto la tendera como la casera señalaron al huésped en una rueda de reconocimiento fotográfico.

El inspector le dio las gracias y terminó la llamada. Entonces, salió del despacho y subió al segundo piso. Allí encontró al resto de sus compañeros, bastante atareados.

En cuanto entró, Telmo se apoyó en el respaldo y balanceó un poco la silla.

—Jefe, ya le envié el informe al juez para solicitar la orden, que permita a Científica recoger la grabación de la gasolinera, siguiendo la cadena de custodia.

—¡Excelente! Necesitamos que esa información siga los caminos regulares, aunque ya está rindiendo frutos.

—Telmo nos contó sobre los avances en la identificación del carcelero —intervino Miguel, que se encontraba junto al escritorio de Ángela.

Salazar les puso al día con respecto al informe de Científica y el reconocimiento de la fotografía de archivo, por parte de la casera y la tendera.

—¿Cómo vas con los archivos de la agencia, Ángela?

—Miguel me está ayudando y vamos avanzando, señor.

—Muy bien. Telmo, descarga una copia de este informe y redacta una solicitud al juez, para una orden de busca y captura contra Carlos Mora.

—Sí, jefe.

—¿De qué te estás ocupando ahora, Remigio? —preguntó el inspector jefe.

—Estoy indagando entre mis contactos en La Rioja y las comunidades vecinas, para ver si encuentro algún indicio sobre El Maestre. De momento, el tío parece un fantasma.

—De acuerdo, Telmo, en cuanto hayas resuelto el asunto de la orden de captura, quiero que llames a los compañeros de Soria y los pongas al día acerca de la situación. Contacta con el inspector Santaella y dile que lo estás llamando de mi parte. Asegúrate de que comprendan que necesitamos que actúen con rapidez.

—Sí, jefe. ¿Qué hará usted?

—Me entrevistaré con un viejo amigo, que estoy seguro de que podrá ayudarnos.

Una vez repartidas las tareas, Salazar salió de la sala común y de la comisaría, con la intención de hacerle una visita a don Braulio.

Capítulo 58

Néstor alcanzó la calle Conde de Haro, pocos minutos después de abandonar la comisaría. Cuando llegó al portal, una vecina que salía con el carrito de la compra le facilitó la entrada. El inspector subió las escaleras, mascullando contra los edificios sin ascensor. En cuanto llamó al timbre de la oficina de don Braulio, un pitido le anunció que la puerta estaba abierta. El inspector empujó y entró.

—Ah, es usted —dijo la secretaria, con un tinte de decepción en su voz.

Salazar puso su cara de alelado con sueño y dibujó una sonrisa bobalicona.

—A mí también me alegra verla, Evelia.

—¡Evelia! ¿Quién es? —preguntó don Braulio, abriendo la puerta de su despacho—. ¡Me alegra verte, chaval! Pasa, pasa, vamos a conversar. ¿Nos traes café, Evelia?

—Por supuesto, Braulio. ¿Cómo quiere el café, inspector?

La expresión del rostro de la secretaria encendió las alarmas del policía.

—No para mí, gracias.

Evelia suspiró.

—En fin, otro día será.

Salazar cruzó la recepción y entró en el despacho del comisario jubilado, reconvertido en detective privado con poca fortuna. Mientras Néstor se sentaba, don Braulio, ya en su silla, se frotó las manos con expectación.

—¿Qué te trae por aquí, chaval? Espero que tengas algún nuevo trabajo para mí. Rejuvenezco diez años cada vez que me pides ayuda.

Evelia entró con una bandeja, colocó una taza de café frente a su jefe y ahora marido, y un vaso de agua frente al policía. Salazar, por supuesto, no lo tocó. Néstor esperó a que la secretaria saliera del despacho para comenzar a hablar.

—Se trata del mismo asunto por el que le pedí ayuda hace algunos días.

—¿La organización involucrada en los secuestros?

Néstor asintió.

—Ya conseguimos desmantelarla y tenemos bajo custodia a dos de sus cabecillas, pero el cerebro de la trama es muy astuto y ha sabido borrar sus huellas. Todavía no hemos podido identificarlo.

Don Braulio desplegó una sonrisa de satisfacción.

—¿Y quieres que yo te eche una mano?

—Sí, señor. Creo que usted puede ayudarnos —El inspector hizo un resumen del caso, incluyendo los últimos descubrimientos y las conclusiones a las que había llegado—… Mis compañeros y yo estamos convencidos de que El Maestre ha recibido entrenamiento militar o policial.

Cuando Salazar terminó su exposición, don Braulio entornó los ojos, al mismo tiempo que tamborileaba sobre su escritorio, al ritmo de sus pensamientos. Habló al cabo de algunos segundos.

—¿Un sujeto capaz de organizar operaciones con estrategia y que es posible que haya entrenado a sus cómplices, para que aguantaran el tipo durante los interrogatorios? Sí… eso no se aprende en la calle. Eso es de academia. Y si me apuras un poco, de las de antes.

Salazar asintió en silencio**,** mientras observaba al veterano expolicía procesando la información. Don Braulio suspiró.

—Ahora mismo no me viene ningún nombre que encaje en ese perfil, chaval, pero eso no significa que no tengas razón. Un sujeto como «El Maestre», con experiencia en cuerpos de seguridad, sabría cubrir muy bien su rastro y contaría con las habilidades para pasar desapercibido.

El inspector asintió.

—Es lo que yo pienso, don Braulio. Por eso tenía la esperanza de que el perfil de «El Maestre» le resonara con alguien.

—Haré unas llamadas, moveré un par de piedras. Si hay alguien así en La Rioja o cerca… te prometo que daré con él. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Néstor se levantó y sonrió.

—Gracias, don Braulio. Sabía que podía contar con su ayuda.

El inspector salió del despacho del excomisario con la convicción de que había puesto en marcha una maquinaria indetenible. Antes de que alcanzara el Clío, Salazar recibió una llamada de Telmo.

—Jefe, ya los compañeros de Soria arrestaron a Mora. Ya viene de camino a Haro y llegará muy pronto.

—¡Excelente, Telmo!

—Por cierto, el inspector Santaella me pidió que le transmitiera un mensaje: dijo que le recordara que el karma tiene buena memoria, igual que él. ¿Sabe a qué se refería?

—Yo… eh… Nada, minucias… luego te lo explico.

Salazar regresó a la comisaría. Además de Telmo y Remigio, allí encontró a Miguel y Ángela. El aroma del café de máquina flotaba en el aire, con esa mezcla inconfundible de tostado artificial y metal caliente. Remigio se servía un vaso, Telmo tomaba notas en su tableta y Ángela tecleaba en su ordenador, mientras Miguel sostenía el teléfono junto a la oreja.

—¿Seguís con los archivos de la agencia? —le preguntó Salazar a Pedrera.

Miguel asintió.

—Eso me temo. Ya conseguimos determinar las identidades de casi todos los alias de las víctimas. Ahora estamos estableciendo comunicación con las jurisdicciones a las que corresponden.

—¿Casi todas?

—En el caso de cuatro de los alias: Calíope, Náyade, Polimnia y Eurídice, parte de los archivos están dañados, por lo que no fue posible acceder a toda la información y, aunque conocemos sus nombres por las huellas en el zulo, no hemos podido relacionarlos con sus correspondientes apodos.

—Una de ellas es Arancha, pero no sabemos cuál —apuntó Ángela.

—Muy bien. ¿Qué podéis decirme de los «clientes»? ¿Alguna información o dato que nos permita llegar hasta ellos?

Miguel resopló.

—Sobre ellos, la única información que tenemos hasta ahora es acerca del que ya habíamos identificado: El Abisal. Te juro que, en toda mi vida como policía, ninguna organización criminal me había causado tantos escalofríos como esta. Interpol está coordinando su investigación. Involucra a varios países y sus tentáculos parecen llegar a todas partes.

—Demasiado grande para una pequeña comisaría de Haro —comentó Remigio, desde la máquina de café.

— Haremos nuestra parte —dijo Salazar con voz firme.

—También estamos trabajando en el *modus operandi* y la contratación de los sicarios en cada caso —informó Ángela—. A medida que avanzamos, compartimos la información con las correspondientes comisarías.

Néstor sonrió con aprobación.

—¡Excelente! Continuad trabajando en esa línea de investigación. Manteneos atentos a cualquier dato que pueda apuntar a la identidad de El Maestre.

Miguel y Ángela asintieron al unísono.

—¿Qué me dices tú, Remigio? ¿Alguna novedad?

Toro gruñó y bebió un sorbo de café.

—He indagado entre todos mis contactos tanto en La Rioja como en el resto de las comunidades, comenzando por las más cercanas. He llegado a hablar con gente de la que no tenía noticia desde que estaba en la Academia. Que ya son años. Los mandé a que preguntaran entre sus informantes. Nada hasta ahora. Nadie ha escuchado ni una palabra acerca de El Maestre. Ese tío es un fantasma. ¿Estás seguro de que existe?

Salazar exhaló el aire en un suspiro.

—Me temo que muy seguro.

Telmo se mantenía atento a todas las conversaciones desde su escritorio. Cuando se recostó, el chirrido de la silla mal aceitada llamó la atención de sus compañeros. De repente, todas las miradas se centraron en el joven subinspector.

—Telmo, ¿para cuándo esperamos la llegada de Mora?

—Teniendo en cuenta los preparativos, el viaje y el tiempo que ya ha transcurrido, dentro de una hora, hora y media, debería estar aquí.

—Excelente. Estoy deseoso de interrogar a ese tío.

—Por cierto, jefe —Telmo sonrió con malicia—. ¿A qué se refería el inspector Santaella cuando le envió el mensaje sobre el karma?

Néstor enrojeció hasta las orejas.

—Nada importante, Telmo.

—Uuuuuy, me huele a trastada —intervino Remigio, tomando otro sorbo del café—. No nos puedes dejar así, Salazar. Sé buen compañero y cuenta la historia completa.

Néstor suspiró con resignación. No lo iban a dejar en paz hasta que confesara.

—Bien, yo era un chaval. Más joven incluso que Telmo, y estaba bajo las órdenes del comisario Padilla, en Madrid. Santaella también era novato y formaba parte del equipo… El caso es que él era… ¿cómo diríamos? Le faltaba un hervor… quiero decir, que era demasiado confiado para ser policía. No sé si me explico.

—Te explicas de lo mejor —le confirmó Remigio—. Era la víctima perfecta.

—Lo hice por su bien. Para que el chaval espabilara.

Miguel se inclinó hacia adelante.

—Esto promete. ¿Qué hiciste?

Salazar miró a su alrededor. Toda la atención estaba centrada en él, y lo que era peor, cuando se giró, vio a Santiago en el umbral, con los brazos cruzados y una expresión de: «no olvides que te conozco». Néstor tragó saliva y se encogió de hombros.

—Bien, como os decía, yo era un chaval… inmaduro…

—Al grano —dijo Santiago con su vozarrón.

Sin quitarle la vista de encima a su hermano para calibrar su reacción, Néstor comenzó su relato.

—Yo solo… falsifiqué un poquito… un folio con un membrete de la comisaría, para engañarlo.

—¿Falsificaste un poquito?

—¡No era un folio oficial! —se justificó Néstor—. Solo una broma interna.

—Continúa.

—No recuerdo el texto exacto, pero lo dirigía al «subinspector Santaella» y le decía que había sido seleccionado para infiltrarse como mimo callejero en la Plaza Mayor, en una misión secreta. No debía comentarlo con nadie y tenía que entrenar en silencio absoluto, durante los próximos tres turnos, sin hacer ninguna excepción.

Un ruido extraño salió de la nariz de Remigio cuando la risa hizo que el café fuera expulsado por sus fosas nasales. Los demás hacían esfuerzos para no soltar la carcajada en presencia del comisario. Santiago solo apretó la mandíbula.

—Lo siento —se excusó Remigio, al mismo tiempo que usaba un pañuelo, para limpiarse los restos del café—, continúa.

Salazar compuso su expresión de inocente en trance y continuó explicándose.

—Como resultado, Santaella se pasó tres días sin hablar y tratando de expresarse con gestos y movimientos teatrales… hasta que… durante una reunión, el comisario sugirió enviarlo a evaluación psicológica. Entonces, Santaella se dio cuenta de que había gato encerrado…

—Y te descubrió —sentenció Santiago.

Néstor se encogió de hombros.

—Es un buen policía. Comprendió que, por muy secreta que fuera la operación, el comisario Padilla tendría que haber sido informado. Volvió a estudiar «la orden» y se dio cuenta de que el lenguaje era demasiado «literario» para ser oficial. Entonces, comparó el estilo con notas e informes y comenzó a sospechar de mí.

—Pues sí era un poco pánfilo —comentó Miguel—. Yo habría sospechado de ti desde el principio.

—Pues sí, yo también —reconoció Néstor—. El caso es que quería estar seguro, así que introdujo una nota entre las evidencias que me entregó sobre una de las investigaciones, en las que estábamos trabajando. Decía algo así como «Solicitud de entrenamiento para

payaso infiltrado, a la espera de aprobación». Cuando encontré la nota comprendí que había sido descubierto, así que decidí confesar. Le dejé en su escritorio un papel que decía: «El Ministerio estudia tu perfil con entusiasmo, En la cafetería del frente a las 16 horas».

—¿Santaella no lo delató, jefe?

Salazar negó con la cabeza.

—Me costó una mariscada que me dejó el bolsillo temblando hasta final de mes, pero quedó entre nosotros. Eso sí, a partir de ese momento, nadie fue capaz de engañarlo de nuevo. Desconfiaba hasta de su propia sombra —Salazar se encogió de hombros—. Solo fue una broma inocente.

Sin descruzar los brazos ni cambiar la postura, Santiago negó con la cabeza.

—No hay duda de que tienes un talento especial. Algunas veces me pregunto cómo has podido sobrevivir, haciéndole ese tipo de bromas a personas armadas.

El móvil de Salazar comenzó a sonar y en la pantalla apareció el escudo de Científica. ¡Salvado por la campana!

Capítulo 59

Salazar respondió el móvil de inmediato, aliviado por la interrupción, al mismo tiempo que miraba de reojo a Santiago.

—¡Tengo que poner una marca en el calendario como la peor semana desde que tengo memoria! —soltó Casimiro, en cuanto Néstor respondió—. Mira que tener que volver a hablar contigo. ¡La vida es muy cruel!

—¡Jefe Barros! Me alegra recibir su llamada. ¿Los peritos han descubierto algo?

—¿Jefe Barros? Tanta formalidad me escama. ¿Quién está contigo?

—Eh… sí, el comisario también está esperando los avances de su equipo sobre la investigación.

—¡El comisario! ¿Y has activado los altavoces del móvil?

—Eh, no.

—¡Hipócrita! Mejor, así me puedo despachar a gusto, berzotas. A ver, vamos al grano, que cuanto antes te lo diga, antes puedo librarme de ti. El equipo que registró el zulo encontró la huella de una suela de zapato en el terreno, frente a la puerta. En un primer momento creímos que pertenecía al carcelero, el descerebrado que dejó la bolsa con el nombre de la tienda… Por cierto, ¿es pariente tuyo?

—No.

—En tu lugar, yo lo comprobaría, que tanta torpeza no es normal. Sigo. Descartamos al carcelero, porque la talla de la huella no coincidió con la de los zapatos que encontramos en el registro de la habitación alquilada…

Néstor frunció el ceño.

—En ese caso, esa huella podría pertenecer a El Maestre o a El Pastor.

—¡Qué no me interrumpas, mentecato! Averiguar de quién son las huellas es tu trabajo, no el nuestro. ¡Qué quieres que todo te lo demos hecho, gandul!

—Entiendo, señor. ¿Cuál es la talla de las huellas?

—Son del número 45.

—Aguarde un momento, por favor.

—¡Lo que me faltaba! Ahora el cebollino se da el lujo, no solo de interrumpirme, sino también de hacerme esperar.

Salazar ignoró la queja de Casimiro y buscó a su compañero con la mirada.

—Telmo, por favor, comprueba cuál es el número que calza Javier Soto.

El subinspector salió de la sala de inmediato, para cumplir el encargo de su jefe.

—Ya estoy con usted de nuevo, jefe Barros. Lamento la interrupción.

—Eres más falso que un enchufe inalámbrico. En fin, a ver si dejas de interrumpirme y puedo terminar. Te estoy enviando el informe con los detalles, pero como no estoy seguro de que sepas leer, te lo cuento. Para que veas lo generoso que soy.

—Muchas gracias, señor. Lo escucho.

—La huella aporta datos interesantes: En primer lugar, el patrón es de tacos gruesos y líneas cruzadas…

—Encaja con las botas que usan las fuerzas de seguridad —murmuró Néstor.

—¿Ya estamos? ¡Qué te calles y escuches, tuercebotas! ¡Qué ya tengo bastante con tener que perder el tiempo hablando contigo, para que además me interrumpas a cada paso!

—Sí, señor. Lo escucho.

—La huella muestra señales de desgaste, que sugieren un calzado que ha sido muy usado. De ese desgaste puede deducirse mucha información: es pronunciado en el borde externo, lo que hace pensar que han tenido que equilibrar la pisada con frecuencia. Es decir, que lo han usado en terrenos irregulares. También

encontramos un marcado desgaste en el talón y la zona del metatarso. Los peritos deducen que podría explicarse por marcha frecuente sobre terrenos montañosos.

—Botas de acampada o de patrullaje en zonas rurales.

—¿Me vas a dejar terminar? ¡Una interrupción más y te mando a hacer puñetas!

—Vale.

—¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! La huella también tiene pequeñas muescas o cortes en la suela. Se explican por impacto con piedras y ramas. En conclusión, la huella concuerda con una bota usada con regularidad en terreno rural. Podría ser el calzado de un excursionista o haber sido usado en actividades de patrulla o vigilancia. Ahí lo tienes. A ver si por una vez en tu vida trabajas y le sacas provecho a la información.

Antes de que Salazar pudiera darle las gracias, Casimiro terminó la llamada. El inspector jefe se quedó pensativo por algunos instantes, mientras el resto del equipo lo miraba con expectación.

—¿Y bien? —preguntó Santiago, ya impaciente.

Salazar iba a responder, cuando Telmo regresó con la respiración agitada.

—Javier Soto calza el número 42, jefe.

—Así que la huella tampoco pertenece a El Pastor —murmuró Néstor.

El comisario frunció el ceño y soltó un gruñido.

—¿A qué huella te refieres?

Salazar cogió aire y les explicó el motivo de la llamada de Casimiro a sus compañeros. Ellos escucharon con atención. Remigio fue el primero en romper el silencio.

—Si la huella no corresponde con la talla del carcelero ni de El Pastor, debe pertenecer a El Maestre.

Miguel se inclinó hacia adelante sobre su escritorio.

—Y eso significa que las botas que usa El Maestre se corresponden con las que emplean los cuerpos de seguridad, en terrenos irregulares y pedregosos…

—Terrenos como los que rodean Urdanta —sentenció Remigio.

Salazar lo apuntó con el índice para mostrar su conformidad.

—No perdáis de vista que ese tipo de calzado también puede ser adquirido por civiles en algunas tiendas —les advirtió el comisario.

—Es cierto —reconoció Néstor—, pero antes de aparecer la huella, ya sospechábamos que El Maestre podría estar relacionado con alguna institución policial o militar. Esto es otro indicio de que vamos por el buen camino.

Ángela sacudió el bolígrafo que tenía en la mano y centró la mirada en Salazar, antes de intervenir.

—Inspector, estaba pensando… el tipo de calzado y su desgaste por el uso en terrenos pedregosos… ¿No cree que podría tratarse de un guardia civil?

Salazar entornó los ojos.

—Es una hipótesis bastante probable.

—Jefe, es posible que Ángela tenga razón, pero también podría pertenecer a un civil o un policía citadino, que usa esas botas para visitar el terreno donde esconde a sus víctimas.

—Es cierto, Telmo, pero en cualquier caso, esa huella nos va a resultar muy útil para identificar al sospechoso sin lugar a duda, cuando lo encontremos. El desgaste por la forma de pisar también es único y personal. Este es el primer error que comete.

—¿Tienes algún plan para identificarlo? —preguntó Miguel—. El tío es más astuto que un zorro.

Antes de que Salazar pudiera responder, García se asomó a la sala.

—Lamento interrumpir la reunión, comisario, pero el inspector jefe me pidió que le avisara sin tardanza cuando llegara el detenido de Soria. Ya está aquí, señor.

Salazar recibió el anuncio con una sonrisa.

—Excelente, García. Es evidente que Santaella les ordenó que se dieran prisa. ¿Tiene abogado?

—Sí, señor. Solicitó un defensor de oficio en el momento en que lo arrestaron, así que el abogado ya lo estaba esperando en la recepción cuando llegó.

—Perfecto. Eso nos ahorrará tiempo. En cuanto cumpláis con los procedimientos de la recepción del traslado, dadle quince minutos

para que se entreviste con su abogado. Luego conducidlo a la sala de interrogatorios.

—Sí, señor.

El agente se dispuso a marcharse para cumplir la orden, pero antes de que abandonara la sala, el propio Néstor lo frenó.

—Espera, García. Cuando lo conduzcáis a la sala de interrogatorios, aseguraos de pasar frente a las celdas, para que el detenido compruebe que ya dos de sus jefes han sido arrestados. Eso minará su resistencia.

—A la orden, señor.

En cuanto García se marchó para cumplir la tarea, Salazar desplegó una sonrisa de satisfacción.

—Si tenemos suerte, este podría ser el talón de Aquiles de El Maestre. Estoy deseoso por saber lo que tiene que decir. ¡Remigio!

El aludido asintió.

—Seguiré el interrogatorio desde aquí, en el ordenador. Solo avísame cuando estés a punto de comenzar.

Néstor levantó el pulgar.

—Vamos, Telmo. Tenemos trabajo que hacer.

Capítulo 60

Mientras García terminaba los últimos preparativos de la recepción del detenido, Salazar y Telmo se prepararon para el interrogatorio en el despacho del inspector.

—Jefe, ¿qué haremos si El Maestre también ha entrenado a Mora para no ceder en el interrogatorio, al igual que hizo con sus socios?

Néstor suspiró.

—Supongo que existe esa posibilidad, Telmo, pero no lo creo. Es poco probable que El Maestre haya entrenado a todos los involucrados en la trama. Por eso muchos de ellos han sido reclutados lejos de La Rioja. Mora es una pieza demasiado insignificante, además de que ha demostrado no tener muchas luces. En cualquier caso, cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

—Sí, jefe.

En cuanto García les avisó que todo estaba listo, Salazar envió un mensaje a Remigio para alertarlo. De inmediato, Telmo y él subieron a la sala de interrogatorios. Los policías percibieron el olor a miedo con más intensidad de la que era habitual. Carlos Mora mantenía la mirada baja, clavada en un punto del suelo y los labios tan apretados, que habían perdido el color. Ni siquiera pestañeaba. Sus dedos estaban entrelazados, en un claro esfuerzo por disimular el temblor de sus manos. A su lado se encontraba uno de los abogados de oficio que era asiduo de la comisaría. Su rostro cansado y la corbata torcida daban fe del exceso de trabajo que soportaba. En cuanto vio a Salazar, el defensor soltó un suspiro de resignación. El inspector le dedicó una sonrisa cargada de sarcasmo.

Salazar y Telmo entraron con paso lento y en silencio. Telmo cerró la puerta con un poco más ruido del necesario, mientras el inspector dejaba el expediente sobre la mesa y se sentaba. Sus movimientos eran tan lentos que resultaban exasperantes, como si al comportarse de ese modo pudiera alargar cada segundo. Telmo se quedó de pie, en la sombra, con los brazos cruzados y la mirada fija en Mora.

El inspector compuso su expresión de sacerdote en confesionario y habló con voz suave y amistosa.

—Carlos… Esta no es la primera vez que nos encontramos con alguien como tú…

A su pesar, Mora levantó la mirada. Sus ojos brillaban por la humedad. Aunque no dijo una palabra, era evidente que tenía interés por saber a qué se refería el policía.

—Verás, muchas veces atrapamos al que hace el trabajo sucio. Yo diría que casi siempre son los primeros que caen. Estos tíos creen que pasarán desapercibidos porque… bien… no son tan importantes. Y es cierto, pero ¿sabes qué? Suelen ser los que van dejando huellas por todas partes. Así como tú.

Mora tragó saliva y volvió a bajar la mirada. El inspector negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—¿Sabes lo que hay en esta carpeta? —continuó Salazar, señalando el expediente sin abrirlo—. Son las pruebas de que tú eras el carcelero del zulo. El que mantenía contacto directo con las víctimas secuestradas y las retenía contra su voluntad. Vamos, que estás pringado hasta las cejas.

El abogado carraspeó.

—Mi cliente no declarará por el momento.

Telmo se acercó un paso.

—No te hagas ilusiones, Mora. Ya no se trata de si eres culpable. Sabemos que lo eres y podemos probarlo. Muy pronto, el juez tendrá ese expediente en sus manos, tus jefes habrán llegado a acuerdos de colaboración y ya no habrá más oportunidades para ti.

Salazar se encogió de hombros.

—Déjalo, Telmo. Es posible que Carlos sea de esos tíos que se mantienen leales hasta el final. Ya sabes, los que están dispuestos a

ser el chivo expiatorio, para salvar a sus jefes —El inspector centró la mirada en Mora—. ¿Eso es, Carlos? ¿Estás dispuesto a sacrificarte por tus jefes? Porque esta es tu última oportunidad de no comerte el marrón tú solo. ¿Vas a dejarla pasar?

—Es ahora o nunca —sentenció Telmo con voz cortante.

Mora miró a Salazar. Una lágrima rodó desde la comisura de su ojo y le corrió por la mejilla. Se abrazó a sí mismo y cuando habló, su voz salió dominada por el temblor.

—Yo… yo siempre traté bien a las personas que llevaban a la caseta. Nunca… nunca le hice daño a ninguno.

—Salvo porque los mantenías prisioneros, drogados y encadenados —señaló Telmo, con toda su mala leche.

—Yo solo… solo cumplía órdenes. Me pagaban bien. No sabía… no quería saber…

Salazar entornó los ojos y se inclinó hacia adelante. Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar el recuerdo del zulo de su cabeza. Únicamente así pudo mantener el tono amable en su voz. No fue fácil.

—¿Quién te daba las órdenes, Carlos?

—El… El Pastor. El que está en una de las celdas. No sé su verdadero nombre. Él me contactó en Soria. Me propuso el trabajo. Era fácil y nadie saldría herido. Si no lo hubiera hecho yo, habría contratado a alguien más. Quizá incluso alguien más violento.

Telmo bufó con desprecio.

—¡No te jode! Si encima vamos a tener que darte las gracias.

Mora bajó la mirada y comenzó a temblar.

—¡Yo traté bien a todos los que llevaron a la caseta! ¡Nunca le hice daño a nadie! ¡Lo juro! Además, era temporal. Después de unos días, se los llevaban. No sé a dónde.

A duras penas, Salazar mantuvo la calma.

—¿Qué me dices de El Maestre? ¿Llegaste a conocerlo?

Ante la mención de El Maestre, Mora se encogió sobre sí mismo, como si buscara la posición fetal. El abogado lo miró de reojo, pero guardó silencio.

—¿Saben acerca de él? —preguntó Carlos con un hilo de voz.

—Nosotros hacemos las preguntas. Tú respondes —El tono de voz de Telmo no dejaba duda acerca de su cabreo.

El inspector suspiró.

—Si quieres ayudarte a ti mismo, responde la pregunta Carlos. ¿Conociste a El Maestre? Tenemos pruebas de que visitó el zulo, así que piénsatelo dos veces, antes de intentar mentirnos.

Mora tragó saliva y su voz salió en un murmullo.

—Lo vi una vez. Bueno… dos. Nunca solo, sino en compañía de El Pastor. El tío impresionaba.

—¿Por qué? ¿Era corpulento? ¿Agresivo?

El carcelero sacudió la cabeza.

—Nada de eso. Era más bien… No sé cómo explicarlo… Era muy serio y… ya sabe… como si estuviera acostumbrado a dar órdenes y que todos le obedecieran. Nunca habló, pero podría jurar que El Pastor le tenía miedo.

—¿Alguna vez mencionaron su nombre?

Mora sacudió la cabeza.

—No.

Salazar suspiró. Telmo no dijo nada, pero su mandíbula seguía tensa.

—¿Podrías describirlo?

—Era un hombre mayor, alto, con el cabello gris, con una calva en la coronilla.

El inspector frunció el ceño. Era una descripción muy genérica, pero tuvo resonancia en su cerebro. ¿Dónde había visto a alguien así?

—Dime, Carlos. ¿Era lo bastante mayor para estar jubilado?

Mora se quedó pensativo por unos instantes, como si la posibilidad nunca hubiera pasado por su cabeza.

—No era tan mayor como para poder asegurarle que era un jubilado, aunque debía estar cerca de esa edad.

—Esa descripción no es suficiente, Mora —lo presionó Telmo—. Podría ser cualquiera.

—Él… usaba ropa deportiva y botas de campaña. Siempre tenía el ceño fruncido.

—¿Botas de campaña?

—Sí, señor. Y a pesar del polvo y el barro de la montaña, se mantenían limpias.

—¿Serías capaz de reconocerlo?

—Sí, señor.

Salazar recogió la carpeta y se puso de pie. De inmediato, Mora tensó los músculos de la espalda.

—Estoy colaborando con ustedes. ¿Me ayudarán con el juez?

—Ya veremos, Carlos. Depende de qué tan útil resulte tu ayuda a la hora de encontrar y detener a El Maestre. Así que será mejor que te esfuerces en recordar detalles y que estés dispuesto a ser sincero. Sin excusas, ni tapujos.

Sin esperar respuesta, Salazar y Telmo salieron de la sala de interrogatorios y bajaron las escaleras. Remigio se unió a ellos cuando pasaron por el segundo piso. Los tres se encaminaron al despacho de Salazar.

—¿Pudiste seguir el interrogatorio, Remigio? —preguntó Néstor, al mismo tiempo que ocupaba su silla, detrás del escritorio.

—Por supuesto.

—¿Y qué opinas?

—El tío es un pringado, pero eso ya lo sabíamos. Con respecto a lo que nos interesa, la descripción que hizo sobre El Maestre es demasiado vaga como para resultar de utilidad.

Néstor asintió.

—Excepto por un detalle: las botas.

—¿Las botas, jefe? Ya sabíamos que El Maestre calzaba botas, gracias a la huella que encontró Científica. En realidad, Mora no aportó nada nuevo.

—Salvo que estaban limpias.

Telmo parpadeó confundido, pero la sonrisa de Remigio demostró que había comprendido.

—Verás, chaval —intervino Toro—. En plena montaña, en medio del polvo y el barro, El Maestre no habría podido mantener las botas limpias, a menos que se preocupara por ello.

El ceño de Telmo estaba fruncido por el desconcierto.

—Eso significa que…

—Mira tus propios zapatos, Telmo —le dijo Salazar—. Están relucientes. Cuidas que siempre lo estén, sin importar las horas o el lugar de trabajo.

Remigio sonrió a Telmo como si fuera uno de sus hijos.

—El tío pasó por el monte y se reunió con Mora en el zulo con los zapatos relucientes. O llegó volando o está tan acostumbrado a limpiarlos, que los mantiene impecables sin pensar. Si el barro no le toca, es porque está acostumbrado a esquivarlo o a eliminarlo de inmediato. Eso es algo que se aprende en las academias de las fuerzas de seguridad.

—Entonces, esto confirmaría que El Maestre es militar, guardia civil o policía —concluyó Telmo.

—Yo no diría tanto como confirmarlo —lo corrigió Salazar—, pero sí es una evidencia más, que apunta en ese sentido. A estas alturas, me sorprendería que fuera un civil, sin ningún entrenamiento formal.

El tono del móvil de Salazar interrumpió la reunión. El inspector jefe miró la pantalla y respondió de inmediato.

—Don Braulio. Me alegra que me llame. Eso significa que ha conseguido descubrir algo.

—Pues debo reconocer que todos mis contactos han sido infructuosos, pero… desde que me visitaste, me he exprimido el cerebro tratando de recordar. Después de tantos años de servicio en Haro, si tienes razón y el sujeto es policía o militar en La Rioja y de la vieja escuela, no es difícil que me haya cruzado con ese Maestre en alguna ocasión.

—¿Ha recordado algo?

—El perfil del sujeto… me encaja con un incidente que ocurrió hace muchos años… No te puedo asegurar que no esté equivocado, pero…

—Confío en su instinto, don Braulio. Lo escucho.

—Yo era inspector en esos días. Trabajábamos en una operación conjunta con la Guardia Civil. Estábamos detrás de un grupo violento. Hubo que interrogar a un detenido y uno de los sargentos de la Guardia Civil usó métodos que rozaban el borde de la legalidad. La situación se volvió muy tensa para todos, hasta que el teniente a cargo le levantó un expediente. Luego supe que como

resultado de la denuncia, se suspendió una condecoración que el sargento había estado a punto de recibir y después de un segundo incidente, lo expulsaron del cuerpo.

—¿Recuerda el nombre de ese sargento, don Braulio?

—Me temo que no, chaval. Son demasiados años y ha corrido mucha agua bajo el puente. Sin embargo, sí te puedo decir que tenía una personalidad egocéntrica y buscaba constante reconocimiento. Valdría la pena investigar qué fue lo que pasó con él, y dónde se encuentra ahora.

Capítulo 61

Cuando Salazar terminó la llamada, les informó a Remigio y Toro acerca de la conversación que acababa de sostener.

—Mmmm. ¿Confías en ese don Braulio? —preguntó Toro.

—Por supuesto. Nunca me ha fallado.

—El hilo que conduce a ese sargento es muy débil, jefe. Se trata tan solo de la impresión de un policía jubilado. Sería muy fácil que estuviera equivocado.

—Tienes razón, Telmo, pero no subestimes la intuición que nace de la experiencia. Además, sus sospechas encajan con los indicios que tenemos sobre El Maestre.

Remigio asintió.

—Tengo que reconocer que, aunque el chaval tiene razón, este sujeto ha sabido ocultar muy bien sus huellas, así que parece que no nos quedan muchas opciones.

—Encontrar a El Maestre es vital, si queremos desmantelar por completo la agencia —sentenció Salazar—. Mientras él permanezca libre, existirá el riesgo de que reorganice su negocio. Quizá cometiendo menos errores. Con respecto a la sugerencia de don Braulio, debemos tener en cuenta que El Maestre conoce muy bien la zona y está acostumbrado a moverse en terreno rural. Estoy de acuerdo en que avanzamos a ciegas en este asunto, pero ante la falta de evidencias concretas, es lo único que podemos hacer. El perfil de El Maestre encaja muy bien con la Guardia Civil, así que sus archivos parecen una buena alternativa para comenzar la búsqueda.

—Tu planteamiento es razonable —confirmó Remigio.

—Telmo, solicita una orden judicial para acceder a los archivos del personal de la Guardia Civil, que ha servido en un radio de 50

kilómetros alrededor de Urdanta.

—¿Considera que debemos filtrar la búsqueda a aquellos que nacieron en 1960, jefe? Quiero decir… si la contraseña de su ordenador es su fecha de nacimiento…

—Yo creo que eso sería llegar demasiado lejos —intervino Remigio—. Después de todo, todavía no hemos comprobado que esa contraseña sea la fecha de nacimiento de este sujeto. Es posible que lo sea, sí, pero también podría haber usado otra fecha o secuencia de números que fuera significativa para él, por algún motivo que desconocemos.

Salazar asintió.

—Remigio tiene razón. Obviaremos ese dato por el momento.

Salazar, Remigio y Telmo subieron al segundo piso y se encaminaron a la sala común. Allí encontraron a Ángela y Miguel, concentrados en sus ordenadores. Telmo ocupó su escritorio y comenzó a trabajar para cumplir la orden que le había dado su superior. Mientras Remigio regresaba a su escritorio, Salazar se interesó en el trabajo de Miguel y Ángela.

—¿Seguís contactando a las jurisdicciones de los secuestros?

Miguel sacudió la cabeza.

—No. Ya hablamos con todos y les hemos enviado la información que necesitan, para reabrir los casos.

—¿Qué estáis haciendo ahora?

—Estamos revisando las relaciones entre las víctimas cuyos alias ya hemos descifrado, y los clientes que ordenaron sus secuestros.

Salazar asintió con aprobación.

—Excelente. ¿Habéis avanzado?

—De momento, hemos descubierto que el secuestro de la chica de Calahorra, que estaba encerrada en el zulo, fue encargado por El Abisal.

—No me sorprende.

—Yo me estoy ocupando de Cadmo —anunció Ángela.

—¿Cadmo?

—Es el nombre en clave para el empresario, propietario de una fábrica de calzado en Logroño, que fue encontrado muerto en un

descampado, algunos días después de su desaparición —explicó la subinspectora.

—¿Sabemos quién ordenó su secuestro?

—La agencia identificó a ese cliente como Dumbo.

Néstor parpadeó.

—Pero escucha esto —intervino Miguel—. Sigue, Ángela.

—Bien, la desaparición y posterior asesinato del empresario es un caso que corresponde a la Jefatura Superior de Logroño, así que me comuniqué con Diji. Él me informó que las nuevas evidencias les van a permitir avanzar en la investigación. El principal sospechoso siempre ha sido el socio, pero este contaba con una coartada irrefutable, que ahora se viene abajo con la contratación de la agencia.

El inspector jefe sonrió.

—Esas son buenas noticias.

—Eso no es todo, señor —continuó Ángela—. Una de las características físicas del sospechoso son sus orejas de soplillo.

—¡Dumbo!

—Así que la agencia tiene sentido del humor —observó Remigio, desde su mesa de trabajo.

Salazar se quedó pensativo por un instante, antes de volver a hablar.

—Ese sentido del humor puede beneficiarnos… Es probable que los alias de los demás clientes también guarden relación con alguna de sus características, lo cual podría resultar útil a la hora de tratar de identificarlos.

Remigio introdujo la contraseña para desbloquear su ordenador.

—Miguel, envíame las listas y dime cuáles conexiones os falta revisar. Tres pares de ojos ven mejor que dos.

—Marchando —respondió Pedrera—. Te enviaré la información que tenemos sobre otros dos clientes: Horus y Hera. Todavía no los hemos investigado.

—Yo me ocupo —prometió Remigio.

—¿Habéis podido averiguar algo acerca de Arancha? —preguntó Néstor.

—Creo que ya te había mencionado que Arancha es una de las tres víctimas que no pudimos relacionar con los alias, porque sus archivos están dañados. Antes de que preguntes, ya se los enviamos a Toni y está trabajando en ellos, pero al parecer no es una tarea fácil.

—Si existe alguna posibilidad de recuperar la información, estoy seguro de que Toni lo conseguirá.

Miguel se encogió de hombros.

—Es posible, pero hasta que no tengamos algo tangible…

—¿Arancha no encaja en el perfil de víctimas de El Abisal, inspector? —le preguntó Telmo a Miguel.

—Sí, pero esa coincidencia no es suficiente. Necesitamos una certeza que no tenemos.

Salazar cruzó los brazos y frunció el ceño.

—¿Habéis descubierto algo más sobre El Abisal? ¿Será posible rescatar a las víctimas que ya tienen en su poder?

Miguel torció la boca y dejó escapar el aire en un suspiro.

—Me gustaría darte una respuesta afirmativa, pero me temo que no hemos encontrado ningún resquicio que nos conduzca hasta las víctimas de esa organización. Contacté a Interpol. Sostuve una conversación muy interesante con un tal comisario Del Bosque, en la Dirección de Crimen Organizado y Emergente, en Lyon.

—¿Te aportó algún dato interesante?

—Me dijo que ellos llevan bastante tiempo detrás de esta organización, que es enorme y tiene ramificaciones en tres continentes. Me informó que El Abisal dispone de delincuentes contratados para hacer el trabajo sucio en todos los países donde actúan. Funcionan a través de células aisladas unas de otras, por capas. De modo que cuando alguno de sus brazos ejecutores cae, la estructura completa permanece intacta. La agencia solo era una de estas células. Por otro lado, las víctimas que encajan en el perfil de las que secuestraron aquí, son vendidas en países con poca disposición a colaborar. Me temo que pensar en un rescate requeriría más tiempo y esfuerzo del que disponemos en San Miguel.

Salazar suspiró.

—Haremos lo que podamos y un poco más. Mantenedme informado.

—Perdone por interrumpir, jefe. El juez Aristigueta ya nos ha enviado una copia digital de la orden para revisar los archivos de la Guardia Civil.

—Excelente, Telmo. Imprímela y vamos. No hay tiempo que perder.

Capítulo 62

Salazar y Telmo salieron de la comisaría, subieron al Clío y pusieron rumbo a Logroño. Aparcaron en la calle Duques de Nájera y el aire cortante de febrero los recibió cuando bajaron del coche. Frente a ellos se alzaba La Comandancia de la Guardia Civil de Logroño, una construcción sobria y rectilínea. El cielo grisáceo amenazaba con lluvia y el olor a ozono impregnaba el ambiente. Mientras se acercaban al edificio, escucharon el zumbido sordo del tráfico a sus espaldas.

Después de identificarse con el guardia de la puerta, los policías ingresaron al edificio. En cuanto cruzaron el umbral, los envolvió el calor artificial de la calefacción, como una bocanada que transportaba los familiares olores del papel viejo y el café de máquina recalentado.

En el vestíbulo, los atendió un segundo guardia, quien, después de las comprobaciones de rigor, les pidió que lo siguieran. Sus pasos resonaron sobre el terrazo pulido por el uso, que desprendía olor a cera vieja. Las paredes estaban desnudas, salvo por una bandera y un tablón con comunicados internos. La iluminación provenía de luces fluorescentes, frías y eficientes.

El pasillo giró a la derecha y terminó frente a una puerta de madera con una placa dorada: *Teniente coronel. Jefe de Comandancia.*

Después de un par de golpes en la puerta, el guardia los anunció y les indicó que pasaran. El teniente coronel los recibió de pie, con el uniforme impecable y la mirada alerta. Escaneó a los policías, al mismo tiempo que estrechaba sus manos. No pudo evitar un leve parpadeo cuando su atención se centró en Salazar, corbata de

aguacates y gabán incluidos. Después de escuchar su solicitud y revisar la orden judicial, asintió y usó la centralita para dar las órdenes necesarias.

Mientras esperaban, Néstor le dio una breve explicación del motivo por el que estaban allí. El guardia civil escuchó con los músculos de la mandíbula tensos y el ceño fruncido.

—Es evidente que cuentan con evidencias tangibles para sospechar que el hombre que buscan está relacionado con el cuerpo. La orden judicial demuestra que es una teoría sustentada. Comprenderán que espero que se equivoquen, pero colaboraremos en lo que sea necesario.

Al cabo de pocos segundos, el guardia de la recepción apareció en el umbral del despacho.

—Jiménez, acompañe al inspector y el subinspector al archivo general. ¡Que Ramírez colabore con ellos en lo que sea necesario!

El agente respondió con un saludo militar reglamentario.

—Sí, señor.

Salazar y Telmo siguieron a Jiménez hasta el archivo general, donde un brigadier escuchó la orden transmitida por su compañero. Cuando el agente regresó a la recepción, Ramírez les pidió que esperaran un momento y se sentó frente a uno de los terminales. Después de introducir una contraseña, se levantó para ofrecerle el asiento a Salazar.

—Ya está abierto el archivo SIGO en su nivel consulta —El brigadier señaló otro terminal—. Estaré cerca por si necesitan ayuda.

Con un gesto de la mano, Néstor invitó a Telmo a ocupar la silla cedida por Ramírez, y él se sentó frente al subinspector.

—Muy bien. Vamos a ver si podemos ponerle nombre y rostro a El Maestre, Telmo.

—¿Por dónde comenzamos, jefe?

—Busca expedientes que encajen, después de aplicar los siguientes filtros…

Telmo se preparó con los dedos sobre el teclado.

—Todos los agentes activos o retirados en los últimos 10 a 20 años, que hayan servido en puestos cercanos a Ezcaray. En especial, por los alrededores de Urdanta.

Los dedos del subinspector volaron por el teclado.

—¿La edad?

—Por supuesto. Que ronden la edad de jubilación —Telmo asintió —. Que tengan un historial disciplinario. Ya sabes, sanciones o incluso expulsión del cuerpo.

Después de introducir parámetros, siguiendo las instrucciones de Salazar, el joven subinspector activó la búsqueda. De inmediato, el sistema arrojó los resultados.

—Hay tres coincidencias con todos los parámetros, jefe. Sus nombres son Pablo Torres, Sergio López y Fernán Gálvez.

Salazar se levantó, rodeó el escritorio y se quedó de pie detrás de su compañero.

—No reconozco ninguno de los nombres. Déjame ver sus rostros.

Telmo hizo pasar las tres fichas por la pantalla, una detrás de otra. Con la última, el inspector entornó los ojos.

—Este me resulta familiar. Lo he visto en alguna parte —comentó pensativo—. Y no fue hace mucho tiempo.

Telmo también centró su atención en la pantalla durante algunos segundos.

—Es Fernán Gálvez. Y tiene razón, jefe. Yo también lo he visto.

—¿Recuerdas dónde? Me suena el rostro, pero no el nombre.

Ambos se quedaron pensativos, hasta que una chispa iluminó la mirada de Telmo.

—¡Ya lo sé, jefe! Hablamos con él por pocos segundos, pero no nos dijo su nombre… ¿Recuerda que la primera vez que fuimos a la casa rural nos perdimos? —Telmo dio un par de golpecitos a la pantalla con el dedo—. Este fue el vecino que nos señaló el camino.

Néstor enderezó la espalda.

—¡Sí, tienes razón! También me acuerdo que actuaba con aires de suficiencia, pero creí que había sido porque nos consideraba citadinos. El muy cabrón se estaba cachondeando de nosotros.

El subinspector asintió.

—No olvide que también mencionó que en sus tiempos solía rondar por los alrededores de Urdanta.

—Sí… en el momento no le di importancia, pero ahora que lo dices, debe haberse referido a sus tiempos como guardia civil. Y esa

debió ser su zona de patrullaje, así que estoy seguro de que la conoce al dedillo.

—Según el expediente, Gálvez tiene 65 años. Llegó a teniente y fue expulsado del cuerpo por actitud hostil y trato agresivo.

—Encaja con el perfil que nos señaló don Braulio.

—¿Cree que lo hemos encontrado, jefe?

—Todo apunta en ese sentido, Telmo. Son demasiadas coincidencias. En cualquier caso, necesitamos mucho más para poder detenerlo. Nos llevaremos las tres fotografías y veremos si el carcelero es capaz de reconocer alguna.

—Sí, jefe.

Salazar le solicitó al brigadier Ramírez que les entregara las copias de las fotografías, siguiendo las premisas establecidas por el juez en la orden. El guardia civil encargado del archivo imprimió las fotos en formato oficial. Entonces, borró los datos confidenciales y se las entregó a los policías con número de acta, sello oficial y firma.

Después de agradecerle su colaboración, tanto al brigadier como al teniente general, Salazar y Telmo regresaron a la comisaría. Sus compañeros seguían ocupados con los archivos de los ordenadores de la agencia, así que después de informarles sobre sus hallazgos, el inspector le ordenó a Telmo que buscara fotografías de hombres de edad similar a la de los sospechosos, para incluirlas en la rueda de reconocimiento, mientras él solicitaba la autorización del procedimiento al juez Aristigueta. Una vez terminados todos los preparativos, se aseguraron de que todo quedaría grabado en vídeo e hicieron trasladar a Mora a la sala de interrogatorios.

En cuanto García les avisó que todo estaba listo, Salazar y Telmo subieron al tercer piso. Al entrar en la sala donde los esperaba el carcelero, cerraron la puerta a sus espaldas con un chasquido metálico. El ambiente era el habitual: pesado y cargado con el olor del miedo. Mora levantó la mirada al sentir la presencia de los policías, pero mantuvo un silencio expectante.

Néstor dejó la carpeta sobre la mesa y se sentó sin prisa, al mismo tiempo que clavaba la mirada en Mora. Telmo se plantó de pie en una esquina, con la mirada fija en el detenido y los músculos tensos como cuerdas de guitarra.

—Queremos que veas algo —le anunció el inspector a Mora—. Comprobemos si es cierto que quieres colaborar.

—Estoy dispuesto. ¿De qué se trata?

—Te mostraremos algunas fotografías. Queremos que nos digas si alguno de estos hombres te resulta familiar.

—¿A quién quieren que identifique?

—Eso tendrás que decirlo tú —sentenció Telmo con voz cortante —. Si es que reconoces a alguien. Y será mejor que no nos mientas.

—¿Estás listo?

Mora asintió. Salazar abrió la carpeta y extendió las fotografías sobre la mesa, una al lado de la otra. Eran diez. Todas de hombres que rondaban la edad de jubilación, con rostros serios, cortes de pelo funcionales y sin rasgos distintivos. Telmo había sido meticuloso al seleccionarlas. Entre ellas estaban las que habían arrojado los archivos de la Guardia Civil.

Mora tardó menos de lo que esperaban.

—Este —dijo, al mismo tiempo que señalaba la imagen de Fernán Gálvez con un dedo tembloroso—. Este es El Maestre.

Salazar se inclinó hacia adelante y clavó la mirada en Mora.

—¿Estás seguro?

—Sí, el tío era tan autoritario y se daba tanta importancia, que no podría olvidarlo. Es él.

Telmo dibujó una sonrisa casi imperceptible. Salazar relajó la espalda y la apoyó en el respaldo de la silla.

—Buen trabajo, Mora. Señalaremos tu colaboración en el informe para el juez.

Sin esperar a la reacción del detenido, los policías salieron de la sala de interrogatorios.

—¡Lo tenemos, Telmo! Por fin, El Maestre ha dejado de ser un fantasma. Averigua dónde está empadronado y envíame la información. Luego, redacta un informe bien fundamentado y solicítale al juez una orden de busca y captura contra Gálvez, y una orden de registro de su vivienda.

Capítulo 63

Telmo salió del despacho para cumplir la tarea encomendada, al mismo tiempo que Salazar contactaba a Lali y le solicitaba que convocara una reunión urgente. Algunos minutos después, su compañero le informó que el ex guardia civil vivía en una casa rural en la LR-417, entre Ezcaray y Urdanta. Después de estudiar la situación, el inspector jefe organizó todo el material que había recopilado sobre Gálvez y en cuanto la secretaria del comisario le avisó que todo estaba listo, salió de su despacho y subió a la sala común.

Allí encontró al resto de la plantilla, incluido el comisario, quien, con los brazos cruzados y el ceño fruncido por la preocupación, sostenía una conversación con Remigio en uno de los rincones. Miguel y Ángela se tomaban un respiro junto a la máquina de café y Telmo se mantenía concentrado en el ordenador, tecleando como un poseso.

En cuanto Néstor cruzó el umbral, todas las miradas se centraron en él. Santiago descruzó los brazos y su vozarrón rompió el silencio.

—Telmo nos ha informado de que ya habéis identificado a El Maestre.

—Ya hablé con el juez y le envié el informe, jefe. En cualquier momento deben llegarnos las órdenes de busca y captura, así como la de registro.

—Gracias, Telmo. Tenemos que estar preparados para el siguiente paso. Si cometemos algún error, la situación se nos puede escapar de las manos.

La tensión se apoderó de la sala y los policías retornaron a sus escritorios, sin quitarle la vista de encima al inspector jefe. Telmo

apartó la mirada del ordenador y Santiago tensó los músculos de la mandíbula.

—¿Esperas problemas con el arresto? —preguntó Miguel.

Néstor suspiró.

—Tengo que reconocer que sí. Me temo que no nos equivocamos. El Maestre es un ex guardia civil.

—¿Qué tan seguros estamos? —preguntó Ángela.

—Lo suficiente. Todas las evidencias apuntan en su dirección y tenemos una identificación positiva. Mora, el carcelero del zulo, lo señaló en una rueda de reconocimiento fotográfico.

—Un ex guardia civil —repitió el comisario—. No me gusta. Eso implica entrenamiento, lo cual puede traducirse en problemas al momento del arresto. ¿Es un sujeto agresivo?

El inspector jefe asintió.

—Fue expulsado del servicio activo por conducta violenta.

Santiago soltó un gruñido. Remigio se inclinó hacia adelante en su escritorio y dio su opinión.

—Entonces, no podemos enviar un coche patrulla con dos agentes para que lo arresten. Un tío así, en su propio terreno, sería capaz de merendárselos.

El comisario sacudió la cabeza con desaprobación.

—No es la forma en que yo lo habría expresado, pero estoy de acuerdo. Para que esto salga bien, necesitamos efectivos suficientes y una estrategia clara. La seguridad del procedimiento es lo primero.

—¿Dónde se ejecutará el arresto? —preguntó Miguel.

Salazar dejó la carpeta sobre el escritorio vacío de Rebeca, se sentó en el borde y cruzó los brazos.

—En su residencia. De acuerdo con el padrón, Gálvez vive en una casa rural entre Ezcaray y Urdanta. Hice algunas consultas en la Sede Electrónica del Catastro. La casa cuenta con tres plantas, huerto y acceso directo al bosque por la parte trasera. Si vamos por el frente y escucha un motor, se esfumará entre los árboles, antes de que tengamos tiempo de llegar a la puerta.

El comisario frunció el ceño. ¡Cómo imponía el tío!

—¿Dispone de armas registradas?

—Ninguna —reconoció Néstor—, pero eso no garantiza que no esté armado. Sería demasiado ingenuo no prepararnos como si tuviera acceso a un arsenal.

Santiago asintió con aprobación.

—Telmo, necesitamos un plano satelital de la zona, de inmediato.

—Sí, señor —El subinspector comenzó a teclear y solo tardó algunos segundos en dar una respuesta—. Aquí está. Tengo un mapa detallado del Sistema de Información Geográfica.

Tanto el comisario como Salazar se acercaron al ordenador del subinspector y después de echar un vistazo a la pantalla, intercambiaron una mirada.

—Necesitamos planificar una estrategia sobre ese plano, Telmo. ¡Que García lo imprima en el plóter de la comisaría!

El subinspector transfirió la información a su tableta y salió de la sala común a toda prisa.

—Tenemos que movernos rápido —les advirtió Salazar.

Ángela entornó los ojos al escuchar las palabras del inspector jefe.

—¿Por qué la prisa, señor?

—A esta hora, ya El Maestre debe saber que sus cómplices han caído, así que no lo cogeremos por sorpresa.

—No es por ser ingenuo —intervino Miguel—, pero es posible que confíe en la lealtad de sus socios. Después de todo, él los entrenó para no ceder ante las técnicas de interrogatorio y por alguna razón, ambos están dispuestos a protegerlo.

—¿Por qué lo harán? —preguntó Ángela—. Quiero decir, pueden conseguir beneficios procesales si hablan. ¿Por qué le siguen siendo leales?

Salazar guardó silencio por un momento, antes de responder.

—Podría haber varios motivos. Es evidente que El Maestre es un experto manipulador. Tal vez tiene información en su poder que sacará a la luz si lo traicionan…

—Si él cae, todos caerán —intervino Remigio—. Un clásico.

Néstor asintió y continuó su explicación.

—También es posible que los haya involucrado en delitos más graves, de los cuales tiene pruebas contundentes, y que ahora

podría usar contra ellos… Otra opción es que crean o sepan que Gálvez controla una red más grande, que puede cobrar venganza contra ellos si hablan… sin importar si él está o no en prisión.

—En otras palabras —volvió a intervenir Remigio—, nos enfrentamos a un sujeto muy peligroso y será mejor que no nos confiemos. Vamos de cacería, y las presas como esta, siempre muerden.

Ángela miró a Miguel, quien le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Los policías continuaron intercambiando opiniones técnicas, hasta que pocos minutos después, Telmo regresó con el plóter y lo desplegó sobre el escritorio de Rebeca, junto al inspector jefe. Santiago también se acercó al plano satelital. Tanto el comisario como Salazar lo estudiaron con detenimiento, murmurando entre ellos y trazando alguna marca de vez en cuando. Los demás, con la mirada también centrada en el plóter, aguardaban las órdenes en silencio, para no romper la concentración de sus superiores.

Por fin, Santiago y Néstor enderezaron sus espaldas. El comisario señaló los puntos que había marcado en el mapa.

—Nos acompañarán dos coches patrulla. Uno vigilará la entrada delantera. Yo estaré en ese, coordinando la operación y vigilando el frente. El otro, con Mendoza al volante, rodeará por el sendero que da acceso al bosque por detrás. Néstor, Miguel y tú iréis por la puerta principal. Telmo, tú y Echevarría, cubriréis el lateral derecho. Ángela, tú protegerás el lateral izquierdo con Pérez. Remigio, tú cubrirás la salida al bosque en compañía de Rivera. Si Gálvez intenta correr, estará rodeado. Quiero esto limpio y de ser posible, sin un solo disparo —La mirada del comisario pasó de uno a otro—. Miguel, avísale a García que haga los preparativos y que se comunique con la Guardia Civil para que establezcan un perímetro de seguridad, por si Gálvez consigue escapar del cerco. Saldremos en treinta minutos.

—Sí, señor.

Los policías se dispersaron, y cada uno se centró en prepararse para la misión con un protocolo tan internalizado, que ya era automático. Revisaron sus armas reglamentarias, se aseguraron de que sus linternas funcionaran y de contar con grilletes a mano. En

cuanto García distribuyó el equipo completo y estuvieron listos para salir, se pusieron los chalecos antibalas, se aseguraron de que sus pinganillos funcionaran y acordaron la coordinación con sus correspondientes parejas para el operativo.

Antes de salir, García le informó al comisario las coordenadas del punto de encuentro con el equipo de la Guardia Civil. Cuando llegaron a esa ubicación, situada a la salida de Ezcaray, el teniente Soler los estaba esperando con cuatro parejas de guardias, en sus correspondientes patrullas. Después de coordinarse y acordar que la Guardia Civil establecería un segundo anillo de seguridad alrededor de la casa, ambos equipos emprendieron rumbo a Urdanta. La temperatura iba descendiendo conforme la tarde se acercaba a su final, y los policías rodearon la casa rural, siguiendo el plan establecido. En el interior de los coches se respiraba la tensión, mientras el comisario aguardaba con los dientes apretados, hasta que recibió la confirmación de Soler de que sus hombres estaban en posición, resguardando el perímetro. Solo entonces, Santiago dio la orden de comenzar el procedimiento. Cuando se apearon, los envolvió el olor a humo lejano y a humedad. La luz menguante del atardecer daba un aspecto fantasmal a los árboles que los rodeaban.

Salazar tocó su pinganillo y comprobó que funcionaba. Su hermano respondió del otro lado.

—Te recibo, Néstor. Recuerda, tienes una familia que te espera. No cometas el error de subestimar a un ex guardia civil acorralado.

El equipo se desplegó siguiendo el plan. Salazar y Miguel por el frente, Remigio y Rivera cubriendo la retaguardia. Ángela y Telmo vigilando los laterales, respaldados por Pérez y Echevarría respectivamente. Salazar abrió la marcha con paso firme, en dirección a la puerta principal. Miguel avanzaba a su lado con una mano sobre la culata de su pistola. Ni siquiera habían llegado a la puerta cuando escucharon el golpeteo de sillas y una maldición que provenía del interior.

—Ya lo sabe —murmuró Néstor, al mismo tiempo que Miguel le señalaba una pequeña cámara de vigilancia en la cornisa de la fachada.

Salazar abrió la puerta con una patada certera y ambos entraron, pistola en mano, a tiempo para ver cómo Gálvez salía por la puerta trasera y echaba a correr hacia el bosque. No tuvieron duda de que iba armado.

A pesar de sus años, Gálvez corría como una liebre y los policías se vieron en dificultades para acortar distancias. Rivera apareció primero y trató de cortarle el paso, pero en el último instante, Gálvez se giró en seco, como si el instinto se le hubiera activado bajo la piel. Rivera apenas tuvo tiempo de reaccionar: Gálvez se echó a un lado, le cogió el antebrazo con firmeza y le barrió la pierna adelantada con el pie izquierdo, como lo había hecho cien veces en el patio de instrucción. Rivera cayó de espaldas con un golpe seco en el costado. Para cuando pudo levantar la cabeza, Gálvez ya estaba a punto de cruzar la primera línea de árboles.

Entonces, apareció Remigio, que había previsto que El Maestre escogería esa vía de escape. Aunque el suelo era irregular y la maleza estaba húmeda, Gálvez se movía con la seguridad de quien conoce cada piedra.

—¡Alto!

En lugar de obedecer, Gálvez giró en seco, usó un árbol para cubrirse, y levantó el arma, apuntando a la cabeza del policía, en un movimiento casi reflejo, en el que solo empleó algunos segundos. Remigio, todavía con el arma baja, quedó expuesto frente al cañón de la pistola.

—¡Suelta el arma o eres hombre muerto! —le gritó Gálvez.

Remigio se quedó inmóvil, con la respiración contenida y el pulso vibrando en las sienes. En los ojos de Gálvez había más furia que miedo, y por un instante, el bosque quedó suspendido en un silencio helado, solo roto por el jadeo entrecortado de los dos hombres enfrentados.

Entonces, un crujido de ramas les advirtió que no estaban solos. Miguel emergió a un lado, pistola en mano, seguido un segundo después por Salazar, que se asomó por el otro flanco. La voz de Néstor, pausada y fría, era un cuchillo afilado rompiendo el hechizo.

—¡Entrégate, Gálvez! Estás rodeado y no tienes escapatoria. Si tocas el gatillo, se desatarán los infiernos —Salazar avanzó dos

pasos sobre la hojarasca. El tono de su voz cambió, para transformarse en un grito autoritario, tan parecido al comisario cuando se enfadaba, que incluso sus compañeros se asustaron—. ¡Baja el arma! ¡Ahora!

Gálvez parpadeó. Su mandíbula tembló apenas un segundo, y bajó el arma despacio, sin ganas. Nadie se movió, hasta que Remigio se acercó y le quitó el arma de la mano, con un gesto seguro. Miguel le colocó los grilletes, al mismo tiempo que Salazar observaba en silencio y sin bajar la guardia.

Capítulo 64

Una vez que El Maestre estuvo bajo custodia, Rivera y Pérez se ocuparon de levantar el perímetro alrededor de la casa de Gálvez, mientras esperaban la llegada de Científica. El comisario se comunicó con el teniente Soler para informarle acerca del arresto y agradecerle su apoyo. Salazar y Telmo se ocuparon de interrogar a los vecinos. El resto del equipo regresó a la comisaría, escoltando al detenido. Cuando llegaran a San Miguel, Remigio debía cumplir una orden poco habitual, pero necesaria.

En aquella zona agreste, solo había un par de casas colindantes a los terrenos de Gálvez. Los policías hablaron con sus ocupantes, quienes describieron a su vecino como un hombre reservado, de los que saludan con la cabeza sin dar conversación, aunque siempre estaba dispuesto a echar una mano. En sus escasas conversaciones solía mencionar sus años en la Guardia Civil con nostalgia. Los vecinos quedaron sorprendidos por el arresto. Describieron a Gálvez como un hombre tranquilo, que vivía solo, con su huerto y sus gallinas.

Cuando terminaron de hablar con los vecinos, Salazar y Telmo regresaron a la casa de Gálvez con las manos vacías. La oscuridad los rodeaba y el frío de la noche invernal en la montaña penetraba en los huesos. La furgoneta de Científica acababa de llegar y los peritos se estaban preparando para entrar, bajo la mirada vigilante del jefe Barros.

—¡Tú! Debí suponerlo. Solo a ti se te ocurre organizar un arresto a esta hora y ponernos a trabajar en una casa y un terreno de este tamaño, en plena montaña y con este frío, sin ninguna consideración. ¡Insensible!

Néstor parpadeó.

—Pero… Casi, arrestamos al sospechoso cuando lo identificamos y antes de que pudiera escapar.

—¡Excusas! Estoy seguro de que lo hiciste para molestar. ¡Tú das más trabajo que un mimo en una videoconferencia!

—El tío que arrestamos es el principal responsable del zulo en Urdanta, Casi.

Casimiro hizo una pausa al recibir la información y frunció el ceño en la medida en que la procesaba.

—¡Los informes estarán listos en cuanto sea posible, aunque tengamos que trabajar toda la noche!

—Gracias, Casi.

—No me des las gracias, que no lo hago por ti, merluzo, sino porque no hay derecho a ser tan cabrón —El jefe Barros se volvió hacia los peritos y les ordenó a voz en cuello—. ¡A trabajar! ¡Qué no quede ni una mota de polvo sin analizar!

Con la certeza de que si existía la menor evidencia, el jefe Barros y sus peritos la encontrarían, Salazar y Telmo regresaron a la comisaría. Al llegar, el inspector jefe le preguntó a García si ya habían terminado de fichar a Gálvez.

—Sí, señor. Está en su celda, hablando con su abogado.

—De acuerdo. Llevadlo a la sala de interrogatorios.

Salazar y Telmo pasaron por la sala común y compartieron un momento de euforia con los demás policías, celebrando el éxito de la misión cumplida.

—¿Hiciste lo que te pedí, Remigio? —preguntó Néstor.

—Por supuesto. Aunque al principio se resistió, me mantuve firme y terminó cediendo. Ya levanté la diligencia de intervención. Todo está en regla.

—Bien —dijo Néstor palmeando el hombro de su colega—. Estoy seguro de que lo que acabas de hacer nos permitirá avanzar.

El inspector jefe felicitó al equipo y pasó los siguientes minutos preparándose para el interrogatorio de El Maestre, junto con su compañero.

—No quiero ser pesimista, jefe, pero no tenemos mucho para presionarlo. Solo evidencias circunstanciales y la identificación que

hizo Mora. Un delincuente confeso.

—Lo sé, pero estoy seguro de que esa situación cambiará pronto.

Cuando Néstor y Telmo entraron en la sala de interrogatorios, encontraron a Gálvez erguido en su silla, con la barbilla levantada y los brazos apoyados sobre la mesa en actitud relajada. Más que un delincuente bajo arresto a punto de ser interrogado, su actitud era la de un director ejecutivo en su despacho, preparado para conceder una audiencia. Su abogado, con un traje impecable hecho a la medida, saludó a los policías con un leve asentimiento de la cabeza, sin siquiera mirarlos.

Néstor se acercó a la mesa y se sentó frente a El Maestre, tomándose su tiempo. Telmo permaneció de pie a poca distancia, listo para reaccionar si era necesario. El inspector jefe suspiró y abrió la carpeta.

—Veamos… Fernán Gálvez, ex guardia civil, especializado en logística de campo… reconvertido en líder de una red de secuestradores. ¡Vaya cambio!

—No sé de qué demonios me están hablando, pero continúe. Cuanto más sepa sobre la historia que se han inventado, más material tendrá mi abogado para la querella.

Telmo frunció el ceño sin perder detalle. Salazar sacudió la cabeza y sacó un dosier de la carpeta. La fotografía de Carlos Mora quedó a la vista. El inspector habló en voz baja, como si estuviera compartiendo una confidencia.

—Este hombre sí sabe de qué hablamos. No es necesario que le recuerde que era el carcelero que vigilaba a las víctimas en el zulo. Lo ha confesado todo. Incluso que usted daba las órdenes y que se hacía llamar El Maestre.

Gálvez trató de sonreír, pero el resultado fue una mueca.

—¿Qué validez puede tener la identificación de un delincuente confeso que está tratando de salvar el pellejo? Ningún juez aceptaría una acusación tan endeble. Lo creía más listo, Salazar.

Néstor suspiró.

—No se preocupe. En este preciso momento, el departamento de Científica está registrando su casa. Estoy seguro de que vamos a encontrar evidencias muy concretas contra usted —Salazar bajó la

mirada hacia las zapatillas de lona que calzaba Gálvez, desde que Remigio le había requisado las botas, para enviarlas al laboratorio—. No es necesario que le recuerde que su situación empeorará bastante, si decide hablar después de que dispongamos de esas pruebas y no antes.

El Maestre clavó una mirada asesina en el policía y el silencio se apoderó de la sala, tan denso, que hasta las paredes contuvieron el aliento. Sin apartar la mirada de Salazar, Gálvez se recostó en el respaldo de su silla y cruzó las piernas. La sonrisa de su rostro no tenía un ápice de amabilidad. Estaba cargada de ira contenida y de la amenaza muda de una venganza, en la que se regodeaba la imaginación del peligroso delincuente.

El abogado susurró al oído de su cliente. Gálvez no respondió. Solo frunció el ceño.

—No tengo nada que decir.

Con un suspiro, Salazar guardó el dosier, cerró la carpeta y salió de la sala, seguido por Telmo. García los esperaba en la puerta.

—Señor, Mariana Corrales ha expresado su deseo de colaborar.

Salazar y Telmo intercambiaron una mirada.

—¿A qué cree que se debe el cambio de decisión, jefe?

—Ya sabe que El Maestre ha sido arrestado. Eso cambia el juego. García, regresa a Gálvez a su celda y trae a Mariana.

—Sí, señor.

Minutos después, Salazar y Telmo vieron pasar a La Guardesa bajo custodia, y la siguieron al interior de la sala de interrogatorios. La puerta se cerró a espaldas de los policías, con un leve clic metálico. Mariana ya estaba sentada, con la espalda erguida y las manos apoyadas en la mesa. Sin un parpadeo ni el más ligero temblor. Fría como un témpano, La Guardesa se parecía más a una funcionaria preparada para una firma, que a una mujer a punto de delatar crímenes inconfesables, y cuya revelación desmantelaría una organización criminal.

Salazar se sentó frente a ella, tomándoselo con calma. Telmo, como siempre, permaneció de pie, con los brazos cruzados y un hombro apoyado contra la pared. El inspector se inclinó hacia adelante.

—¿Puede decirnos por qué cambió de opinión, señora Corrales?

Mariana cogió aire y retuvo el aliento por algunos segundos, antes de responder con voz baja, pero firme.

—Ustedes consiguieron arrestar a El Maestre. Y si él cayó… ninguno de nosotros está a salvo. Estoy segura de que él solo se protegerá a sí mismo. Yo debo seguir su ejemplo. Nos parecemos demasiado.

Salazar asintió, sin un atisbo de sorpresa.

—¿Cómo funcionaba la agencia?

Mariana entrelazó los dedos, y desgranó los detalles de la organización criminal, como si estuviera explicando el organigrama de una empresa legal a un potencial inversor. Los policías no habían estado equivocados en sus deducciones. El Maestre era el cerebro. Era quien contactaba con los clientes y elaboraba las estrategias en los secuestros. Mariana se ocupaba de la administración, de mantener la fachada legal. Ella conseguía la documentación falsa y se aseguraba de blanquear el dinero. El Pastor por su parte, reclutaba a los brazos ejecutores fuera de La Rioja.

—Nunca hemos matado a nadie. Les entregábamos las víctimas sanas y salvas a quienes ordenaban sus capturas.

—¿Qué pasó entonces con Cadmo? —preguntó Telmo, sin cambiar de postura—. Me refiero al empresario que ustedes secuestraron y apareció muerto en un descampado.

Mariana desvió la mirada hacia Telmo, como si el subinspector fuera un estudiante impertinente, que hubiera interrumpido la clase con una pregunta estúpida.

—Le repito que nosotros se lo entregamos vivo al cliente. En este caso a Dumbo. Así que debió ser él quien lo mató.

—¿Cuál es el verdadero nombre de Dumbo? —preguntó Néstor.

—No lo sé. El único que conocía la identidad de los clientes era Gálvez. Solo El Maestre tenía contacto con ellos.

El inspector rechinó los dientes, antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Qué pasó con Arancha González? ¿Cuál fue su destino?

—No lo sé.

—¿Se la entregaron a El Abisal?

La Guardesa negó con la cabeza.

—El nombre clave de Arancha era Náyade, y el cliente que ordenó secuestrarla fue bautizado como Horus.

Salazar y Telmo intercambiaron una mirada. Aquello sí era una sorpresa.

—¿Quién es Horus?

—Ya le dije que no lo sé. El Maestre era muy celoso con la identidad de los clientes. Sin embargo…

Mariana se quedó en silencio por un momento. Salazar frunció el ceño, sin quitarle la vista de encima.

—¿Qué? Le recuerdo que si no aporta información que nos resulte valiosa, esta «colaboración» no le servirá de nada.

—Hago lo que puedo, inspector —Mariana suspiró con impaciencia—. Gálvez hizo un comentario sobre Horus: que el muy imbécil le dijo que quería secuestrarla por su bien.

—¿Por su bien? ¿Qué significa eso?

—No tengo la menor idea.

—¿Por qué el apodo de Horus? ¿Lo sabe? —preguntó Telmo.

—Sí. Cuando Gálvez le puso ese sobrenombre, mencionó que le encajaba bien, porque era «vigilante y posesivo».

Salazar se quedó pensativo por algunos instantes, antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Cómo supieron que el hermano de Arancha era aficionado a los juegos de azar?

—Horus nos lo informó. Al parecer, él fue quien tuvo la idea de usarlo como anzuelo. Le dijo a Gálvez que Arancha no iba a permitir que su hermano corriera peligro y que estaba seguro de que ella haría todo lo posible por ayudarlo, sin detenerse a pensar que podía correr peligro.

—Eso significa que Horus conoce lo bastante a Arancha como para prever sus reacciones —comentó Telmo desde su rincón.

Salazar asintió. Estaba pensando lo mismo.

—Vamos, Telmo —dijo el inspector, poniéndose de pie—. Tenemos trabajo que hacer.

—¡Esperen! ¿Lo que les dije me ayudará ante el juez?

—Todo depende de lo veraz y útil que resulte la información que nos ha proporcionado —sentenció Salazar, antes de salir de la sala sin mirar atrás.

Capítulo 65

Cuando Salazar y Telmo salieron de la sala de interrogatorios, encontraron a Mendoza custodiando la puerta. El inspector jefe le ordenó al agente que llevara a Mariana de regreso a su celda y bajó a la sala común, seguido por el subinspector. Allí, ambos encontraron al resto de sus compañeros, ocupados en sus correspondientes ordenadores. Con la oscuridad de la noche dominando la ciudad, la iluminación de la amplia oficina dependía por completo de las luces fluorescentes. El olor del café de máquina se imponía sobre el del papel y el sudor humano. El ambiente estaba cargado de una actividad silenciosa. Todos levantaron la mirada en cuanto Néstor y su compañero cruzaron el umbral.

—¿Algún avance con El Maestre? —preguntó Remigio.

Néstor sacudió la cabeza.

—Con El Maestre no, pero La Guardesa ha decidido colaborar y nos ha aportado información muy interesante.

—Yo añadiría que también preocupante —sentenció una voz conocida a su espalda —Salazar se giró, aunque ya había reconocido a Santiago. El comisario se explicó—. Seguí ambos interrogatorios desde mi ordenador. Será mejor que pongas al día al equipo, Néstor.

El inspector jefe les informó acerca del hermetismo de Gálvez y la colaboración voluntaria de Mariana Corrales. Siguiendo sus instrucciones, Telmo reprodujo ambas grabaciones en su propio ordenador, para que todos pudieran escucharlas.

—¿Estamos seguros de que todo esto no es un truco? —preguntó Miguel—. Me refiero a La Guardesa… ¿Por qué colaborar ahora?

—Porque es la primera que no confía en Gálvez —respondió Remigio, al mismo tiempo que Salazar lo señalaba con el índice, para

respaldarlo.

Ángela cogió aire y asintió.

—Que La Guardesa esté dispuesta a revelar todo lo que sabe es una buena noticia, señor.

—¿Cómo vais con la información de los archivos? —preguntó Néstor, abarcando a Miguel y Ángela con la mirada.

Pedrera fue quien respondió.

—Avanzamos. Ahora mismo hay revuelo en varias comisarías de La Rioja, a causa de la cantidad de casos no resueltos que hemos destapado. Con mucha frecuencia, la agencia consiguió engañar a los compañeros. Existen demasiadas denuncias de los familiares, que se cerraron como desapariciones voluntarias…

—Por otro lado, aunque hemos descifrado casi todo el contenido de los archivos, todavía quedan algunos cabos sueltos —informó Ángela—, así que la colaboración de La Guardesa será bien recibida.

Salazar permaneció pensativo por algunos segundos, antes de hablar.

—Para Telmo y para mí, en cambio, la declaración de Mariana implica que tendremos que comenzar de nuevo… Si Arancha no fue víctima de El Abisal, sino de un particular, habrá que reconsiderar todo el caso desde el principio, para averiguar la identidad de Horus y descubrir qué pasó con ella.

El comisario centró su atención en Toro.

—Remigio, ¿cómo vas con el informe del arresto de Gálvez?

—Estoy a punto de terminarlo, comisario.

—Bien, en cuanto esté listo, te sumarás a Pedrera y López en la revisión de los archivos, pero quedarás a disposición del inspector jefe, en el caso de que necesite tu apoyo.

—Sí, señor.

Santiago centró su atención en Salazar.

—Es cierto que tendréis que comenzar de nuevo, Néstor, pero ahora disponéis de información que os permitirá avanzar en la dirección correcta con mayor rapidez. Por ejemplo, el detalle que La Guardesa mencionó sobre Horus…

Néstor asintió.

—Es significativo que él haya aportado la información sobre la ludopatía del hermano de Arancha, que fuera quien sugirió que lo usaran como carnada y tuviera la capacidad de prever cuál sería la reacción de ella…

—Eso implica que Horus debe formar parte del círculo cercano de la familia de Arancha —opinó Remigio.

Miguel apoyó la espalda en el respaldo de la silla y cruzó los brazos.

—Yo sigo pensando que el hermano está involucrado.

—Ya lo investigamos y lo descartamos, inspector —argumentó Telmo.

Miguel negó con la cabeza, sin dejarse convencer.

—Habéis descartado que tuviera una deuda de juego, pero ¿me equivoco o no llegasteis a explorar otras posibilidades?

Remigio se inclinó hacia adelante y soltó un gruñido casi imperceptible.

—Estoy con Miguel. Tal vez exista algún otro motivo por el que la desaparición de Arancha beneficia al hermano.

Salazar lo pensó por un momento y asintió.

—Tenéis razón. El descubrimiento de la agencia nos desvió del entorno de Arancha demasiado pronto. Telmo, quiero que investigues a toda la familia, no solo al hermano. Concéntrate en posibles herencias, negocios en sociedad, secretos familiares…

—Sí, jefe.

Ángela sacudió el bolígrafo para llamar la atención del inspector jefe.

—Hay algo de lo que dijo La Guardesa que me resulta inquietante, señor —Salazar asintió, invitándola a hablar con el gesto —. Me refiero al comentario que, según Mariana, hizo El Maestre, acerca de que Horus afirmó que había contratado el secuestro de Arancha por su bien. ¿Cómo se puede interpretar algo así?

—Vamos, Ángela —respondió Miguel con aire de suficiencia—. No creo que debamos dar por buena la interpretación de un criminal como El Maestre.

—No lo descartes tan rápido, Miguel —intervino Remigio— Ángela tiene razón. Sin importar la calaña de Gálvez, el comentario

es importante.

—¿Y si La Guardesa está mintiendo y se trató de un autosecuestro? —sugirió Pedrera—. Recordad que Arancha rechazó la ayuda del chófer del camión cuando su coche se salió de la carretera.

Telmo frunció el ceño.

—No comprendo su punto, inspector. No se ha pedido un rescate. ¿Cómo podría beneficiarse Arancha con su propio secuestro?

Ángela se quedó pensativa por un momento, antes de hablar.

—¿Para ocultarse, quizá?

—Frenad, ¡qué vais a perder los dientes! —dijo Remigio, al mismo tiempo que sacudía la cabeza—. No os niego que tal vez la chica quisiera desaparecer por algún motivo, pero sería absurdo que hubiera planificado su propio secuestro, involucrando a una organización criminal como la agencia. Cualquiera con dos dedos de frente comprendería que algo así se le podría escapar de las manos con demasiada facilidad.

—Tienes razón, Remigio —intervino el comisario—. Es una opción muy poco probable, pero tampoco creo que deba ser descartada por completo. ¿Qué opinas tú, Néstor?

Salazar escuchaba la discusión, pensativo. Las palabras de sus compañeros habían despertado un recuerdo y su cabeza comenzaba a formar una teoría. La pregunta de Santiago lo sacó de sus reflexiones como si lo hubiera despertado.

—Creo que en este momento no podemos descartar nada, pero sí dar prioridad a ciertas líneas de investigación que resulten más prometedoras.

El comisario dibujó una sonrisa de satisfacción.

—¡Tienes una teoría!

—Yo diría que es, más bien, el embrión de una. Aun así, vale la pena explorarla.

El comisario consultó el reloj.

—Lo que sí ha quedado claro es que este asunto está lejos de terminar. Tenemos que identificar a Horus y descubrir cuál ha sido el destino de Arancha, pero el día ha sido largo y cargado de tensiones. Es suficiente por hoy. Podéis ir a casa.

—¡La chica podría estar viva! —protestó Salazar.

—Han pasado semanas, Néstor —argumentó el comisario—. Cualquiera que sea la situación de Arancha, no es probable que cambie demasiado en una noche. Por otro lado, tú mismo lo has dicho: tenemos que comenzar de nuevo. Eso llevará tiempo. Todavía no sabemos cuánto. Si estáis agotados por la falta de descanso, no podréis hacer un buen trabajo.

Salazar suspiró.

—Supongo que tienes razón.

Santiago se dirigió a todo el equipo.

—Mañana os quiero aquí a primera hora, descansados y dispuestos.

Los policías apagaron sus ordenadores, recogieron sus pertenencias y comenzaron a avanzar hacia la puerta. Todos, excepto Remigio, a quien le correspondía la guardia de esa noche.

Capítulo 66

Salazar salió de la comisaría en dirección a casa. La oscuridad cubría Haro como si una mano invisible hubiera dejado caer un manto sobre la ciudad. La temperatura había bajado algunos grados y una fina neblina comenzaba a levantarse. El frío y la humedad se colaban por los pliegues de su gabán, erizándole la piel y penetrando hasta los huesos. Néstor apuró el paso, más por entrar en calor que por prisa. Cada vez que respiraba, de su boca escapaba un vaho blanco, que se desvanecía de inmediato. Cruzó la plaza de San Miguel, con la silueta imponente de la iglesia a su derecha. Aunque las terrazas de los bares estaban desiertas y las mesas recogidas, al pasar junto a sus puertas se podía escuchar el murmullo de las conversaciones de los parroquianos, que habían buscado refugio en su interior. El bar de Gyula no era diferente. Con la tensión del día pesando sobre sus hombros, Salazar pasó de largo frente a La Callecita y siguió directo hasta su portal.

En cuanto Néstor entró en la buhardilla, lo primero que vio fue a Rebeca llorando de risa en el sofá del salón, mientras Gabriela reía y aplaudía, sentada en su corral y rodeada de juguetes. Después de seguir la mirada de ambas, Salazar enarcó las cejas y se le escapó una carcajada liberadora. Paca, sentada en lo alto de su repisa favorita y con un chupete rosado asomando entre los bigotes, lo miró con el desprecio propio de la superioridad felina.

—¿Qué demonios está pasando aquí…? —preguntó Néstor, cuando la risa por fin lo dejó hablar.

Rebeca se limpió una lágrima y respiró profundo, para poder responder.

—Antes de que pudiera evitarlo, tu hija le metió el chupete en la boca a la gata. Pero eso no es lo peor… sino que, por lo visto, a Paca le gustó. ¡No solo no lo suelta, sino que además ronronea! Cuando intenté acercarme a ella, me bufó, así que lo di por perdido.

—¿Le diste uno nuevo a la niña?

—Por supuesto.

—Perfecto —con una sonrisa divertida, Néstor comenzó a quitarse el gabán—. Yo comando un equipo de policías entrenados en la comisaría… y en mi casa manda una gata con chupete. Todo en orden. Dime, Rebeca, ¿por qué parece que vivimos en un universo paralelo?

—Porque convivimos con un bebé y una gata. No es poca cosa.

—Supongo que tienes razón. ¿Tenemos cena o también se la comió Paca?

Rebeca se levantó del sofá, y después de saludar a Néstor con un ligero beso en los labios, se encaminó a la cocina.

—No cantes victoria. Hoy voy a preparar pescado, así que será mejor que no te descuides.

—Bu… Ba… —balbució Gabriela desde su corral, al mismo tiempo que extendía los brazos hacia Néstor, en un gesto inequívoco.

De inmediato, Salazar la cogió en brazos y comenzó a acunarla. La niña apoyó su cabecita en el hombro de su padre y señaló a la gata.

—Pa…ca.

—Di papá, Gabriela —le pidió Néstor, esperanzado—. Pa… pá.

—Pa…ca

Salazar se acercó a la repisa despacio, mientras Paca le dedicaba una mirada de superioridad.

—Te tengo vigilada, felina ladrona de chupetes.

—Mrew —protestó la gata, sin soltar el chupete, y comenzó a succionarlo con elegancia.

Néstor soltó un bufido.

—Genial. Ahora tengo dos hijas que usan chupete y una de ellas me da miedo.

Gabriela tendió una mano hacia Paca. La gata se dejó tocar sin mover un músculo y la niña soltó una carcajada de placer.

Con una sonrisa de complicidad, Rebeca entró en la sala. En la mano llevaba un biberón, que le entregó a Néstor.

—Turno de noche, inspector jefe.

Salazar cogió el biberón, llevó a la niña al sofá y, después de acomodarla en su regazo, se lo ofreció. Gabriela lo sostuvo con una mano, se aferró al dedo de su padre con la otra y comenzó a succionar su contenido con entusiasmo. En la medida en que vaciaba el biberón, los ojos de la pequeña se iban cerrando por espacios de tiempo cada vez más prolongados.

De regreso en la cocina, Rebeca los observó en silencio con una sonrisa en los labios. Cuando la niña terminó, él la llevó en brazos hasta su cuna. Al cabo de algunos minutos, regresó a la sala con pasos lentos, como si tuviera dificultades para alejarse de su hija.

—Se ha quedado dormida —murmuró Salazar, dejándose caer en una de las sillas de la barra que separaba la cocina de la sala.

El aroma de la cena inundaba la buhardilla. Casi de inmediato, Rebeca colocó un plato con pescado y verduras frente a Néstor.

—Maaauuu —declaró Paca desde su alta repisa, sin soltar el chupete.

—¡Será mejor que te mantengas alejada de mi cena, malhechora felina!

—Mrew —respondió la gata con autoridad.

—¿Has tenido un día difícil? —preguntó Rebeca.

Él asintió y le explicó todo lo que había ocurrido durante la jornada: el desmantelamiento de la agencia, el arresto de El Maestre y, cuando todo parecía resuelto, el jarro de agua fría, al comprender que habían regresado al punto de salida. Durante la conversación, terminaron la frugal cena, recogieron los platos y Rebeca los lavó, mientras él los secaba.

—… Así que después de todo este esfuerzo, todavía no sabemos quién secuestró a Arancha ni qué ha sido de la chica.

Rebeca se acercó a él y cogió una de sus manos en un gesto de empatía.

—Comprendo tu frustración, cariño, pero no te dejes abatir. No es poco lo que habéis conseguido. El Maestre y sus cómplices ya no amenazarán a nadie. Con respecto a Arancha, estoy segura de que

lo resolveréis. ¡Cómo me gustaría estar allí con vosotros! Aunque reconozco que no cambiaría por nada cada minuto que paso con Gabriela.

—Sí, sé a lo que te refieres. A mí me pasó lo mismo durante el permiso paternal.

Ella suspiró.

—Ahora estás aquí, así que deja las preocupaciones del trabajo afuera —Rebeca apoyó la cabeza en el hombro de él—. Nuestra hija duerme en la habitación, acabamos de saborear una cena casera y… nos vigila una gata psicópata con un chupete rosa en la boca. ¡Disfrutemos el momento!

Él dibujó una sonrisa, suspiró y rozó la frente de Rebeca con los labios. Se quedó así por algunos segundos, permitiendo que el perfume de la mujer que amaba llenara por completo sus fosas nasales. Ella se separó despacio y lo miró con picardía.

—¿Sabes qué es lo mejor de que la niña se haya dormido?

Con una sonrisa traviesa, Salazar arqueó una ceja y parpadeó.

—Estoy un poco espeso. Ilumíname.

—Que podemos… olvidarnos del mundo por un rato —susurró ella.

—¡Una excelente idea!

Bajo la mirada reprobadora de Paca, que, sin dejar de succionar el chupete, contemplaba a los torpes humanos desde su majestuosa altura, Néstor se apartó sin ganas de Rebeca y apagó las luces de la sala y la cocina.

Ella había avanzado hasta la habitación principal, y lo esperaba en el umbral. La iluminación del dormitorio a su espalda resaltaba su figura, como una promesa que también se reflejaba en el brillo de sus ojos.

Néstor dejó atrás las preocupaciones y atravesó la sala, con el mismo entusiasmo de un náufrago a punto de alcanzar tierra.

Capítulo 67

A la mañana siguiente, muy temprano, Paca despertó a Salazar con el habitual lijado de oreja. Nada más preciso que un despertador felino. Después de comprobar que Gabi dormía con placidez en su cuna, Néstor le sirvió la ración permitida de leche especial para gatos adultos a su tiránica felina.

—Uno de estos días te presentaré a Casi, Paca. Tenéis mucho en común, así que estoy seguro de que os llevaríais muy bien.

—Maauuu.

Después de una reconfortante ducha y un café, Salazar salió de la buhardilla, dejando a su mujer y su hija dormidas y a Paca con los bigotes sumergidos en su desayuno. Cuando salió del portal, el frío invernal se filtró a través de su gabán y le mordió la piel. Con las manos en los bolsillos y el aliento formando nubes efímeras delante de su rostro, Néstor emprendió su camino en dirección a la comisaría. Sus pasos resonaron en el silencio y lo envolvió el olor de la piedra húmeda, matizado con el aroma a café recién hecho, que provenía de los bares que comenzaban a abrir. Cuando llegó a la comisaría, Néstor saludó a García al paso y subió las escaleras. El murmullo que provenía de la sala común lo animó a continuar hasta el segundo piso. Le sorprendió encontrar a Remigio y a Telmo compartiendo un café junto a la máquina.

—Has llegado muy temprano, Telmo. ¿Está todo bien?

—Sí, jefe. Es que quiero comenzar la investigación de la familia de Arancha, lo antes posible. Por cierto, acaba de llegar el informe de Científica con el resultado del peritaje de las botas de El Maestre. Coinciden.

Salazar asintió.

—Excelente. Era la comprobación que necesitábamos.

Remigio dio un sorbo a su vaso y sonrió.

—Bien, parece que esto comienza a avanzar, aunque sea a costa de caerse de la cama… Le estaba advirtiendo al chaval que tenga cuidado o terminará pareciéndose a ti. Eres una mala influencia, Salazar —bromeó Remigio.

—¿Alguien lo pone en duda? —preguntó Miguel desde la puerta, mientras él y Ángela entraban y ocupaban sus escritorios—. No me había levantado tan temprano, desde que iba a las excursiones con el grupo de los niños exploradores. ¡Vamos a por esos archivos, Remigio!

El inspector Toro asintió, se sentó en su escritorio y encendió su ordenador.

—Dime, Salazar, ¿tienes alguna estrategia en mente para encontrar a la chica?

Néstor se encogió de hombros.

—Lo que sabemos ahora nos da una nueva perspectiva, así que estoy considerando algunas evidencias desde otro ángulo, y algunos puntos comienzan a unirse en mi cabeza para formar una teoría. Mientras vosotros trabajáis en lo vuestro, yo debo hacer una visita.

Después de dejar a sus compañeros ocupados en sus respectivas tareas, Salazar salió de la comisaría, cogió el Clío y llegó a la dirección donde vivía el hermano de Arancha. Cuando llamó al timbre, escuchó los pasos apresurados que provenían desde el interior. Con el cabello todavía revuelto y los ojos entrecerrados por el sueño, Federico apareció en la puerta. Al ver al policía, parpadeó un par de veces, se hizo a un lado y lo invitó a pasar con un gesto. Salazar entró en silencio. El salón era pequeño, poco ventilado y repleto de muebles viejos.

—¡Inspector! No esperaba que la Policía me visitara tan temprano. ¿Ha ocurrido algo? ¿Encontraron a Arancha?

—Me temo que todavía no hemos encontrado a su hermana, señor González. Necesitaremos su colaboración para avanzar en las indagaciones. Debo hacerle algunas preguntas.

—Eh, sí, por supuesto —Federico señaló un sofá raído por el uso, que desprendía un olor rancio—, por favor, siéntese, inspector.

El policía sacudió la cabeza.

—No será necesario. Seré breve. Quiero que me informe acerca de las amistades de Arancha. Tengo especial interés en aquellas personas que están enteradas del problema que usted tiene con el juego.

Federico frunció el ceño.

—¡Yo no tengo problemas con el juego, inspector! Ya le dije que nunca apuesto más de lo que puedo permitirme.

Néstor suspiró y compuso su expresión de policía cabreado. No tuvo que hacer ningún esfuerzo. Salió sola.

—Señor González. Su hermana está desaparecida, así que estamos haciendo todo lo posible para dar con ella y si todavía se encuentra con vida, rescatarla. Sabemos que los secuestradores usaron su… vicio con el juego, como carnada, para atraerla a un lugar aislado. No es el mejor momento para que proteja su ego, sino para colaborar.

Federico bajó la cabeza y se mordió los labios.

—Lo lamento, inspector. Supongo que tiene razón. Déjeme pensarlo… Amistades comunes que sepan acerca de mis apuestas… Casi todos nuestros amigos comunes provienen de nuestros días en el instituto, así que son pocos los que todavía mantienen contacto con nosotros.

—Mejor si el número es reducido. ¿Alguno de ellos ha mostrado interés por Arancha?

—¿Interés? ¿De qué tipo?

—Romántico.

Federico se quedó pensativo por un momento y comenzó a negar con la cabeza, pero de repente frunció el ceño y levantó la mirada hacia el policía.

—Espere un momento… Sí, ahora que lo menciona… fue hace tanto tiempo que casi lo había olvidado. Mi amigo David. David Reverol. Ambos lo conocemos desde el instituto. Era mi compañero de clases y ahora recuerdo que cuando le presenté a Arancha fue un flechazo. Según él, fue amor a primera vista.

—¿La relación progresó?

González sacudió la cabeza.

—No, ella lo rechazó.

Salazar entornó los ojos.

—¿Cómo reaccionó él?

—Al principio pareció enfadado con Arancha, pero después de algunas semanas, se le pasó. Nunca le dimos importancia. Ya sabe, solo fue un enamoramiento de adolescente… Algo pasajero.

—¿El señor Reverol ha vuelto a mostrar interés por su hermana desde entonces?

—No, inspector. Ni siquiera la menciona.

Salazar se quedó pensativo por algunos segundos. Recordó que David era el empleado del Ayuntamiento al que habían interrogado en los primeros días de investigación. Era el tío que le enviaba mensajes a Arancha por una supuesta deuda de su hermano.

—Señor González, ¿le debe usted dinero al señor Reverol?

Federico frunció el ceño.

—¡Por supuesto que no!

—¿Está seguro? Tal vez le pidió una pequeña cantidad y luego lo olvidó.

El hermano de Arancha sacudió la cabeza.

—Eso no es posible, inspector. Soy consciente de los riesgos que implica mi afición a los juegos de azar, y aunque parezca una contradicción, soy una persona disciplinada. Nunca pido prestado dinero a particulares. Las deudas que me permito no se relacionan con el juego y las solicito al banco. Ya sabe… la hipoteca, financiaciones… Lo normal.

El cerebro de Salazar funcionaba a marchas forzadas, recordando detalles y estableciendo conexiones. De repente, disparó una pregunta inesperada.

—¿Arancha cambió de número telefónico poco tiempo antes de su desaparición?

González enarcó las cejas.

—Sí, cambió de empresa tres meses antes de que desapareciera. ¿Cómo lo sabe?

—¿Ella conservó el número anterior?

El hermano de Arancha sacudió la cabeza.

—No, lo descartó y comenzó a usar uno nuevo, pero ¿qué importancia tiene?

A Salazar le asaltó una duda: si su teoría era cierta y Arancha había cambiado su número telefónico para perder contacto con Reverol, ¿por qué continuó recibiendo sus mensajes en el nuevo móvil? A menos que…

—Dígame, señor González, ¿después del cambio de la empresa telefónica, el señor Reverol le pidió el nuevo número de su hermana?

Federico dudó por un momento.

—No, inspector.

Salazar frunció el ceño. Después de meditar por un instante, hizo la siguiente pregunta.

—¿Su amigo, el señor Reverol tuvo acceso al móvil de usted o a su lista de contactos en algún momento?

Federico parpadeó, dudando por un segundo.

—Ahora que lo dice… Sí, inspector. En una ocasión me lo pidió prestado porque necesitaba hacer una llamada y había dejado el suyo en casa.

—Señor González, necesito que me indique cuál era el número de teléfono original de su hermana. También cuál era la empresa en la que tenía contrato antes del cambio.

Federico parpadeó sin comprender, pero obedeció. Minutos después, Salazar salió del piso con la información que le había proporcionado el hermano de Arancha y se encaminó a la comisaría, bastante convencido de que había identificado a Horus y que su teoría era correcta.

Capítulo 68

Cuando llegó a San Miguel, Salazar se encerró en su despacho con una idea fija en la cabeza. De inmediato, redactó la solicitud de una orden judicial para revisar los mensajes del teléfono original de Arancha. En cuanto la envió por correo, se comunicó con el juez para explicarle los motivos que le imprimían urgencia al trámite. Aristigueta lo escuchó con atención.

—Comprendo, inspector. Tiene razón. No hay tiempo que perder. Firmaré la orden y se la enviaré al correo de la comisaría, lo antes posible.

Mientras esperaba el documento, el inspector revisó de nuevo los informes del caso desde el principio, ahora con una nueva perspectiva. Cuanto más repasaba los hechos, más se convencía de que en esta ocasión, sí se encontraba en el camino correcto. Sus conclusiones le generaron sentimientos encontrados. Si bien le satisfacía estar a punto de resolver la desaparición de Arancha, también era cierto que ahora era más consciente del peligro que representaba su descubrimiento.

La entrada de un mensaje en el correo de la comisaría lo sacó de sus reflexiones. Se trataba de la orden judicial, así que la imprimió y salió de San Miguel en dirección a la empresa telefónica.

Cuando subió al Clío, ya la tarde comenzaba su avance. La luz del sol apenas se abría paso con dificultad entre las nubes plomizas que amenazaban un chaparrón. El olor a humedad se colaba por las rendijas de la ventilación del coche, y la calefacción llenaba el habitáculo de un calor artificial y seco.

Salazar conducía con el ceño fruncido, la mandíbula tensa y una sensación de urgencia en el pecho. Por fin, la empresa telefónica

apareció en la calle Alemania. Era un bloque anodino de fachada deslucida. Salazar aparcó al frente y se preparó para el siguiente paso que lo acercaría a su objetivo.

En cuanto entró, la puerta automática se cerró a su espalda con un susurro seco. La temperatura del interior era agradable y la luz de los fluorescentes caía sobre el suelo de linóleo. Una joven recepcionista le sonrió desde un mostrador de información.

—¿En qué puedo ayudarlo? Disponemos de varios planes que…

El inspector sacudió la cabeza y le mostró su identificación.

—Necesito hablar con el encargado.

La chica parpadeó.

—El director general se encuentra en su despacho. Acompáñeme, por favor.

La joven lo condujo al final de un pasillo, donde lo recibió un ejecutivo, que no disimuló su sorpresa frente a la situación. Después de leer la orden con cuidado, se comunicó con el departamento técnico y transmitió la solicitud del policía.

—Los mensajes deben estar archivados en el servidor —explicó el director—. Me avisarán en cuanto los localicen.

Minutos después, el director general le confirmaba al inspector que habían encontrado los mensajes que solicitaba. Néstor dejó escapar el aire que no sabía que había contenido.

—Necesito que me entregue una copia y que prepare otra que recogerá un mensajero de Científica, respetando la cadena de custodia.

—Enseguida, inspector.

Salazar salió de la empresa sintiendo el peso de la memoria portátil en el bolsillo de su gabán. La tarde lucía oscura, a pesar de que todavía faltaban algunas horas para el anochecer. En esta ocasión, el inspector jefe subió a la sala común para reunirse con sus compañeros. Sobre las mesas de trabajo estaban los restos de los envoltorios de bocadillos provenientes de un bar cercano, así como vasos de café a medio vaciar. Eran una clara evidencia de que sus colegas no se habían permitido una pausa para la hora de la comida.

—¡Tienes la expresión del gato que se ha merendado al canario! —dijo Remigio, en cuanto el inspector jefe entró en la sala.

—Esa es la que lleva puesta desde que cumplió ocho años —bromeó Santiago, cruzando la puerta detrás de Néstor.

Salazar sonrió.

—Mejor no me habléis de gatos. ¿Cómo vais?

Miguel se echó hacia atrás, se apoyó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos.

—Por fin hemos conseguido la información completa de todas las víctimas y también los nombres de los sicarios, que la agencia contrató para cada secuestro. Ya nos hemos comunicado con las respectivas jurisdicciones a las que pertenecía cada uno de los casos. Les hemos aportado toda la información de la que disponemos. Ahora mismo hay un revuelo de tres pares de narices en varias comisarías de La Rioja, que están reabriendo investigaciones como si no hubiera un mañana.

—¿Pudisteis identificar también a las víctimas cuyos archivos resultaron dañados?

—La duda ofende —respondió Remigio—. Mientras estabas de paseo, sostuve una interesante conversación con La Guardesa. Estaba deseosa de colaborar. Además de confirmar que Arancha era Náyade, nos proporcionó los verdaderos nombres de Calíope y Eurídice. Una de ellas era la chica que encontramos en el zulo. La otra era una empleada de correos que desapareció en Logroño hace año y medio. Hablé con Diji y él mismo se ocupará del caso.

—Bien —Salazar centró su atención en su compañero—. ¿Tú has averiguado algo, Telmo?

El subinspector negó con la cabeza.

—Lo siento, jefe. Le aseguro que revisé hasta debajo de las piedras, pero no encontré nada extraño. La familia de Arancha es bastante normal. No existe ninguna herencia ni seguro que pudiera despertar un interés económico. Por otro lado, todos los allegados con los que me comuniqué coinciden en que Arancha no tenía problemas con ninguno de sus parientes.

—No te preocupes, Telmo. No has perdido el tiempo. Descartar opciones también significa avanzar. Por otro lado, he conseguido información interesante durante mi «paseo».

—Te escuchamos —lo animó el comisario.

Salazar les informó a sus compañeros acerca de su entrevista con el hermano de Arancha y la visita a la empresa telefónica. Después de explicar su teoría, palmeó el bolsillo del gabán donde llevaba la memoria portátil.

—Como veis, tenemos que revisar los mensajes del primer teléfono de Arancha, lo antes posible.

Capítulo 69

A pesar de que solo era media tarde, la luz que entraba por la ventana de la sala común se desvanecía, pasando el testigo a los fluorescentes del techo, de los que ahora dependían por completo, para mantener viva la jornada. El olor a humedad se colaba por los bordes de la ventana mal sellada y el ambiente tenía un tinte de irrealidad, como si cada segundo se alargara de forma poco natural. Salazar le entregó la memoria portátil a Telmo, quien la conectó a su ordenador y comenzó a abrir las carpetas que contenía, mientras el resto del equipo aguantaba la respiración.

Por fin, el subinspector leyó en voz alta los mensajes que David Reverol le había enviado a Arancha, antes de que ella cambiara su número telefónico. En los primeros, se adivinaba la preocupación, pero eran amistosos: *«Hola, Arancha, ¿todo bien? He pensado mucho en ti. Tengo la sensación de que algo te preocupa y quiero ayudarte. Sabes que puedes confiar en mí. Llámame, por favor».*

Los policías intercambiaron miradas. Ángela le dio voz a lo que todos estaban pensando.

—No hay nada amenazante en ese mensaje. Suena como un buen amigo que está preocupado.

Salazar asintió.

—Es cierto, pero todavía nos falta mucho camino por recorrer. Continúa, Telmo.

—Los siguientes mensajes son similares, pero bastante frecuentes.

—¿Cuál era la respuesta de Arancha? —preguntó Remigio—. ¿Los recibía con agrado o le molestaban?

Telmo se acercó a la pantalla y leyó con atención.

—Al principio, Arancha respondió con amabilidad. Sin embargo, en la medida en que el tío se volvía insistente, ella cambió el tono. Comenzó a darle respuestas que aunque mantenían la cortesía, también eran cortas y secas.

—La insistencia de Reverol comenzó a molestarla —sentenció Salazar.

—Este es interesante —anunció Telmo—. «*Estoy bien, gracias, pero necesito mi espacio».*

Miguel se encogió de hombros.

—A mi entender, está bastante claro que a la chica le incomodaba la insistencia de este tío. Esa debió ser la razón por la que cambió el número telefónico. Para quitarse a este tábano de encima.

—Las cosas van a peor —advirtió Telmo—. Poco después de que Arancha comenzó a mostrar su malestar, él continuó enviando mensajes, pero con otro tono.

Salazar se cruzó de brazos y asintió.

—Sigue.

Telmo volvió a centrarse en la pantalla.

—«No entiendo por qué te alejas. Sé que algo pasa contigo y me duele que no confíes en mí. Te he apoyado siempre. ¿Te acuerdas de aquel favor que te hice?».

Ángela frunció el ceño y rechinó los dientes

—¡Es una manipulación como una catedral!

—¿Cuál fue la respuesta de Arancha? —preguntó el comisario.

—A estas alturas del chat ya no hay mensajes de Arancha, señor. Por lo visto, ella comenzó a ignorar los de Reverol.

Miguel apoyó la espalda en el respaldo de su silla.

—Es evidente que la chica ya estaba cansada de la situación.

—¿Situación? Llámalo por su nombre: acoso —puntualizó Ángela.

—Hay más —anunció Telmo.

Salazar frunció el ceño.

—Con esto es suficiente para ir a por este tío, pero continúa, Telmo. Cualquier dato que encontremos en este chat, podría ser clave para encontrar a Arancha.

—Sí, jefe.

—¿Cree que esté viva, señor? —preguntó Ángela.

Néstor se quedó pensativo por un momento.

—No puedo afirmarlo, pero existe esa posibilidad y por pequeña que sea, tenemos que darnos prisa. Si Reverol se siente acorralado, podría atentar contra ella.

Ángela cogió aire y lo retuvo por un momento, antes de volver a intervenir.

—Si estamos en lo cierto y Reverol fue quien la secuestró, ¿será capaz de hacerle daño? Quiero decir… en los mensajes parece interesado por su bienestar.

En esta ocasión, fue Remigio quien respondió.

—Aunque Reverol no manifiesta la intención de lastimarla, he visto este perfil demasiadas veces. Te puedo asegurar que si se encuentra viva y en manos de este individuo, la chica corre peligro. Lo que estos mensajes revelan es que está preocupado, sí, pero no por amor, sino por el miedo a perder el control sobre ella.

Salazar asintió y le hizo un gesto a su compañero para que continuara. Telmo volvió a centrarse en la pantalla de su ordenador.

—Esto va a más, jefe. *«Hoy pasé por tu trabajo y no te vi. Te envié un mensaje y no contestaste. ¿Por qué eres tan cruel conmigo? ¿No te importa mi preocupación por ti? No te conviene alejarte de la gente que te quiere».*

—Vaya cabrón —murmuró Miguel.

Telmo continuó.

—Aquí Arancha lo bloqueó, pero la empresa telefónica cifra los mensajes en tránsito, y aunque estos nunca llegaron al móvil de ella, puedo ver que el tío continuó insistiendo.

Salazar apoyó las manos en el escritorio de Telmo y se inclinó para poder ver la pantalla de su ordenador.

—¿Tenemos acceso a esos mensajes que Reverol le envió después del bloqueo?

—Sí, jefe. Por suerte para nosotros, el cifrado en tránsito permitió que los recuperaran y son legibles.

—Bien. Sigue.

Ante la falta de respuesta de Arancha, los mensajes son cada vez más agresivos. *«No me obligues a hacer algo que no quiero. Sabes*

que si me ignoras, puedo tomar medidas drásticas. Solo quiero protegerte, pero tu actitud me obliga a actuar. Ya no puedo permitir que sigas rodeada de personas que te hacen daño. Si me sigues ignorando, iré a buscarte».

—Eso es casi una confesión —opinó Remigio—. Ya no me queda ninguna duda de que hemos encontrado a Horus.

—Yo tengo la misma convicción —intervino el comisario—. ¿Néstor?

Salazar asintió despacio. Desde que estuvo seguro de que Reverol era el secuestrador, los diferentes escenarios y estrategias posibles habían pasado por su cabeza, hasta formar un plan más o menos estructurado.

—Telmo, quiero que investigues a fondo a David Reverol. Estoy interesado en todo lo que se relaciona con este sujeto. Quiero saber qué desayuna y cuál es la marca de calcetines que prefiere.

—Sí, jefe.

—Remigio, ocúpate de indagar su situación financiera, si tiene propiedades a su nombre o a nombre de terceros relacionados.

—¿Estás pensando en testaferros?

—No solo eso, también en parientes, propiedades familiares o herencias que no hayan cambiado de nombre.

Remigio levantó el pulgar.

—¡Comprendido!

—Miguel, Ángela, quiero que vosotros averigüéis acerca de la historia personal del sujeto. Cómo fue su infancia, su adolescencia, su paso por el instituto y hasta sus notas escolares.

—¡Cuenta con ello!

—¿Qué harás tú, Néstor? —le preguntó Santiago.

—Solicitaré una asesoría que nos aclare el panorama. Un sujeto como este podría tener reacciones fuera de lo normal y tenemos que estar preparados.

El comisario asintió.

—Estoy de acuerdo. Cuenta con todos los recursos que sean necesarios. Estaré en mi despacho.

Mientras los compañeros de Salazar ocupaban sus respectivas mesas de trabajo, y desbloqueaban los ordenadores para cumplir las

órdenes, el comisario regresó a su despacho, y él salió de la comisaría.

Minutos después, Néstor aparcó en la calle Navarra. El invierno había devorado las horas de luz, antes de que la noche hiciera su aparición oficial. Una leve neblina se pegaba a la piel, enfriándolo todo a su paso. El destino del policía era un caserón restaurado de piedra pálida y ventanas altas. Junto a la entrada, una pequeña placa dorada anunciaba el nombre del psiquiatra que cumplía labores forenses para la comisaría.

Salazar llamó al timbre junto a la puerta y un zumbido le avisó que había sido desbloqueada. En cuanto entró, lo envolvió el aliento tibio de la calefacción. La recepcionista, una mujer mayor de aspecto maternal, le sonrió con amabilidad.

—¿Desea programar una consulta con el doctor? Puedo darle cita para esta misma semana.

Salazar suspiró. Muchos opinarían que la necesitaba con urgencia, pero en fin… sería en otra ocasión. El inspector se identificó.

—Estoy aquí para solicitarle asesoría sobre un caso al doctor Rodríguez.

La recepcionista asintió y después de consultar con su jefe, condujo a Salazar hasta el despacho.

—¡Inspector Salazar! Siéntese, por favor. ¿Qué puedo hacer por usted?

Néstor ocupó la silla frente al psiquiatra. Sin más dilación, le expuso el motivo de su visita y le dio la memoria portátil que le había entregado la empresa telefónica. Rodríguez abrió las carpetas y leyó su contenido en silencio. Cuando terminó, negó con la cabeza, despacio.

—Me temo que no tengo buenas noticias para usted, inspector. Estos mensajes demuestran una necesidad extrema de posesión. Este tal David está convencido de que su derecho, e incluso su deber, es «proteger» a Arancha, aun en contra de su voluntad.

—Mi equipo y yo llegamos a la misma conclusión. Por eso estoy aquí.

—Comprendo. Necesita información más concreta para lo que tiene que enfrentar, ¿no es así? —Néstor asintió—. De acuerdo. No puedo hacer un diagnóstico sin entrevistar al paciente. Sin embargo, sí puedo adelantarle que esta conversación muestra indicios de un posible trastorno de tipo delirante, ya sea con componente de erotomanía o con un cuadro de control patológico.

—¿Erotomanía?

—El sujeto estaría convencido de que su relación con la víctima es más profunda de lo que es en realidad.

—Comprendo.

—Por otro lado, los mensajes pasan de la aparente preocupación y manipulación emocional a amenazas que comienzan siendo veladas, pero evolucionan hasta resultar cada vez más explícitas…

—¿Eso significa que Reverol es peligroso?

El doctor Rodríguez asintió.

—Considerando el tono obsesivo de estos mensajes, no me sorprendería que Reverol fuera capaz de actuar con agresividad para lograr su objetivo. En este caso, el control posesivo de Arancha.

—¿Esa obsesión podría haberlo conducido al extremo de secuestrarla?

—Es posible. Este sujeto consideraría que una conducta violenta está justificada si el fin es «proteger» a Arancha, incluso de sí misma. El rechazo de la víctima y su decisión de bloquear sus mensajes pudo ser el detonante.

Néstor asintió pensativo, con el ceño fruncido y los labios apretados.

—Doctor, ¿qué podemos esperar si Arancha se encuentra en manos de ese sujeto? ¿A qué nos enfrentamos?

Rodríguez suspiró y después de pensarlo por un momento, sacudió la cabeza.

—Me temo que la perspectiva no es buena, inspector. El tiempo puede reforzar la convicción de Reverol de que está «ejerciendo su derecho y cumpliendo su deber». En otras palabras, con cada hora que pasa, su conducta tiende a ser más impredecible.

Néstor tensó los músculos de la espalda.

—¿Tiene alguna sugerencia sobre dónde podría estar reteniéndola?

—Yo buscaría un lugar aislado que tenga un vínculo emocional con el sospechoso. Tal vez una residencia de veraneo o una propiedad rural. Teniendo en cuenta su obsesión por el control, Reverol preferirá un espacio donde se sienta «en su territorio».

Salazar asintió.

—Comprendo. Por supuesto que nuestro principal objetivo es encontrar a Arancha y si continúa con vida, rescatarla sana y salva. ¿Tiene alguna recomendación para el momento en que nos enfrentemos a esa situación?

El psiquiatra llenó sus pulmones de aire y lo expulsó muy despacio, dándose tiempo a elaborar una respuesta.

—Cuando lo encuentren, estén preparados para un posible desenlace violento. Es probable que trate de justificarse. Ya sabe: «lo hago por el bien de ella». Mi consejo es que mantengan abiertas vías de comunicación tranquilas, y que eviten confrontar su delirio de forma directa. Expresiones como «eres un enfermo» o «estás loco», pueden encerrarlo más en su obsesión y desencadenar una reacción violenta. Incluso, contra la propia Arancha.

Néstor se puso de pie.

—Gracias por su colaboración, doctor. Ahora comprendo mejor a qué nos estamos enfrentando.

Salazar estrechó la mano del psiquiatra y salió de la consulta, de regreso a San Miguel.

Capítulo 70

Ya la oscuridad se había extendido sobre Haro cuando Salazar llegó a la comisaría. Después de saludar a García, antes de subir al segundo piso, pasó por el despacho del comisario para notificarle a Lali que celebrarían una reunión urgente. En la sala común, los fluorescentes del techo arrojaban una luz blanca y fría, que incidía sobre los escritorios desordenados y los rostros concentrados, robándoles el color. Telmo mantenía la vista en su pantalla con los dedos volando sobre el teclado. Miguel y Ángela conversaban entre sí en voz baja, inclinados sobre la pantalla del ordenador de ella. Mientras tanto, recostado en el respaldo de su silla, Remigio sostenía una conversación telefónica con los músculos tensos y el ceño fruncido. El ambiente estaba cargado de tensión y parecía contener la respiración… como si esperara una catástrofe de un momento a otro.

Néstor se tomó algunos segundos para recuperar el aliento, mientras sus compañeros advertían su presencia. Enseguida, todas las miradas se centraron en él. Miguel enderezó la espalda y cruzó los brazos, al mismo tiempo que Ángela le entregaba un vaso de agua al inspector jefe, quien lo agradeció con un gesto de la cabeza.

—Salazar, has tardado bastante —observó Miguel—. ¿Descubriste algo interesante en lo que sea que fuiste a hacer?

Todavía sin aliento por la carrera escaleras arriba, Salazar asintió.

—Lali me dijo que habías convocado una reunión urgente, Néstor —dijo el comisario, entrando a la sala—. ¿Qué ocurre?

Salazar respiró profundo y les informó acerca de su entrevista con el psiquiatra, sin omitir ningún detalle.

—No tenemos tiempo que perder —fue la conclusión del comisario.

—Es justo lo que estoy pensando —confirmó Néstor y abarcó al equipo con la mirada—. ¿Vosotros habéis averiguado algo? ¿Telmo?

Consultando la pantalla del ordenador de vez en cuando, el subinspector expuso sus hallazgos:

—Reverol es soltero y vive solo. De acuerdo con su jefe, es un empleado confiable y no causa conflictos. Aunque es bastante retraído, por lo que no goza de popularidad entre sus compañeros.

—Vamos, que no es la alegría de la huerta —comentó Remigio.

Telmo asintió.

—Está empadronado en un piso de la calle San Roque. Sus vecinos apenas lo conocen de vista, pero ninguno tiene quejas contra él. No recibe visitas de amigos ni se le atribuyen relaciones románticas. Es un solitario.

—Mantiene un perfil bajo —comentó el comisario.

—Sí, señor —continuó Telmo—. Me temo que es todo lo que pude averiguar, señor.

—Está bien, Telmo. Hiciste un buen trabajo.

Salazar centró su atención en Miguel y Ángela.

—¿Vosotros encontrasteis algo interesante?

Miguel suspiró y con un gesto, desvió la atención hacia Ángela, quien comenzó su exposición.

—Reverol no tiene antecedentes criminales, señor, ni tampoco registros psiquiátricos conocidos. Es el hijo menor de su familia y solo tiene una hermana. Su padre era cartero y su madre enfermera. No hay constancia de denuncias ni intervenciones sociales relacionadas con su familia.

—Un entorno bastante normal —observó el comisario.

Miguel se encogió de hombros.

—Yo entrevisté a una vecina de sus padres por teléfono. Me dijo que el padre era muy estricto con la disciplina y que la madre sufría de episodios depresivos, aunque nunca pidió ayuda.

—Sigue siendo un entorno normal —opinó Remigio.

Salazar asintió. Estaban acostumbrados a ver situaciones mucho peores.

—Muy bien, Ángela, continúa, por favor.

—Yo contacté al hermano de Arancha para preguntarle acerca de Reverol. Según él, David era reservado y solía sacar buenas notas. Sin embargo, su vida social era un desastre.

El comisario frunció el ceño.

—¿Habéis encontrado indicios de alguna relación sentimental del sospechoso?

—No, señor.

Néstor tensó la mandíbula y suspiró.

—¿Qué más descubristeis?

—Su actividad en las redes sociales se limita a hacer seguimiento pasivo de los perfiles que se relacionan con los allegados a Arancha —informó Ángela.

—Está obsesionado, tal como sugirió el psiquiatra —opinó Remigio, inclinándose hacia adelante.

Salazar asintió con el ceño fruncido.

—Es todo, señor —reconoció Ángela.

—¿Qué me dices tú, Remigio? —preguntó Néstor, acariciándose la barbilla, pensativo.

—Esto te va a gustar —dijo Toro, al mismo tiempo que balanceaba su silla—. David Reverol heredó la casa rural de su abuela.

Los músculos de todos los presentes se tensaron y las miradas se clavaron en Remigio.

—¿Dónde?

—Se encuentra muy cerca del Desfiladero de Pancorbo, en el límite de Castilla y León con La Rioja. Por si fuera poco, se trata de una zona bastante agreste y aislada.

—Arancha tiene que estar ahí —murmuró Salazar entre dientes.

—¿Cree que siga con vida, jefe?

—Eso espero, Telmo. En cualquier caso, tenemos que actuar bajo esa premisa.

—¿Qué esperamos para ir a por este sujeto? —preguntó Miguel, impaciente.

Santiago se cruzó de brazos junto a la puerta.

—¿Es que no escuchaste a tu inspector jefe, Pedrera? Tenemos que ser muy cuidadosos y planificar bien cada paso. Si la chica está viva y actuamos como un elefante en una cristalería, podría resultar fatal para ella.

—Podemos arrestarlo primero, y luego ir a liberar a la chica sin ningún riesgo —argumentó Miguel.

Salazar suspiró y negó con la cabeza.

—No tenemos ninguna evidencia concreta que nos sugiera que la está reteniendo en esa casa rural, más allá de la lógica, pero con un sujeto así, la lógica no es suficiente. Si Reverol la ha escondido en otro lugar y lo arrestamos, es posible que se niegue a revelar dónde se encuentra, lo cual sería muy peligroso para ella.

—¿Qué hacemos entonces, jefe?

—Tenemos que elaborar un plan muy bien orquestado que nos permita rescatar a la chica, antes de arrestar a su secuestrador. Una vez que ella se encuentre a salvo, tendremos más capacidad de maniobra para ir a por él.

—¿Y qué estamos esperando? —preguntó Miguel.

El inspector jefe cogió aire y lo soltó despacio.

—Necesitaremos que el juez emita una orden de entrada y registro, por riesgo inminente para la víctima.

A un gesto del comisario, Ángela asintió.

—Yo me ocupo, señor.

—¿Solicitaremos apoyo táctico, comisario? —preguntó Miguel.

Santiago enderezó la espalda. Tenía el ceño fruncido por la concentración. La expresión de su rostro era la de una fiera lista para la cacería.

—¡Remigio! —la voz del comisario retumbó como un trueno—, comunícate con el GOES de Valladolid y solicita respaldo. Nos reuniremos en 20 minutos en el polígono de Pancorbo.

Toro asintió y cogió el teléfono.

—Sí, señor.

—¿Por qué el GOES de Valladolid, señor? —se atrevió a preguntar Telmo.

Miguel fue quien respondió.

—Debemos solicitar respaldo al GOES, que depende de la Jefatura Superior de Policía de la provincia donde se llevará a cabo el operativo. En este caso, a Pancorbo le corresponde la Jefatura de Valladolid.

El comisario continuó con las órdenes:

—Telmo, quiero un plano satelital de esa casa. Completo: accesos, rutas de escape, desniveles, vegetación. Y lo quiero en cinco minutos.

—Sí, señor.

—Pedrera, coordina con García para preparar el material necesario. Quiero todos los recursos disponibles: armamento, linternas, grilletes, botiquín, medios de señalización…

—Sí, señor.

Después de ubicar la casa por satélite, Telmo se levantó de repente y salió de la sala, para imprimir el plano. Santiago se volvió hacia su hermano.

—Néstor, tú y yo elaboraremos una estrategia. ¿Tienes algún plan?

Salazar se quedó pensativo por algunos segundos. Entonces, asintió.

—Aunque nuestro objetivo es rescatar a Arancha si está retenida allí, tenemos que estar preparados para enfrentar la situación si no se encuentra sola… Casa rural aislada, varias vías de escape, necesidad de caer por sorpresa. La situación es muy parecida a la que se presentó con El Maestre. Usemos la misma táctica. Entramos por el frente, sin ruido y de ser posible, ocultos entre la vegetación y las sombras. Cerramos laterales y retaguardia con tres binomios y dejamos al GOES cubriendo el perímetro, por si hay fuga.

—Eso está muy bien, pero en esta ocasión, el sospechoso contaría con un rehén —advirtió Remigio.

Salazar asintió

—Es por eso por lo que debemos movernos con mucho sigilo y caer sobre él por sorpresa. El principal objetivo debe ser proteger a Arancha. Con respecto a Reverol, actuaremos de acuerdo con su reacción. La seguridad de la víctima y el equipo es lo más importante.

—Vale —aceptó el comisario—. Lo trazaremos en cuanto llegue el plano. Y si es necesario improvisar, que sea sobre algo que ya hemos previsto.

Capítulo 71

Después de la reunión con el GOES en el polígono de Pancorbo, la caravana conformada por dos vehículos camuflados, dos coches patrulla, la furgoneta del GOES y dos ambulancias, se incorporó a la BU-735 con rumbo oeste. Aparcaron a una distancia prudente del camino de tierra que daba acceso a la casa, desde la carretera. Era una noche sin estrellas. La luz de la luna menguante apenas conseguía filtrarse entre las nubes bajas que cubrían los Montes Obarenes. El susurro del viento que provenía del bosque se confundía con el crujido leve de las botas sobre el barro endurecido por el frío, y traía un olor denso a tierra húmeda, musgo y madera vieja. El aliento de los policías salía en blancas ráfagas breves, que se disipaban al instante, tragadas por la oscuridad. El frío húmedo era capaz de penetrar a través de la ropa y los chalecos de kevlar.

Ya en el terreno, antes de comenzar la operación, el equipo de San Miguel y el jefe del equipo de los GOES se reunieron alrededor del comisario, quien había desplegado el mapa sobre el capó de uno de los coches patrulla. Santiago carraspeó para atraer la atención.

—¡Atentos! No podemos permitirnos ningún error. Si Reverol se encuentra adentró, se sabrá acorralado y podría reaccionar de manera impredecible. Nuestra prioridad es sacar a Arancha sana y salva. Néstor, tú y Miguel encabezaréis el grupo de asalto.

—Entendido.

—Ángela y Rivera cubriréis el flanco izquierdo. Remigio, te encargarás del flanco derecho con el apoyo de Pérez.

—Sí, señor —respondieron todos los mencionados a coro.

—Telmo, bordea la casa. Quiero que estés atento a cualquier movimiento en las ventanas o puertas traseras. Echevarría, tú lo

cubrirás.

—Sí, señor.

—Mendoza, tú permanecerás en la carretera que da al patio trasero de la casa. Mantén el motor del coche patrulla encendido. Te quiero listo para cerrar cualquier posible escape.

—Sí, comisario.

Santiago buscó al jefe del grupo GOES con la mirada.

—Inspector Marcano. Necesitamos a su equipo para establecer un perímetro de seguridad que impida la fuga del sospechoso, en caso de que logre traspasar nuestra línea de entrada. Cubra los accesos traseros, posibles rutas hacia el bosque y cualquier punto de evasión. Si intenta salir, lo quiero reducido antes de que dé dos pasos.

—A sus órdenes, comisario.

—¿Y qué haremos si está armado? —preguntó Ángela, sin disimular su preocupación.

Salazar fue quien respondió.

—Asumimos que tiene armas y que es capaz de usarlas. Debemos actuar con sigilo, decisión y coordinación.

El comisario respaldó a su inspector jefe con un asentimiento y dio la orden que todos esperaban.

—¡Adelante!

Salazar y Miguel avanzaron todo lo que pudieron por el sendero, sin ser visibles desde la casa. Néstor usó los prismáticos para observar el objetivo. La casa rural, al fondo, se alzaba como una silueta desafiante en mitad de la nada. La rodeaba la oscuridad, excepto por el brillo de una lámpara encendida a través de una ventana del segundo piso. Néstor enfocó los prismáticos en esa dirección y la escena no le dejó lugar a duda.

—¡Confirmado! Arancha está dentro y no está sola —anunció a través del pinganillo.

—¿Reverol? —preguntó Remigio, mientras se acercaba a su posición.

—Afirmativo. ¡Alerta máxima! El sospechoso tiene una actitud amenazante hacia la víctima y parece que está armado.

—Avanzad, pero extremad las precauciones.

Cada uno en su posición, todos los miembros del equipo avanzaron en silencio a través del monte, con el sigilo de los depredadores nocturnos. Cuando estaban a unos veinte metros de la casa, Salazar susurró una orden a través del pinganillo.

—¡Alto! Un momento, algo va mal.

A través de la ventana, pudieron ver a Reverol sujetando a Arancha por el brazo y gesticulando con violencia. Salazar le hizo un leve gesto a Miguel y ambos avanzaron algunos pasos, hasta que pudieron escuchar la voz del secuestrador. Aunque era evidente que vociferaba, la ventana cerrada apenas les permitía comprender sus palabras.

—¿Crees que puedes jugar conmigo? ¡Nunca permitiré que te alejes de mí!

Su voz era un rugido lleno de ira, y en la mano derecha sostenía un cuchillo que se reflejaba en la luz de la lámpara. Aunque en volumen moderado, la voz de Salazar se escuchó como un ladrido.

—¡Equipo, atentos! Va armado y está fuera de sí. ¡Entramos ya!

Miguel, que iba preparado con una barra metálica, forzó la puerta principal en un movimiento ágil y silencioso. En un instante, Salazar lideró la entrada. En el interior, mal ventilado, el aire denso olía a humedad, muebles viejos y humo de leña. Néstor señaló hacia arriba con el índice y sus compañeros lo siguieron en dirección al segundo piso. Las escaleras crujieron bajo el peso de los pasos del equipo.

Reverol, alertado por el ruido, empujó a Arancha hacia una silla en el centro de la habitación. La ató con una cuerda que ya tenía preparada y apuntó el cuchillo hacia la puerta.

Las botas de los policías resonaron en el pasillo y David respondió gritando una amenaza.

—Si dan un paso más, la mato.

Salazar ya estaba en el umbral y se encontró cara a cara con Reverol, quien sujetaba el cuchillo a escasos centímetros del cuello de Arancha. La joven tenía los ojos hinchados por el llanto, pero permanecía inmóvil, consciente de que cualquier movimiento podía ser fatal.

Néstor llenó sus pulmones de aire y sin soltar su arma, habló con la voz calmada de un policía con años de experiencia.

—Baja el arma, David. No hay motivo para que esto termine mal. Hablemos.

—¡No voy a dejar que me la quiten! ¡Ella es mía! —rugió Reverol.

Su mirada delirante saltaba entre Salazar y los agentes que iban entrando de uno en uno en la habitación, mientras la mano que sostenía el cuchillo que amenazaba a Arancha temblaba, peligrosamente cerca de su garganta.

Miguel se posicionó cerca de la ventana y sostuvo el arma de manera que apuntaba al torso de Reverol, en un ángulo perfecto si necesitaba disparar. Desde el pasillo, Remigio hizo un gesto a Telmo, que había trepado hasta el balconcillo de la ventana y esperaba su oportunidad, agazapado y oculto por la cortina.

Recordando los consejos del psiquiatra forense, Salazar bajó su arma despacio, para resultar menos amenazante.

—David, piensa en Arancha. Tú la quieres. No deseas hacerle daño. Si ella te importa de verdad, no la pongas en peligro. Déjala ir.

Por un instante, el rostro de Reverol se crispó. Sus manos temblaban sin control, y su mirada se desvió hacia Miguel, al mismo tiempo que el cuchillo casi tocaba la garganta de Arancha.

—¡Es mía o no será de nadie!

Néstor vio el terror en los ojos de Arancha y la insania en los de David. Fue suficiente.

—¡Ahora! —gritó Salazar. Telmo rompió la ventana de un golpe y entró. Aprovechando la distracción, Miguel y Remigio avanzaron en simultáneo, seguidos por Ángela, que cubría sus espaldas. Salazar se lanzó hacia la joven para protegerla, al mismo tiempo que David desviaba el cuchillo hacia Telmo con actitud amenazante. En ese momento, Miguel disparó un tiro limpio al brazo que sostenía el cuchillo y David soltó el arma con un grito de dolor. Un par de minutos después, Remigio y Telmo reducían a Reverol.

Arancha rompió en llanto mientras Néstor cortaba las cuerdas que la retenían.

—Todo ha terminado. Pronto estarás en casa —le susurró con voz paternal.

Una vez desatada, Arancha abrazó a Salazar, al mismo tiempo que Miguel se aseguraba de que Reverol no llevara armas ocultas.

En el pinganillo, Néstor escuchó la voz desesperada de su hermano.

—¡Escuchamos un disparo! ¿Qué diablos ocurre allí? ¿Alguien está dispuesto a informarme?

Néstor presionó su pinganillo con una sonrisa.

—Objetivo asegurado. Víctima rescatada ilesa. Sospechoso bajo custodia.

El inspector jefe escuchó el suspiro de alivio a través del pinganillo.

Mientras los policías escoltaban a Reverol fuera de la casa, él iba murmurando incoherencias sobre «protegerla» y «salvarla de todos». Echevarría y Mendoza lo condujeron hasta una de las ambulancias, la cual lo trasladaría al hospital para atender la herida del brazo.

Mendoza subió a la cabina con el detenido, mientras Echevarría los seguía en el coche patrulla, para trasladarlo a la comisaría cuando le dieran el alta.

Salazar acompañó a Arancha hasta la segunda ambulancia. Después de ordenarle a Ángela que la acompañara hasta que su familia se reuniera con ella en el hospital, la dejó sana y salva en manos de los técnicos sanitarios.

Capítulo 72

La noche parecía menos oscura y el frío menos mordiente cuando el equipo de San Miguel llegó a la comisaría. Los policías, entre eufóricos y aliviados, iban bromeando entre sí. Tanto Santiago, como Néstor y Remigio ya habían advertido a sus respectivas cónyuges acerca del operativo, para que no los esperaran despiertas. Después del arresto y el rescate, les habían enviado mensajes de texto para tranquilizarlas. Era más de medianoche cuando se reunieron en la sala común. Satisfecho, Santiago los felicitó.

—Cerrad el caso y marchaos a casa. Os habéis ganado un buen descanso.

Nadie protestó. Mientras se ocupaban del papeleo, Ángela llamó para informar que ya Arancha se había reunido con su familia y le darían el alta en la mañana. El comisario autorizó a la subinspectora para que se fuera a casa.

Con respecto a Reverol, Echevarría se comunicó con García. La bala solo había rozado la piel del brazo del detenido, así que ya le habían dado el alta y lo llevarían a la comisaría de inmediato.

—Estarán aquí en cuestión de minutos —anunció García desde el umbral de la sala común.

Salazar se quedó pensativo durante algunos segundos.

—Excelente, García. Fichadlo en cuanto llegue. Averigua si dispone de un defensor privado y si no, llama al Colegio de Abogados para que envíen al letrado de guardia.

—¿Vas a interrogarlo a estas horas? —preguntó Miguel.

—Es más probable que hable ahora, que cuando tenga ocho horas para pensar. Vosotros podéis volver a casa al terminar el papeleo. Tú también, Telmo.

—Puedo acompañarlo en el interrogatorio si lo desea, jefe. En cualquier caso, hoy tengo guardia.

Néstor palmeó el hombro de su compañero como respuesta.

Una hora después, cuando García les avisó que todo estaba listo, solo Néstor y Telmo se encontraban en la sala común, compartiendo un café. Todos los demás, incluyendo a Santiago, ya se habían marchado a casa. El inspector jefe cogió la carpeta del caso y salió de la sala común, seguido por su compañero.

Cuando ambos policías entraron en la sala de interrogatorios, los envolvió el habitual olor a humedad y miedo. David Reverol estaba sentado detrás de la mesa, con una de sus manos sujeta a un aro que sobresalía de la superficie. Señal de que les había dado problemas a los agentes que lo trasladaron. El detenido clavó la mirada en los policías con una serenidad y determinación amenazantes, mientras el abogado, a su lado, permanecía en silencio y no parecía del todo presente. Las marcas de su rostro delataban el cansancio de demasiadas guardias acumuladas.

Los policías se acercaron y Reverol enderezó la espalda, manteniendo la mirada desafiante como si él fuera el agraviado y esperara una disculpa. Salazar ocupó la silla frente a él. Telmo permaneció junto a su superior con los brazos cruzados y en silencio, dispuesto a saltar sobre el detenido si mostraba el menor gesto de agresividad.

Néstor abrió la carpeta despacio.

—David, quiero que sepas que Arancha está a salvo y con su familia. Ya no depende de ti.

Reverol frunció el ceño y rechinó los dientes.

—¡Ustedes no se enteran de nada! Arancha siempre ha dependido de mí y así seguirá siendo. Ella no lo comprende, pero me necesita. Otros le han llenado la cabeza de ideas contra mí. Ideas que no son suyas. ¡Y entre esos están ustedes! ¿Por qué cree que somos amigos desde hace tanto tiempo? —Reverol dejó escapar una risotada burlona—. ¿Por casualidad?

Telmo ladeó la cabeza.

—¿Quieres decir que ella te eligió?

David bufó.

—¿Elegir?… elegir es la palabra que escogería alguien que no sabe nada. Ella no es capaz de elegir lo que no le hace daño. Yo… tan solo le di una oportunidad. La aparté de sus errores. ¡Por su bien!

La mandíbula de Telmo se tensó. Néstor inclinó el cuerpo hacia adelante y cogió aire.

—Ya no tendrás que preocuparte por eso, David. Arancha está fuera de tu alcance y lo estará por mucho tiempo.

Con un movimiento repentino, Reverol saltó sobre la mesa con la intención de coger a Salazar por la garganta. El inspector reaccionó a tiempo, echándose hacia atrás, para alejarse de su agresor, al mismo tiempo que Telmo se abalanzaba sobre el detenido y lo reducía, sujetándole la mano libre al aro de la mesa con los grilletes y obligándolo a sentarse de nuevo. El abogado, cogido por sorpresa, se limitó a contemplar la escena con ojos de besugo.

—Tranquilícese, señor Reverol —le advirtió el defensor—. Agredir a un policía solo empeorará su situación.

Manteniéndose a una distancia prudente de la mesa, Néstor asintió.

—Todo ha quedado grabado, David. Son nuevos cargos que prolongarán la sentencia. Pasará mucho tiempo antes de que puedas volver a causarle problemas a Arancha.

Reverol forcejeó con los grilletes, hasta que comprendió que era inútil. Salazar y Telmo intercambiaron una mirada y lo dejaron hacer, mientras el abogado trataba de que entrara en razón. Cuando David se rindió por fin, Néstor volvió a ocupar la silla.

—Secuestro, intento de homicidio, asociación para delinquir, agresión a la autoridad… estás en graves problemas, David. Te conviene cambiar de actitud y responder a nuestras preguntas.

Reverol respondió entre dientes, como un animal atrapado en una trampa.

—¡Ustedes me quitaron a Arancha! Me han separado de ella y no tienen derecho. ¿Por qué querría ayudarlos?

—Porque es tu única opción —respondió Néstor.

Reverol miró a su abogado, quien asintió para confirmar las palabras del policía. David sacudió una vez más los grilletes que lo

sujetaban a la mesa, como si quisiera comprobar que no podía librarse de ellos por la fuerza. Entonces, dejó escapar un largo suspiro.

—¿Qué quieren saber?

—¿Cómo contactaste a los secuestradores?

David parpadeó despacio y paseó la mirada de Salazar a Telmo, saboreando el momento.

—Soy más listo de lo que todos creen. Necesitaba alguien que me ayudara, que tuviera experiencia y fuera discreto. Encontré lo que quería a través de la red oscura… usando las palabras adecuadas.

El inspector entornó los ojos y habló en voz baja.

—¿Qué palabras usaste?

—«Secuestro ético». «Desapariciones programadas», ese tipo de palabras clave. Encontré un foro. Me hicieron preguntas… muy concretas. Alguien me llamó. Me dijeron que les describiera a Arancha, que pagara en efectivo por adelantado. Acepté sus condiciones. Me dijeron que me iba a contactar un «gestor» que se presentó como El Pastor. Nunca conocí su verdadero nombre. Yo también tenía un alias… Horus, el que ve más allá.

Salazar llenó sus pulmones de aire y lo soltó despacio. Telmo lo miró de reojo, entendiendo que ya tenían lo que necesitaban.

—Vas a responder ante la justicia, David. Las excusas que te das a ti mismo no te van a servir de nada.

Por primera vez, David bajó la mirada.

—Yo lo hice para protegerla.

El inspector se levantó despacio.

—No importa cuál fue tu intención, Reverol. «Proteger» a Arancha en contra de su voluntad no es protección, sino sometimiento y esclavización. Por suerte, ya no volverás a decidir por ella… Nunca más.

Sin mirar atrás, Salazar y Telmo salieron. La puerta se cerró a su espalda con un golpe seco y contundente.

Epílogo

Un par de semanas después del arresto de Reverol, Salazar acompañó a Miguel y Ángela a la audiencia interna de carácter informativo, que Miguel tendría que enfrentar. Había sido citado para responder a la antigua acusación por acoso con la que Martínez trató de extorsionarlo. Los policías esperaban frente a la Sala de Régimen Disciplinario de la Jefatura Superior de Policía.

Ángela estaba sentada, concentrada en una de las baldosas del suelo, mientras Miguel se paseaba de un lado al otro del pasillo, bajo la mirada atenta de Salazar. Cuando pasó a su lado, Néstor lo frenó, apoyando una mano en su hombro.

—¿Estás bien, colega?

Miguel tragó saliva.

—No estoy seguro. Creí que este asunto era cosa del pasado. Que los años lo habían sepultado en el olvido. Tener que enfrentarlo, después de tanto tiempo…

Salazar asintió.

—Entiendo que pasar por una audiencia interna es un mal trago, pero al menos estarás seguro de que quedó resuelto. Ya no serás susceptible de que cualquier otro «Martínez» del futuro intente volver a usarlo contra ti.

—Eso lo comprendo, pero solo fue un malentendido. Una torpeza de novato. ¿Y si no me creen?

Salazar dibujó una leve sonrisa.

—¡Valor y al toro, compañero! Tú mismo has puesto la denuncia cuando quisieron extorsionarte. Eso cuenta.

Miguel señaló la puerta de la sala con el pulgar.

—Espero que ellos piensen lo mismo. Si deciden abrir un expediente contra mí, podría ser el final de mi carrera.

—No pierdas la confianza. Eres inocente. Solo habla claro y mantente firme. Lo demás es burocracia.

La puerta se abrió y un agente se asomó.

—¿Inspector Miguel Pedrera?

Ángela se levantó, se acercó a su marido y lo abrazó. Miguel respiró profundo.

—Muy bien, vamos allá.

—Todo va a salir bien, Miguel —lo animó Néstor—, pero sin importar lo que decida el instructor, recuerda que tanto el comisario como yo estamos contigo.

Los minutos transcurrieron con una lentitud exasperante. Ángela, sentada y con la mirada fija en el reloj de la pared, sacudía la pierna derecha de arriba abajo, en un movimiento compulsivo. Salazar se paseaba con lentitud por el pasillo, mirando de vez en cuando la puerta de la sala. Media hora después, la puerta se abrió de nuevo y apareció un Miguel pálido y todavía tembloroso, pero con una sonrisa de alivio pintada en su rostro.

—¡Todo salió bien! Archivarán la queja.

Ángela corrió a abrazarlo y Salazar palmeó su hombro.

—Felicitaciones, colega. Evitaste que Martínez manipulara la Ley y se saliera con la suya. Está bien lo que bien termina.

—Tú tampoco puedes quejarte. —Miguel comenzó a contar con los dedos— Arancha regresó sana y salva con su familia y se está recuperando de la experiencia. La agencia ha sido desmantelada por completo y tanto la información que proporcionó La Guardesa, como la que se encontró en los ordenadores, han permitido identificar y arrestar a todos los clientes y sicarios involucrados en los secuestros. Por si fuera poco, Interpol se benefició de pistas importantes relacionadas con El Abisal.

—Ha sido un gran logro de todo el equipo —reconoció Néstor con una sonrisa—. No había visto a Santiago tan contento, desde que era un adolescente y se enamoró por primera vez.

—¡Cómo para no estarlo! No todos los días una comisaría recibe una felicitación oficial del director general de la Policía, ni una carta

oficial de agradecimiento por parte de Interpol.

—En fin, ya todo acabó. Id a casa y celebradlo con el chiquillo.

◆◆◆

Pocos días después, Salazar estaba en la buhardilla jugando con Gabriela, mientras Rebeca recogía la casa. Con la pequeña en su regazo, Néstor movía su mano derecha como si fuera una araña, que se acercaba dubitativa a la chiquilla y cuando la alcanzaba, le hacía cosquillas. Gabi soltaba risitas nerviosas cuando observaba los movimientos de la mano-araña, y estallaba en carcajadas con las cosquillas. En cuanto se recuperaba de la risa, pedía más. Paca, desde las alturas de su repisa, contemplaba el juego de los humanos con mirada reprobadora.

—A ver quién la va a dormir después de semejante agitación —advirtió Rebeca desde la cocina.

Néstor sonrió, le dio el chupete a la niña y la abrazó para calmarla. La pequeña succionó con energía y se recostó contra el pecho de su padre. Él consideró que era un buen momento para intentarlo.

—Gabi, di papá. Pa… pá.

Ella se quitó el chupete de la boca y lo miró con adoración.

—Pa… ca.

—Meou —declaró con orgullo la engreída gata, desde su podio felino.

Llamaron a la puerta, antes de que Salazar pudiera protestar. Él dejó a Gabriela sobre la alfombra que ahora sustituía al inútil corral, y se dispuso a abrir. Los ojos de Néstor se abrieron como un par de huevos fritos, cuando en el umbral vio un enorme oso, casi de tamaño natural. La cabeza de Santiago se asomó por detrás del gigantesco peluche.

—¿Dónde está mi sobrina favorita?

—Joder, Santiago. ¿Esta bestia tiene permiso de la comunidad y el CITES en regla?

—Aparta, que es para la princesa.

Carmela y los gemelos adelantaron a Santiago. Ella saludó a su desconcertado cuñado con dos besos. Sebastián y Lucas corrieron hacia la pequeña y la saludaron con carantoñas, a las que Gabriela respondió con carcajadas y gritos. Una vez dentro de la buhardilla, Santiago depositó el enorme oso sobre la alfombra de gateo de la niña. Paca bufó y erizó el lomo, amenazando al intruso que invadía su territorio. Rebeca cogió en brazos a la enfadada gata y la tranquilizó, antes de que se abalanzara sobre el indefenso peluche. Santiago apoyó una mano en el hombro de Néstor.

—No te quejes. Yo quería traer un tambor, pero los chavales escogieron este regalo para su prima y al final, me compadecí de Rebeca.

—¡Pero si no cabe en la habitación de la niña!

En cuanto Gabriela desvió la atención de sus primos y la centró en el enorme peluche, lanzó gritos de entusiasmo. Entonces, gateó hacia el oso a toda prisa y al llegar a su lado, abrazó una de sus patas.

—Mí…o

Salazar sonrió y la cogió en sus brazos.

—De acuerdo, si es necesario, les daremos la habitación principal a ella y su peluche. Yo estoy dispuesto a dormir en el sofá.

Néstor acercó a la niña a la cabeza del oso. Emocionada, ella aplaudió y apoyó su cabecita en el cuello de su padre. Entonces, balbució una palabra:

—¡Pa… pá!

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Nota de autor: Querido lector, espero que hayas disfrutado el libro. Si te gustó la historia y quieres hacerme alguna pregunta, o recibir información acerca de nuevas publicaciones y promociones, puedes seguirme en mis páginas de **Facebook** (Novelas policíacas/M.J. Fernández) o en **Instagram** (@m.j. fernandez_novelanegra). También puedes contactarme en la siguiente dirección: m.j.fernandezhse@gmail.com . Me complacerá mucho responder a cualquier inquietud que quieras plantearme y si lo deseas, recibirás una invitación a mi grupo de **Telegram**, donde podrás interactuar con otros lectores de la serie y conmigo. Gracias.

M.J. Fernández